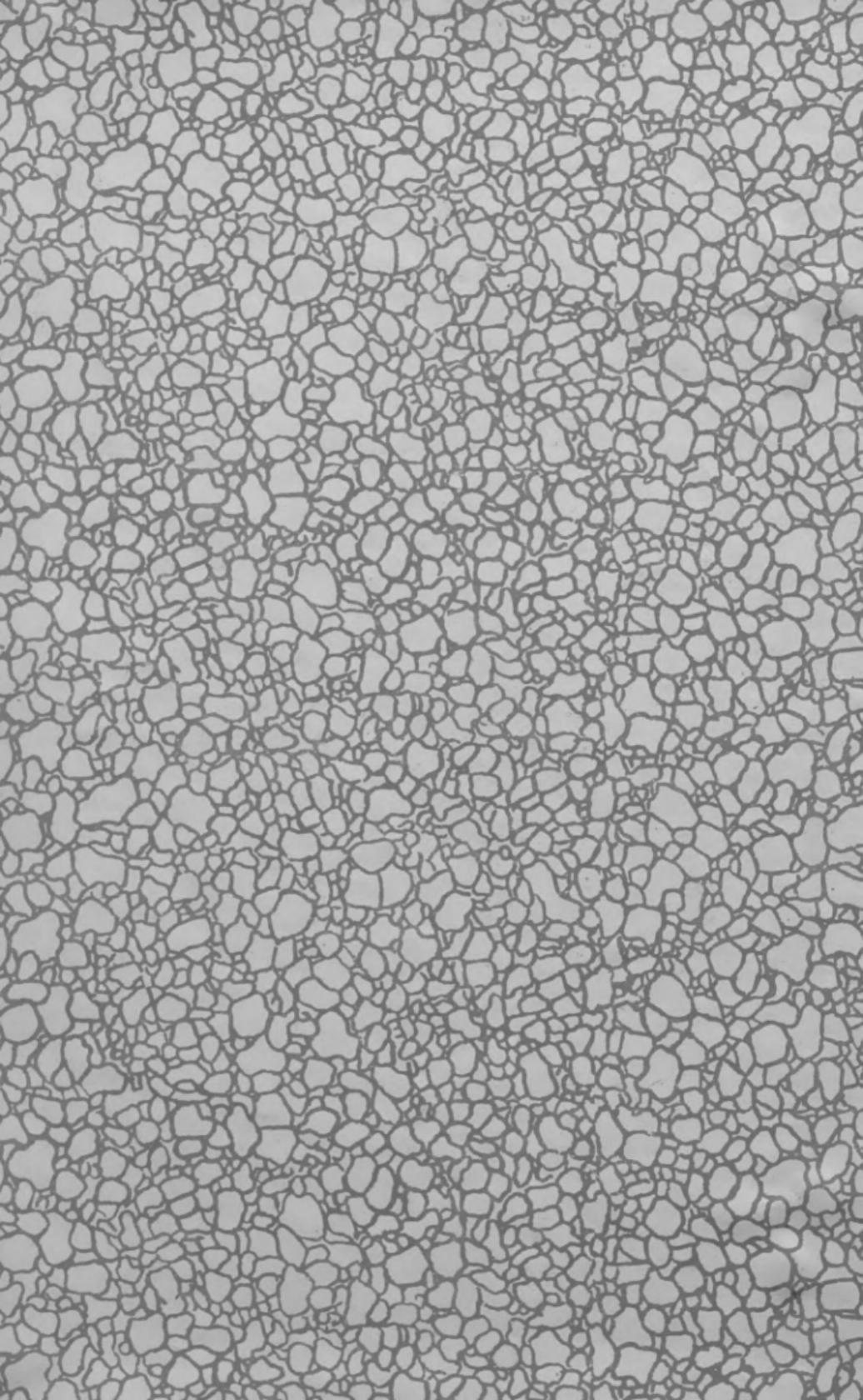
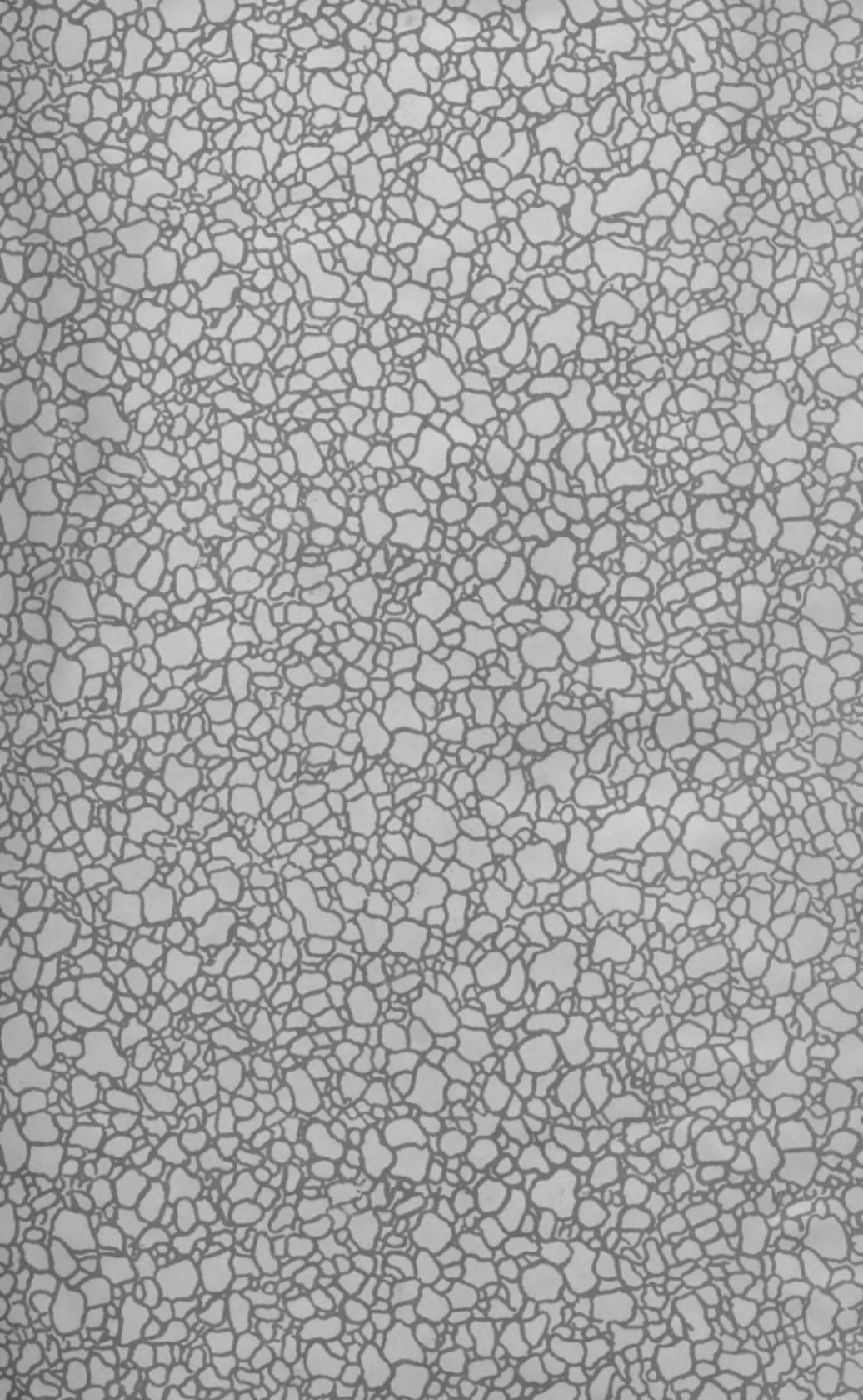


A
4





LAS METAMORFOSIS

T. 753236

B-225

B-225

Vol 15

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CVI

LAS
METAMORFOSIS

POR

PUBLIO OVIDIO NASON

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

POR

PEDRO SANCHEZ DE VIANA

TOMO II

R
12.012

BIBLIOTECA POPULAR
"José Zorrilla"
ESCUELA NORMAL
VALLADOLID

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1923

ES PROPIEDAD

LIBRO NONO

El nieto de Neptuno ha preguntado
Por qué dió tal gemido, y tan de veras,
Y el cuerno de la frente le han quitado.

Coronado de verdes cañáveras
La frente y el cabello mal compuesto,
El río, con palabras lastimeras,
A la pregunta le responde aquesto:

«De triste cosa pides que yo trate.
Porque, ¿quién contará, si fué vencido,
La historia y el suceso del debate?
Mas yo te contaré lo sucedido,
Ni aunque quede inferior en el combate,
Me es de honor, mas antes he adquirido
Consuelo grande y no pequeña gloria
Por ser quien fué señor de la victoria.

»Por fama si algún tiempo á tus oídos
La bella Deyanira acaso vino,
Fué virgen hermosísima, y perdidos
A muchos trajo rostro tan divino.

De envidiosa esperanza entretenidos,
 La demandaron muchos cual convino,
 Con quienes yo también me vi llagado,
 Y dije, en su palacio habiendo entrado:

»— ¡Oh, hijo de Parthaon, yo me ofrezco
 Por yerno tuyo y lo pretendo y pido!—
 Alcides también dijo: «Yo merezco
 »Que nadie á mí sea preferido.»
 Visto lo que él padece y yo padezco,
 Los otros del negocio han desistido;
 Él fama de sus hechos ofrecía,
 Y que por suegro á Júpiter daría.

»Trabajos muy famosos relataba,
 Y su virtud extraña y sufrimiento
 Con que como varón sobrepujaba
 De la áspera madrastra el mandamiento.
 Mas yo, por el contrario, replicaba
 Que era su pretensión sin fundamento,
 Y que rendirse alguno que dios sea
 A un hombre (aun no era él dios), es cosa fea.

»Por convencer el argumento suyo,
 Y de razones no mostrarme escaso,
 — Señor del agua, á mí me ves (arguyo)
 Que con oblicuo y retorcido paso,
 En varias partes riégo el reino tuyo (1),
 Por entre el cual continuamente paso.
 Ni seré yerno extraño, pues que pasa
 Que de tu pueblo soy y de tu casa.

»Siquiera no me dañe, que la diosa
 Junón no me persigue ni aborrece,

(1) El río Acheloiüs nace al pie del Pindo, y durante su curso separa la Etolia, donde reinaba Ceneas, padre de Deyanira, de la Acarnania, comarca del Epiro.

Pues ser tu madre Alcmena es una cosa
Que aunque te precies de ella te obscurece.
O es Júpiter tu origen mentirosa,
O fuiste de adulterio, y no merece honor
Quien finge el padre, ni es de él dino
Quien es, si no le finge adulterino.

»Con adulterio y crimen de tu madre,
De Jove serás hijo, si lo fueres,
Y si ella libre está, no es él tu padre.
Escoge y toma ya lo que quisieres,
Que es claro cualquier cosa que te cuadre,
Que no es honor ser hijo de quien eres. —
Yo de esta suerte á Hércules hablaba,
Mas él á mí con ceño me miraba.

»Mirábame ceñudo rato había,
Y apenas ha su cólera templado,
«Mi lengua no es facunda, me decía,
»Pero en mi diestra estoy más confiado.
»Vénceme tú hablando, yo querría
»En la pelea haberte derribado.»
Adonde estoy diciéndolo arremete,
Y con feroz semblante me acomete.

»Habiendo hablado tanto, tan de presto
Rendirme, de vergüenza no lo he hecho;
La verde ropa quito, y pongo á gesto
Mi persona á su daño y mi provecho.
Aparejado púseme en el puesto
Con brazos y con manos y con pecho
A resistirle, pero él esparcía
Menudo polvo en la persona mía (1).

(1) Al luchar los atletas empezaban por arrojarse polvo, para coger y estrechar más fácilmente los miembros desnudos y fro-tados con aceite.

»Y pónese en tocándome encendido
Cual roja arena, y con destreza y arte,
Agora á la cerviz, agora asido
A las piernas, de mí jamás se parte.
Y parecióme ser acometido
Por esta, por aquella y toda parte.
Mas por demás entonces lo pretende,
Porque mi mismo peso me defiende.

»No de otra suerte el rápido corriente
Al áspero peñasco da combate,
El cual con su grandeza no consiente
La fuerza de la ola que en él bate.
Desasidos un poco, brevemente
Tornamos á la lucha y al debate;
Y cada cual estando en su concierto,
De no rendirse al otro estaba cierto.

»El pie del uno al otro pie juntado
Le aprieto con mis dedos fieramente;
Con todo el pecho estando reclinado,
Enfronto con la mía yo su frente.
Los toros de esta suerte se han trabado,
Estando la becerra allí presente,
Y dudando las vacas quién del recio
Combate ha de llevar el rico precio.

»Tres veces pretendió quitar mi pecho
De sobre sí, con maña y fuerza harta,
Alcides, pero todas sin provecho.
Mas hale aprovechado la vez cuarta,
Que mis brazos desase á mi despecho,
Y con un empujón de mí se aparta
(Pretendo hablar verdad), y en un momento,
Subido en mis espaldas serle siento.

»Muy bien podéis creer la historia mía,
Que con mentira yo no busco estima.

Cuando sobre mis cuestras le tenía,
Me parecía tener un monte encima.
Un río de sudor de mí corría,
Y apenas pude asir quien me lastima
Y despedir á fuerza de mis brazos
Sus fuertes ligaduras y embarazos.

»Quedé sin huelgo y vióme fatigado;
No me dejó cobrar siquiera aliento,
Y cuando no me cato, ya agarrado
A mi cerviz estaba, y al momento
Me tuvo á mi disgusto arrodillado,
Y luego derribóme á su contento.
En virtud inferior á mi despecho,
De mis artes y mañas me aprovecho.

»Deslízome en serpiente convertido,
Y ya que hecho roscas meneaba
Mi lengua con fierísimo chillido,
Tyrintio de mis artes se burlaba,
Y díjome riéndose: «Obra ha sido
»Del tiempo, cuando yo en la cuna estaba,
»Vencer culebras, y aunque tú más seas
»Que otras, escapar de mí no creas.

»¿Qué parte con la Hidra comparado
»Podrás tú ser, aun vuelto sierpe fiera?
»Tu ser es uno, el suyo cien doblado,
»Dotado de extrañísima manera.
»De cien cabezas ni una la he cortado
»Que en un momento vuelta en dos no era.
»Hacíanla sus heridas ser fecunda,
»De tal virtud y tal poder abunda.

»Á ésta y á sus ramos y cabezas
»Con muertes y heridas redobladas,
»Que con mal aumentaba sus bravezas,
»Con estas manos tuve yo domadas.

»¿Qué crees tú de ti?, pues tus fierezas
 »Y las armas que mueves son prestadas,
 »Y gozas solamente de prestado
 »La forma donde estás disimulado.»

»Acabó de decir, y no se espanta
 De mi figura fiera ni amenaza;
 Aprieta con los dedos mi garganta
 Tan recio cual si fuera con tenaza;
 Procuraba salir de pena tanta
 Quitando de mi cuello tal mordaza,
 Y siendo de esta suerte convencido,
 Restaba ser en toro convertido.

»En toro bravosísimo tornado,
 Por el siniestro lado me arrebató,
 Y con sus fuertes brazos arrastrado,
 Me sigue, me persigue y me maltrata.
 Asido por los cuernos me ha postrado
 En la arena, y sobre todo trata
 Dar de su mucha fuerza buena muestra
 Arrancando mi cuerno con su diestra.

»Las Náyades presentes se hallaron,
 Haciendo sentimiento de que vieron
 El cuerno derribado, que tomaron
 Y de olorosas flores le hinchieron.
 Manzanas y otras frutas que cortaron,
 Unánimes en nombre le ofrecieron
 De todas, y la ofrenda no fué chica;
 La Copia está con él contenta y rica» (1).

(1) La mayoría de los poetas y mitógrafos atribuyen distinto origen al cuerno de la abundancia, diciendo que cuando Júpiter elevó á su nodriza, la cabra Amalthea, al rango de los astros, le quitó un cuerno del cual salían cuantos bienes pudieran apetecerse, y lo regaló á las ninfas que cuidaron de su infancia.

Esto decía, cuando una criada
De las que administraban el gobierno,
Cual la diosa Dïana arregazada,

El cabello esparcido, sacó el cuerno
Riquísimo de frutas proveído
Que trae otoño, próximo al invierno.

Camuesas olorosas han venido
En él, que son los postres más preciados
Que las segundas mesas han tenido.

Había ya amanecido, y los collados
Y cumbre de los montes parecían
De los solares rayos matizados,

Cuando los caballeros se partían,
Sin esperar del todo la bonanza
Del río, aunque sus aguas ya corrían

Con más sosiego, y dentro se abalanza
Aqueloo, en el momento chapuzado
Su agreste rostro indigno de alabanza.

Porque después que el cuerno le han quitado,
Aunque en el resto libre, el desengaño
De falta tal le tienen bien domado;

La cual él disimula con extrañó
Cuidado, ora con salcé ó verdes cañas
Cubriendo de su frente el grave daño.

Pero tú, Neso, viste tus entrañas
Del fuego de esta virgen abrasadas,
Y la culpa pagaste de tus mañas.

Pues fueron tus espaldas traspasadas
Con voladora flecha, procurando
Vengar tus intenciones estragadas.

Porque á su tierra Hércules tornando
Con la nueva mujer, y á la ribera
Del rapidísimo Eveno (1) parando,

(1) El Eveno era un río de la Etolia que primitivamente se llamó Lycormas. El nombre de Eveno le provino del rey de Etolia así llamado, que, persiguiendo á Ida, raptor de su hija, y no pudiendo alcanzarle, se arrojó desesperado en dicho río.

Vió que iba su corriente de manera,
Con nieves y con lluvias aumentada,
Que buscar vado en él por demás era.

Al cual, muy cuidadoso de su amada
Y sin temer de sí decía Neso,
Hallando coyuntura aparejada :

«De la otra parte, si pretendes eso,
Alcides, yo pondré tu compañía,
Porque este es el oficio que profeso.

»Tú pasarás nadando», concedía
El valeroso Aonio, y ha entregado
A Neso á Deyanira, que temía,

Y el semblante mostraba amedrentado
De Nefo y de las aguas, y al momento
Con el aljaba y piel embarazado

(Porque la clava y arco con intento
De echarse á nado echó de la otra parte),
Diciendo : «Pues he hecho el fundamento,

»Sujétense los ríos», luego parte,
Y sin mirar por dó va más clemente,
Se arroja tan con fuerza cuan sin arte.

Despreciando seguir de la corriente
El hilo, contrastó de tal manera
Su furia, que se vido prestamente

Estar á do su arco en la ribera;
Y estándole tomando ha conocido
La voz de su señora y compañera.

Quejábase de Neso fementido,
Que negar el depósito quería,
Y como el bravo Alcides lo ha entendido,
Al Centauro gritando así decía :

«Malvado, violador, dime, enemigo,
¿Dó huyes, vanamente confiado
En tus pies? A ti, Neso, á ti lo digo;
Deja lo ajeno, deja lo vedado.
Y si á que te comidas tú conmigo
Mi ser y autoridad no te ha bastado,

La ruêda de tu padre te debía
Bastar á no robar la diosa mía.

»Mas aunque en pies confías de caballo,
No te me escaparás, á lo que entiendo;
Tú huyes, mas yo forma mejor hallo
Que pies para irte, falso, persiguiendo
La saeta podrá mejor vengallo,
Que no mi ligereza.» Así diciendo,
Aséstale, y pasóle espalda y pecho,
Culpando haberle hablado sin provecho.

El corvo hierro saca de la herida,
Y sale por el uno y otro lado
Lerneá ponzoña y sangre corrompida.

Diciendo moriré, pero vengado,
Entre sí Neso, coge este veneno.
Y un lienzo en esta sangre ensangrentado
A Deyanira dió, como que bueno
Fuese para hacer ser bien querida
Y sujetar á amor á espuela y freno.

Pasó no mucho tiempo, y fué esparcida
La fama de los hechos valerosos
De Hércules, y clara y conocida
La malicia é intentos envidiosos
De su madrastra, y él aparejaba
A Júpiter Ceneo (1) victoriosos
Y santos sacrificios, que tornaba
De Oechalia (2) vencedor, y muy contento
Salir de obligación determinaba.

(1) El Ceneum era un promontorio de la Eubea, la mayor isla del archipiélago griego después de Creta.

(2) Euryto, rey de Oechalia, prometió su hija á quien le sobrepusese en disparar flechas. Vencido por Hércules, le negó el convenido premio; pero el héroe se administró la justicia por sí mismo robando á Iola.

En Grecia había muchas ciudades llamadas Oechalia.

Y la parlera Fama, por el viento
 A Deyanira vino en un instante
 (Que suele recibir contentamiento
 En recitar verdad con abundante
 Comento de mentiras, con que crece
 Haciendo de una mosca un elefante).

Del fuego que por Íoles padece
 El hijo de Anfitríon, su marido,
 Creyóle por amarle, y se entristece;
 Y el nuevo amor de lágrimas la ha sido
 Al principio ocasión y llanto fuerte,
 Y ya que al lloro su dolor rendido,
 Diciendo comenzó de aquesta suerte :

«¿Por qué me mato y me fatigo tanto?
 ¿Para qué gasto en lloro mi cabeza?
 Pues es creíble que mi pena y llanto
 Darán contentamiento á mi combleza.
 Mejor será innovar algo entretanto
 Que no la veo en mi cama y mi riqueza.
 ¿Qué debo hacer, callar? No hay quien tal pueda.
 ¿Volverme he á Calydonia? ¿Estarme he queda?»

»Írme del palacio, ó tan extraña
 Injuria sufriré de buena gana;
 Auméntame el dolor, la pena y saña,
 Meleagro, el acordarme soy tu hermana.
 Ora ¡sus! yo aparejo una hazaña,
 Una venganza tal y tan insana,
 Que en mí se verá bien adónde llega
 la hembra de celosa rabia ciega.»

Mil cosas imagina, é inclinada
 Está á usar de aquella vestidura
 De la sangre de Neso ensangrentada,
 Que al desmayado amor hará tal cura,
 Que volverá en su fuerza; y al instante
 A Lycán se la dió por su ventura.

El cual de lo que lleva va ignorante,
Y Deyanira misma no sabía
Que le daba martirio semejante.

Y con la más blandura que podía,
Rogábale que diese á su marido
Aquel presente, y diga quién le envía.

Recíbele el varón, y así vestido,
Encomenzaba el santo sacrificio,
Habiendo en los altares esparcido

El vino, y el incienso al sacro oficio,
Con devotas palabras, en el fuego
Ha puesto, y el calor del ejercicio

Y de las llamas, puso en acto luego
Las fuerzas del veneno tan extrañas,
Y comenzó á sentir desasosiego

Al punto que se entró por las entrañas
Y miembros aquel mal, y mientras pudo
Hércules reprimió su furia y sañas.

Rendida su paciencia al dolor crudo,
Arroja los altares, vase á Oete (1),
A do manifestó que no era mudo,

Gritando, y sin tardar la mano mete
Por rasgar la camisa emponzoñada,
Y que su gran tormento se aquiete.

Sacábala á pedazos, y pegada
La carne y cuero á ella, ó no podía,
Que estaba ya en sí mismo incorporada,

O al fin si la quitaba descubría
Ligamentos y huesos, ¡cosa braya!,
Y la sangre del triste que caía,

(1) Es sin duda extraño que haciendo Hércules el sacrificio en el monte Cenœum haga resonar sus alaridos en el Ceta. El comentador latino, según Diodoro de Sicilia, explica esta brusca transición diciendo: «*Hercules quum sentiret vim veneni, Lychem in mare præcipit tum trachinem proficiscitur ad Dejaniram tandem in Ceten montem quippe Jove sacrum se deferri jussit*», etc.

De la manera misma chirriaba
 Que el albo hierro en agua fría echado,
 Y el ardiente veneno la quemaba.
 No hay término en su mal, pues abrasado
 Por dentro el cuitado, y consumido,
 En sudor verdinegro está empapado,
 Quemándose los nervios dan sonido,
 Y lo interior de cada hueso fuerte,
 Con la ponzoña ciega derretido,
 Las manos alza y dice de esta suerte :

«Hártate ya, Saturnia, de mi duelo;
 Hártate de mi daño y de mi pena;
 Mira mi pestilencia de tu cielo;
 Harta tu condición á nadie buena.
 O si aun al enemigo desconsuelo
 (Que tu enemigo soy), de esta alma ajena
 De descanso, que en mí tanto te enoja,
 Quitándome la vida me despoja.

»La muerte para mí merced sería,
 Y hacerla á la madrastra es muy decente.
 ¿Fueron mis manos, fué la fuerza mía
 La que domó á Busiris, que la gente
 Mataba peregrina y que vertía
 En el sagrado templo la inocente
 Sangre; y el que quité al fiero Anteo
 Las fuerzas de su madre? (1); no lo creo.

»La tresdoblada forma no ha podido
 Moverme del pastor valiente Hiberno (2).

(1) El gigante Anteo, hijo de la Tierra y rey de Lydia, provocaba á los extranjeros á la lucha y después de vencerles les mataba. Cuantas veces era derribado y su cuerpo tocaba á la tierra, recobraba nuevas fuerzas. Hércules lo levantó en el aire y lo ahogó entre sus brazos. Ovidio habla también de Anteo en la IX Héroida.

(2) El pastor Hiberno era Geryón, monstruo de tres cabezas y tres cuerpos, hijo de Chrysaor y de la ninfa Calirrhoe.

Ni á mí tampoco mismo me ha movido
 Tu tresdoblada forma, Cancerbero.
 ¿Vosotras manos sois las que rendido
 Habéis al furibundo toro (1) fiero?
 ¿En Elis (2) vuestra fuerza ha sido alguna?
 Sintióla acaso Stinfalo laguna.

»¿En el Parthenio (3) bosque fué sonado
 Aquel valor con que también trajiste
 El talabarte (4) de oro tanpreciado?
 Ni al velador dragón á quien rendiste
 Guardar el fruto de oro le ha bastado,
 Que el mal que le pesó, se le cogiste.
 Sufirme los Centauros no han podido,
 Ni el puerco me ha de Arcadia resistido.

»Ni aprovechó á la Hidra (que crecía
 Con daño) tu fiereza redoblada,
 Pues ¿qué tal fué el coraje y furia mía
 Cuando vi de Diomedes la manada
 De potros que el tirano mantenía (5)
 De carne humana, y vi despedazada
 En la caballeriza mucha gente,
 Pues á él maté y á ellos juntamente?

(1) Era este toro el que arrasaba las campiñas de Creta por orden de Neptuno. Llámasele también toro de Maratón. Hércules le domó y llevó á Euristhea, que le dió libertad, y entonces fué vencido por Theseo.

(2) Esta frase hace alusión á las caballerizas de Augias en la Elida, barridas y limpiadas por Hércules.

(3) Parthenia era una montaña de la Arcadia donde Hércules persiguió durante un año una cierva de patas de bronce y cuernos de oro, cogiéndola por fin y llevándosela viva á Euristhea, que se la había pedido.

(4) Este talabarte era el de la Reina de las Amazonas.

(5) Diomedes, rey de Tracia, hijo de Marte, alimentaba sus cuatro caballos con carne humana. Hércules le mató y quitó los caballos, dándole en guarda al joven Abderus, su favorito, al cual devoraron. Theón el sofista y Palephates atribuyen el origen de esta fábula al estado de miseria en que paró Diomedes por la necesidad de alimentar sus caballos.

»Con estas mismas manos he ahogado
 El gran león Nemeo, con las cuales
 El fiero Caco, monstruo endemoniado,
 Pagó sus latrocinios infernales
 Cabe el río Tibre. Y tuve sustentado
 En mi cerviz el cielo, y fueron tales
 Mis hechos que Junón ya de mandarme
 Se cansa, y yo de hacer no sé cansarme.

»Mas agora una nueva pestilencia
 Me mata, me persigue y atormenta,
 A quien virtud no hace resistencia,
 Y con la fuerza y armas no se ahuyenta.
 Un fuego de terrible vehemencia
 En mi pulmón y miembros se aposenta,
 Y está Euristeo (1) bueno en este suelo,
 Y ¿hay quien crea que hay dioses en el cielo?»

Acabó de decir, y por el alto
 Oetes herido va de aquella suerte
 (De gusto, de contento y salud falto)
 Que suele el toro próximo á la muerte,
 De lanzas y venablos traspasado,
 Que haber huído el matadar advierte.
 Pudiérades le ver apasionado
 Mil veces, y otras tantas dar gemidos,
 Temblar, y muchas otras ha tentado
 Rasgar por todas partes sus vestidos,
 Airarse con los montes, procurando
 Dejarlos con sus fuerzas destruidos,
 O al cielo de su padre enderezando
 Los brazos. Y de aquesta suerte estaba,
 Y acaso á Lycán vido estar temblando,

(1) Euristeo era rey de Argos y de Micenas. Juno adelantó dos meses su nacimiento para que precediese al de Hércules, porque en virtud del juramento que por sorpresa logró de Júpiter, el menor de ambos príncipes debía quedar sometido al otro. Por orden de Euristeo emprendió Hércules sus trabajos.

Que el cuitado esconderse procuraba
 Debajo de un peñasco socavado;
 Y como el mal la rabia le incitaba,
 Mirando al miserable, así le ha hablado:

«¿Tú, Lycán, es posible que has podido
 Acarrearme á mí tan grave daño?
 ¿Tú el mensajero y portador has sido
 Dé don pestilencial y mal tamaño?
 ¿Tú me le has dado? ¿Tú me le has traído?
 ¿Has sido tan ingrato y tan extraño?
 ¿Es posible que autor en este día
 Serás, cuitado, de la muerte mía?»

Él, medroso, temblando y amarillo,
 Se excusaba, y las manos ya quería
 Poner, cuando le toma, y sin oílo,
 Más que un trabuco al miserable envía
 A las Euboycas aguas, y al momento,
 En el aire do va se endurecía;
 Que, cual con el helado y seco viento
 El agua se hace nieve, y si rodando
 Se cae, con el girado movimiento
 Se convierte en granizo, fué tomando,
 A fuerza de sus brazos arrojado
 (El cuerpo sin humor, sin sangre estando
 De miedo), de durísimo y pesado
 Guijarro forma el triste, según cuenta
 Quien sabe de aquel siglo ya pasado.
 Y aún en el golfo Euboyco representa
 Un peñasco pequeño su figura,
 Y como si sintiese, tienen cuenta
 Los marineros, y cualquier procura
 Que no le pisen, y es Lycán nombrado
 Por su desgracia fiera y suerte dura.
 Mas tú, ínclito señor, que procreado
 Del sacro Jove fuiste, en un instante,
 Habiendo de los árboles cortado

Del arriscado Cete lo bastante
Para una hoguera tal cual convenía,
Aparejar mandaste lo restante.

El arco y el aljaba te traía
El hijo de Peante (1) con las flechas,
Que aun otra vez á Troya convenía (2)
Volviesen, y del mismo te aprovechas
Para pegar el fuego, y encendido
De leños el montón y brasas hechas.

La piel con que te cubres has tendido
Sobre ellas, y recostándote al instante
Encima, y de almohada te ha servido

La clava, donde estabas con semblante
Tal cual si de guirnalda coronado
A mesa te hallaras abundante.

Sonaba el fuego ya por todo lado,
A quien le tiene en poco acometiendo;
Estaban con temor y con cuidado

Los dioses del suceso, lo cual viendo
Júpiter (que sintió su pena fuerte),
Estándose con ellos sonriendo,
Con rostro alegre dijo desta suerte:

«De ese temor me nace á mí contento,
¡Oh dioses!, y me alegro y tomo gusto,
De que soy padre y tengo el regimiento
De pueblo agradecido, santo y justo,
Y de que tenga tal merecimiento
Mi hijo y tal valor, muy mucho gusto,
Que para merecer eterno muro
También de vuestra parte esté seguro.

(1) Peante ó Pean, rey de Melibea, ciudad de Thesalia, era padre de Philoctetes, de quien habla Ovidio en el libro XIII.

(2) Las flechas de Hércules fueron fatales á Troya, donde reinaba Laomedonte cuando fué el héroe á sitiarla con Telamón. Según el oráculo, debían decidir por segunda vez el destino de Troya en la guerra que sirvió de asunto á la *Iliada*.

»Porque aunque por quien es le habéis hon-
 Y su valor y célebres hazañas, [rado,
 Con todo eso os quedo yo obligado,
 Aunque han sus obras sido tan extrañas.
 Cada uno esté contento y sosegado,
 Tened en poco llamas aun tamañas;
 Quien lo ha vencido todo, llanamente
 Ha de vencer el gran fuego presente.

»Consumirá Vulcano, bravo y fuerte,
 La parte terrenal, que es de su madre.
 Eterno es, impasible, exento á muerte
 Lo que llevó de mí, que soy su padre;
 Y libre de la escoria, de tal suerte
 Le admitiré en el cielo, que le cuadre
 A cualquier dios sin duda, yo lo fío,
 Según será agradable el hecho mío.

»Y si con todo eso alguno hubiere
 Que Hércules ser dios le diere pena;
 Si alguno por ventura se doliere
 Del premio suyo, duela en hora buena;
 Aprobará por fuerza lo que viere,
 Y habrá de confesar á boca llena
 Que tiene por quien es bien merecido
 El ser eterno, agora recibido.»

Los dioses lo aprobaron al instante,
 Y Juno al parecer, mas lo postrero
 No lo pudo escuchar con buen semblante;
 Y fué su sentimiento verdadero,
 Porque se vió notada, y entretanto,
 El fuego con ardor terrible y fiero
 Lo humano consumió, quedó lo santo,
 De forma que ninguno conociera
 La semejanza de Hércules, que cuanto
 Tenía de la madre, ya no era;
 De la del sumo Jove sola goza
 Divina, permanente, verdadera.

Y como la culebra se remoja
 El cuero entre las pieles despedido,
 Y lozana de verse así retoza;
 Así el señor Thyrintio, revestido
 De la porción mejor, en su presencia
 La gravedad demuestra haber crecido;
 Y todos le conceden reverencia,
 El padre poderoso le recibe
 Con rostro alegre y paternal clemencia;
 Y un estrellado coche se apercibe
 En que le sube al cielo, do süave
 Y vida eterna con su padre vive (1).

Atlas echó de ver el peso grave,
 Mas no por eso quiere Euristeo
 Que el perseguirle antiguo ya se acabe,
 Porque el paterno odio y el deseo
 De ofenderle, en el hijo ejercitaba
 Porfiado, crüel, atroz y feo.

Mas la tebana Alcmena descansaba
 Con Íole, contándola su duelo,
 A quien continuamente relataba
 Los hechos de su hijo, y su consuelo,
 Que el mundo de continuo testifica,
 Y no tenía otro abrigo en este suelo.

Hylo solemnizó su boda rica
 De Amor con ésta, habiéndolo mandado
 Hércules, y el contento significa
 Su vientre generoso ya ocupado
 De la simiente ilustre, y así estando
 La buena vieja Alcmena la ha hablado,
 Su plática de este arte comenzando:

«Favorézcate Dios, y la tardanza
 Abrevie cuando el tiempo sea llegado

(1) El astro Hércules fué colocado entre la corona de Ariana, la Lira y la Serpiente,

De invocar á Illithia (1), do se alcanza
Suceso á las preñadas deseado.
Y no te salga vana la esperanza
Cual contra mí Junón ha negociado,
Que por condescender con esta diosa
Me fué Lucyna á mí dificultosa.

»Porque estando en el mes, llegado el día
En que Hércules había de ser nacido,
Mi vientre con el peso se extendía
De suerte, que cualquiera habría creído
(Según la pena era y carga mía)
El sumo Jove haber la causa sido;
Tal era mi congoja y mi tormento,
Que ya no me bastaba sufrimiento.

»Andaba de tal arte y tan pesada,
Que agora en acordarme estoy temblando,
Y no me siento poco trabajada
Cuando en aquel conflicto estoy pensando.
Por siete días y noches acosada
Estuve con mil males, y clamando
Suplicaba á Lucyna que viniese
Y de tan gran trabajo me eximiese.

»Sí vino, pero vino de tal suerte,
De Junón sobornada, cruda y fiera,
Que por la dar contento, á mí la muerte
Sin reparar en nada dar quisiera.
Y como oyó mi llanto y cuita fuerte,
Sentóse ante la puerta, de manera
Que la rodilla izquierda está apretada
De la derecha, corva y sojuzgada.

(1) Los griegos llamaban Illithia á Lucyna, diosa de los partos.

»Estaba así sentada, y más tenía
 Con unos dedos otros enclavados,
 Y de esta forma el parto detenía,
 Y recitando versos encantados.
 Yo pujo, y como loca maldecía
 A Júpiter en tanto, y que acabados
 Mis días fueran mucho más gustara,
 Porque tan gran tormento se acabara.

»Mis ansias y mis llantos eran tales,
 Y tales los tormentos que sufría,
 Que ablandaran los duros pedernales
 Las cosas lastimeras que decía.
 Las tebanas matronas, á mis males
 Piadosas, allí estaban, y acudía
 Cada cual á los dioses suplicando,
 Y allí me estaban todas animando.

»Galantis, rubia, moza diligente,
 De mis criadas una, que aunque era
 Entre las otras de más baja gente,
 Sirve con más aviso en gran manera,
 Que en lo que había de hacer continuamente
 A las demás llevaba delantera.
 No sé que se entreoyó que se hacía,
 Porque la injusta Juno lo quería.

»Y mientras entra y sale, vió sentada
 En el altar la sobornada diosa,
 Los dedos y rodillas apretada,
 A quien razones tales decir osa:
 «Si nuestra buena suerte no te enfada,
 »Quienquiera que tú seas, ve gozosa
 »A dar el parabién á mi señora,
 »Que apenas de parir acaba agora.»

»Levántase espantada, y desenclava
 Las manos la que ayuda á las paridas,

En ese mismo punto se me acaba
Mi mal, las ligaduras desasidas.
Es fama que Galantis se burlaba
Con risas y palabras no medidas,
De la engañada diosa, cuando ella
Por los cabellos ase á la doncella.

»Postrada del cabelló la traía
Lucyna por el caso acontecido;
La triste levantarse pretendía,
Mas háselo la diosa prohibido.
En los pies delanteros convertía
Sus brazos, y como antes había sido
Solicita, lo queda, semejante
En color, mas la forma no cual ante.

»Y porque con la boca mentirosa
La que dé parto estaba fué ayudada,
Por ella pare, y de ella deseosa,
Como antes nuestra casa es frecuentada» (1).
Alcmena, dicho aquesto, congojosa
Gimió, de compasión de la criada;
A quien (ya que acabó lo que decía)
La nuera de esta forma respondía:

«Al fin, señora madre, el sentimiento
Que haces es por quien no es tu pariente;
Mas ¡ay si te contase lo que siento
Del hado de mi hermana yo al presente!
Aunque el amargo lloro de este intento
Haberme de privar es evidente.
Tuve una hermana única á su madre,
De otra á mí me hubo nuestro padre.

(1) La metamorfosis de Galantis en comadreja es una alusión al antiquísimo error popular, fundado en que este animal cambia de continuo á sus hijos de sitio, de que casi siempre los lleva en las fauces,

»Dríope se llamaba (1), y fué famosa
Por su beldad muy rara y acabada;
La cual, por ser, como era, tan hermosa,
Del dios de Delo y Delfos fué forzada,
Y después fué de Andremón cara esposa,
Querida en todo extremo y regalada,
El cual con ella siempre reputado
Fué por dichoso y bienaventurado.

»Hay cuesta arriba un lago; la bajera
Orilla del cual lago parecía
A modo de hermosísima ribera;
La cumbre de arrayanes se vestía.
Dríope (de su suerte lastimera
Ignara) á tal lugar llegado había,
Y (porque más te enojés) pretendiendo
Coronas á las Ninfas ir tejiendo.

»En brazos un niño que criaba,
Aún no de un año (carga dulce), trajo.
Y no muy lejos del estanque estaba
Una florida Lotos á lo bajo,
Que esperanza de frutos demostraba;
De la cual para el niño cortó un gajo
Dríope, y yo lo mismo hacer quería,
Que estaba allí cuando esto acaecía.

»Vi que del corto ramo destilaban
De sangre pura gotas, y moverse
El árbol con horror, y que temblaban
Sus ramos congojados de así verse.
Ni es mucho, que, según nos relataban
Unos villanos tardos á creerse,

(1) Es probable que el nombre de Dríope proceda de una palabra griega que significa *encina*, árbol muy semejante al loto, siendo verosímil que esto diese lugar á la fábula de Dríope metamortoseada en encina ó en loto.

La ninfa Lotos era transformada
En árbol, de Priapo así escapada.

»Mudó su forma; el nombre sólo guarda
Para librarse del amante obsceno.
No lo sabía mi hermana, que no tarda
En querer retirarse como un trueno.
Atónita del caso sólo aguarda
Porque las Ninfas del estanque ameno
Contentas queden, y á la despedida
Los pies á la raíz se siente asida.

»Procura desasirse con presteza;
Mas no podía mover sino lo alto.
Ya cunde hasta las ingles la corteza,
Lo bajo estando ya de forma falto.
Quisiera remesarse la cabeza,
Y dando con las manos el asalto,
De hojas cada puño se hinchía,
Que su cabeza de hojas se cubría.

»Y el pequeñito Anfiso (que el abueio
Eurito (1) le llamó de aquesta suerte)
Las tetas de su madre, su consuelo,
Enyertecerse á su pesar advierte.
Porque, aunque más chupaba el muchachuelo,
No se le sigue leche: yo del fuerte
Y miserable caso fuí testigo,
¡Oh hermana!, mas favor no usé contigo.

»No usé favor, que yo no le tenía;
Mas de continuo estaba trabajando
Impedir la corteza, que cundía
El tronco con sus ramos abrazando.

(1) Eurito era su padre. Nicandro la llama hija del río Sperchio,

Y entonces yo confieso pretendía
 Irme de aquella suerte transformando.
 Y cuando lo que digo deseaba,
 Andremón, y mi padre que llegaba.

»El miserable padre y su marido
 Por Dríope en llegando preguntaron;
 En Lotos se la muestro. Han acudido,
 Y en leño convertida la besaron.
 A la raíz confusos se han asido
 Del árbol suyo, porque no hallaron,
 Que no fuese árbol, en mi cara hermana
 (Su rostro salvo) parte alguna sana.

»Con lágrimas las nuevas hojas riegan
 Que del mudado cuerpo se habían hecho,
 Y mientras el camino no deniegan
 A la voz, y querellas de su pecho
 Las partes de la boca, do aun no llegan
 Corteza ni madero, sin provecho
 Suspirando y lanzando un gran gemido,
 Hirió con tales quejas nuestro oído:

«Si los cuitados crédito merecen,
 »Por la divinidad sagrada juro
 »Que el martirio y tormento que padecen
 »Mis miembros, es sin duda agravio puro.
 »Sin culpa me castigan, y carecen
 »Mis obras de su premio, á buen seguro.
 »Si miento, yo me seque, y sea cortada
 »Con hacha aguda, y véame quemada.

»Quitadme allá este niño; dadle á una ama,
 »Y haced que muchas veces le dé leche
 »A sombra de mi nueva y verde rama,
 »Debajo de la cual se huelgue y eche
 »Haciendo de mis hojas fresca cama;
 »Y cuando de la lengua se aproveche,

»Haced que me salude, y diga triste:
 » — Mi madre de este tronco se reviste. —

»Mas tema los estanques, ni las rosas
 »O flores de algún árbol cortar ose;
 »Las plantas todas piense que són diosas;
 »Sospeche que en cualquiera se repose
 »Su Ninfa. Y tú, marido, que estas cosas
 »Te dan tormento, adiós, ya no te acose
 »El agrio lloro y la fatiga insana;
 »Adiós, amado padre y cara hermana.

»Los cuales (si piedad tenéis alguna)
 »No permitáis mi cuerpo ser llagado
 »De hoz, y defended que res ninguna
 »En estas verdes hojas dé bocado.
 »Y pues á mí me estorba la fortuna,
 »Y no puedo mi cuerpo haber doblado
 »Para besaros, ruégoos consoladme,
 »Enderezad los vuestros, y besadme.

»Y mientras puedo triste ser tocada,
 »Levantadme á mi hijo, estarle he viendo;
 »No puedo más hablar: por la alabada
 »Garganta la corteza va cundiendo.
 »Hasta la coronilla estoy mudada;
 »Quitad allá las manos, porque entiendo
 »Para cerrar mis ojos más presteza
 »Tendrá que no vosotros, la corteza.»

»Dejó de hablar y ser en un instante,
 Y los recientes ramos han estado
 Calientes por buen rato, como de ante.»

En tanto que contaba el desdichado
 Acaecimiento Íole, enjugaba
 Sus lágrimas Alcmena con cuidado,
 Y no por eso ella no lloraba;

Por causa de otras nuevas maravillas,
En un momento su llorar se acaba.

Iolao (1) por la puerta para oíllas
Entraba, de muy viejo vuelto mozo,
Con el dudoso vello en las mejillas.

Apenas de la barba tiene el bozo;
Concedióselo Hebe, suplicada
De su marido (2), y de no dar tal gozo

A otro alguno ya determinada,
Y queriendo jurar, no ha consentido
Tal juramento Themis consagrada,
Habiendo de esta suerte respondido:

«Ya las discordes guerras Tebas mueve,
Y no podrá Capaneo (3) ser vencido
De otro que Júpiter, y debe
Ser cada hermano igual en ser herido (4).
El adivino vivo (5) que se atreve,
Veráse de la tierra sumergido,
Y el vengador será del muerto padre
Pío, y traidor á un tiempo por su madre.

»Y atónito y opreso, con mil males
De seso y de su casa desterrado;

(1) Iolao, hijo de Iphicio, rey de una comarca de la Thesalia, era el amigo y escudero de Hércules.

(2) Después de su apoteosis fué Hércules esposo de Hebe.

(3) Capaneo era uno de los siete jefes en el sitio de Tebas, famoso por su impiedad. Lo mató un rayo por haberse vanagloriado de tomar la ciudad, aunque se opusieron Júpiter y todos los dioses reunidos.

(4) Alusión al combate de los hijos de Edipo Eteocles y Polynice.

(5) Este adivino es Amphiaraos. Advertido por su arte ó por el oráculo de Apolo de que moriría en el sitio de Tebas, ocultóse para no ir; pero seducida por Polynice, que le ofreció un collar de oro, su esposa Euriphila descubrió el sitio donde se escondía. Obligado á partir, encargó á su hijo Alcmeón que, cuando tuviera noticia de su muerte, matase á su madre. Sepultada en el seno de la tierra, le vengó Alcmeón dando muerte á Euriphila.

Con la visión de furias infernales
 Y de su madre se verá acosado,
 Hasta que su mujer palabras tales,
 Pidiéndole el joyel, dirá al cuitado
 Que cuando el mal joyel á la otra pida,
 Le priven los cuñados de la vida (1).

»Entonces por remedio de estos daños,
 Calírrhoe pedirá don semejante
 A Júpiter, diciendo que los años
 A cada hijo aumente siendo infante.
 Y porque atrevimientos tan extraños
 No queden sin castigo, el gran Tonante
 Lo habrá á la andada y nuera así mandado,
 Y ella en varones los habrá mudado.»

De cantar esto Themis acababa
 Con la sagrada boca que adivina,
 Y cada dios en vano murmuraba.

Cualquiera en todo extremo se amohina,
 Por no poder hacer lo semejante
 Que Hebe, por lo cual está mohina

La ilustre Aurora, hija de Pallante,
 Quejosa de los años que tenía
 Titón (2). Y cuidadosa de su amante

Jassio (3) la mansa Ceres acudía,
 Porque le daba pena en gran manera
 El ver que con la edad encanecía.

Vulcano á su Erictonio dar quisiera
 Edad; estaba Venus cuidadosa
 Del tiempo por venir, y si pudiera

(1) Alcmeón repudió á Alphesibea, su primera mujer, para desposar á Calírrhoe, y fué muerto por el hijo de Pneggio, hermano de Alphesibea.

(2) La Aurora era esposa de Titón, cuya vejez fué proverbial.

(3) Jassio ó Jasión, hijo de Júpiter y de Electra, fué amado por Ceres, que tuvo de él á Pluto, dios de las riquezas.

A Anquisis renovara; va la cosa
 Así, que cada dios muy bien tenía
 A quien hacer merced tan milagrosa.

Con el favor aquel motín crecía,
 Hasta que viendo Jove que le toca,
 Hablando con los dioses les decía
 Palabras semejantes con su boca:

«Si me tenéis respeto, ¿en qué habéis dado?
 ¿Por dicha piensa alguno que es tan fuerte,
 Que ha de vencer el invencible hado?
 Ser Iolao mancebo fué su suerte.
 Tornó por ella al tiempo ya pasado,
 Y no tenía poder en él la muerte.
 Los hijos de Calírrhoe habrán crecido
 Por éste, no por armas ni ruido.

»Y porque con más blando sufrimiento
 Paséis, debéis saber que yo rendido
 Estoy al hado, cuyo mandamiento,
 Si pudiera mudar, ten entendido
 Que Eaco, mi hijo y mi contento,
 Corvado no estuviera y consumido
 Con su vejez, y aunque viviera tanto,
 De edad florida fuera Radamanto.

»De edad florida Radamanto fuera,
 Y siempre le durara tal semblante.
 Pues Minos mío, ¿qué desmereciera,
 Para con él no hacer lo semejante?
 Que su vejez, amarga de manera,
 Le hace que no reine como de ante.
 Que agora que le ven de edad cargado,
 De muchos ni es temido ni estimado.»

Las pláticas de Júpiter movieron
 A los sagrados dioses al instante
 Que á Radamanto y Éaco advirtieron

Cansados, y al buen Minos, el cual, ante,
Cuando varón, las gentes espantaba
Aun sólo el nombre suyo tan pujante.

Agora flaco y de temor temblaba,
Pues le sucede un sobresalto nuevo
Que sus cansados miembros fatigaba.

A Mileto temía, por ser mancebo
Valiente, y que no poco presumía
En verse hijo del jocundo Febo.

Privarle de su reino pretendía;
Mas no osó ejecutar su mal deseo,
Que de su voluntad él mismo huía.

Y surcando y midiendo el mar Egeo,
En Asia una ciudad ha edificado
Del nombre suyo, á do, mientras el rodeo

Prosigue de su padre, que ha tornado
Mil veces hacia atrás, la delicada
Ziane, que Meandro la ha engendrado,

La conoció, y de dos dejó preñada.
Biblis y Cauno fueron, y podría
Cualquiera en Biblis ser escarmentada.

Cualquier doncella en ella convendría
Aprendiese á querer lo concedido,
Y no como la triste, que moría

Su pecho en vivas llamas encendido
Por el hermoso hermano, que no era
Amor, como de hermana, comedido.

Es cierto que al principio aquella fiera
Ponzoña no entendió, ni ser pecado
Besarle y abrazarle, de manera

Que la sombra de hermano la ha engañado,
Y cuando no se cata la cuitada,
Su tierno pecho siente enamorado.

Si ha de ver al hermano, aderezada
Venir procura, y viene deseosa
De ser por muy hermosa reputada.

Si allí por dicha hay otra más hermosa,
Envidia tiene de ella; mas con esto

Aun descubrir su amor á sí no osa,
 Ni hacer con tal ardor ningún pretexto
 (Aunque se abrasa toda internamente)
 De procurar deseo deshonesto.

Ya le llama señor, que de pariente
 El nombre le da en rostro, y que él la llame
 Hermana le parece inconveniente,

Sino Biblis; mas no porque así le ame
 Despierta da lugar á la esperanza
 Obscena, deshonesto, torpe, infame.

Pero dormida luego se abalanza
 A ver, y aun á gozar lo que desea,
 Y cuando el deseado fin alcanza

Entre sueños, por ser tan sucia y fea
 La obra, de vergüenza se ha encendido,
 Y lo que la fatiga la recrea.

Mas ya que el dulce sueño despedido
 Está callando un rato; pero luego
 El gusto de su sueño repetido,
 Dudosa está, diciendo sin sosiego :

«Cuitada, tal visión ¿qué pronostica?
 ¡Ojalá sea mentira que he soñado!
 Por cierto él es hermoso, y fuera rica
 De gozo, si pudiera haberle amado.
 Ser él mi hermano, ¡ay!, me damnifica,
 Que digno era de ser mi enamorado,
 Y yo para con él muy bien venía;
 Mas ser su hermana es miseria mía.

»Con tal que yo despierta nunca intente
 Insulto semejante, siempre sea
 Mi sueño tal, que en él me represente
 Su imagen, lo que tanto me recrea.
 Durmiendo, sin que nadie esté presente,
 El gusto gozará lo que desea.
 ¡Oh Venus tierna, oh volador Cupido!
 ¡Qué gozos! ¡Qué contento he recibido!

» ¡Qué gusto manifiesto! ¡Qué alegría
Gocé! ¡Cómo quedé también cansada!
¡Oh, cómo la memoria y gloria mía
Me deja tan de veras recreada!
Aunque el deleite mío parecía
Volar, y fué la noche acelerada,
Acelerada creo de envidiosa
A hora para mí tan deleitosa.

» ¡Oh yo bien afortunada! si pudiera
Juntarme, y este nombre se trocara,
Y como soy tu hermana fuera nuera
Del padre tuyo, Cauno, y te llamara
El mío yerno á ti, ¡cuán bien viviera!
¡Pluguiera á Dios que se comunicara
Lo que hay (sin los abuelos) de tal modo
Entre los dos, que fuera común todo!

» ¡Ojalá más ilustre hubieras sido
Que yo, pues mi contento fuera llano!
¡Ay!, que has de ser de no sé quién marido;
De mí (por mi desgracia) sólo hermano.
Por mi mal de tus padres he nacido,
De do lo que me daña está en la mano.
¡Luego mi sueño es nada! ¿Es algo? ¿Cómo?
¿Los sueños por ventura tienen tomo?

» Las leyes celestiales son más llanas;
El trato de los dioses muy más sano,
Pues se pueden casar con sus hermanas,
Y así se casó Opis con su hermano.
Junón y Tetis, diosas soberanas,
Con el tonante Jove y Oceano;
Mas ¿qué tiene que ver el bajo suelo
Con el gobierno del superno cielo?

» ¡Oh!, yo desterraré de mí el vedado
Ardor, que me consume en tal manera,

Ó si no puedo haberle desterrado,
 Plega al eterno Dios al punto muera.
 Y en la compuesta cama aparejado
 El ataúd, con ansia lastimera
 Mi hermano, y con suspiros muy espesos,
 Me dé en la boca mía cien mil besos.

»Mas esta cosa quiere el albedrío
 De dos, y bien que á mí me dé contento,
 Parecer le ha á mi hermano desvarío,
 Desvergüenza, traición, atrevimiento
 Los descendientes de Eolo, yo lo fio,
 Que tal no les pasó por pensamiento,
 Ni tuvieron por feo ó por pecado
 Haberse á sus hermanas ajuntado.

»Cuitada de ti, Biblis, ¿dó has sabido
 Ejemplos semejantes? ¿Qué camino
 Es éste? ¡Fuera, fuera dios Cupido,
 Ardor perverso, fuego tan malino!
 Con virtüoso amor, y concedido
 No más, amar mi hermano determino;
 Mas si él me amase con intento feo,
 Quizá me rendiría á su deseo.

»Pues yo, que no pudiera desdeñarle
 Hablándome en amores, ni ser cruda,
 ¿Habré de descubrirme y requestarle,
 ¡Ay trstel! ¿Has de poder, y no ser muda?
 Si me constriñe Amor, habré de hablarle;
 Ó si por la vergüenza estoy en duda,
 En un billete determino luego
 Manifestar mi pecho oculto y fuego.»

Determinóse á esto, levantada;
 Comienza á ejecutarlo, así diciendo
 Sobre el siniestro codo recostada:
 «Allá se acuerde Cauno; yo pretendo

Mis ansias descubrir y mi locura,
Y el fuego donde triste estoy ardiendo.

»¡Ay de mí, desdichada sin ventura!
¿Adónde voy? ¿Qué fuego en mí se muestra?»
Y con temblor de mano, á la escritura

Principio quiere dar; tenía en la diestra
La pluma, y el papel blanco tenía,
Para escribir la carta, en la siniestra.

Comienza, duda, escribe, y con porfía
Al papel y la pluma pone culpa
Por no la suceder como quería.

Notando muda, borra, aprueba, culpa,
Y deja de escribir, y vuelve á ello,
Que no saber qué quiera, la disculpa.

Cualquier cosa que hacer pretenda, hacello
La enfada, la vergüenza, la osadía
Manifestando en su semblante bello.

«Tu hermana» (había ya escrito), y parecía
Que convenía borrarlo, y lo ha borrado,
Y en el mismo papel así escribía,
Habiendo de otra suerte comenzadó:

«La que (si no de ti) salud no espera,
Y te ama extrañamente, aquesta envía
Sin nombre, porque no hallo yo manera
Para escribirle sin infamia mía.

¡Y ojalá que sin él yo te pudiera
Significar, señor, lo que querría,
Y mi esperanza fuera firme y cierta,
Antes que Biblis fuera descubierta!

»Pudieras entender ser yo tu amante
Por las señales claras que en mí vías:
Color, flaqueza grande, y mi semblante,
Mis ojos lagrimosos y ansias mías;
Los besos, los abrazos, no cual ante,
Porque, á mirar en ello, bien verías

(Según yo te los daba tan de gana)
Ser abrazos y besos no de hermana.

»Yo hice, te prometo, juro y digo
(Aunque de grave mal apasionada,
Y del furor de amor fiero enemigo -
En las entrañas tiernas abrasada),
Cuanto yo pude (y de ello es Dios testigo)
Por escapar, y estuve porfiada,
Procurando huir del bravo fuego
(¡Ay triste!) del soberbio niño ciego.

»Y siendo del feroz acometida,
No creerás los males que he sufrido.
Al fin no pude más, quedé rendida,
Y tu favor (aunque medrosa) pido.
La muerte puedes darme tú y la vida;
Yo acepto lo que fueres tú servido,
Que tal vida vivir me es gran fatiga,
Y no te ruega esto tu enemiga.

»La que estando juntísima contigo
Desea estarlo más, es quien te ruega.
Los viejos echen cuenta allá consigo
Las leyes y su fuerza adónde llega (1).
A nuestros fiernos años es, amigo,
Muy conveniente Amor y Venus ciega;
Que agora lo que es lícito ignoramos,
Y lo que sea todo sospechamos.

»A los sagrados dioses nuestra llama
Imita; ni podrá ponernos raya

(1) El texto dice: *Quid liceatque, nefasque fasque sit. Liceat* debe entenderse de la ley escrita, y *fasque y nefasque* de la ley natural. Esta distinción la expresa Cicerón terminantemente. *Quod aut per naturam fas esset, aut leyes liceret (Oratio pro Milone)*.

El duro padre, ó miedo de la fama,
 Con tal que causa de temer no haya.
 En el dulce placer de nuestra cama,
 Por ser hermanos, nadie habrá que caya.
 Puédote hablar secreto; allendé de eso
 En público me abrazas, y te beso.

»¿Qué tanto es lo que falta? Yo te ruego
 Hayas merced de quien su llama fiera
 Confiesa, y no lo hiciera si su fuego
 A confesarla no la constriñera.
 O si tan pertinaz estás y ciego
 A mi demanda justa y lastimera,
 Escribese en mi triste sepultura
 La causa de mi muerte, acerba y dura.»

Escribiendo esas cosas (aunque en vano)
 Hinchió el papel con el renglón postrero,
 Y en la margen paró su pluma y mano.
 Selló su crimen, y mojó primero
 Con las fervientes lágrimas el sello,
 Que no tenía saliva. El mensajero
 Escoge más decente para ello
 De todos sus criados; muy modesta
 Y lisonjera un poco, porque sello
 La convenía, díjole: «Da ésta
 Con gran fidelidad á mi (ha añadido
 Después de un rato) hermano»; mas ya puesta
 En la mano la carta, se ha caído
 En el suelo, de que quedó turbada,
 Que por agüero triste lo ha tenido.
 En fin, con todo eso fué enviada.
 El paje escoge tiempo conveniente
 Para el billete dar y la embajada.
 Atónito quedó súbitamente
 El nieto de Meandro recibida
 La carta, viendo en ella tan patente
 Insulto, y fué su cólera vencida

Apenas, que al muchacho dar quisiera
 El pago conveniente á su venida,
 Al cual al punto habló de esta manera:

«En tanto que te es lícito, alcahuete
 Malvado, perversísimo enemigo,
 Vete de mi presencia, corre, vete,
 Guarte de mí, porque en verdad te digo
 Que si no descubriera á quien te mete
 En esto, y mi vergüenza, tu castigo
 Yo te le diera tal y de tal suerte,
 Que no te fuera menos que la muerte.»

Él huye amedrentado, y sin sentido
 A su señora cuenta en qué manera
 Quedaba Cauno fiero, embravecido.

Quedó amarilla Biblis como cera
 Oyendo tan terrible despedida;
 Su cuerpo como nieve ó hielo era.

De contento y sentido despedida
 Medrosa, seño y ánimo perdido,
 Y de desmayo casi amortecida.

Mas ya que recobrado su sentido
 Y su furor, con el tormento fuerte
 Mover la lengua apenas ha podido,
 Y como pudo, dijo de esta suerte:

«Con gran razón mi pena me atormenta
 De lo que paso tengo culpa harta,
 Porque, ¿para qué di de mi mal cuenta,
 Fiando mi secreto de una carta?
 Mejor me fuera entrar, como quien tiente
 Que de un hablar obscuro no se aparta,
 Hasta saber su ánimo cuál era,
 Para que de esta forma me siguiera.

»Mejor hubiera sido con gran tiento
 Y parte de la vela, haber notado

De dó soplabá el favorable viento
Para haber al seguro navegado,
Y no sin más ni más, sin fundamento,
Haberla toda á ciegas desplegado
Y en alta mar sufrir naufragio cierto,
Sin esperar^o jamás volver al puerto.

»Cuanto más que certísimas señales
Me prohibían tratar de mis amores;
Cuando el billete se cayó eran tales,
Y fué el mayor quizá de mis errores
Escoger aquel día de mis males,
Tormentos, y congojas y dolores.
El mismo Dios sin duda me avisaba,
Y lo que había de hacer me amonestaba.

»Por lo menos mudar me convenía
Aquel infausto día y aciágo;
Y hablar yo misma la miseria mía
Mejor me fuera que esperar tal trago.
Error fué el escribir, y bobería
En su presencia hacer lo que aquí hago;
Me estaba á mí muy bien llorar me viera,
Amor en mi semblante conociera.

»Mucho más que escribí quizá le hablara;
Y cuando no escuchara el manso ruego,
Al deseado cuello me abrazara,
Haciendo con mis brazos nudo ciego.
Y si de él cruel me despegara,
Yo pareciera allí morirme luego,
Y echándome á sus pies enternecida,
Pedir misericordia, pedir vida.

»Mil cosas (él presente) hubiera hecho,
De las cuales, si acaso cada una
Por sí se efectuara, sin provecho
Tuvieran todas juntas más fortuna;

Pudiera ser que el acerado pecho
A todas se rindiera. Ni oportuna
Sazón quizá escogió mi necio mozo,
Y por su culpa se perdió mi gozo.

»No le debió de hablar de la manera,
En la ocasión y tiempo que debía,
Cuando más sin negocios estuviera.
De aquí nació la desventura mía;
Porque no es hijo él de tigre fiera,
Ni su pecho es de hierro ó piedra fría,
Ni de diamante, ni es bien yo sospeche
Que de leona brava mamó leche.

»Acometerle quiero más de hecho,
Y piénsole vencer, y determino
De no me arrepentir de lo ya hecho;
Y tengo de seguir este camino
Mientras viviere, porque yo sospecho
(Pues no puede no ser mi desatino)
Que es lo que más me importa y me conviene
Acabar de buscar el fin que tiene.

»Porque, aunque deje yo mi misma gloria,
Y mi deseo y la esperanza mía,
No puede ser que pierda él la memoria
De mi billete visto y osadía.
Y si no prosiguiese la victoria,
Un argumento claro le sería
De haber querido poco, ó de tal talle
Que sólo hubiese sido por tentalle.

»O sin dudar tendrá de mí sospecha
Que lo que hecho, no la poderosa
Mano de Amor con su dorada flecha,
Que tanto en mí se muestra rigurosa,
Lo hizo, sino que antes fué desecha
De ruin mujer, soez, libidinosa.

En conclusión, no me aprovecha nada;
No puedo ya dejar de ser culpada.

»Mi carta, petición y flaco intento
Me acusan; aunque en ello más no añida,
Ni me pasase más por pensamiento,
Al fin por ruin mujer seré tenida.
Lo que de hacer me falta á lo que siento,
Estando, como está, la tela urdida,
Hará muy poco más mi crimen feo,
E importa grandemente á mi deseo.»

Con tal discordia está su entendimiento,
Que con pesarla haber tal intentado,
Se le antojó tornar al mismo intento.

Y de lo justo en esto así ha pasado
Con tanta ceguedad la desdichada,
Que la han muy muchas veces desdeñado.

Y visto que el desdén servía de nada,
Él huye del martirio que le aterra,
La patria y la maldad desamparada.

Fundó nueva ciudad en otra tierra (1),
Y entonces diz que fuera de sentido
Se halla Biblis, puesta en tanta guerra.

Rasgó de sobre el pecho su vestido,
Mesó el cabello de oro, golpeando
Sus brazos, descubriendo por qué ha sido.

Y como loca pura, publicando
Su pretensión viciosa y prohibida,
Se estuvo la cuitada atormentando.

Y con su casa y patria desabrida,
Al desterrado hermano va siguiendo,
Sin quien la muerte quiere y no la vida.

Y como las de Ismaria van haciendo

(1) Cauno fundó en la Caria una ciudad, á la que puso su nombre.

Del tirso tuyo, Baco, concitadas
 A tercer año, va con tal estruendo.
 De verla así quedaron espantadas
 (Tanto era su tormento y ansias raras)
 Las vecinas de Caria, que dejadas
 Con los valientes Lélegas (1) y Caras,
 A Licia y á Congragon ha pasado,
 Y de Janto también las aguas claras.
 Dejó á Lymiro (2) atrás, y aun ha dejado
 Aquel monstruoso monte de Quimera,
 De quien el mundo todo está admirado.
 Que en el medio de fuego, arriba era
 León, y de bravísima serpiente
 La parte del collado más bajera.
 Los montes acabados, en sí siente
 La desdeñada Biblis fuerza poca,
 Cayéndose cansada extrañamente.
 Las caedizas hojas con su boca
 Tocaba y con su rostro soberano.
 Las Lelegeyas Ninfas, que las toca
 Su pena, la quisieron dar la mano
 Mil veces; pero todas lo intentaron,
 Aunque con gran amor, al fin en vano.
 ¡Oh, cuántas, cuantas veces procuraron
 Curarla los amores, alegando
 Razones que muy poco aprovecharon!
 Postrada, está las hierbas apretando
 Biblis, y con sus lágrimas las queda
 Regadas, de sus ojos destilando
 Un río, y la cuitada estáse queda,
 Y dicen que las Náyades la han dado
 Tal vena, que jamás secar se pueda.
 ¿Y qué don pudo ser más soberano?

(1) Los Lélegas eran unos pueblos vagabundos que fijaron su residencia en la Caria.

(2) Lymiro ó Lymira, población de la Lycia que conserva hoy el mismo nombre.

Al punto, cual de tea sale miera,
O betumen de tierra destilado,

O el soplo de Favonio, en primavera,
El agua con el frío vuelta en hielo
Derrite con el sol, de tal manera

La nieta del que alumbra tierra y cielo,
Con lágrimas fervientes consumida,
Se torna fuente que en el mismo suelo

Agora por su nombre es conocida,
Y en bajo de una negra encina mana
Biblis en clara fuente convertida.

La fama de este monstruo (es cosa llana)
Hubiera cien ciudades admirado
De Creta, á tal negocio comarcana,

Si por haberse Iphis transformado
Agora, agora en ella, no anduviera
Del caso nuevo el vulgo alborotado.

Porque de la ciudad de Festo (1), que era
Cercana á Gnosos (2), Licto nació, un hombre
Plebeyo y harto pobre, de manera

Que no fué conocido por su nombre,
Aunque su vida y fe le señalaba,
Y merecía por ella gran renombre.

El cual á su mujer amonestaba,
Preñada y muy vecina al parto estando,
De lo que había de hacer, y la hablaba
De esta arte sus razones comenzando:

«Dos cosas, ¡oh mujer!, agora veo
Por que rogar á Dios: la una verte

(1) Phœstos era una ciudad de Creta fundada por Minos y destruída por los Gortynianos. Hoy se llama Festo.

(2) Gnosos era una ciudad de Creta donde residía Minos. Según Strabón, fué llamada primeramente Ceratus, como el río que la bañaba. Los anticuarios buscan las ruinas de esta población en la isla de Candía, unos en Ginosá y otros en Castel Pe-diada.

Parida á luz conforme á mi deseo,
 O sin dolor, ó al menos poco fuerte;
 Y lo demás que mucho yo desco,
 Es que nazca varón, que á la otra suerte,
 Demás que es más pesada é importuna,
 Las fuerzas la deniega la fortuna.

»El brío la fortuna le enflaquece
 Al femenino sexo, tierno y blando,
 Y es cosa que mi ánima aborrece;
 Por do me determino, que si cuando
 Parieres (como es cosa que acaece)
 Fuere mujer (á mi pesar lo mando,
 Perdóname, piedad), recién nacida
 La priven del aliento y de la vida.»

Diciéndolo, con lágrimas regaba
 Su cara, así á quien esto era mandado,
 Como también á aquel que lo mandaba.

Bien que continuamente ha suplicado
 Telethusa al marido, sin provecho,
 Que el fin de sus congojas y preñado
 No ponga y su esperanza en tal estrecho
 Mas el marido Licto, muy constante,
 Está de su sentencia satisfecho.

Ella, ya muy preñada, poco ante
 Del parto, á media noche adormentada,
 La pareció que vía allí delante

A Ío, de su pompa acompañada,
 De espigas canas y oro refulgente,
 Y los lunares cuernos coronada.

Con semblante real, serena frente,
 El ladrador Anubis (1) allí viene,

(1) Anubis era el Mercurio de los egipcios. Plutarco le llama-
 ba Hermanubis, palabra formada con las de Hermes (Mercurio)
 y Anubis. Representábasele con cabeza de perro, y tenía un ca-
 duceo en una mano y un sistro en la otra. Los romanos le dedi-
 caron un templo.

Y Apis (1) de colores diferente,
 Y la Bubastis (2) santa, y el que tiene
 El dedo al labio (3), y vía el sonajero (4),
 Y el no buscado Osiris (5) cual conviene.

La sierpe peregrina con su fiero
 Denuedo, donde está ponzoña cierta,
 Para engendrar un sueño verdadero (6).

Parecióle que estando ya despierta,
 Y viendo cosa llana y evidente
 De todo engaño ó duda descubierta,
 La diosa le decía alegremente :

«Oh parte de mis gentes, Telethusa,
 No hagas lo que manda tu marido,
 Ni estés tan cuidodosa y tan confusa
 Habiéndote Lucina defendido.
 Lo que parieres guarda sin excusa;
 Soy diosa de favor, y habré podido
 Favorecerte en esto y cualquier cosa;
 No te seré jamás ingrata diosa.»

(1) Apis era el nombre del buey sagrado que se inmolaba en las fiestas de Osiris y al que se tributaban honores divinos.

(2) Bubastis, nombre con el cual adoraban á la luna los habitantes de Bubastos en Egipto.

(3) Se refiere á Harpocrata, dios del silencio, hijo de Isis y de Osiris. Se le representaba con la figura de un joven que oprime los labios con el índice de la mano derecha.

(4) Llama sonajero al sistro, instrumento musical de los antiguos. Los sistros egipcios estaban adornados en su parte superior con la figura de un gato con rostro humano, colocado entre las cabezas de Isis y de Nephthys.

(5) Tiphón dividió en catorce pedazos el cuerpo de Osiris, dispersándolos en el campo. Isis los encontró. En memoria de este acontecimiento instituyóse una fiesta, durante la cual los sacerdotes llorando fingían salir en busca de los restos de Osiris, y después con grandes gritos de alegría figuraban haberlos encontrado.

(6) El calificativo de *omniferi* que da Ovidio á la serpiente ha hecho creer á algunos comentadores que era el áspid llamado por Aulo Gellio *omniculosa aspis*.

Al punto se salió del aposento,
Aquesto dicho, y la Cretense luego
Se levantó, tomando gran contento,
Y suplicaba á Dios con manso ruego
No fuese aquello sueño ni fingido,
Sino remedio á su desasosiego.

El tiempo del preñado concluído,
Creció el dolor y pena de manera
Que á sí mismo del vientre se ha expelido.

Nació una hija; el padre creyó que era
Varón, y los demás, porque su madre
(Sabíalo sólo el ama) lo fingiera.

Pagadas las promesas, manda el padre
Que el nombre le pusiesen de su abuelo,
Que Iphis se llamaba, y de que cuadre

A hembra y hombre toma gran consuelo
La madre, y que con él nada engañase,
Y encubre la mentira con buen celo,

De niño era el vestido; y quien mirase
El gesto, juzgaría ser hermoso,
Que hombre, que mujer le reputase.

De trece años le hace el padre esposo
De la bermeja Iante, que dotada
Estaba de belleza y de reposo

Entre las otras damas, engendrada
De Teleste Dicteo, y ambos fueron
De igual edad y forma señalada.

Y en una escuela entrambos aprendieron,
Y como conversaron juntamente,
Con un amor y llama se encendieron.

Igual es la herida y fuego ardiente;
Mas no lo es la esperanza que han tenido
Y así el efecto desigual se siente.

Esperan ver el tiempo concluído
Del casamiento, y el que piensa Iante
Que es hombre, verle espera su marido.

Mas Iphis, verdadero y firme amante,
Se abrasa por lo que gozar no espera,

Y así es el esperar desemejante.

Y aun esto mismo aumenta en gran manera
Su llama, pues que ve que le conviene
Que una virgen por otra pene y muera.

De lágrimas apenas se contiene;
Y viendo en tal aprieto su cuidado,
Diciendo de esta suerte se entretiene,
De medio á su gran mal desconfiado :

«¿Qué fin ha de tener el mal que siento?
¿En qué podré parar con mi cuidado,
Tan lleno de prodigio y de tormento,
Cuan nuevo nunca visto y desusado?
A quererme los dioses dar contento,
Me hubieran con la muerte contentado,
Sin me dejar con vida por mi suerte,
Si con ella no quieren darme muerte.

»Si fuera mi pasión acostumbrada
Y natural, aun fuera sufridera.
¿Quién vaca vió de vaca enamorada?
¿Ó por yegua otra yegua en pena fiera?
La oveja del carnero es muy amada;
Halla su hembra el ciervo, á quien bien quiera,
Y así en las aves. Ni jamás se vido
A hembra herir por hembra el dios Cupido.

»Pluguiera á Dios, que rige el alto coro,
Que nunca yo nacido al mundo hubiera,
Ni Creta (que es el reino donde moro)
A causa mía tan monstruosa fuera.
La hija amó del Sol un blanco toro,
Y siendo hembra, macho amó siquiera;
Mas (si verdad confieso) muy más fiero
Es el amor por que viviendo muero.

»Muy más furioso, mucho más extraño
Es mi deseo y más desesperado,

Pues en la vaca al fin con el engaño
 Gozó el instante de ella deseado.
 Y para remediar su grave daño,
 Adúltero hubo el cual fuese engañado;
 Mas para mi remedio y mi consuelo,
 ¿Qué medio puede haber en todo el suelo?

»La habilidad más rara y excelente
 De cuantas en el mundo son halladas,
 ¿Qué puede hacer? Ni Dédalo prudente,
 Aunque vuelva con alas enceradas,
 ¿Será su arte acaso tan potente
 Que las decentes partes transformadas,
 De virgen me convierta en un instante
 En mozo, ó mudará por dicha á Iante?

»¿Por qué no te recoges, Iphis triste,
 Y vuelves sobre ti dando de mano
 (Mirando con cordura cuál naciste)
 Al fuego miserable, necio y vano?
 Si el hábito por dicha que te viste
 A ti misma no engaña, ten por llano,
 Parà que lo que á ti conviene lleves,
 Que es bien amar como hembra lo que debes.

»Quien ama, de esperanza se sustenta;
 Con este cebo, Amor continuo caza;
 No poder tú tenerla te atormenta,
 Que ninguna otra cosa te embaraza.
 Si abrazar á tu dama te contenta,
 Sin que lo estorbe nadie, ella te abraza;
 Ni será tu contento prohibido
 Del duro padre ó del sagaz marido.

»Al ruego tuyo, manso y amoroso,
 Siempre hallas fácil á tu dama bella;
 Con todo eso no podrás dichoso
 Llamarte, ni gozar de veras de ella.

Los hombres y los dioses decir oso
No pueden impedir mi dura estrella,
Y de los dioses fáciles poseo
Lo que pudieron dar á mi deseo.

»Mi padre mismo quiere lo que quiero,
Y la cosa del mundo más gustosa
Es para el suegro mío venidero
Cumplir mi voluntad en toda cosa;
Más nõ naturaleza, que es primero,
Y más que todos éstos poderosa;
Por ésta solamente me atormento;
Resiste sola ella á mi contento.

»Ya viene el tiempo, ya se llega el día
De aqueste extraño casamiento mío;
Será la hermosa Iante luego mía,
Moriremos de sed en medio el río.
La boda con dos novias será fría
(Ausente el novio) y claro desvarío.
Y así, sagrada Juno é Himeneo,
¿A qué venís á ella? No lo creo.»

Calló con esto, y no con menos fuego
Estaba la otra virgen siempre ardiendo,
Llamándote Himeneo con su ruego.

Telethusa, al contrario, está temiendo
Lo que ésta pide, y el temor que tiene
La muestra formas de irle diferiendo.

Con falsa enfermedad los entretiene,
Echando achaques y alegando agüeros
En que casar á su hijo no conviene.

No había ya qué decir; ya los postreros
Rodeos consumidos, se alegaba
El tiempo de sus miedos verdaderos.

Un solo día de pasar faltaba,
Y vase con su hija destocada
Al templo, y á la diosa suplicaba
De esta arte, y con su altar está abrazada :

«Isis, tú que con culto santo y raro
 En Paretonio (1) ser rogada gustas,
 En Mareote (2), Nilo y la isla Faro,
 Escucha agora mis plegarias justas.
 Dame favor en el peligro claro,
 Librándome de penas tan injustas;
 En otro tiempo yo te vi, señora,
 Con las insignias que te veo agora.

»Bien conocí tus santas compañeras,
 Las hachas que traías, y el sonido
 Que hacían con los blandos sonajeros,
 Y lo que me mandaste allí he cumplido.
 Que aquésta viva, y yo de lastimeros
 Castigos me haya, ¡oh diosa!, defendido,
 Consejo tuyo es, no lo negamos;
 Ten lástima de entrambas, te rogamos.»

Las lágrimas fervientes se siguieron
 Tras las palabras, y halas parecido
 Que las sagradas aras se movieron.

Y no fué parecer, que se han movido,
 Y las doradas puertas rechinaron,
 Haciendo, sin tocarlas, gran ruido.

Los cuernos de la Luna relumbraron,
 Que están en la corona de la diosa;
 También los sonajeros resonaron.

La madre, no segura, mas gozosa,
 Del santo templo parte consagrado;
 Síguela Iphis, ya no tan hermosa,

Con paso largo y menos mesurado;
 Crecen sus fuerzas, múdase el semblante
 Virgíneo en varonil, hase abreviado

(1) Parætonium era la principal ciudad de la Marmárica, donde Antonio y Cleopatra dejaron sus tesoros y sus hijos después de perdida la batalla de Actium.

(2) Mareotis ó Arapotes es un lago situado en la parte septentrional de Egipto, próximo á Alejandria.

El cabello, y se siente, no cual ante,
Cuando doncella flaca, sino fuerte,
De brío y de valor muy abundante.

Porque la que era hembra, se convierte
En un robusto mozo; dad ofrenda
Al templo que trocó también la suerte.

Solemnizad con fe tan estupenda
Merced; á hacerlo han todos acudido,
Y para que el portento más se entienda,

Por título del caso fué añadido.
Mancebo, pagó Iphis lo que, siendo
Doncella, había á los dioses prometido.

La luz del otro día amaneciendo,
Llegaron Venus, Juno é Himeneo,
Y á Iphis todos tres favoreciendo,
Su hermosa lante goza y su deseo.

LIBRO DÉCIMO

Partió de allí Himeneo, y va volando,
Vestido de un vestido azafranado,
El vuelo hacia los Cíconas guiando,
Y en vano fué de Orfeo suplicado,
Que, aunque presente estuvo al casamiento,
No quiso hablar palabra, ni ha mostrado
Señal de buen agüero ni contento.
También la misma hacha que tenía
Mostraba con su llama descontento,
Que con despabilarla no quería
Lucir, y chirriaba muy humoso
El fuego que la cera derretía.

Más que el principio, el fin fué peligroso,
Porque la nueva novia, acompañada
Por un florido prado deleitoso

De Náyades, sintióse el pie picada
Del diente agudo de una sierpe fiera.
Murió de la herida la cuitada;

La cual, ya que llorada en gran manera
En el superno mundo, el llanto raro
Convierte su marido, y lastimera

Querella, por mostrar patente y claro
El sentimiento suyo, al reino obscuro
Bajando por la puerta de Tenaro.

Ni fué medroso, yendo mal seguro
Por sombras y livianos moradores,
Hasta la reina ver del negro muro,

Y el gran Plutón, que entrambos son señores
De reinos inamenos, y allí estando,
Les dijo con dulcísimos clamores,
La voz con la vihuela concertando:

«Oh dioses de este mundo soterraño
Do nos hundimos todós los mortales,
Si consentís que diga sin engaño
La causa de venir yo pasos tales,
No fué para inquirir el reino extraño
Ni escudriñar lugares infernales.
Y por decir verdad tampoco quiero
Atar segunda vez al Cancerbero.

»Mas he venido de contento ajeno
Hasta llegar á la tartárea puerta,
Por mi mujer, por quien continuo peno,
Que pisando una víbora fué muerta.
Pensé poder sufrirlo, y puse el freno
Del sufrimiento; y digo cosa cierta
Que Amor á mi despecho me ha vencido,
Un dios bien en el mundo conocido.

»El mundo de allá arriba á su despecho
A Amor el vasallaje reconoce.
No sé si así es en éste, mas sospecho
Que acá también su fuerza se conoce,
Y (si es verdad la fama) en vuestro pecho
Y ayuntamiento nõ se desconoce,
Pues os rindió su vira tan divina
Al tiempo que causó tan gran rapina.

»Yo, pues, con humildad os ruego y pido,
Por el silencio grande y los temores
De que está lleno el reino ennegrecido,
Por esta confusión y sus terrores,
Que me hayáis, sacros dioses, concedido
Mi Euridice llevar y mis amores,

Tornándola la vida, de que el hado
Con tan temprana muerte la ha privado,

»Que vuestro es todo, ni hay quien se halle
De vuestro imperio y poderosa mano, [exento
Y todos acudimos á un asiento,
Que nos muramos tarde que temprano.
En fin de la jornada el aposento
Postrero ser aqueste, es claro y llano;
Señores sois del reino más profundo,
Pues gentes acogéis de todo el mundo.

»También será mi Euridice tornada
A vuestro mandamiento, cuando muerte
La vida le quitare bien lograda,
Y no en agraz con tan inicua suerte.
Por gran merced la pido yo prestada,
Y si me la negare el hado fuerte,
Quedarme determino; que más gusto
Que os sirváis de los dos á vuestro gusto.»

En tanto que él decía, y resonaban
Las cuerdas á su canto concertadas,
De compasión las ánimas lloraban.

Las aguas son á Tántalo olvidadas,
Y de Ixión también pasmó la rueda,
Ni estaban en el hígado ocupadas

Las aves, y también lo mismo veda
A las Belides; Sísifo sentado
Está sobre su piedra, y ella queda.

Entonces (según cuentan) se ha regado
El rostro de las Furias de agro llanto;
Su endemoniado pecho y acerado,

Movido con el son del dulce canto,
Ni el rey ni reina del profundo asiento
Pueden negar lo que él suplica tanto.

A Euridice llamaron al momento,
Con las novatas ánimas estaba,

La cual llegó con tardo movimiento,
Porque de la herida coxqueaba;
Tomóla con tal ley, que no mirase
A atrás á su señora que llevaba,
Mientras por el infierno caminase.
Pero si quebrantase aqueste fuero,
Al punto tal indulto se anulase.

Cuesta arriba tomaron un sendero
Difícultoso, obscuro, y que se cierra
De niebla espesa, poco pasajero.

No estaban muy distantes de la tierra
De arriba, cuando el sin ventura Orfeo,
No se acordando que en hacer lo yerra,

Medroso no se canse, y con deseo
De ver, volvió la vista enamorada,
Mirando á su señora (á lo que creo).

En este instante mismo fué tornada,
Y extendiendo los brazos, deseoso
De asir, ó ser asido, no halló nada,

Mas que aire fugitivo: del esposo,
Muriéndose otra vez, no se querella;
Mas ¿qué había de culpar? ¿Un amoroso

Afecto y un extraño bien, querella?
«Adiós», le dijo, y tórnase al infierno,
El triste pudo apenas entendella.

Orfeo viendo vuelta al lago Averno
A su mujer, con su segunda muerte,
La cual amaba con amor tan tierno,

Quedó fuera de sí de aquella suerte
Que el Tímido que vido al Cancerbero
Salir atado con cadena fuerte

La garganta de en medio que primero
Deshechó su figura, y se hizo canto,
Que el miedo del terrible perro fiero.

O cual Oleno, el cual te quiso tanto,
Letea sin ventura y confiada,
Que no teniendo del castigo espanto,

Se carga de tu culpa, y tiene en nada

Hacerse delincuente, y tus pecados
Pagar, por defender su enamorada (1).

Que así como en un tiempo enamorados
Firmísimos os visteis, pedernales
Os veis ahora, en Ida transformados.

Cercado de miserias y de males,
Intentando otra vez como primero
Pasar á los lugares infernales,

Le rempujó con un desdén grosero,
Tan seco y tan sin gracia, como él era,
De aquel intento vano el vil portero.

Sin comer ni beber, en la ribera
Estuvo siete días, sustentado
De lágrimas, dolor y pena fiera.

Después de haber de crudos motejado
Los dioses infernales, fué á Hemo,
Do bate de ordinario el cierzo helado,

Y al alto monte Ródope supremo,
Y en tres cumplidos años no ha querido
Juntarse con mujer. O que el extremo

Viniese por haber con ellas sido
Desdichado, ó quizá que lo hacía
Por haberlo propuesto y prometido.

En muchas gran deseo se entendía
De se juntar con él, y se quejaron,
Porque negando á todas respondía.

Y del ejemplo suyo comenzaron
A amar á los muchachos los de Tracia,
Y á las mujeres tristes olvidaron,

Procurando gozar por su desgracia
Antes de juventud, el abreviado
Verano de la edad, la flor y gracia.

Sobre la hermosa cumbre de un collado

(1) Oleno y Lethœa eran esposos. Lethœa se atrevió á preferir su belleza á la de las diosas. Oleno aceptó la responsabilidad de su culpa, y ambos fueron transformados en rocas.

Un llanísimo campo y verde estaba,
De grama y otras hierbas adornado.

Tan solamente sombra le faltaba;
Mas ya que en él sentado aquel divino
Poeta, y que su canto comenzaba,

La fresca sombra en el momento vino,
Y el árbol de Caonia está presente
Movido del acento cual convino.

Los álamos vinieron brevemente,
Y el árbol con sus altas hojas viene
Que dió manjar á la primera gente;

La teja, haya y lauro, que no tiene
Consorte con el frágil avellano,
Y el fresno, que para astas bien conviene.

La voz sonora y delicada mano
Atrajo al liso abeto, y la cargada
Encina con bellotas, mano á mano,

Los salces y la lotos remojada
Vinieron con el plátano frondoso,
Y el arce de color vario dotada.

Llegó el taray también con el umbroso
Y siempre verde boj, y la higuera,
Y el arrayán á Venus, tan precioso.

Tú, hiedra, que te aplicas á doquiera,
Viniste, y con sus pámpanos sagrados
La parra, al padre Baco placentera.

Los olmos de las vides adornados
Acuden, y el quejigo también vino,
Y el madroño con frutos colorados.

La correosa palma, premio digno
Del vencedor, allega, y el pungente,
Arregazado y siempre verde pino,

Querido de Cibele extrañamente,
Porque Atis su amador se ha convertido
En él, y así no es mucho la contente.

Mas el ciprés derecho no ha venido,
Que agora es árbol, antes ser solía
Muchacho, del dios Febo bien querido,

Porque un sagrado ciervo y grande había (1)
(Los campos de Cartea frecuentando
Las Ninfas) que de sombra proveía

Su frente, con los cuernos estorbando
La furia del calor más inflamado,
Y con el oro puro rutilando.

Y del redondo cuello trae colgado
A las espaldas un collar hermoso,
De piedras y de perlas adornado.

Hacia movimiento muy gustoso
De plata una esquilita, que en su frente
Se ataba con un lazo muy gracioso.

De cada oreja cuelga un excelente
Zarcillo de oro fino fabricado,
Y de una rica perla indiferente.

El natural temor de sí lanzado,
Seguro por las casas se metía,
Sin recatar la gente ni poblado.

Rascar su hermoso cuello consentía,
No sólo de la mano acostumbrada,
Pero aun de cualquier otra que quería.

Verdad es que en extremo á ti te agrada,
Cipariso, que tienes hermosura,
En la isla Cea clara y extremada.

Ni se te hacía de mal, ó cosa dura,
Mas antes de llevarle te holgabas
A la reciente hierba y agua pura.

Y en sus gajosos cuernos empleabas
Mil flores, y subías caballero,
Y alegre dondequiera le guiabas.

Era en estío; estaba el Cancro fiero
Hirviendo con el sol de Mediodía,
Causándole en la tierra verdadero.

(1) Puede compararse este episodio del poema á la pintura del ciervo domesticado que hace Virgilio en el libro VII de la *Encida*:

Cervus erat forma pristanti.

Echóse en una fresca pradería
 El ciervo, de cansancio fatigado,
 A la sombra de un árbol que allí había.

El niño Cipariso, que ha llegado,
 Con una flecha aguda le traspasa,
 Estando de aquel caso descuidado.

Y viendo que del golpe que le pasa
 Se está muriendo, de morir protesta,
 Haciendo sentimiento tan sin tasa.

¿Qué cosa por decir á Febo resta?
 Y que conforme al caso se doliese
 Le ruega, le suplica y amonesta.

Mas no porque él jamás dejar quisiese
 Su llanto y su gemir, si no ha pedido
 A Dios que su llorar eterno fuese.

Ya en lágrimas inmensas derretido,
 Sus miembros excelentes y tan bellos
 Dejaban el color que habían tenido;

Ya se tornaban verdes los cabellos
 Que la nevada frente hermozeaban
 Y al oro obscurecieran puesto en ellos;

Ya ásperos, ya yertos se tornaban,
 Y habiéndose erizado, al alto cielo
 La suma coronilla enderezaban.

El claro dios gimió de desconsuelo,
 Diciendo: «Tú serás de mí llorado,
 Acompañando á otros en su duelo.»

Con su sonoro plectro había allegado
 El divino poeta tal floresta,
 Y de aves y de fieras rodeado.

Para solemnizar mejor la fiesta,
 En medio del concejo de las aves
 Y fieras, que allí están, sentado resta.

Y ya que aquellas cuerdas tan süaves
 Con su destreza asaz tocado había,
 Y aunque unas son agudas y otras graves,

De aquel sonido vario percibía
 Un concertado son, por ser cual era

Su delidado dedo y armonía,
Con la voz comenzó de esta manera:

«Mueve, sagrada madre, dulce Musa,
Desde el tonante Júpiter mi verso,
Ante quien cualquier cosa está confusa
Y da ventaja al rey del Universo.
Mil veces el poder canté que él usa,
Y el intento de agora no es diverso;
Mas no será el estilo como de antes
Cuando traté de guerras de gigantes.

»Canté primeramente la victoria
Con grave tono hiriendo los oídos,
Privando los Gigantes de la gloria,
Pues fueron de los rayos abatidos
En los Flegreyos campos, cuya historia
Castiga á los soberbios y atrevidos;
Agora caminar pretendo llano,
Y usar de estilo bajo y más humano.

»Cantar es mi intención de los amados
Muchachos de los dioses celestiales;
Dando á entender los fuegos y pecados
De las mujeres tontas y bestiales,
Que han merecido ser bien castigados,
Como lo son con penas capitales,
Por su descomedido atrevimiento,
Sin orden, sin razón, sin fundamento.

»En otro tiempo Jove soberano,
Gobernador de la suprema esfera,
De amor de Ganimedes el Troyano
Su pecho vió abrasado en gran manera.
Y que quisiera entonces fué muy llano
Ser otra cosa más, que no lo que era;
Mas mudarse en otra ave se desdeña
Que en la que al mundo el rayo suyo enseña.

»Y sin tardanza en águila mudado,
Con mentirosas alas bate el viento,
Y su ligero vuelo enderezado
Do estaba su esperanza y su contento,
Al nieto de Ilio roba, y le ha llevado
Al cielo, do él reside, en un momento,
Y á su mujer haciendo desafuero
Le hizo á su despecho su copero.

»A ti, de Amiclas hijo, puesto hubiera
En el etéreo reino-el claro Febo.
También, si el hado triste concediera
Espacio, por gozar tan dulce cebo.
Eternizóte, pero en la manera
Que mejor pudo, pues al tiempo nuevo
Cuando por Aries deja el Sol los peces
Con nuevo tallo y flores reverdeces.

»Mi padre más que á todos te ha querido,
Y la ciudad de Delfos excelente,
Que en medio el mundo edificada ha sido,
No tuvo á causa tuya presidente.
Y mientras se ha en Eurota detenido
Y en Sparta sin muro está frecuente,
De lazos y de redes va cargado,
De sí, vihuela y flechas olvidado.

»No pone excusa en cometer mil yerros
Olvidado de sí, de amores ciego;
Ni de ocuparse á veces con los perros
Y andarte acompañando sin sosiego
Por montes trabajosos, duros cerros,
Con la conversación cebando el fuego;
Ya el Sol, en medio el cielo puesto, hacía
Con sus ardientes rayos mediodía.

»Desnudos, con aceite se han untado,
Y al juego del herrón jugar queriendo,

Primero el rojo Febo le ha tirado,
Y las obstantes nubes va hendiendo.
Cayó desde ha buen rato, y ha mostrado
La fuerza con el arte así cayendo.
Hiacinto de arrojarle deseoso
Tomar quiso el herrón muy presuroso;

»Mas el herrón al punto que ha caído
Resulta de la tierra, y dió en la cara
Al bel Hiacinto, y tan descolorido
Como él de verlo, el mismo dios se para.
Acude á remediarle, que le vido
Caer de la herida, y le repara,
Las hierbas apropiadas aplicando
Y la sangrienta herida desecando.

»Del golpe fué el remedio en vano, que era
Mortal, y su peligro claro y cierto;
Que como la violeta ó dormidera,
O la azucena en regadizo huerto,
Quebrado el mástil rojo, de manera
Abaja su semblante lacio y muerto,
Que no basta á tenerla su flaqueza
Y hacia la tierra inclina la cabeza;

»Así su rostro moribundo inclina,
Y á la cerviz su mismo peso es carga,
La cual, de fuerza pobre, se reclina
Y sobre el hombro suyo se descarga.
El rojo Febo dice y se amezquina:
«¡Oh hado miserable, oh suerte amargal
»Acábate, ¡oh Hiacinto!, mi herida,
»En los primeros años de tu vida.

»La herida tuya y el delito mío,
»Mirándote, estoy viendo por mi suerte.
»Tú, mi dolor, traición y desvarío,
»Mi diestra fué ocasión del caso fuerte.

»De que seré culpado, yo lo fío,
 »Como el autor de tan acerba muerte.
 »Mas yo ¿qué culpa tengo, si no es culpa
 »Jugar contigo, ó amarte no me culpa?

»Y aun ojalá pudiera yo contigo,
 »O siquiera por ti perder la vida;
 »Mas pues es imposible lo que digo,
 »Por ley del hado eterno establecida,
 »Mientras viviere yo, serás conmigo,
 »Y tu memoria en mí jamás perdida.
 »Serás eternamente conocido
 »En mi vihuela, verso y su sonido.

»Y vuelto en nueva flor, con la escritura
 »Imitarás mi pena y agro llanto,
 »Y no faltará tiempo y coyuntura
 »Que se verá mudar en otro tanto
 »Varón de gran valor y gran altura.»
 Mientras prosigue Apolo el cierto canto,
 La sangre que las hierbas ha teñido
 En colorada flor se ha convertido.

»Del ser de sangre luego se enajena
 Y en flor como una grana se ha tornado;
 Parece en la forma á la azucena,
 Excepto en el color, que es colorado.
 No basta á mitigar la brava pena
 Con que se siente Febo fatigado
 Aquesto, pues en sus hojas escribe
 Él mismo los gemidos que concibe.

»Él mismo fué el autor de tanta honra,
 Y hoy en esta flor escrito resta,
 Mostrando el sentimiento de que se honra
 Con producir la letra allí funesta.
 Ni de haber engendrado se deshonra
 A Hiacinto la Sparta, pues su fiesta

Hasta este tiempo dura, con su nombre,
Cada año celebrando su renombre.

»Si preguntáis, empero, si quisiera
Haber á las Propétidas parido,
Amatus, de metales paridera,
Habraos á la pregunta respondido,
Que está contenta de ello, en la manera
Que de haber engendrado y producido
Los Cerastes, con cuernos en la frente (1),
De do les vino el nombre á aquella gente.

»Ante las puertas de éstos fabricada
Una ara al huésped Júpiter estaba,
Con su traición funesta ensangrentada
Para engañar al triste que pasaba.
Becerro ó mansa oveja degollada
Haber sido cualquiera imaginaba,
Vista la sangre, y era lo más cierto
Haberla derramado el huésped muerto.

»La santa Venus, viéndose ofendida
Con estos sacrificios detestables,
Estuvo muchas veces conmovida
Para dejar los campos agradables
De Chipre y sus ciudades; y movida
Con causas de sí dignas y admirables
Contra sí misma dice: «El reino mío,
¿Que yerro ha cometido ó desvarió?

»La impía y cruda gente, que con perro
»Intento ha tal delito perpetrado,
»Merece que con muerte, ó con destierro,
»La culpa satisfaga del pecado

(1) El nombre de Cerastes procede de una palabra griega que significa cuerno.

»O si algún medio hay con que su yerro,
»Como es justicia, quede castigado.
»¿Y cuál puede éste ser, sino la pena
»De verse transformada en forma ajena?»

»En tanto que imagina de qué suerte
Les ha de castigar, ó de qué forma,
Sus cuernos la avisaron, pues advierte
Que pueden retener su misma forma.
Y en truco de destierro ó de la muerte,
En ceñudos becerros los transforma;
Y como merecieron sus pecados
Han sido de la diosa castigados.

»Mas las sucias Propétidas osadas,
Que Venus no ser diosa porfiaron,
Con ira de ella misma castigadas
Sus cuerpos las primeras alquilaron.
Y luego que rameras estimadas
De verse endurecidos no curaron,
Mudáronse en muy duros pedernales
Estándose ya ellas casi tales.

»Las cuales, porque vió pasar la vida
Pígmalión tan viciosa y malamente,
Cansado de los vicios do se anida
Cualquier mujer que siga lo que siente,
Tenía tal compañía aborrecida,
Por no sufrir enfados de tal gente,
Y estaba en conclusión determinado
Vivir soltero siempre y no casado.

»En tanto de un marfil de gran blancura,
Con arte felicísima y destreza,
Esculpe de mujer una figura
Que no podrá nacer con tal belleza.
Y visto tal semblante y hermosura,
A enamorarse de su obra empieza;

La cara es de una virgen verdadera
Y pareciera viva á quien la viera.

»Parecía en el semblante que vivía,
Tan admirablemente estaba hecha,
Y que vergüenza sola la impedía
Moverse, quien la vía tenía sospecha.
El pecho de Pigmalio se encendía
Por el estatua, y la dorada flecha,
Al tiempo que su cuerpo contemplaba,
El corazón ya tierno le pasaba.

»Estábala mil veces contemplando,
Y si era dama ó si marfil dudaba,
Y que fuese marfil no confesando,
Como si fuera viva la besaba.
Y que le bese ella está pensando;
Teníala y con terneza la hablaba,
Y apretando sus miembros, que eran tales,
Temía no la hiciese cardenales.

»Y á veces blandamente la decía
Requiebros regalados, mil amores,
Y con preciosas piedras la servía,
Con pájaros pintados y con flores;
De las cuales formaba y componía
Ramilletes, y pellas de colores
Diversos, de azucenas y otras rosas,
En hermosura varias y olorosas.

»Sus miembros adornó con vestidura
Riquísima, y sus dedos con anillos;
Con ámbar la regala, y su hermosura
Y pecho adornan ricos cabestrillos.
De oro, de cristal, de plata pura,
Con joyeles al cuello, y con zarcillos
De perlas, cada cual lisa y preciosa,
Y parece con todo muy hermosa.

»Ni parecía desnuda menos bella,
 Y en olorosa cama colocada,
 Alaba su ventura y buena estrella,
 Contento con tan linda enamorada.
 Como si lo sintiera ó viera ella,
 Su blanco cuello pone en almohada;
 El día en toda Chipre festejado
 Había de su diosa ya llegado.

»Con mansos cuernos de oro enriquecidos
 Las becerras blanquísimas estaban
 Ya muertas, y de inciensos derretidos
 Los venéreos altares humeaban,
 Cuando él llegó, y sus dones ofrecidos,
 Ante el altar á do sacrificaban
 Estuvo, y temeroso á lo que creo
 Mostró (diciendo á Venus) su deseo:

«Si los dioses tenéis tan largo mando
 »Que hacer merced podéis de cualquier cosa,
 »Mi mujer quiero sea (no osando
 »Decir la estatua de marfil hermosa
 »Pigmalión) de semblante dulce y blando,
 »Semejante á mi imagen.» Mas la diosa,
 Como quien á su fiesta está presente,
 La intención de quien ruega muy bien siente.

»La llama procedió del sacro fuego
 Tres veces inflamando el aire claro,
 Agüero favorable al manso ruego,
 Señal divina de favor y amparo.
 A ver se torna desde el templo luego
 Aquel retrato de su dama raro,
 Y echándose en la cama incontinente,
 Besóla, y parecióle estar caliente.

»Otra vez la besó regocijado
 Tentando con la mano el blanco pecho;

Ablandarse el marfil sintió tentado,
Y dar lugar al dedo y tacto estrecho.
Y cual la cera al sol habiendo estado
Se ablanda, y el pulgar ha de ella hecho
Al gusto suyo tal la piedra estaba
Al parecer de aquel que la tocaba.

»Mientras se está espantando del extraño
Y caso más que raro y milagroso,
Y del presente gozo ó del engaño
Está continuamente sospechoso,
La mano le sirvió de desengaño;
Que tornando á tocar el amoroso
Marfil, halló ser cuerpo en un momento
Y en sus arterias vivas movimiento.

»Entonces alababa á boca llena
Pigmalión á Ciprina soberana,
Besando á su señora, ya no ajena
De vida como de antes, bien de gana.
Sintió besarse, y de vergüenza y pena
La virgen separó como manzana,
Los temerosos ojos y semblante
Alzando, el cielo ha visto y caro amante.

»Favoreció la diosa á los casados
A quien la misma Venus ha juntado,
Y siendo nueve meses ya pasados
A Pafo pare, que á la isla ha dado
Renombre, y á Ciniras, que los hados
Hicieran en ventura señalado,
Y entre los más dichosos mereciera
Lugar, si de una hija careciera.

»Un caso contaré que pondrá espanto,
Las hijas y los padres alto fuera;
Mas si gustáis por dicha de mi canto,
No creáis que pasó de esta manera.

O si creéis que en cierta historia canto,
 Creed también la pena lastimera,
 Si consiente Natura que se crea
 En reino tan extraño es bien que sea.

»Feliz la gente que nació y se encierra
 En este nuestro reino venturoso,
 Pues por distancia tal de sí destierra
 La que engendró pecado tan monstruoso.
 Précieuse de su amomo aquella tierra,
 De costo y cinamomo tan precioso,
 Incienso y flores críe en sí Pachea,
 Con tal que también Myrrha suya sea.

»El árbol nuevo tanto no ha valido,
 Cuanto la infamia y el insulto extraño;
 ¡Oh Myrrha!, el mismo ciego dios Cupido
 Afirma no fué causa de tu daño.
 Su fuego y su saeta ha defendido
 De tal delito, y creó tal engaño;
 En ti inspiró con víboras bestiales
 Alguna de las Furias infernales.

»Aborrecer al padre es muy mal hecho,
 Mas muy peor amarle de esa suerte;
 Mil mozos traspasado el blando pecho
 Venían de todo Oriente á pretenderte.
 Cualquiera de tus prendas satisfecho
 Y todos deseosos de obtenerte,
 De todos toma uno por marido
 Con tal que un solo sea el excluído.

»Verdad es que resiste al amor feo
 De que se siente Myrrha atormentada,
 Y entre sí dice: «Yo, ¿qué devaneo?»
 »¿Qué quiero comenzar, desventurada?»
 »Prohibid mi traición, mi mal deseo,
 »Sagrados dioses y deidad sagrada,

- » Que defendéis el paternal derecho,
- » Si es lo que quiero hacer algún mal hecho.

- » Mas la piedad no tiene por pecado
- » La Venus que á mí tanto me recrea,
- » Pues otros animales se han juntado
- » Cualquiera con cualquiera que desea.
- » Ninguno la becerra habrá culpado
- » Por admitir á quien su padre sea;
- » Mujer su hija del caballo ha sido,
- » Y es de sus hijas el cabrón marido.

- » Ni menos que esto entre las aves hallo,
- » Pues á las que engendró con su simiente
- » Empreña con la misma el franco gallo.
- » ¡Dichosos á quien esto se consiente!
- » Las leyes que pudieron estorballo
- » Halló la maliciosa humana gente,
- » Y de lo que la Natura no deniega
- » El invidio derecho derreniega.

- » Con todo eso, dicen que hay adonde
- » Se casan madre é hijo, é hija y padre;
- » Y con doblada fuerza amor responde
- » Amando padre á hija, y hijo á madre.
- » ¡Cuitada yo, pues no me corresponde
- » Fortuna con lugar que á mí me cuadre!
- » ¡Oh, cuán de veras venturosa fuera
- » Si donde se usa esto yo naciera!

- » ¿Qué pienso?, ¿qué imagino?, ¿qué maraña
- » Es ésta? Fuera, fuera torpe intento;
- » Mi padre es digno que con fuerza extraña
- » Le ame como á padre, y yo consienta.
- » Del gran Ciniras hija ser me daña,
- » Que á no lo ser, tuviera más contento
- » Y pudiera gozarle á mi albedrío;
- » Agora porque es mío, ya no es mío.

- » Por ser tan suya dejaré de serlo,
- » Que la proximidad me es muy dañosa,
- » Y por ventura para merecerlo
- » Siendo extranjera fuera poderosa.
- » De aquí pretendo irme, y pretenderlo,
- » Si no está la traición en otra cosa,
- » Mas el ardor y la amorosa vira
- » No me deja ausentar de mi Cinira.

- » El cupidíneo fuego me detiene
- » Haciéndome gozar de su presencia;
- » Besarle y abrazarle bien me viene,
- » Si no se me concede más licencia.
- » ¿Qué más licencia quieres? No conviene,
- » Malvada virgen, uses de imprudencia;
- » Bien sientes (como en ésta no te fundes)
- » Los nombres y derechos que confundes.

- » ¿Podrás tú ser combleza de tu madre?
- » ¿De tu hijo hermana? ¿Madre de tu hermano?
- » ¿Adúltera y amiga de tu padre?
- » ¿Y no temer las Furias de inhumano
- » Semblante, ni esperar que bien te cuadre
- » Su castigar terrible, pues es llano
- » Los malos corazones sin prudencia
- » Con los ojos las ven de la conciencia?

- » Mas pues que con el cuerpo nos has errado,
- » No concibas tal yerro en tu albedrío
- » Con ese ayuntamiento á ti vedado;
- » No ensucies de Natura el poderío.
- » Y si lo quieres, quieres lo excusado,
- » Siendo como es tu padre sabio y pío.
- » Pluguiera á Dios que como yo se viera,
- » Y al mío su furor se pareciera.»

» Acabó de decir. Pero Cinira
(A quien hace dudar tanta abundancia

De mozos que la piden) lo remira,
Y trata con la hija con instancia
Cuál quiere por marido. No respira
Ella al principio; sólo en la elegancia
Del padre intenta en bravo fuego ardía,
Y de los ojos lágrimas vertía.

»Que el llanto de la hija procediese
De virginal temor él sospechando,
Decíala que aquel lloro reprimiese;
Besábala, sus lágrimas secando.
Myrrha se huelga mucho, y que dijese
Cualquiera por marido preguntando
El padre, ella responde en el instante,
Y dice: «A ti le quiero semejante.»

»La voz alabó el Rey, que no ha entendido,
Y dijo: «Siempre seas tan piadosa.»
El nombre de piedad habiendo oído,
Bajó su rostro viéndose alevosa.
La noche el medio espacio había corrido,
Y descuidado cada cual reposa;
La Cinireya virgen sólo vela,
Que el fuego incomportable la desvela.

»No duerme, dando traza á su contento
Y furibundo intento, de manera
Que cien veces gozarle espera, y ciento
En este mismo punto desespera.
Determinada en fin de dar un tiento,
Vergüenza tiene que tal cosa quiera;
Muriendo la cuitada deseando,
No sabe qué hacerse, ó cómo, ó cuando.

»Y cual le ha á la viga acaecido
Que quiere derrocarla el carpintero,
Con golpes de hacha habiéndola herido,
Y no faltando ya sino el postrero,

Que sí caer de todos es temido,
Incierto siendo el fin y paradero,
Su ánimo herido de aquel arte
Parece está cayendo á toda parte.

»A toda parte asesta, mas de suerte
Que no se satisface de ninguna,
Y agora á ésta, agora se convierte
A aquélla, de descanso bien ayuna.
Ni le piensa hallar sino en la muerte;
La muerte á su remedio es oportuna.
Al punto con designio se levanta
De se apretar un lazo á la garganta.

»Echó la soga á una sobrepuerta,
Y dijo: «Adiós, Cinira muy amado;
»La causa entiende por que yo soy muerta.
Y el amarillo cuello había ya atado;
A su murmurio dicen que despierta
El ama que á la triste había criado
Y á la misma servía de portera,
Y se levanta y parte á ver lo que era.

»Abrió la puerta, y visto el instrumento
De la inmaturo muerte, se fatiga,
Llorando y remesándose sin tiento,
A sí misma mostrándose enemiga.
Quitóla el lazo, y díjola al momento
Que de tan gran error la causa diga.
La virgen no responde más que muda,
Y los ojos del suelo nunca muda.

»A un lugar continuo está mirando,
Sin responder á su portera nada,
Entre sí misma dolorosa estando
Porque su tarda muerte fué estorbada.
La vieja la suplica, porfiando,
Por la cabeza cana destocada

Y pechos arrugados, que la diga
La causa de su pena y su fatiga.

»De mano dando ella á quien la ruega,
Gimiendo y suspirando se desvía,
Y mientras más la una se lo niega,
En preguntar la otra más porfía,
Y á prometer lealtad no sólo llega,
Mas aun favor y ayuda; y la decía:
«Descúbreme la pena de tu pecho,
»Que mi vejez será no sin provecho.

»Agora el mal te venga de locura,
»O alguno te haya dado bebedizo,
»Con hierbas causaré tu cierta cura
»Y con encantos libraré de hechizo.
»Y si de Dios es ira, está segura
»Será aplacado el mismo que lo hizo;
»¿Qué tengo más que ver, pues tu fortuna
»Y casa está en el cuerno de la Luna?

»¿Qué puedo sospechar, si prosperados
»Y ricos de salud y de contento
»Están tu madre y padre, y tus criados?»
Oído el padre, Myrrha dió al momento
Con ansia mil suspiros inflamados;
El ama, bien que tuvo sentimiento
De algún amor, más ella no creía
Que tan nefando fuego le encendía.

»Con este presupuesto no se enoje
La pide, y la razón de tales llamas,
Y en su regazo viejo la recoge,
Y abrázala, diciendo: «Bien sé que amas.
»Y para que la pena se te afloje,
»Sabe que sé muy bien de tales tramas.
»Descuida, serviréte con tal cuenta,
»Que de tu amor jamás tu padre sienta.»

» Apenas esto oído, como loca
 Se levantó de donde estaba echada;
 Arrójase en la cama, y con la boca
 Tomó, como rabiosa, el almohada,
 Y dijo: «Mi negocio no te toca;
 »Vete con Dios, ó no preguntes nada,
 »Porqué lo que saber de mí deseas,
 »Verás que es gran traición cuando lo veas.»

» De miedo y de la edad está temblando;
 Las manos puestas, la cuitada vieja,
 Ante sus pies postrada, suplicando
 La descubra su llaga la aconseja.
 Que el lazo ha de mostrar, amenazando
 A veces, y otras mansa como oveja,
 Prométela favor en los amores,
 Si la confiesa todos sus dolores.

» Levanta de la cama la cabeza,
 Regando con su llanto el viejo pecho;
 Mil veces á contar su mal empieza,
 Mas de vergüenza todas sin provecho.
 Cubrióse con la ropa buena pieza,
 Y comenzó á decir á su despecho:
 «¡Dichosa madre con tan buen marido!
 Y sin proseguir más lanzó un gemido.

» Los huesos de la vieja se han helado,
 Porque sintió el negocio, y el cabello
 Más blanco que la nieve se ha erizado,
 Y procuró tentar sacarla de ello.
 La virgen sus razones ha alabado,
 Mas quiere con morir echar el sello,
 Y dar fin á la vida y al tormento
 En caso que no goce su contento.

«Vive (replica el ama), que sin duda
 »Te gozarás con tu (decir no osando)

»Padre»; y la prometió favor y ayuda
Para un ayuntamiento tan nefando.
Y de jurar que así lo hará no duda.
Pasaba esto en aquel tiempo cuando
De espigas canas ofrecían coronas
A Ceres, celebrando las matronas.

»Las fiestas anuales celebraban
De Ceres, adornadas de blanca, y
Y las primicias de sus mieses daban;
Y para que la ofrenda fuese pura,
A Venus nueve noches recusaban
De su marido, cada cual segura.
La Reina dando ejemplo se hallaba
Entre la turba que sacrificaba.

»Pues viendo el aparejo conveniente,
Cuando Cinira está sin compañera,
La vieja (para males diligente)
Entró á su cama, hallóle de manera
Que había brindado más de lo decente,
Y declaró la llama verdadera
De una doncella que por él moría;
Su gran beldad alaba y gallardía.

»El nombre falso y verdadero fuego
Descubre; engrandeciendo su belleza,
Pedida de los años, dice luego
Cual Myrrha es en edad y gentileza.
Mandósela traer; por dar sosiego
A la cuitada, parte con presteza,
Y entró diciendo: «¡Oh, hijal, yo te pido
»Albricias, pues habemos ya vencido.»

»La virgen desdichada no sentía
(De su conciencia misma estimulada)
Tan por entero gozo y alegría,
Aunque se muestra estar regocijada.

Y en el entendimiento padecía
De mil contrarios guerra bien trabada,
Manifestando agora sentimiento
De gusto y de tristeza en el momento.

»El tiempo del silencio común era,
Y ya el timón Bootes vuelto había
Del carro, entre los bueyes, de manera
Que el medio curso suyo se cumplía.
Cuando su hazaña fea y lastimera
Ejecutar queriendo, se venía;
Huyó la luna, el cielo se ha nublado,
Lo noche sus mil ojos ha cerrado.

»Ícaro, tú el primero te escondiste,
Y Erigone tu hija, consagrada
Por el amor paterno, en quien consiste
Verse en el claro cielo colocada.
Estropezó tres veces, ni desiste
Por eso de la empresa comenzada,
Ni porque el triste buho con su canto
Otras tres veces la agoró otro tanto.

»Prosigue su camino, mal segura,
Del infeliz agujero no vencida,
Por la tiniebla espesa y noche obscura
Llevando su vergüenza defendida.
Con la siniestra mano asir procura
La diestra de su ama, y yendo asida,
A ciegas atentando se aprovecha,
Como de explorador de la derecha.

»Al umbral de la cámara ya llega,
Ya abren, ya la entran, mas temblando,
Las piernas se la cortan, no sosiega,
La sangre y el color la van faltando.
Su compañía el ánimo la niega,
Y cuanto más al mal se va acercando,

Más teme, y aun trocara la venida
Por se volver no siendo conocida.

»Quisiérase tornar, si ya pudiera,
Según en aquel punto la pesaba;
Metióla de la mano la hechicera
A la cuitada que pereceaba,
Y á Cinira habló de esta manera,
Al tiempo que en la cama se la daba:
«Cinira, tuya es ésta, y se ha salido
Cumpliendo á los dos lo prometido.»

»Recibe el padre en la perversa cama
A sus entrañas mismas, procurando
El virginal temor de su hija y dama
Quitar, y porque al crimen detestando
No falte nombre, «hija mía» la llama
Por causa de la edad, y replicando
También quizá ella «padre» le diría,
Usando de la misma cortesía.

»Preñada de su padre, y de simiente
Maldita, se partió la vez primera;
Rehízose la chaza en la siguiente
Noche, ni fué tampoco la postrera.
Cinira deseaba extrañamente
La que le amaba tanto ver quién era;
Trajeron luz, y al punto ha conocido
Su hija, y la maldad que ha cometido.

»Del gran dolor su boca fué tapada;
Vengar tan gran pecado pretendiendo,
Desenvainó la rutilante espada,
Mas la medrosa Myrrha va huyendo.
Por la tiniebla espesa fué escapada,
La noche obscura su castigo horrendo
Estorba, y favorécela de suerte
Que la libró de manos de la muerte.

» Los Arabas palmíferos rodea,
 Y por los anchos campos va errando,
 Dejada atrás la tierra de Panchea,
 Por nueve enteros meses no parando.
 Y finalmente, en la región Sabea
 Del trabajoso curso descansando,
 Pudiendo apenas en la huída larga,
 Del vientre suyo sustentar la carga.

» Entonces, sin saber lo que quería,
 Del miedo de la muerte rodeada
 Y la enfadosa vida que vivía,
 Tal ruego ha comenzado la cuitada:
 «¡Oh dioses!, si alguno hay que no desvíe
 » La oreja de la gente confesada,
 » Confieso mi delito y de él me acusó,
 » Ni el pago que merezco yo rehusó.

» Mas porque viva acaso no inficione
 » Los vivos, y á los muertos siendo muerta,
 » A la muerte haced que me perdone,
 » Y de esta vida me cerrad la puerta.»
 No falta dios que oiga y se aficione
 A los contritos; su demanda cierta
 La sale, pues sus dioses la han oído,
 Y se cumplió como ella lo ha pedido.

» La tierra sobrevino, no acabado
 El ruego, y se cubrieron al momento
 Sus pies, y por las uñas han brotado
 Raíces, de su tronco firmamento.
 La sangre en zumo, y brazos se han mudado
 En ramos de más tono y crecimiento,
 Los dedos en menores de grandeza,
 El cuero se convierte en la corteza.

» Ya el árbol la barriga había ceñido;
 Cubierto él pecho, el cuello ya cubría;

Mas tal tardanza habiendo mal sufrido,
Encontrando al madero que venía,
Esconde el gesto, habiéndose encogido
En la corteza nueva que tenía;
La cual, aunque el sentido y el semblante
Perdió, continuo llora como de ante.

»Perdido el ser con el semblante antiguo,
El lloro que solía ha reservado,
Resudando un licor que es buen testigo
De la ansia y la congoja del pecado.
Sus lágrimas, efecto del castigo
Que se han por ella misma destilado,
Conservarán en toda edad su fama,
Honradas con el nombre de su ama.

»Mas el que ayuntamiento tan malino
Había engendrado, en bajo el leño crece;
Buscaba por salir algún camino,
Dejada allí la madre que padece.
En tanto crecimiento el vientre vino,
Que en medio de su árbol se parece;
Y la carga á su madre misma extiende,
Sin se poder quejar de quien la ofende.

«Lucina no podía ser llamada
Con la voz de la triste que paría,
Y parecía pujar, y recorvada
Gemir á mucha priesa parecía.
Sus lágrimas la tienen rociada;
Llegado ya la mansa diosa había,
Las palabras del parto con su boca
Ha dicho, y con su mano al árbol toca.

»El árbol y corteza se han hendido;
El niño nace vivo y llora presto;
Del lloro de su madre le han ungido
Las Náyades, en blandas hojas puesto.

La envidia aun alabara el escogido,
 El extremado, el más que hermoso gesto.
 Cual desnudos Cupidos, tal él era,
 Si aljaba (cual los pintan) él tuviera.

»Pintadlos sin aljaba, ó al tenella,
 Porque en el traje no haya diferencia,
 Y hallaréis su figura ser tan bella,
 Tal su semblante, tanta su excelencia.
 Vase la edad, sin advertir en ella;
 Al tiempo no hay quien haga resistencia;
 No hay cosa tan velóz en este suelo,
 Que los años no pasen con su abuelo.

»El hijo de su abuelo y de su hermana,
 Que agora estaba en bajo la corteza,
 Ya es niño de una cara soberana,
 Ya mozo de extremada gentileza
 Y ya varón en quien es cosa llana,
 Cuanto más va, más crece la belleza;
 Ya en Venus, que la adora, venga el fuego
 Que dió á su madre tal desasosiego.

»Porque mientras Amor con beso estrecho
 A su madre hermosísima besaba,
 Bien que sin él querer, al fin fué hecho
 Que una mal puesta flecha en el aljaba
 Hirió á la diosa en medio el blando pecho.
 Viéndose tal al hijo repujaba;
 La herida fué mayor que parecía,
 Y á la misma engañó que la tenía.

»De la hermosura del varón prendada,
 No frecuente la diosa la ribera
 De Pafos, del profundo mar cercada,
 Ni la piscosa Guido, ni Citera.
 Ni cura ya de Amathus celebrada
 Con su metal, y pasa de manera

Que no quiere gozar del claro cielo
Por verse con Adonis en el suelo.

»Á éste ama, de éste no se parte,
Con él en frescas sombras se holgaba,
Y su divina forma con el arte
Y traje pulidísimo aumentaba.
Por cuevas y por llano, y cualquier parte
Tras él en aquel traje siempre andaba
Que la diosa Dïana, y por los cerros
Échaba liebres y azomaba perros:

»Los mansos animales perseguía,
Cuales son, ciervos, gamos y otras suertes;
Tras los hambrientos lobos no corría,
Ni tras los jabalíes bravos, fuertes.
Temía los osos, y también temía
A los leones, hartos de dar muertes;
Y persuadir lo mismo á ti quisiera,
Adonis, grandemente si pudiera,

»Diciéndote: «Mi Adonis, tú procura
»Seguir con tu valor y buen denuedo,
»Por campo raso ó lleno de espesura,
»A las bestias que huyendo van de miedo.
»La briosa osadía no es segura
»Contra las fieras, ni sufrir yo puedo
»Que seas atrevido con mi daño,
»Acometiendo algún peligro extraño.

»Con animales bravos cuesta caro
»Querer mostrar los mozos valentía,
»Y rehusar peligro que es tan claro
»Es discreción, no miedo ó cobardía.
»Porque esa edad, con ese rostro raro
»Que á Venus ha movido, no podría
»Mover los ojos y ánimos furiosos
»De puercos, de leones, tigres, osos.

» Los fuertes jabalíes y valientes
 » De furibundo rayo están armados
 » En los colmillos y recorvos dientes;
 » Con ímpetu y con ira denodados,
 » Las bestias acometen y las gentes
 » Los leones, de mí muy desamados.»
 La causa de aquel odio la pregunta;
 Diciendo así, responde á la pregunta:

«Diréte la razón, y el admirable
 » Monstruo que de una culpa fué castigo
 » Proporcional, condigno y razonable.
 » Mas de seguir tus pasos, como sigo,
 » Estoy cansada; y pues con deleitable
 » Sombra para poder estar contigo
 » Este álamo convida, en este prado
 » Te sienta, que se ofrece por estrado.»

» Sobre la hierba verde, y quien más quiere,
 Se sienta, en su seno recostada,
 Hablando con su Adonis, por quien muere
 A veces es la plática cortada
 Con besos que entre col y col ingiere,
 Y más de una razón enamorada.
 «Una doncella (dijo) habrás oído,
 » Acaso, ligerísima haber sido.

» No fué ficción aquella ligereza
 » Con que, por dicha, oíste que vencía
 » Varones; que la dió Naturaleza
 » En el correr extraña lozanía;
 » Y que en aquesta gracia ó en belleza
 » Se aventajase más, no se sabía;
 » Y consultando á dios sobre el marido,
 » El sacro Febo así la ha respondido:

» — No trates de marido, hermosa Atlanta;
 » A casamiento sé continuo esquiva;

- » Mas no podrás huir con fuerza tanta,
- » Que no carezcas de ti misma viva. —
- » La suerte y la respuesta así la espanta,
- » Que hacen que en el monte umbroso viva,
- » Los mozos que la piden ahuyentando,
- » Con un partido crudo detestando,

- » Diciendo: — De gozarme se despida
- » Quien en correr no fué aventajado,
- » De suerte que yo quede de él vencida;
- » Venciéndome, será mi desposado;
- » Y si le venzo, perderá la vida.
- » Ni espere nadie verse perdonado. —
- » No perdonaba á hombre, que era dura;
- » Mas tal era el poder de su hermosura,

- » Tal era de su forma el poderío,
- » Que á condición tan áspera y partido,
- » Guiados del amor y desvarío,
- » La turba de mancebos ha acudido.
- » Hippómenes el crudo desafío
- » Estaba á ver, del cual el fin sabido,
- » Había dicho: — ¿Y hombre hay que pretenda
- » Mujer con tal peligro y tal contienda? —

- » Los mozos y su amar demasñado,
- » El loco y temerario atrevimiento
- » Había juntamente condenado,
- » Llamándolos orates y sin tiento.
- » Mas visto el cuerpo suyo despojado,
- » Y el rostro de tan gran merecimiento
- » Cual éste ó ése, á ser tú transformado
- » En hembra, se quedó como pasmado,

- » Y con las manos altas dijo: — Pido
- » Perdón, señores míos, del pecado
- » Contra vosotros mismos cometido,
- » A quien tan sin razón he yo culpado;

- » No había vuestro premio conocido. —
- » Y mientras en alabarla está ocupado,
- » En amoroso fuego se abrasaba,
- » Y que la venza nadie deseaba.

- » Estaba de la envidia temeroso,
- » Diciendo: — ¿Yo por qué no habré tentado
- » La suerte de este trance riguroso,
- » Pues favorece Dios al que es osado? —
- » En esto, con su paso presuroso,
- » La virgen hermosísima ha volado;
- » Y aunque él la ve pasar como saeta,
- » Le admira más su forma tan perfecta.

- » Muy mucho más le espanta su belleza
- » Que el rápido correr que la aumentaba.
- » Movido con tan presta ligereza,
- » Cada talar del aire resonaba.
- » El oro natural de su cabeza
- » En las espaldas bellas ondeaba;
- » Menéanse también las ligagambas
- » Con que se adornan sus rodillas ambas.

- » Y de color de rosa se ha encendido
- » Aquella hermosa y virginal blanca,
- » Cual á pared blanquísima ha venido
- » De algún velo ó cendal de grana pura.
- » Mientras lo está notando embebecido
- » El huésped ha llegado á la postura
- » Atlanta, y en señal de la victoria
- » Se cubre con corona de su gloria.

- » Los que ha vencido gimen, y el castigo
- » Padecen de su loco atrevimiento;
- » Mas ver morir los tristes que te digo,
- » Ni le espantó, ni le causó escarmiento.
- » Y no pudiendo más hacer consigo,
- » Constante sale en su primer intento.

- » Y en su señora todo transportado,
- » A hablar de aquesta suerte ha comenzado:

- » — ¿Por qué pretendes título y renombre
- » De poca estima, fácil, cual se gana
- » Venciendo á gente floja, cuyo nombre
- » Es vil y de bajeza clara y llana?
- » Conmigo corre, y sabe que soy hombre
- » De sangre y de virtud tan soberana,
- » Que si te venzo en esta competencia,
- » Llevarás ser vencida con paciencia.

- » No te dará disgusto el caso tuyo,
- » Si Fortuna me diera la victoria:
- » Mi padre es Megareo, Onchesto suyo,
- » Y el dios del mar su abuelo, lustre y gloria
- » De mi linaje; de do claro arguyo
- » Ser mi prigenitura bien notoria;
- » Ilustre es mi principio te prometo,
- » Pues del rey de las aguas soy biznieto.

- » Ni mi virtud sin duda es menos fuerte
- » Que la del tronco mío esclarecido;
- » Y si me sucediere de otra suerte,
- » Que quedes vencedora y yo vencido,
- » Renombre memorable con la muerte
- » De Hippómenes tendrás bien merecido. —
- » Así decía, y con semblante blando
- » Scheneya le estaba contemplando.

- » Estábale mirando conmovida
- » Del gran valor que en él notado había,
- » Dudosa si vencerle ó ser vencida,
- » Tendría por mejor; y así decía:
- » — ¿Cuál dios, de los hermosos homicida,
- » A éste es enemigo, pues le envía,
- » Con pérdida de vida y de contento,
- » A pretender tan duro casamiento?

»No valgo tanto yo, ni me conmueve
 »Su rara perfección, aunque pudiera;
 »Sino que aún es muchacho, y no me mueve
 »Él, no, sino su edad, que es primavera.
 »¿Pues qué?, ¿que menosprecia como debe
 »La muerte?, ¿que es su origen verdadera
 »Neptuno?, ¿que me quiere de tal suerte
 »Que á no obtenerme quiere más la muerte?

»Oh huésped, huye el áspera fortuna
 »De mi costoso y crudo casamiento.
 »Pues tienes ocasión aún oportuna
 »Para buscar mujer á tu contento.
 »La que quisieres pide, que ninguna
 »Dirá que no, pues cierto, á lo que siento,
 »Te puede desear la más discreta.
 »Mas tal cuidado á mí, ¿por qué me aprieta?

»Habiendo muerto á tantos, ¿de dó nace
 »Que de éste sólo tenga yo cuidado?
 »Que muera es lo mejor, pues no le hace
 »La muerte de los otros avisado.
 »Y pues que con morir se satisface,
 »Quizá de su vivir está enfadado.
 »Luego hele de matar como á enemigo,
 »¿Por qué su vida quiso hacer conmigo?

»¿En pago de su amor daréle muerte?
 »¿No sufrirá la envidia mi victoria?
 »Mas no es mi culpa. Yo deseo verte
 »Huir la pretensión de aquesta gloria.
 »Y ya que tu locura es de tal suerte,
 »Querría que me hicieses muy notoria
 »Ventaja en el correr. ¡Oh qué semblante
 »Divino, cuán á virgen semejante!

»¡Oh miserable Hippómenes!, quisiera
 »Que no me hubieras visto, siendo digno

- »De larga edad, y más dichosa fuera
- »Si el hado no me fuera tan maligno
- »Que el casamiento mío prohibiera,
- »Pues eras uno solo, nada indigno
- »De haberme por mujer, que yo escogido
- »Te hubiera ciertamente por marido.

- »Contigo me holgara ser casada,
- »Y fuera mi deseo satisfecho. —
- »Esto había dicho, y como está tocada
- »De la afición primera en rudo pecho,
- »Está sin saber cómo enamorada.
- »El golpe siente, ignora quién le ha hecho,
- »No sabe lo que hace y, en fin, ama,
- »Sin entender de amor ni de su llama.

- »Ya el pueblo y padre suyo está esperando
- »En el lugar que suelen oportuno
- »El bravo desafío y curso, cuando
- »Hippómenes, biznieto de Neptuno,
- »Me está congojadísimo invocando,
- »Diciendo con rogar muy importuno:
- » — Al fuego que me ha dado y me conquista,
- »Plegue á la Venus que ella misma asista. —

- »El aire no envidioso me ha traído
- »La nueva del humilde y blando ruego;
- »Confieso que al momento me he movido,
- »Y habiendo poco tiempo, parto luego
- »Á un campo, Damasceno es su apellido,
- »Y de mi reino Chipre y mi sosiego
- »Es parte, y la mejor, y fué anejado
- »Al santo templo mío consagrado.

- »Mucho ha que los antiguos lo dejaron
- »Al templo do servicio se me ofrece,
- »Y con la renta suya le dotaron.
- »En medio el cual un árbol se parece,

- » Que para mi regalo consagraron.
- » El tronco, rama y hojas resplandece;
- » Es de oro, y de oro el fruto producido.
- » Pasando, tres manzanas he cogido.

- » Llegué en un punto, nadie vió mi gesto,
- » Hippómenes sacando, al cual me llevo.
- » Dados los pomos, advertíle presto
- » El uso de ellos; hacen señal luego
- » Con las trompetas; cada cual del puesto
- » (Rendidos á mi hijo fiero y ciego)
- » Se parte, y su presteza fué tan buena,
- » Que el pie tocaba apenas el arena.

- » Cualquiera de los dos tan recio parte,
- » Con tanta ligereza, que dijeras
- » Que por el mar corrieran de aquel arte
- » Sin se mojar sus plantas tan ligeras,
- » Y sin quebrar arista en una parte,
- » Por las espigas canas concedieras
- » Poder correr. Las voces animaban
- » Al mozo, de las gentes que miraban.

- » Tomaba brío Hippómenes, que oía
- » La circunstante gente que le esfuerza,
- » Y á voces cada uno le decía:
- » —Agora es bien usar de maña y fuerza.
- » Aprieta y vencerás.— No se entendía
- » (Según mi hijo á entrambos á dos fuerza)
- » Quién (dicha tal razón) gustó más de ella,
- » El Megareo varón ó la doncella.

- » ¡Oh, cuántas veces ella (que podía
- » Dejarla atrás) adrede le esperaba,
- » Y su ligero curso detenía,
- » Y de verse delante la pesaba!
- » Ya se cansaba el mozo, bien se vía,
- » Que al alentar aprieta lo mostraba.

- » La raya estaba lejos, y turbado,
- » De las manzanas de oro una ha tirado.

- » Quedó la virgen fuera de sentido
- » Mirando la manzana refulgente,
- » Para tomar la cual se ha detenido.
- » Tomóla; mas Hippómenes, que siente
- » Favor, pasó adelante; gran rüido,
- » De verlo, se ha seguido de la gente;
- » Mas ella va tras él, y ya le alcanza,
- » Y pasa, corrigiendo su tardanza.

- » Ya pasa, al leve vuelo semejante,
- » Dejando atrás al mozo enamorado;
- » Y aunque con otro pomo rutilante
- » Segunda vez Atlanta se ha tardado,
- » Tornó á alcanzarle, y pásale delante.
- » No había de la carrera ya restado
- » Sino la final parte, y dijo: — Agora
- » Imploro tu favor, diosa y señora;

- » Agora, sacra madre de Cupido,
- » Asiste con tu ayuda soberana. —
- » Con humildad aquesto referido,
- » Y cuanta fuerza pudo, la manzana
- » Que de oro le restaba, en el florido
- » Campo arrojó; la moza muy ufana
- » Me pareció dudar si volvería
- » Por ella; constreñila en tal porfia.

- » No sólo la tomó, de mí forzada,
- » Mas aun para impedir su movimiento,
- » A la manzana hice más pesada,
- » Y á ella con el peso impedimento.
- » Y porque yo no sea reputada
- » Más tarda que su curso, en el momento.
- » La moza quedó atrás, y fué entregado
- » Al vencedor el premio deseado.

»¿Qué te parece, di? ¿Digna no era
 »De agradecerse y darse honor inmenso
 »A tal merced, y que se me ofreciera
 »De todo corazón el sacro incienso,
 »Adonis? Pues no fué de esa manera,
 »Que ni se le ha acordado, á lo que pienso.
 »Y viendo ser su ólvido claro y cierto,
 »A ira y á venganza me convierto.

»Del menosprecio tuve descontento,
 »Teniendo á cada cual por enemigo,
 »Proveyendo de aviso y escarmiento
 »A la restante gente, en su castigo.
 »Y para conseguir mi mismo intento,
 »Contra los dos estaba yo conmigo
 »Incitándome á ira, y dando ejemplo,
 »Cuando pasaban de Cibele el templo.

»Pasaban por el templo, que por voto
 »En otro tiempo hecho fué y dotado
 »De Echió, un varón claro y devoto,
 »Y á la santa Cibele dedicado.
 »En medio de un umbroso y fresco soto
 »Los árboles del cual le han ocultado,
 »De descansar deseo allí les vino,
 »Por el cansancio largo del camino.

»Deseo de descanso, y aun deseo
 »De torpe ayuntamiento intempestivo,
 »Hippómenes sintió, y al acto feo
 »Incita mi poder tan excesivo.
 »No se gastó ni tiempo ni rodeo
 »Para buscar lugar, que de nativo
 »Canto esponjoso hecho, un aposento
 »Hallaron suficiente á su contento.

»Cercana al templo estaba edificada
 »De la devota gente una casilla,

- » Á forma de una cueva, no labrada
- » De mano artificiosa, mas sencilla;
- » Y por estar de poca luz dotada,
- » Movía á devoción á maravilla,
- » Do el sacerdote de ánimo sincero
- » Tenía mil dioses viejos de madero.

- » En esta casa antigua se han entrado,
- » Y temerariamente la violaron.
- » Los dioses, que advirtieron el pecado,
- » Por no le ver, los ojos abajaron.
- » La madre torreada castigado
- » Hubiera los que así la profanaron,
- » Y en la laguna Estigia los hundiera,
- » Si poca pena no la pareciera.

- » Así que agora pagan tan mal hecho
- » Sus cuellos de cernejas revestidos.
- » Al punto se han sus dedos uñas hecho;
- » Los hombros en espaldas convertidos;
- » Lo más del cuerpo se transforma en pecho.
- » Los campos con la cola son barridos;
- » Su habla es á murmurio semejante;
- » La ira manifiesta su semblante.

- » Por tálamo celebran las montañas,
- » Mudados en leones, y las gentes
- » Y todas las restantes alimañas
- » Han miedo de sus uñas y sus dientes.
- » Los cuales, y sus furias tan extrañas,
- » La madre de los dioses excelentes,
- » Con duro freno á su pesar mitiga,
- » Y el insulto de entrambos se castiga.

- » Pues de éstos te amonesto, ruego y pido,
- » Amor mío caro, á do mi bien consiste,
- » Que huyas, y cualquier tan atrevido,
- » Que no sólo no huye, mas resiste.

»Advierte que de haberte tú atrevido,
 »Podrá ser osadía á entrambos triste.»
 Amonestado, con semblante blando,
 Unció sus cisnes y partió volando.

»Partióse del amante aconsejado,
 Mas no con el consejo persuadido;
 Que su virtud y ánimo esforzado
 A lo contrario estaba apercebido.
 Acaso los ventores han sacado
 Un puerco por el rastro, que ha huído,
 Y cuando ya del monte se salía,
 El hijo de Ciniras le hería.

»Aunque le hiere Adonis, no consigue
 Su fin, porque al través fué la herida.
 Echó de sí el venablo, y luego sigue
 A quien temblando busca la guarida.
 Y con tan gran braveza le persigue,
 Que le privó al momento de la vida,
 Y le dejó tendido en el arena,
 Saliendo sangre de él por larga vena.

»La diosa Cytherea, que aun llevada
 En su ligero carro, nunca había
 Llegado á Chipre, y lejos desmayada
 La voz del malogrado conocía,
 Y para verse más certificada,
 Los cisnes donde le oye revolvía,
 Del aire le ha mirado, y baja al punto
 Do estaba envuelto en sangre, ya difunto.

»Rompió sus vestiduras y hebras de oro,
 Hiriendo indignamente el blanco pecho;
 Y ya que se dolió con agro lloro
 De los inicuos hados que lo han hecho,
 Les dijo: «De mi gozo y mi tesoro
 »No me podréis privar, que algún derecho

»Me quedará en mi Adonis y mi gloria,
 »Cada año refrescando su memoria.

»De mi tristeza y tierno sentimiento
 »Cada año habrá memoria, de tal suerte,
 »Que con el llanto amargo y descontento
 »Celebraré la imagen de su muerte.
 »Haré su sangre flor en un momento,
 »Porque al deseo el hecho se concierte
 »Y su renombre viva y permanezca
 »Sin que jamás se olvide ni fenezca.

»¿Por dicha temeré ser envidiada,
 »El hijo de Ciniras transformando,
 »Siendo por ti Perséfone mudada
 »En hierbabuena Mentha?» (1) A questo hablando
 La sangre fué con néctar rociada,
 Y siendo de él tocada, fuese hinchando,
 Cual transparente ampolla se ha hinchado
 Con el pluvioso cielo arrebolado.

»Y en término de una hora, ó poco ante,
 Del lustre de la sangre fué nacida
 Una flor, á las flores semejante
 Que tienen las granadas, conocida
 Por su fragilidad, y no abundante
 De fuerzas ó valor, pues que caída
 Se muestra al soplo del ligero viento
 Que la dió, como á todo, nutrimento.»

(1) Fué Mentha una ninfa amada de Plutón á la cual Proserpina, por celos, metamorfoseó en planta de su nombre. La menta se empleaba en los embalsamamientos, y de aquí sin duda el origen de esta fabulosa tradición.

LIBRO UNDÉCIMO

Mientras Orfeo ablanda las entrañas,
Con su sonoro plectro, de las fieras,
Atrayendo las piedras y montañas,
Las Cyconas, mujeres duras, fieras,
De pieles revestidas y locura,
Le vieron desde un alto, y muy de veras
Acometerle cada cual procura;
De quienes, el cabello echado al viento,
La una, tan sin seso como dura,
Encomenzó á decir en el momento:
«¿Veis quien nos tiene en poco?»; y dió en la cara
Con una lanza al hijo y al contento
Del rubiõ Apolo; empero el golpe pára
En sólo hacer señal, sin dar herida
En la serena faz, hermosa y rara.
Tiró una piedra, otra, y detenida
En el aire se queda, el blando canto,
La voz suave y música entendida,
Que fué tan excelente, y pudo cuanto
Se puede encarecer, pues que corrido
Cayó de la osadía el duro canto.
Mas el furor insano y el rüido
Se aumenta, porque Erynys corruptora
Las ha cien mil locuras infundido.

Que si el cantar y melodía sonora
Entre tan gran estruendo se entendiera,
Las armas se rindieran á la hora.

Mas eran los panderos de manera,
Las gaitas, las sonajas y aullidos,
Que fué estorbado el son que enterneciera
Los cantos, que de sangre están teñidos
Del dulce Orfeo, al cual porque no oyeron,
No se mostraron, cierto, enternecidos.

Y cuanto á lo primero acometieron
Las Menadas furiosas á las aves
Y sierpes y animales, que estuvieron,
A los acentos suyos tan süaves,
Atónitas, y nunca la defensa
Tentaron con huída, ni quisieron.

Tras esto, contra Orfeo fué la ofensa
Segunda, acometerle cada una
Con diestra ensangrentada y furia inmensa.

Y la canalla pérfida, importuna,
De aquella misma suerte le rodea
Que al ave que aborrece Sol y Luna.

Las otras que la ven, y las recrea
Verle morir, cual ciervo, rodeado
De perros, á la gente que le otea (1).

Y al músico y poeta señalado
Los verdes tirsos tiran, infamando
Las armas, que tal uso no ha inventado.

Terrones unas, otras arrojando
Guijarros, éstas ramos y troncones,
Sus ánimos malvados publicando.

Y porque á su furor y sinrazones
Terribles, intrumentos no faltasen,
Y fin al de sus fieros corazones,

(1) Era costumbre en los circos que por la mañana combatiesen los animales domésticos y por la tarde las fieras traídas de lejanas tierras.

Acaeció que entonces barbechasen
La tierra allí cercana unos villanos,
Y no muy lejos otros excavasen.

Los cuales, como vieron tantas manos
Armadas, de mujeres Bacanales,
Huyeron de furores tan insanos.

Y los temores suyos fueron tales,
Que por huir dejaron olvidadas
Las armas de su campo, con las cuales

Las fieras se procuran ver vengadas
De los cornudos bueyes, empleando
Los rastros, los legones, las azadas.

Aquesto hecho, vuelven loqueando
Al miserable Orfeo, que ponía
Las manos, sin provecho suplicando,

Y fué la vez primera que no había
Movido con su canto deleitoso,
Armónico concierto y melodía.

Ejecutando el ánimo furioso,
Las perversas mujeres le mataron,
Y por aquella boca (¡oh poderoso
Júpiter!) que las rocas escucharon
Y entendieron los brutos, en el viento
Sus Manes venturosos exhalaron.

Por ti, Orfeo, hicieron sentimiento
Las tristes aves y las bestias fieras,
Tuvieron los peñascos descontento,

Y aquellas mismas selvas muy de veras,
Que fueron tras tus versos, te han llorado
Con ansias y congojas lastimeras.

Por ti sus verdes hojas ha mesado
El árbol; en el río la corriente,
De su llorar, es fama se ha aumentado.

En Náyades y Dríadas se siente
Tan gran tristeza, que el semblante bello
Y el hábito es de luto claramente.

Tendido su hermosísimo cabello,
Tu muerte y su desastre lamentaron,

Al mismo tiempo que supieron de ello.

En diversos lugares se quedaron
Sus miembros. La vihuela y la cabeza,
En tus ondas, ¡oh Hebro!, reposaron.

Y yendo por el agua, luego empieza
La lira no sé qué triste lamento;
La misma lengua murmuró tristeza.

Los ríos y las peñas al momento
Responden con acentos de sí dinos,
Manifestando el tierno sentimiento.

El río popular al mar vecinos
Dejaban, ya gozaban la ribera
De Lesbos, do estorbó los peregrinos

Una culebra fiera, de manera
Que lame los cabellos rociados
Y aquel sagrado rostro se comiera,
De donde tantas veces entonados
Cantares á los dioses se han oído,
De todos los vivientes celebrados.

En conclusión, de Febo es defendido;
Que cuando la serpiente estaba cierta
De le tragar, la ha vuelto y convertido

En piedra, y se quedó la boca abierta.
Su sombra (muerto Orfeo) en un instante
So tierra entró por la tartárea puerta.

A do reconoció lo que había ante
Visto, y el campo Elisio rodeando,
Su Euridice buscó, cual firme amante.

Hallada, la abrazó, y acompañando
Su dama, va seguro de continuo,
Ora delante, agora atrás quedando.

Mas el sagrado autor del dulce vino,
La pérdida de Orfeo con tal muerte
Sintiendo, le ha vengado cual convino,

Pues las madres Edónidas convierte
En árboles, las cuales estuvieron
Presentes á delito de tal suerte.

Y á las tuertas raíces se sintieron

Asidas por los pies, porque los dedos
En la maciza tierra se hundieron.

Y con los ademanes y denuedos
Que el ave suele hacer si se ve presa
Del cazador astuto en sus enredos,

Que cuanto se procura más aprieta
Soltar, se aprieta más y más se hiere,
Y al lazo queda asida, aunque la pesa;

Así de espanto loca, trata y quiere
Soltarse cada cual que se ve asida,
Y por la libertad en vano muere.

De la raíz cualquiera es detenida,
Y queriendo saltar, mal de su grado,
De la misma raíz es impedida.

Y mientras pies y dedos ha buscado,
Y uñas, ve el madero ir ya cundiendo,
Y haber las pantorrillas ocupado.

En los muslos herirse pretendiendo,
En roble dió, y en tal se torna el pecho,
El ser antiguo suyo ya perdiendo.

Los hombros suyos roble ya se han hecho,
Y ser los brazos ramos ya creyeras,
No te engañaras, pues lo son de hecho.

Ni satisfacen estas penas fieras
A Baco, que aun la tierra desampara,
Para mostrar su injuria más de veras.

Y en los viñedos de Tymolo pára,
De más ilustre coro acompañado,
Y fuese al río cuya arena cara

Aun no era entonces, ni era aun envidiado
Pactolo, que llegado no le había
La suerte de correr sobre dorado.

De noche le celebran y de día
Los Sátiros y Bacas, más Sileno
Faltaba de la alegre compañía.

A quien, de vino y años bien relleno,
Hallaron titubeando los villanos
De Frigia, de pesares todo ajeno.

Y atado con guirnaldas, en las manos
De su rey Midas luego le han dejado,
El cual en los conceptos soberanos,
Con Eumolpo Ateniense, fué enseñado
Por el traciano Orfeo, en la manera
Que Baco había de ser sacrificado (1).

El Rey con mesa y cara placentera
Del huésped solemniza la venida
Diez días con sus noches, y ya era

El alba del onceno amanecida,
Cuando el Rey á los campos lidios vino,
Do recibió merced mal entendida.

Que porque al mozo Baco, autor del vino,
El viejo restituye, fué premiado
Conforme á su deseo y desatino.

Pues por haber su amo recobrado,
Le concedió pidiese á su contento,
Que al punto cumpliría lo deseado.

Entonces dijo Midas: «Tengo intento
Que cuanto yo tocare se convierta
En oro.» Concedióselo al momento,

Pesándole de ver cuán mal acierta
En conseguir tal don, pues su disgusto
Y daño en él es claro y cosa cierta.

Quisiera que pidiera más á gusto,
Y recibiera don más provechoso,
Y aquesto siente Baco como es justo.

El Berecintio Rey (2) partió gozoso,
Probando la merced, muy satisfecho
De ver salir verdad el don dañoso.

Y creyéndose apenas, vió de hecho
Que de una encina un ramo que ha cortado,

(1) «Post Gordium filius Mida regnavit qui ab Orpheo sacrorum solemnibus initiatus, Phrigiam religionibus implevit.» (Justino, XI, 7.)

(2) Berecintio Rey debe entenderse «El hijo de Cibeles». Lactancio dice «Fertur Midas esse matris magnæ filius: sic enim cum Hesiodo consentit Ovidius.»

En ese mismo punto de oro es hecho.

Tomó una piedra, en oro se ha tornado;
Tocó un terrón, y luego se convierte
En masa de oro fino y acendrado.

Cortando unas espigas, las advierte
Volver en oro; un pero que tenía
Se transformó de aquella misma suerte,

Que verdaderamente parecía
Haberle las Hespérides cortado
Del huerto suyo, y que de allí venía.

Si los postes ó puertas ha tocado,
Parece que deslumbran reluciendo:
En oro tan subido se han mudado.

Lavábase, y el agua que cayendo
Corría de sus manos, engañara
A Dánae; él se está desvaneciendo,

Con esperanza tal, tan grande y rara,
Que de oro la hace todo. Ya su gente
La mesa á su gozoso Rey prepara,

Do está manjar y pan muy excelente,
El cual con su derecha mano asido,
Comienza á endurecerse de repente.

Si como hambriento el Rey ha pretendido
Morder algún manjar, es excusado,
Que en oro lo halla todo convertido.

El que le dió tal don, cuando mezclado
Con agua, por beber llega á la boca,
En oro se le vierte transformado

En ese mismo punto que le toca.
La novedad del mal mostró al momento
Ser su riqueza pobre, necia y loca.

Lo que hora deseó le da tormento;
Desea dar de mano á tal riqueza,
De hambre y sed no alivio, mas aumento.

Y como bien merece su rudeza,
Del oro aborrecido es castigado
Y con las manos puestas, así empieza:

«Perdóname, Leneo consagrado,

Y líbrame del don, que aunque parece
Hermoso, es digno pago del pecado.»

El blando dios al punto se enternece,
Y restituye al Rey que confesaba
Su culpa, y pues por esto lo merece,
Y por la fe con que lo suplicaba,
Librándole del oro que él había
Pedido mal, y agora lo pagaba,
Palabras semejantes le decía:

«Vecino á la gran Sardis corre un río,
Y va por un collado su corriente,
Camina al punto por mandado mío
Hasta el origen mismo de su fuente;
Y por donde saliere con más brío
Pon tu cabeza, y lava juntamente
El cuerpo y el delito, y al momento
Se acabará el castigo y el tormento.»

El Rey cumplió á la letra su mandato,
Metiéndose debajo el agua pura.

El río desde entonces fué dorado,
Y la virtud extraña aun hoy le dura
Que del humano cuerpo le prescribe,
Y por sus venas de él la tierra dura,
Y de simiente rica que concibe,
Engendra los terrones refulgentes,
Empapados del agua que recibe.

El Rey amohinado de las gentes
Y las riquezas suyas, do hallaba
Ningún contento y mil inconvenientes,
En las umbrosas selvas habitaba,
Y el fresco campo, adonde al consagrado
Pan, que allí mora, siempre veneraba.

Mas el ingenio rudo le ha quedado,
Y tiene entendimiento como de ante,
Para dañar su dueño aparejado.

Porque Tmolo (de riscos abundante,

Que el ancho mar sojuzga, y extendido,
Con sus dos cuestas va tan adelante,

Que se ha la una en Sardis concluído,
Y en Hipepa la otra) un monte era,
Do mientras Pan tocaba enternecido

La lisa y encerada cañavera,
A las sagradas Ninfas presentando
Sus versos amorosos, de manera

De su armonía y voz se fué pagando,
Que tiene en poco á Apolo y desafía
Al mismo, por júez Tmolo estando.

Sentado el viejo Tmolo ya se había
Sobre su mismo monte, y del oído
Los ramos de los árboles desvía.

De roble coronado proveído
De verdes abellotas, que á las sienes
Colgaban, y en un punto convertido

Al dios de los ganados: «Aquí tienes
Júez aparejado (dijo), atento
A tu cantar; no resta más que suenes.»

Con sus agrestes cañas al momento
Sonó el dios Pan, y el bárbaro sonido
Al más que tonto Midas dió contento,

Que acaso á tal sazón había venido.
Comienza el sacro Apolo, y al instante
A él se ha el cano monte convertido,

Al cual fué su arboleda semeiante.
Del árbol de Parnaso coronado,
El cabello dorado rutilante,

Y una ropa muy rica ataviado,
De purísima grana, que barría
El suelo donde Febo está parado.

Con su vihuela de arco, que traía
En la siniestra mano, de fino oro
Y marfil liso y rica pedrería,

En la derecha el plectro, tal decoro
Fué el del maestro y músico excelente,
Por tal tenido en el divino coro.

Y comenzó á tañer tan dulcemente,
Que Tmolo de su canto conmovido,
Juzgó por él, y dijo lo que siente
A Pan, que le tendrían por comedido,
Si la zampoña rústica y su verso
Hubiese á la vihuela sometido.

El júicio del monte no es diverso
Del que tenían todos, pues consiente
Con su sentencia todo el universo.

Injusta la llamaba solamente
El insensato Midas, y procura
Apolo que el castigo sea decente.

Perdieron sus orejas la figura
De humanas, y crecieron de manera,
Que son orejas de asno en su hechura.

El vello por de dentro blanco era,
Instables son, y puede á su contento
Moverlas, lo cual antes no pudiera.

En lo demás es hombre; que el intento
De Clario fué que cada oreja sea
De bestia de espacioso movimiento.

Verdad es que ocultarlas él desea,
Y procura tapar con el sombrero
Las sienes y la parte que le afea.

Mas no pudo cubrirlas del barbero,
El cual, como decir á nadie osase
La falta que había visto, y de parlero,

Decirla grandemente desease,
Hizo en la tierra un hoyo, do metido,
Las orejas de Midas publicase.

Con voz pequeña, mansa, sin rüido,
La cabeza allí dentro muy de veras,
Lo dijo y echó tierra. Allí ha nacido

Un bosque de temblantes cañaveras,
Que crecidas, moviéndolas el viento,
Sonaban las palabras verdaderas

Que, en la parte do está su nacimiento,
El que hizo el foso dijo, y entendido

Fué lo que daba á Midas descontento.

De Tmolos el rubio Febo se ha partido,
De aquel Rey tonto á su placer vengado,
Y del ligero viento fué traído,

Por cabe el mar angosto que nombrado
Fué de Heles, y acabando aquel rodeo,
En el troyano campo se ha parado.

En medio está de Rheto y de Sygeo,
Una ara antiguamente consagrada
A Júpiter tonante Panonfeo (1).

De do vió á Laomedón, que comenzada
Tenía á cercar la nueva Troya, que era,
De grande, rica y muy aventajada,

Difícil de acabar, de tal manera,
Que con trabajo inmenso parecía
Crecer, como si nada se hiciera,

Y ni para el efecto bastaría
Riqueza si no fuese muy copiosa,
Según la traza suya requería.

Y con el dios del agua tan gran cosa
Tomada, transformados en humanos,
Se dió fin á la obra tan costosa.

Y satisfecho el Rey de los troyanos,
El oro del contrato les desnega,
Que es premio del trabajo de sus manos.

Y la perfidia suya á tanto llega,
Que con perjuros su traición aumenta,
Movido de codicia vil y ciega.

«No será sin castigo tal afrenta»
(Neptuno dijo), y manda á las corrientes
Se inclinen hacia Troya la avarienta.

Y para castigar á los presentes,
La tierra vuelve en mar, sin dejar nada
De pan ni vino á las troyanas gentes.

Ni tanta pena basta; condenada

(1) Homero llama á Júpiter Panonfeo por ser el único dios que tenía el don de predecir lo venidero.

La hija fué del Rey á ser comida
 De un monstruo de la mar (1), y ya ligada,
 Fué del valiente Alcides defendida,
 Que pide los caballos prometidos,
 En pago de victoria tan cumplida.

Negados, los troyanos fementidos
 Dos veces combatió, y los ha tomado
 A fuerza de armas, siendo destruídos.

Y Telamón, fortísimo soldado,
 Partió con harta honra y gran trofeo,
 De Hesione gozando, que le han dado.

Porque ya honrado y claro era Peleo;
 Casado con mujer divina diosa,
 Contento á la medida del deseo.

Ni su braveza era más famosa
 De parte del abuelo, que en ser yerno
 Del suegro suyo, y fué muy justa cosa;

Que nieto ser de Júpiter eterno,
 No á uno solamente ha acaecido;
 Mas ser amado con afecto interno,

Y de sagrada diosa ser marido,
 A sólo uno, y tanta buena suerte
 Y próspera fortuna le ha venido.

Porque á la diosa Tetis Protheo advierte
 Que si preñada se hace, pariría

Un hijo más que el padre bravo y fuerte,

Y de tan gran valor que vencería
 Los hechos de su padre valeroso,
 Y más valiente que él se llamaría.

Así que, porque más que el poderoso
 Júpiter en el mundo nadie fuese,

El mismo se templó. Bien que amoroso
 Y tierno el gran Tonante ya se viese

(1) Apolo envió la peste á los troyanos, y Neptuno suscitó contra ellos un monstruo marino. El oráculo declaró que los troyanos se verían libres de estas plagas si Laomedón exponía su hija Hesiona á la voracidad del monstruo marino.

Por la marina Tetis, y perfeto
Deseo de gozarla en sí sintiese.

En fin, en su lugar dejó á su nieto,
Y le mandó gozase la hermosura
De la sagrada virgen en aprieto.

Un golfo hay en Tesalia, la figura
Del cual es como hoz, y fuera puerto
A ser el agua allí de más hondura.

Con arenoso cieno está cubierto
El mar somero, y tiene la ribera
De suelo ni muy blando ni muy yerto.

Es apta al caminante, de manera
Que pasa su camino sin desmanes
De ciénago ni ovas, por doquiera.

Debajo está una selva de arrayanes
Y verde oliva toda rodeada,
Señal de paz, do cesan los afanes.

En medio está una cueva fabricada
Del Arte ó la Natura artificiosa,
A do solía desnuda ser llevada

De un Delfín enfrenado aquella diosa,
Y llega Peleo, estando allí durmiendo,
Tan descuidada de él como hermosa,

Y vencerla con ruegos no pudiendo,
A la gozar por fuerza se prepara,
Los brazos á su cuello entretejiendo.

Y si en mil formas no se transformara,
Usando de las artes que solía,
Tan grande atrevimiento aprovechara.

Mas ya mudada en ave la tenía,
Y agora en árbol grande transformada,
Del árbol mismo no se desasía.

En tigre ferocísima manchada,
Que fué la tercer forma, la ve vuelta,
Y tal ferocidad considerada,

Temblando el hijo de Eaco la suelta,
Y desde allí en el punto le convino
A hacer su sacrificio diese vuelta.

Derramando el sagrado y dulce vino
 Sobre la mar, los dioses adorando
 Con humo de las reses y el divino
 Incienso, que en el fuego está humeando,
 Hasta que desde el golfo fué entendido,
 El divino Carpathio amonestando
 De esta arte á quien le daba atento oído:

«¡Oh Peleo!, gozarás tu buena suerte,
 Si estando tu señora adormecida
 En la espelunca helada, un lazo fuerte
 La echares, y tuviéres bien asida.
 Si cien formas mudare por vencerte,
 Apriétala en cualquiera convertida;
 Hasta que deje toda su porfía
 Y á la forma se vuelva que solía.»

El adivino Protheo, dicho aquesto,
 La boca con las alas se tapaba,
 Y luego esconde el hondo mar su gesto.
 Ya Titán cuesta abajo caminaba,
 Y el timón inclinado, refulgente,
 Al mar de las Hespérides llegaba.
 Cuando dejada el agua, la excelente
 Tetis, en la caverna que solía
 Entró, do la acomete prestamente
 Peleo, el cual apenas la tenía,
 Cuando ella se ha en mil formas convertido,
 Y presa en todas ellas se sentía.
 Entonces finalmente dió un gemido,
 Y dijo: «No valiera lo que has hecho
 Si de algún dios no fueras favorito.»
 Y convirtiése en Tetis. Satisfecho
 El príncipe valiente, la ha gozado,
 Haciendo de sí y de ella un lazo estrecho.
 Allí fué el gran Aquiles engendrado,
 Y Peleo con tal hijo y compañera,
 Quedó dichoso y bienaventurado.

Y si á la muerte á Foco (1) no trajera,
En todo había tenido buen suceso,
Y todo á su contento acaeciera.

Culpado del insulto, fué por eso
Del paternal palacio desterrado,
Puniendo y castigando tal exceso.

Y en la traquinia tierra habiendo entrado,
Do un hijo del lucero poseía
Un reino sin cuestión y sosegado,

Con la luz de su padre relucía
Ceix (2); mas por entonces triste estaba,
No alegre en la manera que solía.

La falta de un hermano lamentaba,
A do después que Peleo, del camino
Cansado, y del cuidado que llevaba,

Llegó, y á la ciudad con pocos vino,
Y en un umbroso valle la vacada
Dejar, y su ganado, le convino,

Cercano al muro, cuando le fué dada
Licencia de besar al Rey la mano.
Con humildad la oliva consagrada

Mostrando, relataba al gran tirano
Su nombre y padre, sólo pretendiendo
Su crimen ocultar tan inhumano.

De su huída causas refiriendo
Fingidas, le suplica que le ampare
En su ciudad ó campo, permitiendo

Que con su gente y su ganado pare
En su servicio y tierra, y luego dónde
Se sirve de admitirle le declare.

A quien el Rey benigno así respondo:

(1) Foco era hijo de Eaco y de la nereida Psamatha. Jugando un día con sus hermanastros Peleo y Telamón, el tejo de éste le rompió la cabeza. Al saber Eaco que sus dos hijos habían asesinado á Foco, á instigación de la madre los condenó á perpetuo destierro.

(2) Ceix era hijo de Lucifer.

«Aun la mediana gente, ¡oh gran Peleo!,
 Con mucha cortesía es hospedada
 En el quieto reino que poseo,
 Cuanto más los de fama celebrada:
 No gastes tiempo más, ni más rodeo
 Rogando; toma el reino si te agrada,
 Cualquier que sea, y ojalá que fuera
 Mejor»; y sollozaba en gran manera.

Con suspirar y lágrimas decía
 A Peleo estas palabras y á su gente,
 Ajeno en todo extremo de alegría.

Y preguntaron todos prestamente
 La causa de tan gran desasosiego,
 De tal melancolía y accidente;
 A quienes, respondiendo, dijo luego:

«Acaso pensaréis que siempre ha sido
 Esta ave, que de raptó se sustenta,
 Y el resto de las otras trae rendido,
 Lo que parece agora y representa.
 Varón fué tan guerrero, tan temido
 Y tan pronto á forzar, como es exenta
 De miedo su constancia y ligereza,
 Solicitud briosa, gran presteza.

»En ave transformado, tiene agora
 La misma prontitud y gallardía
 Dedalión, sin la cual no vive un hora;
 Que cuando hermano mío ser solía,
 Su padre y mío es el que á la Aurora
 Avisa que á la tierra traiga el día,
 Quitando de la noche el negro velo,
 Y el último de todos deja el cielo.

»Yo siempre á paz he sido aficionado,
 Y á matrimonio santo y casamiento;
 Mi hermano á guerra: en sólo ser soldado

Hallaba, al parecer, contentamiento.
A muchos reyes hubo sujetado
El que es á las palomas escarmiento.
Chione fué su hija, criatura
Dotada de bellísima hermosura.

»De catorce años, y tan bella siendo,
A mil mancebos presos de amor tiene.
Mercurio y Febo, acaso un día viniendo
Uno de Delfos, otro de Cillene,
La vieron, y en el punto están ardiendo,
Y la esperanza á entrambos entretiene.
Apolo hasta la noche su contento
Difiere, mas el otro ni un momento.

»No pudo dilatar el encendido
Deseo de gozarla, y del beleño
Y vara suya al punto se ha valido.
Tocó su cara, y luego la echó sueño.
Dormida la forzó. Ya había venido
La noche encubridora con su ceño,
Cuando el dios Febo, en vieja transformado,
Gozó el amor del otro, y ha gozado.

»Cumplidos nueve meses, nace luego
Del volador Mercurio el ingenioso
Antólico (1) ladrón, que es burla y juego,
Si cotejáis con él, el más famoso.
Tan hábil para dar desasosiego,
Como su padre mismo y tan mañoso,
Tacaño, engañador, y que hacía
De negro blanco y blanco ennegrecía.

»De Febo (que de dos quedó preñada)

(1) Antólico fué abuelo materno de Ulises. Vencióle Sisifo en astucia y Antólico le dió su hija Amiclea, madre de Ulises.

Nació Filamón (1), músico preclaro,
 De voz tan excelente y delicada,
 Cuanto de dedo en la vihuela raro.
 Mas ¿de qué la sirvió preñez doblada
 Y dos amantes, cada cual tan claro,
 E hija ser de padre tan valiente
 Y nieta de un abuelo omnipotente?

»Ventura tan extraña y tan notoria
 No entiendo yo sin duda que ha valido;
 Si daña acaso á muchos tanta gloria,
 Con ésta al menos bien se ha parecido.
 La cual, como ignorante y sin memoria,
 Su belleza ha estimado, y preferido
 A ti, Diana, y puso en tu figura
 Objeto y ocasión de serla dura.

»Diana amohinada de esta mengua
 (Estando la cuitada sin sospecha),
 Blandiendo un arco, la culpada lengua
 Pasó con una aguda y leve flecha;
 La voz la falta y el aliento mengua,
 La vida con la sangre va deshecha.
 Cuán mísero me vi con tal castigo,
 Cual padre, la Piedad es buen testigo.

»En tanta pena tuve sentimiento
 Y corazón más blando que una cera,
 Y aunque yo procuraba en formas ciento
 Mi hermano consolar, de la manera
 Hacía mis consejos movimiento,
 Que suele hacer la dura roca y fiera

(1) Philamon, padre de Thamarys, fué el segundo, según el escoliasta de Apolonio el de Rodas, que ganó el premio de la Poesía y de la Música en los juegos pythicos. Plutarco le menciona como uno de los músicos más antiguos.

Al murmurar del mar en la tormenta,
Mas sólo por su hija se lamenta.

»No aprovechó con él un blando ruego
Con un afecto manso y amoroso,
Y viéndola ya arder en medio el fuego,
Por cuatro veces fué como furioso
Para arrojarse en él, cuitado; luego
Huyó con movimiento presuroso,
De aquella misma suerte fatigado
Que toro de los tábanos picado.

»Y yendo sin camino, parecía
Correr con más que humana ligereza.
Dijeras que volaba y no corría,
Dejando atrás á todos buena pieza.
En el Parnaso monte se subía,
Y de su cumbre abajo con presteza
Se arroja, por que su llorar se acabe;
Mas el piadoso Apolo le hizo ave.

»Al tiempo que en el aire iba el cuitado,
Con alas el dios Febo le sustenta,
Proveyóle de pico recurvado,
Anzuelo cada uña representá.
El antiguo vigor se le ha quedado
Mayor que el cuerpo el brío, y tiene cuenta,
Vuelto en halcón, de perseguir las aves
Y doloroso dar dolores graves.»

Lo cual mientras estaba refiriendo
Del triste hermano, el hijo del Lucero
Y Peleo y los demás le están oyendo.

Foceo Anétor, que era su vaquero,
Llegó acezando y todo demudado,
«Yo soy (diciendo) triste mensajero
De un caso miserable y desastrado;
Te traigo nuevas, Peleo»; y al momento

Que se las diga el amo le ha mandado.

El Rey, medroso, tiene oído atento
Al relatar sin orden, y temía
Oír el fin del doloroso cuento;
Contándole el pastor así decía:

«Cuando en el medio cielo parecía
La refulgente faz de Apolo puesta,
Y el mismo Febo mira que del día
La media parte al justo andar le resta,
Llevaba los becerros que traía
A la ribera corva á tener siesta,
Y parte en el arena echada estando,
El ancho mar está considerando.

»Los unos en el suelo recostados
Descansan, y los otros paseando
Con pasos espaciosos, sosegados,
Acá y allá pacían rodeando,
Y aun parte, de las olas confiados,
Los cuellos sobre el agua van nadando,
Un templo cabe el mar está bien pobre,
Cercado de espesura y mucho roble.

»Es casa de Nereo y sus hermanas
(Según un pescador allí contaba),
Y dijo que eran diosas soberanas,
Y dios, y como á tales los honraba.
De aguas detenidas, comarcanas
Al templo, una laguna se formaba,
Que el rebosar del mar la hizo, y era
Cercada de espesísima zalguera.

»De do un estruendo que dió espanto
A la comarca sale un lobo fiero,
Espantoso, terrible, grande, tanto
Cuanto en mi miedo entenderéis espero,
Sangriento y espumoso, que me espanto

Cuando su gran presteza considero:
 Tan grande es el temor que agora trayo,
 Sus ojos son un fuego y él un rayo.

»El cual, aunque mostraba juntamente
 La hambre y rabia extraña que traía,
 La rabia estaba en él más evidente;
 Que sin comer mataba y destruía
 No sólo el ganado, mas aun gente
 Mató que á su braveza resistía.
 Las aguas con bramidos atronadas,
 Con sangre se han tornado coloradas.

»El presente negocio tanto es grave
 Que no nos da lugar á más tardanza;
 Antes que lo que resta el crudo acabe,
 Tratemos defenderlo á espada y lanza.
 Pues cada cual usar las armas sabe,
 Entremos todos juntos en la danza.»
 El rústico vaquero así decía,
 Y á Peleo tanto daño no movía.

No le movía á Peleo la inclemencia
 Del hado inicuo y daño recibido,
 Mas antes le acusaba la conciencia
 Del crimen y delito cometido.
 A causa de lo cual al punto advierte
 Que la madre de Foco lo habrá urdido
 Por honrar con exequias de tal suerte
 Fundadas en castigo atroz y feo
 Del hijo amado la inmadura muerte.
 A todos manda armar el rey Oeteo,
 Y él mismo con su gente se levanta
 Por ser ejecutor de su deseo.
 Del tumulto, rüido y priesa tanta,
 Alcione movida, aun destocada,
 De ver al Rey y gente allí se espanta
 Y va por entre todos, y abrazada

Con gran amor al cuello del marido,
 Con amorosa voz acompañada
 De lágrimas que hubieran conmovido
 Un roble, le suplica é importuna
 Que sin ir, el socorro sea servido
 Enviar, ni permita á la Fortuna
 Poder sobre su vida, pues que siente
 Que entrambas almas guarda sólo en una,
 Á quien responde Peleo en consiguiente:

«Desecha el miedo, ¡oh reina!, que parece
 Tan bueno en tí, tan santo cuan piadoso.
 La merced prometida no carece
 De perfección y efecto valeroso.
 En la ocasión que agora se me ofrece
 De tal monstruosidad, el poderoso
 Dios de la mar adoraré confuso,
 Y es bien que de las armas cese el uso.»

En el palacio una alta torre estaba
 Que en el furioso y hondo mar solía
 A cualquier consolar que navegaba.
 La gente en ésta al punto se subía,
 Y en la ribera ven estar tendidos
 Los toros y cada uno que gemía,
 Y el destruidor sangriento, que teñidos
 Los dientes y los vellos largos canos
 De la sangre tenía de los heridos.

Y visto aquello Peleo, entrambas manos
 Hacia el profundo mar al punto extiende,
 A Psamate esparciendo ruegos vanos.

Pero como con él no condesciende,
 El perdón alcanzó por el marido
 La sacra Tetis, que es lo que pretende.

Mas no por eso el lobo embravecido
 Desiste de la presa y la matanza,
 Que dura, con el gusto embebecido.

Y en tanto que al peligro se abalanza,

De una becerra triste fué mudado
En piedra él y en viento su esperanza,
El cuerpo y el color ha reservado,
Mas el color de piedra no ser vivo
Ni lobo de temer ha demostrado.

Con todo eso Peleo fugitivo
No para en esta tierra ni consiente
Que se aquiete el hado suyo esquivo.

Vagando aporta á la Magneta gente
Adonde de la muerte ha sido absuelto,
Que Acasto le hacía dar injustamente.

Mas el turbado Ceix, ya que suelto
De los prodigios suyos, y su hermano
De consultar á dios está resuelto.

Consuelo sólo al flaco ser humano,
Y con este propósito apareja
La vía al sacro Clario soberano.

Mas contigo primero se aconseja,
Fidelísima Alcione, que parte,
Que sin decirte nada no te deja.

De su partida apenas te da parte,
Cuando de aquel color te ves teñida
Que tiene el boj, el rostro y toda parte,

Y tres veces tu voz interrumpida
De lágrimas, que fué compasión verte,
De llantos y sollozos impedida,
Quejándote dijiste de esta suerte:

«Amantísimo Ceix, mi contento,
¿Qué obra, qué pecado ó culpa mía
Turbado ha tu discreto entendimiento
Que no cuida de mí como solía?
¿Ausente te dará contentamiento
Vivir? ¿Qué te le da tan larga vía,
Que dejas de tu Alcione la presencia
Y crece ya tu amor con el ausencia?»

»¿Quizá por tierra partes, por do puedo

Quedar, aunque penada extrañamente,
No atormentada con terrible miedo,
Y el cuidado será de verte ausente?
Del espumoso mar turbada quedo,
Su triste imagen tengo acá presente,
Muy poco ha que vi tablas destrozadas
Y tumbas vanamente intituladas.

»La falsa confianza no te engañe
Por ser el suegro tuyo poderoso
Para que ningún viento á nadie dañe,
Pudiendo sosegar el mar furioso.
Si salen, Dios nos libre que se ensañe
Alguno, que en el piélagos espumoso,
Sin respeto á la mar, á cielo, á tierra,
Lo asola todo, quiebra, anega, atierra.

»Y no sólo en el hondo y negro centro
Se muestran fieramente embravecidos,
Mas aun en los nublados de su encuentro
Relámpagos resultan y tronidos.
En casa de mi padre, y de ella adentro,
Los he yo visto y tengo conocido,
Y cuanto más conozco su denuedo
Tanto más juzgo es bien tenerlos miedo.

»Y si mudar no puede un manso ruego
Tu intento, mi carísimo marido,
Y en fin te quieres ir, por mi sosiego
Que me lleves á mí te ruego y pido.
Por armas, y por aguas, y por fuego
Sujeta á tu fortuna y tu partido
Iré contenta, y pasaré temiendo
Lo que estuviere sólo pañeciendo.

»No temeré desgracia que no vea
Teniéndote, mi bien, á ti presente;
Con gusto sufriré quier que ello sea,

Pasándolo contigo juntamente.
El temeroso mar ninguno crea,
Con el peligro en él más evidente,
Si juntos navegamos, como es justo,
Podrá causarme un punto de disgusto.»

Con esto y otras cosas que decía
La casta Alcione, mueve su marido,
Y más con ver que lágrimas vertía.

Porque el amor no es menos encendido.
En él; mas con todo eso no desiste
Del embarcar que tiene prometido.

Ni aquella do su gloria y bien consiste
Poner quiere en peligro; respondiendo
Mil cosas, aquietó su pecho triste.

No que el viaje apruebe, y añadiendo
También este consuelo, con que vía
Que se iba su señora persuadiendo,
Con amorosa voz así decía:

«Cualquier tardanza á mí me será larga,
De esta verdad tu pecho esté seguro;
Y por salir de ausencia tan amarga,
Por los paternos rayos yo te juro
(Si el hado inevitable no se encarga
De serme inicuo, triste, acerbo y duro)
Que volveré á quitar antes tu pena
Que la Luna dos veces esté llena.»

Con tal promesa en parte consolada,
La nave á su viaje conveniente,
Con jarcias, chusma y armas fué fletada.

La cual vista de Alcione, en sí siente
Horror, y fué señal de mal agüero,
De mal agüero claro y evidente.

Y vertiendo mil lágrimas primero,
A su marido y vida está abrazada,
Y con semblante triste, lastimero,

Diciendo «adiós», cayóse desmayada.
Y Ceix ya maneras procuraba
De dilatar el tiempo á la jornada.

Cuando la gente al remo se aplicaba,
Y remando igualmente con el pecho,
Cortando el mar la prora navegaba,

Los lagrimosos ojos con despecho
Alzó ella luego, y al marido vía
En la recorva popa, que buen trecho

Estaba de ella, y con la mano hacía
Las convenientes señas, ni él se queja,
Porque otras semejantes recibía.

Mas cuando ya la tierra más se aleja,
Y el amado semblante del marido
Conocer de la vista no se deja,

Por do la nave va, la vista ha ido,
Escóndese ésta, está considerando
La vela que en el mástil alto vido.

Mas ya que no la vía, suspirando
Se recogió la triste á su aposento
Y cama do no estaba sosegando.

Mas antes renovó su descontento
La cama y el lugar, pues la advertía
Faltar su principal contentamiento.

La nao del puerto ya salido había,
Y el aire las maromas meneado,
Y los pendientes remos convertía

El marinero al uno y otro lado,
Poniendo sobre el mástil las antenas,
A toda vela al viento se ha entregado.

Al medio mar llegaban aun apenas,
Y entrambas tierras eran bien distantes,
Casi igualmente de la nave ajenas,

Cuando el mar con espumas semejantes
A nieve, el Sol ya puesto, se embravece,
Mostrándose sus olas muy pujantes.

Solano con su recio soplo crece,
El que gobierna á voces ruega, y manda

Descolgar las antenas, y parece

A otro que la vela no se espanda,
Antes se cale; mas mandar no basta,
Que todo la tormenta lo desmanda.

Estórbales á todos y contrasta,
Mas aunque no se oyen del ruido,
Cada uno en lo que puede el tiempo gasta.

Los remos sacan unos, y han querido
Parte impedir el agua, y parte al viento
Quitar las velas; parte han acudido

A echar mar en la mar de formas ciento.
Toma éste las antenas, y entretanto
Que aquello se procura tan sin tiento,

Creció la tempestad é invierno tanto
Cuanto la enemistad y la batalla
Entre los vientos y el furioso espanto.

No sabe el que gobierna dó se halla,
Que mande ó que prohíba, y con tristeza
Sin tino está confuso, absorto, y calla.

El mal es tan subido de grandeza,
Y tanto más que el arte poderoso,
Que no hay que resistir á su braveza.

Los hombres hacen llanto doloroso,
Chirrían las maromas, y resuena
El agua, atruena el aire nubiloso.

La celestial región parece llena
De olas, y las nubes rociadas;
Y otras veces se ve la roja arena

Y con ella las aguas coloradas,
Y á ratos está el mar ennegrecido,
Sus espumosas olas allanadas.

La misma nave ha tanto padecido,
Que agora hasta las nubes levantada (1),
Cual desde una alta cumbre ha parecido

Ver la región de Ditis gobernada,

(1) Véase Virgilio (*Encida*, I, 105, y III, 564).

Y puesta luego en el bajero suelo,
Del mar profundo y agua rodeada,
Mirar del hondo infierno el sumo cielo.
Y á veces, en los lados sacudida,
Bramido da que causa desconsuelo.

Y siendo de las olas impelida,
De aquella suerte suena que el pertrecho
En cerca destrozada ya rendida.

Y cual leones fieros van con pecho
Feroz y embravecido, recobrados
Sus bríos por las armas con despecho.

Los vientos y las olas van mezclados,
La nave armada al punto acometieron,
Sobre la cual han sido levantados.

Las cuñas al momento enflaquecieron
Faltándoles la pez y cobertura,
Y á la agua vencedora lugar dieron.

Abrióse por mil partes hendedura,
Cayeron tan espesas algaradas,
Que el cielo sospecharas ser hondura

Y en el cielo ser las hondas transformadas.
Empápanse las velas, el mar crece
Con aguas propias y del cielo dadas,
En todo el cual estrella no parece;
La noche obscura y su tiniebla llega
Y más la del nublado la obscurece.

Y aunque por ambas causas es bien ciega
La luz de ardientes rayos enojosa,
El enemigo cielo no la niega.

El agua se esclarece, que ya acosa
La triste nave tanto, que la ha entrado,
Saltando come gente victoriosa.

Cual el soldado bravo y señalado
En la muralla sube defendida
Mil veces, su deseo ya alcanzado

Que á trueco de loor, su propia vida
Entre mil no estimando, sube al muro
Con ánimo y presteza no creída;

Así el navío triste, mal seguro,
Del agua combatido en toda parte,
Espera el fin pesado, acerbo y duro.

Y contra él la ola mayor (1) parte
Con tal furor, braveza y tal estruendo,
Que para defenderse no fué parte.

Porfiando en su daño y persistiendo,
Hasta que la cansada nave resta
De ímpetu vencida tan horrendo.

Del agua parte intenta y está puesta
Aun en acometer la triste nave,
Parte está dentro, y vista tan funesta

Señal, los marineros nadie sabe
Qué haga; están temblando de la suerte
Que la ciudad vencida, que se acabe

Esperando su vida con la muerte,
Cuando unos la muralla por de fuera
Excavan y otros dentro de otra suerte

Ejecutan su furia insana y fiera.
El arte ya les falta á los cuitados,
Cercados ya de angustia lastimera.

Sin ánimo están todos desmayados,
De tantas muertes cuantas olas vienen
Pensando ser sin duda salteados.

Las lágrimas los unos no contienen;
Dichosos llaman otros en el suelo,
Los muertos que en sepulcros se detienen.

Otro está tonto en tanto desconsuelo;
Promete votos otro suplicando,
Las manos levantando al negro cielo.

Del padre y madre aquíél se está acordando,
La casa mueve á éste y la hacienda;

(1) Ovidio dice la *décima* ola porque se creía que era la más temible:

Que venit hic fluctus supere minet omnes.
Posterior nono est, undécimoque prior.

(*Tristes*, II, 49.)

Cualquiera está en aquello imaginando
Adonde el corazón dejó por prenda.

A Ceix sólo Alcíone movía
Con afición tiernísima, estupenda.

Su nombre cien mil veces repetía,
Y aunque con gran deseo la desea,
Se goza que en la nave no venía.

Volverse hacia su tierra le recrea,
Por despedirse de ella, y el cuitado
No sabe conocer qué parte sea.

Tan férvido se muestra el mar airado,
Que el cielo no se ve; la sombra es tanta,
Que con ella la noche se ha doblado.

De un torbellino de agua tal que espanta,
El gobernalle y mástil del navío
Se destroza, destruye y se quebranta.

El agua poderosa con su brío,
Y como vencedora se apodera
Tomando posesión del poderío;

Entrando cantidad de tal manera
Como si Atho y Pindo se arrancara
Y alguno en el mar alto los hundiera

En la galera rota, que no para
Del peso grande y golpe compelida,
Contra quien resistencia no bastara,

Hasta verse en el agua sumergida
Con quien gran parte fué de los varones
Las penas concluyendo con la vida.

Mas otros, agarrados á tablones,
Procuran escapar de aquella vía,
Del agua, y sus angustias y aflicciones.

Y Ceix, con la mano que solía
Tener el real cetro, tiene agora
La parte de la nave que podía.

Favor de suegro y padre en vano implora,
Y, mientras nada, siempre va nombrando
A Alcíone su mujer y su señora.

En ella va continuo imaginando,

Deséase ahogar en su presencia,
Y estálo á las honduras suplicando.

Y en tanto que la mar le da licencia
Y puede respirar, su nombre nombra,
Haciéndole las aguas resistencia.

Estando en esto, veis aquí le asombra
Un arco de agua negro, y le ha sumido
Su vida convirtiendo en leve sombra.

Tal noche se ha el Lucero obscurecido,
Que no le conocieras desde muerto
En el profundo mar al hijo vido.

Dejara si pudiera el cielo cierto,
Y no pudiendo, su luciente cara
Con muy espesas nubes ha cubierto.

De tanta desventura más que ignara
Alción, con las noches tiene cuenta,
Y de contar momentos nunca para.

Vestidos apareja muy contenta
A su marido, el cual en breve espera,
Y para sí, que ya le representa

Venido vanamente, de manera
Que en suplicar los dioses se entretiene,
Entre los cuales Juno es la primera.

Por el marido ruega que no tiene,
Que fuese y que tornase sin disgusto
Y firme en su afición, como conviene,

Sin la trocar por otra, y era justo,
Y aquesto solamente la podía
Acaecer entonces á su gusto.

La diosa tanto tiempo no quería
Sufrir por un ya muerto ser rogada (1),
En quien merced de vida no cabía,
Y dijo de esta suerte á su criada:

(1) Considerábase profanación de un altar acercarse á él sin haberse purificado después de la muerte de un pariente ó del esposo.

«Al palacio real del Sueño parte,
 Fidelísima Iris, prestamente,
 Y manda al Sueño luego de mi parte
 Envíe un su criado diligente
 A Alcíone, que en sueños de tal arte
 De Ceix el suceso represente,
 La muerte suya y el naufragio cierto,
 Que cese su esperar á quien ya es muerto.»

Aquello dicho, Iris ha partido,
 Haciendo un arco hermoso en todo el cielo;
 De mil colores era su vestido.

A casa va del Sueño en solo un vuelo,
 Estaba edificado su aposento
 En un sombrío y nublado suelo,

Vecino á los Cimerios, cuyo asiento
 Es una cueva obscura, ó socavado
 Monte, do luz no había ni un momento.

Allá en lo más secreto y apartado,
 La cámara es del flojo y torpe Sueño,
 Flemático, soez, desaliñado.

El aire allí continuo está con ceño,
 De nieblas y tinieblas proveído
 Que el aposento hacen cual su dueño.

El claro Febo allí no es admitido,
 Ni cuando sale ó para en Occidente,
 Ni cuando está empinado y más subido.

Obscuridad y nieblas juntamente
 Exhalan de la tierra lubricana,
 De luz dudosa y no muy evidente.

No hay gallo allí que llame á la Mañana,
 Ni se oirá de perros un ladrido,
 Que suelen ser solícitos de gana.

Ni el ánsar más sagaz con su graznido
 Interrumpe el silencio ni el contento
 Del plácido señor allí dormido.

No fiera, no ganado ó movimiento
 De ramos ó arboledas conmovidas

Al dulce resonar del leve viento,
Ni las humanas lenguas sacudidas
Intentas en reñir, y agravio puro,
Adonde el Sueño mora son oídas.

Habita allí el sosiego muy seguro,
Y aunque es verdad que sale un río Letheo
Del más bajero asiento y canto duro,

Corriendo sobre guijas, yo bien creo
Que el agua y su blandísimo sonido
A todos de dormir pondrá deseo.

Fecundas dormideras han crecido
Delante de la puerta de la cueva,
Y otras hierbas sin número sabido,

De la leche de quien escoge y lleva
La Noche el dulce sueño que reparte
Por la sombría tierra, y de él la ceba.

Y por qué alguna puerta no sea parte,
Haciendo con el quicio algún sonido,
Para romper el sueño de algún arte,

No la hay en el palacio, ni ha querido
Portero que guardando se consuma,
Por evitar razones y rüido.

La cámara es de ébano, y de pluma
En medio de ella está una cama hecha,
De mantas negras y blandura suma.

En ella el mismo dios del Sueño se echa,
Con miembros cuan sin fuerza y descuidados,
Ajenos de congoja y de sospecha.

Alrededor de quien están echados
Los vanos Sueños, con figuras cuantas
Se puede imaginar representados.

Que ni en la mies aristas, ni en las plantas
Hay hojas que á su número se igualen,
Ni el mar profundo arroja arenas tantas.

Entró la virgen, y á su encuentro salen
Mil Sueños, que ella ojea con la mano,
Que contra sus reveses no se valen.

De su vestido ilustre y soberano

Resplandeció el palacio consagrado,
 Y el Sueño, más pesado que liviano,
 Apenas ha los ojos levantado
 Una vez, y otra vez tocando el pecho
 Con la prolija barba, adormentado.
 Sacudirse intentando con despecho
 A sí de sí, despierto en fin del todo,
 La dijo: «¿Soy en algo de provecho?»
 Estando recostado sobre el codo.

«Sueño el más apacible de los dioses,
 Sosiego de las cosas, paz del alma,
 De quien (porque á tu gusto más reposes)
 Huye el cuidado; á quien se debe palma
 Del descansar, y es bien que decir oses
 Que de los trabajados eres calma
 (Replicó ella), pues que les amparas,
 Y para más trabajo los reparas.

»Mandarás á los Sueños, cuyo oficio
 Es imitar las formas verdaderas,
 Que á Trachis vayan y usen su ejercicio,
 Manifestando á Alcíone muy de veras
 A su marido Ceix, sin juicio
 Anegado en las ondas sordas fieras.
 Si me preguntas cómo te importuno,
 Responderéte que lo manda Juno.»

Notificado al Sueño el mandamiento,
 Se parte Iris, porque no podía
 Resistir al espíritu soñoliento.

Y cuando vió que casi se dormía,
 Huyendo por el arco por do vino,
 Al cristalino cielo se subía.

El Sueño, padre grave y rey divino,
 Un oficial de mil ha despertado
 Al propio para hacer lo que convino.

El nombre suyo es Morfeo (1), bien cursado
 En imitar los pasos y semblante,
 Vestido y voz de aquel que le es mandado.

Y en las razones es muy semejante
 A quien imita, y trata solamente
 De hombres, sin meterse en lo restante.

Mas otro en fiera, en ave y en serpiente
 Se torna, al cual los dioses han llamado
 Icelón, y Fobétora la gente (2).

De otra arte es el tercero, que mudado
 En tierra, en piedra, en agua y viga ha sido
 En fin, en lo que de alma está privado.

Fantaseos (3) es de aquéste el apellido.
 Los cuales sólo tres á capitanes
 Y reyes, cuando está cualquier dormido,
 Se manifiestan. Pero á ganapanes
 Y gente popular, los Sueños vanos
 Que restan, representan sus afanes.

A Morfeo, en fin, de todos los hermanos
 Escoge el viejo Sueño, cometiendo
 El mandamiento de Iris en sus manos.

Y á su cama blandísima volviendo,
 De nuevo se adormece dulcemente;
 El otro va volando sin estruendo

Por entre las tinieblas, y se siente
 Llegado ya á Trachina, do dejando
 Las alas, se transforma de repente

En Ceix, y mudado, demostrando
 El gesto verdinegro semejante

A muerto, sin vestido, como cuando

El triste se ahogó, paró delante
 La cama do dormía la cuitada

(1) Morfeo, hijo del Sueño y de la Noche, era el primero de los Sueños; pero no el dios del sueño, como se ha dicho con frecuencia.

(2) Icelon, en griego significa que imita las figuras, y Phobektor, que espanta.

(3) Phantasos, en griego significa que hace imaginar.

De su mujer, y por que más se espante,
 La barba parecía rociada,
 Y la cabeza suya goteando,
 Del agua de que está muy empapada.
 Sobre la cama de esta forma estando,
 Con agrio lloro lágrimas vertía,
 Las cárdenas mejillas rociando
 Con ellas, y á la Reina así decía:

«¡Oh miserabilísima señora!,
 ¿Conócesme, mujer, ó el hado fuerte
 Me transformó la cara? Mira agora
 Si aquel tu Ceix soy, que por mi suerte
 En truco del marido que te adora,
 Hallaras sombra del que con la muerte
 Tus ruegos tan continuos no valieron,
 Pues de ella defenderme no pudieron.

»Muerto soy ya; no creas al deseo
 Ni á la esperanza vana, porque sabe
 Que destrozó en el hondo mar Egeo
 El nubiloso ábrego mi nave.
 Las olas una á una, y mil arreo,
 Entraron por mi boca, que el süave
 Y amado nombre tuyo allí nombraba,
 Que tu favor en vano yo imploraba.

»No es el autor de la funesta nueva
 Dudoso, ni oyes cuentos de camino.
 Yo mismo te lo digo, que á la prueba
 Estar del mar airado me convino.
 Levántate á llorar, bien es te mueva
 A llanto el hado inicuo, tan malino.
 Pon luto; no permitas que yo muera
 Sin lloro tuyo y pena lastimera.»

A tal razonamiento fué añadido
 Semblante y voz por Morfeo, de manera

Que creyó cierto ser de su marido.

Y parecía su ansia verdadera,
Y lágrimas ardientes, y aun el gesto
De manos, mientras habla suyo era.

Alcíone gimió, oído aquesto
Dormida, echó los brazos, no halló nada,
Que la triste visión huyó de presto.

«Espera (dijo á gritos la cuitada),
¿Adónde vas?, partamos juntamente,
Que no quiero quedar desamparada.»

La forma del marido, y lo que siente
La despertó, miró si le veía
(Que luz había metido ya su gente);

Mas desde que no halló lo que quería,
Heríase en la cara con despecho,
Rasgando los vestidos que tenía.

Y dándose de golpes en el pecho,
De las madejas de oro no se cura,
Antes también allí lo mismo ha hecho.

Al ama (que del llanto y pena dura
Pregunta, y de la ver así moría)
Cual verdadera tonta y loca pura,
Diciendo de esta forma respondía:

«Alcíone se acabó, ya no hay ninguna
Alcíone, que murió con su marido.

Deja el consuelo, nadie sea importuna
Al ánimo penado y afligido.

Mi bien quedó en la mar, cruel fortuna;

Yo le vi, yo he sus manos conocido.

Partiéndose, tenerle yo quisiera;

Su sombra tuve, suya verdadera.

»No fué fantasma ó sueño lo que he vido,

Su sombra misma vi, yo le vi cierto;

Mas no con aquel rostro esclarecido

Y acostumbrado, no, sino de muerto.

Desnudo estuvo aquí, descolorido,

El cabello mojado, y aun por cierto
Que es este mismo el sitio donde estaba
(Y si señal dejado había, buscaba).

»Aquesto era mi bien, lo que temía,
Y lo que el alma mía adivinaba
Cuando dejar mi amada compañía,
Tomando la del viento, te estorbaba.
Y cierto en aquel punto yo quería
(Pues yéndote tu vida se acababa)
Contigo me llevaras, y tal hecho
Me fuera grandemente de provecho.

»Porque sin ti momento no viviera,
Ni muerte padeciera diferente.
Ausente tú, mi pena es muerte fiera,
La mar me anega ahora estando ausente.
Sin mí te tiene el agua, y yo me muera
Con muerte más cruel extrañamente,
Que el piélago nos fué, si más viviere
O á tal dolor un punto resistiere.

»No se dirá de mí que te he dejado;
Mi parte quiero yo de tu ventura.
El epitafio nos habrá juntado,
Pues no lo pudo hacer la sepultura.
Los huesos apartó el inicuo hado,
Mas juntará los nombres la escritura.»
Y tras cada palabra que decía,
Sospiraba mil veces y plañía.

Ya era de mañana; sale luego,
Y al sitio desde do le vió embarcado
Se torna sin contento y sin sosiego.

Y habiéndose la triste allí parado,
Mientras decía: «En este mismo suelo
A mi marido y bien tuve abrazado.
Aquí se despidió, y al leve vuelo

Soltó la nave», y mientras que notaba
Lo que pasó con sumo desconsuelo,
Miró el furioso mar, vió que bajaba
Por él un no sé qué, que parecía
Ser cuerpo, y al principio se dudaba
Lo que era; mas al fin, ya que venía
Más cerca, aunque estaba bien distante,
Que fuese cuerpo muerto conocía,
Y náufrago; mas viéndose ignorante
Quién era, del agüero conmovida,
De lágrimas piadosas fué abundante,
Y dijo: «Desdichada fué nacida
Tu mujer, si la tienes, ¡oh cuitado!,
Que acabaste en el mar la triste vida.»
Más cerca con las olas allegado
El cuerpo, cuando más le está mirando,
Más fuera de jüicio se ha quedado.
Y á la ribera misma ya llegando
Que puede conocerse, vido que era
Su Ceix, y al momento lamentando,
Diciendo: «Éste es», con rabia fiera
La cara, y el cabello, y el vestido
Destroza, cuan furiosa lastimera.
Y las temblantes manos ha extendido
A Ceix muerto, y dice de esta suerte:
«¿A mí volvéis, carísimo marido?»
De eal y canto hecho estaba un fuerte
Cercano al agua, cuya furia y ola
Se quiebra en él, y en mansa se convierte.
Aquí se sube, y hartó fué que sola
Pudiese; mas no fué, porque volaba,
Y con las nuevas alas con que vola,
Las enemigas aguas apretaba,
Y en ave miserable convertida,
Un llanto con el pico comenzaba
A do su queja está bien conocida.
Mas ya qué el mundo cuerpo muerto toca,
Con las recientes alas á él asida,

Hizo el oficio el pico de la boca,
 Porque besó mil veces al marido,
 De donde no ha nacido duda poca.

Que el pueblo no sabía si conmovido
 El cuerpo, de las olas se movía,
 O porque realmente lo ha sentido.

Mas verdaderamente lo sentía,
 Que la miséricordia soberana
 A cada uno en ave convertía.

Y aun entonces se amaron tan de gana,
 Que la matrimonial fe que tenían,
 En aves transformados quedó sana.

A su tiempo se juntan, juntos crían
 En el invierno, y días sosegados
 Sobre el mar, de quien algo ya se fían,

Pendientes nidos forjan, y contados
 Siete continuos días está echada
 Alcóne en sus huevos muy amados.

La vía por la mar es sosegada
 Entonces, que en el piélago espumoso
 Al viento la licencia le es negada

Por Eolo, solícito y ganoso
 De regalar los nietos, procurando
 Que en aquel tiempo gocen de reposo.

Algún anciano que los vió volando
 Sobre las anchas aguas, su fe pura
 Y amor sincero está solemnizando.

Y alguno cerca de él, ó por ventura
 El mismo, de otro caso contaría,
 Hallando en los oyentes coyuntura,
 Y puédese creer que así diría:

«Este que veis tocar el mar furioso
 Con piernas encogidas (enseñando
 El cuervo, cuyo cuello es espacioso,
 Que á dicha por allí pasó volando),
 Sabed que es de linaje generoso,
 De reyes descendiente, que contando

Por orden hasta él, se verá claro
Su tronco ser ilustre y muy preclaro (1).

»Asaraco, con Ilo, y el robado,
De Jove Ganimede, y el anciano
Laomedonte, con Priamo desdichado,
Que vió la fin del nombre y ser troyano,
De aqueste son principio sublimado,
Que de Héctor valeroso ha sido hermano;
El cual, si en tierna edad no feneciera,
No menos fama que Héctor mereciera.

»Si en la virtud pasar más adelante
A éste el hado inicuo concediera,
Aunque era Héctor nieto de Dimante,
En armas más nombrado no se viera.
En Ida, de mil sombras abundante,
Se dice que Alixothoe le pariera,
Sobre una horquilla flaca recostada,
Y fué generación medio hurtada.

»La ciudad y palacio aborrecía,
Los montes escogiendo por de porte;
Y en los secretos campos (do vivía
Sin ambición) gozaba su consorte.
Y muy contadas veces acudía
A los corrillos vanos de la corte;
Mas no por eso resistencia ha hecho
Al tierno Amor en su no agreste pecho.

»Por las umbrosas selvas ha seguido
mil veces (pero poco aprovechando)
A Heperie, que á la orilla agora vido
De Cebrinis su padre, al sol secando

(1) Esaco, héroe de esta fábula, fué hijo de Priamo, rey de Troya, y de la ninfa Alixothoe, y hermano bastardo de Héctor.

El cabello en los hombros esparcido;
 Vista, huyó cual cierva suele cuando
 El lobo carnívero la persigue,
 O ánade al halcón que más la sigue.

» Cual ánade cogida en escampado,
 Lejos del agua, huye presurosa
 Del pájaro ligero acelerado,
 Que con vuelo prestísimo la acosa,
 Huye. Mas el troyano apresurado,
 Siguiéndola, ni para ni reposa;
 A ella el miedo hace correr presta,
 A él Amor sus mismas alas presta.

» Y mientras va huyendo diligente
 La Ninfa, y el varón la va acosando,
 Entre la hierba estaba una serpiente
 Que la picó en un pie, y en él dejando
 La ponzoña maligna y pestilente,
 El resto de su cuerpo inficionando,
 La vida y la corrida cesó, junto
 Con el contento de Esaco en un punto.

» Abrazando su dama (ya sin vida,
 Como él sin seso) á gritos la decía:
 «Corrido quedaré de la corrida,
 » Mas no temí yo tal, señora mía.
 » Querer vencerte como estás vencida,
 » Fuera tratar hacerte alevosía.
 » La víbora y yo mismo te acabamos,
 » Juntos los dos, señora, te matamos.

» Hirióte la culebra, mas yo he sido
 » La causa miserable de ofenderte.
 » Yo más traidor, yo soy el fementido,
 » Mas yo lo enmendaré de alguna suerte.
 » Pagar quiero el delito cometido,
 » Tu muerte consolando con mi muerte.»

Así diciendo, de un peñón bien alto
Hizo en la mar un peligroso salto.

»De la caída grave fuera muerto,
Si la piadosa Tetis consintiera,
Que con blandura grande y gran concierto,
Nadando, le sustenta que no muera.
De plumas al momento le ha cubierto,
Y no se le cumplió lo que él quisiera;
Está el amante de vivir mohino,
Y el alma que al salir no halló camino.

»Y con las nuevas alas recibidas,
En vuelo se levanta y va hacia arriba,
Y en este mismo punto recogidas,
Caer se deja sobre el agua esquivada.
Su gusto es reiterar cien mil caídas;
No bastan, que la pluma le es nociva;
Enójase y chapúzase de suerte,
Que nunca cesa de buscar la muerte.

»Amor la causa fué de su flaqueza,
Y el mismo las canillas le ha alargado;
Es su cerviz muy larga, y la cabeza
De quien el cuerpo está bien apartado.
La mar es su contento, y su riqueza,
En ella gusta verse chapuzado,
De donde el nombre dicen que le vino
Porque se hunde en ella de continuo.»

LIBRO DUODÉCIMO

Ignorando que Ésaco vivía
En cuervo convertido, sentimiento
Tiernísimo el rey Príamo hacía.

Exequias vanas, vano enterramiento,
Con los hermanos Héctor celebraba,
Ajenos de alegría y de contento.

Excepto Paris, que éste ausente estaba,
El cual (ya concluída la jornada,
Que del oficio triste le excusaba)

A Troya trajo á Helena robada,
Y guerra tan terrible como ciega,
Cruel y peligrosa y porfiada.

Pesó la injuria tanto, á tanto llega,
Que van tras él mil naves conjuradas,
Y la comunidad de gente griega.

Sus voluntades fueran bien vengadas,
Y presto, si los vientos no impidieran
Las aguas que no fuesen navegadas.

Y en tierra de Beocia no estuvieran
En la piscosa Aulide detenidas
Las naves, que de buena gana fueran.

Adonde cuando andaban embebidas
Las gentes conservando su costumbre,
Sacrificando á Jove, ya encendidas

Las velas en el fuego y santa lumbre,
En el antiguo altar, esclarecido

Con ella, vió trepar la muchedumbre
 De griegos un ladrón, y ya subido
 Por un plátano arriba allí cercano,
 En la cima del cual estaba un nido.

Con ocho pajarillos. El tirano
 Comiólos con la madre que volaba
 En torno al mismo daño suyo llano.

La novedad á todos admiraba,
 Mas Calchas (1), prudentísimo agorero,
 De esta manera á los demás hablaba:

«Sin duda venceremos, yo lo espero;
 Tomad contento, griegos valerosos;
 Empero no está cerca el paradero.»

Y de los nueve pájaros penosos
 Sacó la duración de la batalla,
 En otros tantos años trabajosos.

El dragón enroscado, cual se halla
 Entre los verdes ramos se hace canto
 Su imagen, pero pudo conservalla.

El odio de Nereo dura tanto,
 Que no deja pasar la furia griega
 En Troya, do causó terrible espanto.

Yaun pensamiento de hombres hay que llega
 A creer que Neptuno se remira
 En defender su muro, lo cual niega

El hijo de Testoro, ni suspira
 Por no decir lo que tenía sabido;
 Mas antes publicaba que la ira

De la injuriada virgen (que había sido
 De tal estorbo causa) cesaría
 Con sangre de otra virgen ofrecido.

El Rey (en cuanto tal) anteponia
 A lo que en cuanto padre deseaba.

(1) Calchas, hijo de Thestor, era un adivino rival de Mopso. Después del saqueo de Troya, fijó su residencia en Colophon, en la Jonia, donde murió de desesperación por haberle vencido en su arte Mopso.

Lo que la causa pública pedía.

Vencida la piedad, y ya que estaba
Para ser Ifigenia degollada,
Y cada cual ministro suspiraba,

Ante el ara que estaba aparejada,
La diosa fué vencida, y arrojando
Una nube en sus ojos, fué sacada

De entre los que en el templo están orando,
Y el sacerdote que hace el santo oficio,
Micénida, una cierva allí dejando.

Pues ya que con decente sacrificio
Aplacada Diana, y juntamente
Su ira y la del mar entró en su quicio,

Mil naves recibieron de repente
El viento en popa, y por el mar profundo
Surcando, en Frigia entró la griega gente.

Hay un lugar. En medio está del mundo,
Entre la tierra dura y la marina,
Y el cielo, cuyo ser es tan jocundo.

El cual con todos tres así confina,
Que se oye y ve allí lo dicho y hecho
En todo el universo muy aína.

La Fama habita en él, la cual ha hecho
En la más alta torre su aposento
Con mil luceras horadando el techo.

Entradas tiene tantas que no hay cuento,
Sin puertas, que cualquiera muy sin pena
De día y noche entre á su contento.

Es toda de metal y toda suena,
Habiendo lo que oye referido,
De descanso y silencio siempre ajena.

No con clamor tampoco, mas rüido
Pequeño, cual del mar no muy airado,
Desde algo lejos suele ser oído.

O como en el negrísimo nublado,
Cuando le aprieta la superna mano,
Del fin del bravo trueno ha resultado.

En el zaguán pasean mano á mano

La turba popular de servidores.
 Yendo y viniendo el vulgo tonto y vano,
 Mentiras y verdades con rumores
 Confusos y mezclados, murmurando
 Por el portal y patio y corredores
 De mil en mil veréis andar vagando,
 Y de éstos las orejas de cualquiera,
 Los unos hinchen sin cesar, hablando.
 Mas otros en contar de otra manera
 Lo que han oído siempre se ejercitan,
 Y lo que fingen crece, que á lo que era.
 Continuamente añaden y no quitan.
 Aquí de camarada y compañía,
 Creer ligero y loco error habitan.
 El desmayado miedo, el alegría
 Sin peso vive allí, con el ruido
 Reciente y la dudosa parlería.
 La misma Fama con atento oído
 Y con alertos ojos, está presta
 Para inquirir lo hecho y sucedido
 En todo el mundo, y por aviso d'ésta
 Se supo que la armada ya llegaba
 De Grecia, y gente en ella bien apuesta.
 El enemigo apercebido estaba,
 Y haciendo cada cual como valiente,
 El paso de los griegos se estorbaba,
 Y en la primer refriega fatalmente,
 Prothesilao (1), caíste traspasado
 Con el asta de Héctor excelente.
 Y perderte, á los griegos ha costado
 Caro, por conocer á los valientes
 De Troya, y á Héctor, de ánimo esforzado,

(1) El oráculo había anunciado que el primer guerrero que pisara la tierra de Troya caería inmediatamente muerto. Prothesilao, hijo de Iphico y padre de Alcimedes, madre de Jasón, sacrificó su vida saltando el primero á la playa. Al saberlo su mujer, Saodamia, desesperada, se mató.

Ni el gran valor y fuerzas excelentes
De las grecianas diestras fué sabido
Con poca sangre de las frigias gentes.

Ya la ribera en sangre se ha teñido;
Ya Cisne, de Neptuno procreado,
Mil hombres á la muerte había traído;

Ya el carro está de Aquiles preparado,
Y él mismo con su lanza destruía
A los troyanos de uno y otro lado,

Y por los escuadrones inquiría
A Cisne ó Héctor. Porque escrito estaba
Que éste el año deceno moriría.

Con Cisne se encontró; ya enderezaba
Su coche al enemigo bravo y fuerte,
Y hablando desta forma comenzaba:

«Quienquiera que tú seas, buena suerte
Será la tuya, ¡oh mozo!, pues el griego
Aquiles te honrará con darte muerte.»

A la voz se siguió la lanza luego,
Mas aunque no hubo error en la herida,
El hierro no le dió desasosiego;

Y como con la punta rebatida
El pecho atormentó tan solamente,
Sin le quitar (como pensó) la vida,

Estábase admirando el muy valiente
Aquiles, á quien Cisne, respondiendo,
La causa le descubre de repente
De no poder herirle, así diciendo:

«¿De qué te espantas, hijo de la diosa
(Que ya tu fama te hace conocido),
Si con herida tal y tan furiosa
Me ves sin sangre, sano y no herido?
El yelmo y el escudo no de cosa
Me sirven más que adorno, y he seguido
El orden y costumbre, en esta parte,
Que suele cuando se arma el fiero Marte.

»Cese el oficio del acero y malla,
 Que con la gracia sola que poseo,
 Sin herida saldré de la batalla.
 Mas algo es ser, no nieto de Nereo,
 Sino hijo de aquel en quien se halla
 Gobierno á todo el mar, quien el deseo
 Modera de los dioses y las Ninfas
 Que habitan en las transparentes linfas.»

Aquesto dicho, Cisne muy gallardo
 Con la presteza misma que de un trueno,
 Al valeroso Aquiles tiró un dardo.

Pasó el acero del escudo bueno
 Con nueve dobles de taurino cuero,
 Mas su furor detuvo en el deceno.

Sufriólo el animoso caballero,
 Y vuelve á herir á Cisne con su lanza
 De aquella misma forma que primero.

No hizo en él herida ni mudanza,
 Ni la tercera vez, aunque pretende
 Herirle con grandísima pujanza.

De ver lo cual, en ira así se enciende
 Cual suele hacer el toro agarrochado
 En el abierto coso, cuando entiende

Que ha su furor en vano ejecutado
 Contra la musaraña arremetiendo,
 Que suele ser de paño colorado.

Mirando con cuidado, y advirtiendo
 Si el hierro de la lanza se ha caído,
 Y visto que le tiene, así diciendo
 Contra sí mismo estaba embravecido:

«¿Así que la flaqueza está en mi diestra,
 Y pierde en éste sólo aquel exceso
 De fuerzas en que siempre ha sido diestra?
 Porque hasta agora fuélo, y del proceso
 De esta verdad (á mi pensar) di muestra

Cuando deshice el muro de Lirneso (1),
O á Tebas de Ethión dejé sangrienta,
Haciendo á Thenedón la misma afrenta.

»O cuando con mi fuerza y gran pujanza,
De sangre popular ensangrentado,
Corrió Cayco, y mi terrible lanza
En Telepho dos veces he empleado (2).
Pues diestra que tal brío y fuerza alcanza
Cuanto en esta ribera se ha mostrado,
Donde á tantos varones di la muerte,
Ha siempre sido y es agora fuerte.»

Así diciendo, como si no fuera
La lanza acreditada con lo hecho,
Contra un Nemeté, que de Licia era,
La arroja, y la loriga con el pecho
Le pasa, y ya que estaba perneando
En el sangriento suelo á su despecho,
Sacó la misma lanza vaheando
De la caliente herida prestamente,
Y así consigo estaba razonando:

«Esta es mi mano; yo vencí al presente
Con esta lanza, y de esta misma quiero
Usar con el que tengo aquí presente;

»Y plegue Dios suceda lo que espero.»
Diciendo de esta suerte á Cisne tira,
Y el tiro no fué menos que certeró.
El hombro izquierdo recibió su ira,

(1) Lirneso era una ciudad de la Mysia, junto al Eveno, que tomó y saqueó Aquiles, cautivando en ella á Briseis.

(2) Telepho, hijo de Hércules, era rey de Mysia. Al marchar los griegos contra Troya invadieron la Mysia, y en un combate hirió Aquiles con su lanza á Telepho. Consultado el oráculo para saber si la herida era mortal, contestó que sólo podía curarla la misma arma que la había ocasionado. Fué entonces Telepho al campamento de los griegos suplicando el remedio, y Aquiles le curó aplicando á la herida el cuento de su lanza.

Sonó como si diera en algún canto,
Y resultó de allí como una vira.

Mas donde el golpe fué, quedó algún tanto
De sangre señalado, y ya contento
Aquiles vanamente tanto, cuanto
El alegría no duró un momento,
Que aquella sangre era de Nemeté;
Dè ver lo cual quedó como sin tiento.

Del alto carro baja y arremete
Al enemigo suyo, bien seguro,
Y con espada blanca le acomete,
Al filo de la cual no estaba duro
El acerado arnés, y vió embotarse
Dando en su carne cual si diera en muro.

No pudo el bravo griego comportarse,
Y dióle tres ó cuatro cuchilladas
En el frontero rostro, ni apartarse

Le deja con el pomo, y á puñadas
En las hundidas sienas le va dando,
Siguiendo muy de veras sus pisadas.

El enemigo vase retirando,
Aquiles le persigue, turba y trata
De suerte que lugar aun no le dando
De descansar, al triste así maltrata,
Que atónito le deja y sin sentido
Y toda su braveza desbarata.

Entonces con sus ojos sólo vido
Tinieblas, y medroso reculando,
Estropezó en un canto y ha caído.

Y boca arriba el miserable estando,
El fuerte Aquiles, bravo, fiero y crudo,
Saltó sobre él, su cuerpo rodeando,

Y de rodillas puesto, como pudo
Le aprieta con la tierra fría y dura,
Y le apretó también con el escudo.

Quitado le ha del yelmo el atadura,
Y su pisado cuello en el momento
Con ella reciamente atar procura.

No pudo resistir á tal tormento
La apretada garganta, ni ha podido
Dar más lugar á su vital aliento.

Trataba despojar al ya vencido;
Las armas solas halla, porque el hombre
Había ya el dios Neptuno convertido

En ave blanca de su mismo nombre,
Trabajo que causó por varias vías
Al valeroso Aquiles gran renombre.

Fué causa que cesase muchos días
La guerra, con descanso de ambas partes
Y cuidado mayor de las espías.

Y mientras los troyanos baliartes
La veladora guarda cuidadosa,
Remira, vela, guarda, y de sus artes

Usando, con cualquier reparo ó fosa,
De que está defendido el campo griego,
La veladora guarda no reposa.

Llegó un festivo día, que fué luego
Sacrificando á Palas celebrado
Con oración devota y manso ruego

Del victorioso Aquiles, que ha tratado
Matar una becerra en su servicio,
Y en el altar y fuego consagrado

Ya puesto lo decente al sacrificio,
Y penetrando el cielo de tal arte
El grato olor á dios que el sacro oficio

Llevó lo que le cupo, la otra parte
Quedó para la mesa reservada
Y gente aficionada al fiero Marte,

Que estando de varones rodeada
Se hartaron todos ellos cual convino
De carne de ternera bien asada.

Y aliviando el cuidado y sed con vino,
Ni cítaras, ni gaitas, ni canciones
Su ánimo apetece peregrino.

La noche empero gastan en razones,
Hallando en la virtud, á lo que digo,

De platicar materia y ocasiones.

Refieren el valor del enemigo
Y el suyo, cada uno presentando
Su riesgo y su suceso por testigo;

Y todos sus peligros recontando,
Su acometer, su resistir valiente,
Se estaban grandemente recreando.

Mas ¿qué diría Aquiles excelente?
O por mejor decir, ¿qué se diría
El grande Aquiles siendo presidente?

Lo más que se trataba y se decía,
Era de la batalla peligrosa
Do fué vencido Cisne poco hacía.

Y estimaban por cosa milagrosa
El no poder con armas ser herido,
Y que embotase el hierro, rara cosa.

Aquesto á Aquiles, esto ha parecido
A todo el campo griego, cosa brava,
Y como de esta suerte estarles vido,
Así el anciano Néstor comenzaba:

«En vuestra edad jamás se vió ninguno,
Excepto Cisne, ser del hierro exento,
Con quien herir de lanza ó golpe alguno
No fueron de provecho ni momento;
Empero en otro tiempo yo vi uno,
Natural de Perrhebo, que era viento
Herirle, porque el cuerpo resistía
A todo hierro, y Ceneo (1) se decía.

»A mil heridas Ceneo no mudaba
Semblante, que ninguna no le daña,
Y con sus hechos, claro, se holgaba
En Otris, famosísima montaña.

(1) Cenis, hija de Elateo, cuya doble metamorfosis se refiere en este libro, convertida en hombre, formó parte, con el nombre de Ceneo, de la expedición de los Argonautas.

Y porque la virtud de que gozaba
Tenida fuese en él por más extraña,
Negocio fué certísimo y sabido
Haber, cuando nació, mujer nacido.»

Con tal monstruosidad la griega gente
Se mueve, y con instancia le pedía
Cualquiera por extenso se lo cuente,
Y Aquiles entre todos le decía:

«Decid, pues en decir sois tal maestro,
Oh viejo tan facundo como justo,
Prudencia y discreción del siglo nuestro,
Que todos oiremos con gran gusto.
¿Quién fué Ceneo? ¿Cómo fué tan diestro
Que se volvió de hembra hombre robusto?
¿En qué guerra lo habéis vos conocido?
¿Quién fué el que le venció, si fué vencido?»

Entonces el buen Néstor respondía
Al animoso mozo, como cuerdo:
«Aunque me estorbe la vejez tardía,
Y la memoria de mil cosas pierdo,
Notables, que yo vi en la niñez mía,
Con todo, de las más muy bien me acuerdo,
Y de ninguna tanto en cuanto he hecho,
Cuanto de ésta, que fija está en mi pecho.

»En paz ni guerra hice cosa alguna
Que tanto conservase en la memoria;
Y si hay alguno en bajo de la Luna
Que pueda dar razón de alguna historia,
Yo soy, por mi vejez tan importuna,
A todos manifiesta y bien notoria,
Pues he doscientos años, y viviendo,
Voy por el tercer siglo discurriendo.

»La virgen Cenis, hija de Elateo,
 Entre las de Thesalia fué más bella.
 En las ciudades próximas deseo,
 Y aun en las tuyas (que de allí era ella,
 Aquiles), de gozar su raro aseo
 Se vió en mil mozos, que cualquier tenella
 Por su mujer trataba y pretendía,
 Mas á ninguno á gusto sucedía.

»Peleo por ventura pretendiera
 Esposa de belleza tan cumplida,
 Mas con tu madre ya casado era,
 O ya le estaba Tetis prometida.
 Cenis en conclusión vivió soltera,
 Y en tanto que se andaba embebecida
 Por las riberas, sola y descuidada,
 Del dios del hondo mar se vió forzada.

»Así fué fama, y dicen que Neptuno
 En pago de la flor que había gozado,
 La dijo: «Pide don, que á fe ninguno
 »Que pidas ha de serte denegado.
 »Tan gran agravio, caso así importuno
 »(Cenis responde), me han necesitado
 »A demandar supremo don, y pido
 »Que más tal cosa no haya padecido.

»No quiera Dios jamás que por mí vea
 »Pasar lo que ha pasado á mi despecho.
 »Hazme merced que más mujer no sea,
 »Y piensa que del mundo me la has hecho.»
 Al fin de declarar lo que desea,
 No halló el sonido paso tan estrecho.
 Que la postrer palabra que decía,
 Voz de hombre, no de hembra parecía.

»Como lo era, habiendo consentido
 El dios del alto mar, con tal intento,

Sobre lo cual le ha sido concedido
De todo yerro libre ser y exento,
Y de ninguna suerte ser herido.
Con tal merced se parte bien contento,
Y por los campos por do va Peneo,
En cosas de varón vivió Ceneo.

»El hijo de Ixión (1), desvergonzado,
Libidinoso, tonto y atrevido,
Con Hipodamia habiéndose casado,
Los hijos de la Nube había traído
A su convite, y hanse ya asentado
En un lugar umbroso, proveído
De mesas y manjares y concierto,
Con frescas ramas de árboles cubierto.

»Allí los de Tesalia principales
Estaban; yo también me hallé presente;
Sonaban las trompetas y atabales
Con otros instrumentos dulcemente
En el real banquete, con los cuales
Cantaban á Himeneo, y ya la gente
De que venía la virgen rodeada
De dueñas y doncellas es llegada.

»Venida ya Hipodamia muy hermosa,
Cualquier juzgaba bienaventurado
A Perithoo con tan bella esposa,
Y casi nos hubimos engañado,
Porque á ti, Eurito, bestia pernicioso,
Por crudo entre centauros señalado,

(1) El hijo de Ixión y de la Nube era Perithoo, rey de los Lapithas, pueblo de la Tesalia que habitaba á lo largo de las márgenes del Peneo, de donde había arrojado á los perrheos. Vencedores de los centauros en el combate que refiere Ovidio, fueron después expulsados por éstos de las orillas del Peneo, refugiándose unos en Malea, al sud de Peloponeso, y otros en Pholoë, en la Arcadia.

La nueva novia te abrasaba el pecho,
No menos que el buen vino ya había hecho.

»La borrachez de vino y de lujuria
Con fuerza redoblada reina y crece,
Y su desenfrenada y loca furia
Las mesas derribando se parece.
Contúrbase la boda, mas la injuria
Mayor en la casada se embravece,
Que Eurito del cabello la arrebató,
Y cada cual á la que le es más grata.

»La que cada uno puede ó más le agrada,
Con ánimo arrebatan inhumano.
De llanto de mujeres atronada
Está la casa toda, pero en vano.
Parecía tal revuelta retratada
Ciudad vencida puesta á sacomano.
Levantámonos visto el caso feo,
Y el que primero dijo fué Theseo:

«Eurito, ¿qué locura te ha movido
»Que á Perithoo ofendas yo viviendo?
«¿No ves, desatinado y atrevido,
»Que estás en uno á entrambos ofendiendo?»
Y porque á su decir se ha ya seguido
Obrar proporcional, así diciendo,
Apartando la gente que estorbaba,
La presa de las manos le quitaba.

»No le replica, pero ¿qué podía
Decir que defendiera tan mal hecho?
Mas con proterva mano le hería
Al vengador la cara y en el pecho.
Acaso estaba cerca una bacía,
Y no ser lisa fué de gran provecho.
Grande era, mas Theseo no repara,
Que al Centauro con ella dió en la cara.

»El vino, seso y sangre juntamente,
Por boca y por herida vomitaba.
Y papo arriba estando, tal se siente,
Que la empapada arena coceaba.
La muerte de su hermano á la otra gente
Bimembre tan de veras inflamaba,
Que todos por lo mucho que les toca
«Al arma, al arma», dicen á una boca.

»El vino les anima tan de veras,
Que en el primer encuentro se arrojaron
Las copas y los jarros y calderas,
Los platos y escudillas que hallaron,
Que agora fueron armas verdaderas
Las cosas que otro tiempo aprovecharon
Y habían aprovechado á la contina
Para banquete y usos de cocina.

»Amico el atrevido fué el primero
Que los altares de su adorno priva,
Y arrebatando de un pesado hachero,
Las hachas y las lámparas derriba.
Y levantando en alto, crudo y fiero,
De aquella misma suerte con él iba
Cual quien novillo á cogotar prepara,
Y á Celedón Lapita dió en la cara.

»El golpe fué tan bravo y de manera
Que abollando los huesos la herida,
Ninguno el rostro suyo conociera,
Que al paladar fué la nariz hundida,
Los ojos le faltaron y mollera;
Mas él lo pagó presto con la vida,
Que Belates Peleo le ha herido
De talle que le deja allí tendido.

»Con un pie de una mesa que ha tomado
Le dió dos encontrones tan valientes,

Que cabizbajo se quedó el cuitado,
La sangre vomitando por los dientes.
Partióse de la vida y fué enviado
A visitar á las tartáreas gentes,
Y porque acaso no le resucite,
Con uno y otro juega de revite,

»Grineo, que cercano se ve puesto
Al encendido altar, y le miraba
Con semblante terrible y fiero gesto,
A hablar de esta manera-comenzaba :
«¿Por qué se pierde agora el uso de esto?»
Y aunque el altar es grande y abrasaba,
El fuego y el altar y todo junto
A los Lapitas lo tiró en un punto.

»El tiro que tiró tan bien le sale,
Que á Orión con Brotea deja muerto.
Orión era hijo de Micalé,
Tan gran encantadora, que es muy cierto
Que á la cornuda Luna no le vale
Tratar de su defensa al-descubierto
Cuando ella encanta, porque á su despecho
Los cuernos muchas veces la ha deshecho.

«No te irás sin castigo (dicho había
»Exadio) como tenga yo recado
»De armas»; y en lugar de ellas venía
Con un cervino cuerno denodado.
Dos gajos por los ojos le metía
Al triste de Grineo desdichado;
Salió en las puntas de ellos buena parte,
Y parte por la barba se reparte.

»Acude Rheto, el cual arrebatando
Del ara un gran tizón bien encendido,
Y á Charaso con él muy recio dando,
La diestra sien le quiebra y el oído,

De las madejas de oro no curando
De que adornado estaba y proveído,
Que cual si á seca mies pegara fuego,
Con tanta llama se encendieron luego.

»Y la quemada sangre así chirría,
Que parecía sonido verdadero
De hierro albo echado en agua fría
Con la tenaza y mano del herrero,
De los cabellos yertos sacudía
El fuego, y mal herido, no primero
Su gran coraje y loca furia doma,
Que un gran umbral de puerta á cuestras toma.

»Tomó un umbral de puerta bien pesado,
Que era de un carro suficiente carga,
Y por su mucho peso fué excusado
Al enemigo herir, y se descarga
Sobre Comete, amigo desdichado
Que estaba cerca, y dióle muerte amarga.
Rióse Rheto, y dijo: «De tu gente
»Plega á Dios cualquier sea tan valiente.»

»Con el medio quemado leño y cuanta
Fuerza tenía, renueva la herida,
La coronal juntura le quebranta,
Rompiéndole los sesos y la vida.
Contento con victoria y dicha tanta,
Pasó con osadía embravecida
A combatir con tres, y se ponía
Contra Corito, Ebagro y contra Dría.

»De quienes como fuese ya vencido
Corito, que aun apenas tenía bozo,
«¡Qué honra (dijo Ebagro) has adquirido
»Con la inmadura muerté de este mozo!»
Hablar más no le ha Rheto permitido,
Que con las llamas hizo tal destrozo,

Que las entró en su boca á su despecho,
Y el fuego por la boca entró en el pecho.

»Contra ti, crudo Drías, meneaba
Aquel tizón en torno á tu cabeza.
A ti persigue, á ti; mas no gozaba
Suceso cual pensaba su destreza.
Con tantas muertes Rheto blasonaba,
Cuando un quemado palo con braveza
Le clavaste, metiéndole la punta
Por donde al hombro la cerviz se junta.

»Muy mal herido Rheto está gimiendo
Del hueso el palo apenas arrancando;
Bañándose en su sangre va huyendo,
Y vanle Arneo y Lícida imitando
En una espalda herido, va haciendo
Lo mismo Medón; Pisenor, llevando
A Caumas, en el miedo compañía,
Con pasos ligerísimos huía.

»Mermero, que en correr había adquirido
Con todos poco antes gran trofeo,
Con menos ligereza va herido.
Valían los pies á Feolo y Menelao,
Y á Abbas contra puercos atrevido;
Astilo el agorero, con deseo
De persuadir la paz, tomó por medio
Poner para escaparse tierra en medio.

»El mismo dijo á Neso que tenía
Heridas como todos: «Tú no huyas,
»Que aun no es venido el tiempo ni tu día,
»Aun no han llegado las heridas tuyas.
»Para la hercúlea fuerza y valentía
»Te guardas, y las fuerzas bravas tuyas.»
Mas Licida, Eurinomo y Areo
Murieron, juntamente con Imbreo.

»Contra los cuales tres valió Driante,
Hiriendo á ti, Ceneo, aunque huíste,
Porque entre entrambos ojos poco ante
Un hierro muy pesado puesto viste.
Y no pensando verte semejante,
Herida peligrosa recibiste,
Pesándote á ti de ello grandemente,
Do la nariz se pega con la frente.

»Afidias empero estaba echado,
Las venas de lo mucho que ha bebido,
Tan llenas que jamás ha despertado
Con todo aquel estruendo y ruido.
Más aún, la flaca mano no ha dejado
El jarro de buen vino proveído;
Sin defenderse duerme á sueño suelto
En un pellejo de osa todo envuelto.

»Y como Forbas vió tan descuidada
Bestiaza sin mover arma ninguna,
Tomó su dardo, y puesto en la lazada
El dedo, no perdió tan oportuna
Sazón, diciendo: «Beberás mezclada
»Con ese vino la infernal laguna.»
El hierro por el cuello le clavaba,
Que acaso boca arriba el tonto estaba.

»La herida fué tan presta y repentina,
Y en tal lugar, tan fiera, brava y fuerte,
Que por el sueño y borrachez tan fina,
Se queda muerto sin sentir la muerte.
La sangre negra de la rota odrina
Con tanta furia sale y de tal suerte,
Tan abundantemente y tan apriesa,
Que en el jarro ha caído y en la mesa.

»Yo vi á Petreo que arrancar quería
Un roble de la tierra, y porfiaba,

Y mientras le abrazaba y sacudía,
Y conseguir su intento procuraba,
Con no pensada fuerza y gallardía,
El bravo Perithoo le clavaba
La lanza, y se quedó cosido el pobre,
Espalda y pecho con el duro roble.

»Decíase también que había caído
Por Perithoo Lyco y por su brío.
Y el mismo Perithoo había vencido
A Cromis, que quedó tendido y frío.
Mas nadie de los dōs ha engrandecido
Su título, valor y poderío
(Aunque ambos á sus manos fenecieron)
Cuanto Dictis y Helops lo hicieron.

»Porqué Helops por la sien con una flecha
Y con destreza tal quedó clavado,
Pasando de la izquierda á la derecha,
Que fué manifestísimo el horado.
Y mientras, Dictis de la cumbre se echa
De un arriscado monte, amedrentado
De Perithoo, al caer quebró un quejigo,
Rompióse el vientre, dando en él consigo.

»Al punto á le vengar llegó Fereo,
Y queriendo arrojar del monte un canto,
Con un bastón de roble el buen Theseo
Le quebró el brazo, que causaba espanto.
No hizo de acabarle más meneo,
Ni cura dél, ni le vagaba tanto.
Tras Bianor, que ancas no sufría,
Tiró, y de un salto en ellas se subía.

»Saltó sobre las ancas bravo y presto,
Aunque el Centauro va más que de trote,
Y en sus costillas la rodilla ha puesto,
Y á su mal grado le pagó el escote.

De pelo con la izquierda, y en el gesto
Con la derecha juega de garrote,
Correspondiendo á fieros y amenazas
Con le romper la cara á garrotazos.

»Mydimio con Lyceto, gran puntero,
Con el bastón nudoso fué tendido,
E Hippasón, cuya barba al pecho fiero
Bajaba, con Rifeo, que ha vivido
En las florestas altas, y el grosero
Thereo, que en los montes ha podido
Cazar los osos vivos, y solía
Traerlos á su casa cada día.

»Demoloon, envidioso del suceso,
Al animoso Theseo fué á la mano,
Procurando arrancar un pino grueso,
Con fuerza no pensada y fiera mano,
De un espinal breñoso y muy espeso;
Mas no pudiendo hacerlo, el inhumano,
Con muy mayor braveza que yo digo,
Quebróle y arrojóle al enemigo.

»De la divina Palas avisado
(Él mismo lo contaba y lo decía),
Con mucha ligereza se ha librado
Del bravo tronconazo que venía.
Mas no por eso fué mal empleado,
Que al bien dispuesto Crántor sacudía,
Y el golpe tal estrago en él ha hecho,
Que le quitó del cuello el hombro y pecho.

»Aquél, ¡oh Aquiles!, escudero ha sido
Del padre tuyo, á quien le fué dejado
De Amíntor, rey de Dólopas vencido,
En señas de la paz que le ha otorgado.
Al cual, como Peleo lejos vido
Con tal herida muerto, destrozado,

«Recibe, amado Crántor, por que entiendas
»Mi voluntad (le dijo), estas ofrendas.»

»Y vuelto á Demoloon, mostró en su lanza
Las fuerzas de su brazo y de su ira,
Porque con valentísima pujanza
Al enemigo asesta y se la tira.
Por entre las costillas se la lanza;
Del golpe trema y de dolor suspira;
El asta saca apenas con las manos,
El hierro queda asido á los livianos.

»Las fuerzas el dolor le acrecentaba;
Volvióse á su contrario fiero y crudo,
Y con los pies traseros disparaba
Mil coces tan de veras como pudo.
Peleo sus encuentros reparaba,
Valiéndose del yelmo y del escudo.
Por las espaldas le metió la espada,
Y penetró dos pechos la estocada.

»Mas antes de ganar este trofeo,
Usando de las armas como fuerte,
A Hylen había muerto, y á Flegreo,
A Clavis y á Hifonoo dado muerte,
Y á Dorilas también mató Peleo,
Con quien probé primero yo mi suerte.
Las sienes el Centauro se cubría
Con una piel de lobo que traía.

»De dos cuernos de buey estaba armado,
Con mucha sangre cada cual sangriento,
A quien yo con mis fuerzas animado,
Le dije sin temor y con contento:
— Advierte la ventaja que han llevado
Mis armas á tus cuernos —; y al momento,
Con gran coraje y brío, lleno de ira,
Hacia su frente disparé una vira.

»Y como de la aguda y leve flecha
Librarse no pudiese, prestamente
Delante puso su mano derecha,
La cual quedó clavada con la frente.
Y estando así vencido, sin sospecha,
Con gritos atronado de la gente,
Peleo (estaba cerca) se abalanza,
Y le metió la espada por la panza.

»Saltó el feroz, las tripas arrastrando,
Y arrastradas las pisa y acocea;
Acoceadas, las está rasgando;
Rasgadas, á los pies se las rodea,
Y con ellas las piernas estorbando,
No pudo conseguir lo que desea.
En conclusión, consigo, sin consuelo,
Sin tripas y sin vida, dió en el suelo.

»Ni á ti que peleabas te ha valido,
¡Oh Cillare!, tener tan gran belleza,
Si tal renombre es dado y permitido
A los que tienen tal naturaleza.
La barba le apuntaba, y ha salido
Dorada, y adornaba su cabeza,
Cubriendo las espaldas aun con ello,
Un rubio y hermosísimo cabello.

»Con esfuerzo agradable en el semblante,
Los hombros, cuello y manos eran tales,
Y pecho, cual tuviera una elegante
Estatua, de bellísimas señales.
En lo que es hombre, y no es desemejante,
Ni son sus partes menos que cabales.
Caballo, pues, de Cástor digno fuera (1),
Si cabeza y cerviz se le añadiera.

(1) Cillare era también el nombre del caballo de Cástor.

»A Cástor bien hubiera satisfecho,
Según para la silla era decente,
El lomo y el toroso y ancho pecho
Más negro que la pez; tan solamente
La cola y piernas blancas. Sin provecho.
Le han demandado muchas de su gente,
Pero llevóle Hylónome, que entre ellas,
Como la luna es con las estrellas.

»Ninguna en las florestas habitaba
Entre las medio fieras tan hermosa.
La cual con sus regalos le gozaba,
Amándole y mostrándose amorosa.
Y aquellos miembros suyos adornaba
Con el posible adorno muy curiosa,
Porque tenía grandísimo cuidado
Que anduviese continuo bien peinado,

»Y que con varias flores adornase
Las hebras de oro fino tan hermosas,
Tejiéndole guirnaldas que llevase,
De violetas, romero y frescas rosas.
A veces suplicándole que usase
De blancas azucenas olorosas.
Haciéndole lavar la hermosa cara
Al día dos veces en el agua clara.

»Ni al hombro y lado izquierdo le ponía
Alguna cosa pobre ó no decente,
Mas antes lo más rico que podía,
Según el aderezo de su gente.
De igual amor el uno y otro ardía,
Andaban en los montes juntamente;
Juntos en cuevas, juntos aun entraron
En esta fiesta, y juntos pelearon.

»Incierto es el autor de tan mal hecho,
Mas de la parte izquierda vino un dardo

Que á do se junta el cuello con el pecho
Se te ha clavado, Cíllare gallardo.
Hirió tu corazón, y en poco trecho
Sacada el asta no con paso tardo,
Se exhala su calor, y fué de modo
Que se ha enfriado en el cuerpo todo.

»Hylónome, que estaba con él junto
Y vió su bienestar tan mal herido,
La herida con su bella mano al punto
Tapaba del carísimo marido;
Su rostro cabe el rostro ya difunto
Cerrar el paso al alma ha pretendido,
Y viendo que había sido sin provecho,
Con la misma arma traspasó su pecho.

»Diciendo las razones que ha estorbado
Oírlas yo el clamor, ya que entendía
Que Cíllare hermosísimo ha expirado,
Sobre el dardo que á él clavado había
Se arroja, y al marido se ha abrazado,
Al tiempo que la triste se moría.
Porque vivir sin él juzgó tan grave;
Que darse muerte tuvo por suave.

»Ante mis ojos tengo aquí presente
Aquél que con dos cueros que ha ligado
De dos leones, vino juntamente
El hombre y el caballo encubertado,
Feócomes, centauro muy valiente,
El cual con un troncón que hubo arrojado
Al hijo de Fonóleno, de suerte
Quebró los cascos, que le dió la muerte.

»Con dos pares de bueyes bien uncidos,
Apenas el madero se moviera,
Y al hijo de Fonóleno rompidos
Con él los cascos fueron y mollera,

Por boca, por narices, por oídos
 Y por los ojos salen de manera
 Los sesos y la frente quebrantada,
 Cual suele por la encella la cuajada.

»O cual debajo suele del harnero
 Salir cualquier licor, siendo oprimido
 Del poco peso, por cada agujero
 Manar, si siendo espeso es ya exprimido.
 Mas yo, cuando ya estaba el crudo y fiero
 Intento en despojar al que ha vencido
 (Tu padre sabe bien no finjo nada);
 Las tripas le rompí de una estocada.

»Mi espada (pues con ella han acabado)
 A Chtonio y á Theléboas no perdona.
 Vino el primero con un ramo armado;
 El arma fué del otro una hazcona;
 Con ella me hirió, y aun señalado
 Quedé, veis la señal en mi persona.
 Si agora fuera entonces, estas manos
 Hicieran me soñaran los troyanos.

»Entonces con mis armas yo pudiera,
 Si no vencer á Héctor excelente,
 Al menos resistirle, y no hiciera
 El estrago que hizo en nuestra gente.
 En aquel tiempo Héctor, ó no era,
 O era niño el que hoy es tan valiente.
 Y yo que entonces tuve valentía,
 Por mi vejez no soy quien ser solía.

»¿Qué presta referirte á Perifante,
 Por quien Pyreto fué sobrepujado?
 ¿Ni de Ampico decir que con pujante
 Furor tiró una lanza, y ha clavado
 El rostro á Oyclo?, y por que más te espante,
 Sin hierro, y por Macáreo, fué postrado,

Con una barra traspasado el pecho,
El centauro Erigdupo á su despecho.

»Por las ingles, me acuerdo, de Neseo
Cymelo entró un venablo muy de veras.
De Mopso, el hijo de Ampico, no creo
Que aunque te lo afirmase yo, creyeras
Haber vivido sólo con deseo
De adivinar las cosas venideras (1).
Flechando á Odites enclavó una flecha,
Y aunque quisiera hablar no le aprovecha.

»No le aprovecha, no; que el mozo fuerte
La vira le clavó con fuerza tanta,
Que lengua y barba le pasó, de suerte
Que le mató, clavando aun la garganta.
Á cinco había entregado ya á la muerte
Ceneo, con braveza tal, que espanta.
De las heridas la memoria pierdo;
De cuántos y quién fueron bien me acuerdo.

»A cinco derribó de aquella gente,
Antimacho, Helymo y Estifelo,
Pyragmo y Bromo, Ceneo el excelente,
Tornando con su sangre rojo el suelo.
Mas Latreo, en cuerpo y miembros muy valiente,
Sin estimar á nadie en solo un pelo
(Vencido Alesso muy poquito ante),
Pasó por entre todos adelante.

»La edad del que brioso se abalanza,
Ser entre viejo y mozo lo declara
El pelo ya entrecano; la pujanza
De mozo ser, fué cosa más que clara.

(1) Á Mopso, que, según dice aquí Ovidio, era hijo de Ampico, se le consideraba como hijo de Apolo ó de Tiresias. Fué el que venció como adivino á Calchas, que se mató de despecho.

El cual con un escudo y gruesa lanza,
A fuer de macedonio se repara
Entre ambos escuadrones, sacudiendo
Las armas, comenzaba así diciendo:

«¡Qué! ¿Tengo yo de ser tan bien sufrido
» Que á ti te sufra, Cenís?, porque digo
» Que hembra fuiste, eres y habrás sido,
» Y siempre lo serás para conmigo.
» Tu nacimiento, di, ¿no te ha movido?
» ¿No basta presentarte por testigo
» El modo y la manera que tuviste
» Para volverte en hombre, y lo que hiciste?»

» ¿Por qué, cuitada, el tiempo, di, no gastas
» En lo que padeciste imaginando?
» De ruecas trata, husos y canastas,
» De aspar ó rastrillar ó estar hilando.
» Deja á los hombres dense de las astas.»
Y estando de esta suerte braveando,
Al tiempo que corriendo se alargaba,
Ceneo por el lado le clavaba.

» Clavóle con la lanza por la parte
Que se juntaba el hombre y el caballo;
Con el dolor furioso tras él parte,
Y con la lanza procuró vengallo.
A Ceneo dió en la cara de tal arte,
Que tal parada el golpe, según hallo,
En el rostro de Ceneo sólo hizo
Cual en tejado suele hacer granizo.

» Como el granizo salta ó la chinilla
Que al atambor acaso fué tirada,
Llegado cerca de él se maravilla,
Pensando le pasar de una estocada.
Mas aunque fué con fuerza no sencilla,
El cuerpo está más duro que la espada.

«No pienses escaparte (le decía);
»De ti me vengará la espada mía.

»Si está la punca bota, con el medio
»Serás (tenlo por cierto) degollado.»
Con un revés que le ciñó por medio,
Sonó como si en piedra hubiera dado.
Tiróle al cuello, y vió que no hay remedio,
Que se ha la fina espada remachado.
Mas Ceneo de esta suerte le hablaba
A Latreo, que de verle se admiraba :

«Tentar quiero yo agora si está dura
»Tu carne, herida con la espada mía.»
Y luego hasta la misma empuñadura,
Por una espalda á Latreo la metía.
La mano mete dentro, y aun procura
Herirle más, y así, la revolvía;
Y como vieron esto los hermanos,
Contra este solo vienen á las manos.

»Con un clamor terrible han acudido,
Sus armas arrojando al gran Ceneo.
Las armas botas todas han caído,
Saliéndoles en vano su deseo.
De todò se ha escapado y ha salido
Sin sangre el fuerte hijo de Elatheo.
Gran maravilla á todos les parece,
Y tanta novedad les entontece.

«¡Oh grande infamia (Mónico decía),
»Y pérdida de nuestro gran renombre!
»¿Que un pueblo de tan brava valentía
»Vencido reste de un apenas hombre?
«Aunque él es el varón, lo que él solía
»Ser somos, y nos cuadra bien su nombre.
»¿De qué nos sirven más que de vileza
»Los miembros señalados en grandeza?

»¿A qué juntó la doble y poderosa
 »Natura en cada cual dos animales,
 »Cuyo valor y fama es tan briosa,
 »Que no los tiene el mundo tan cabales?
 »Ni creo somos hijos de la diosa,
 »Ni de Ixión; que no engendrara tales
 »El que voló más alto que ninguno,
 »Pues esperó gozar de la alta Juno.

»Un medio hombre nos tiene tan á raya,
 »Que vence nuestras fuerzas tan extrañas.
 »Peñascos, vigas, montes, todo caya
 »Sobre él; si le venciésemos por mañas,
 »Saquémosle ya el alma, ¡vaya, vayal;
 »Aprieten su garganta las montañas,
 »Y servirá la carga de herida,
 »Con que será privado de la vida.»

»Diciéndolo, arrebatá prestamente
 Un árbol que halló acaso allí arrancado
 Del ábrego furioso, y al valiente
 Contrario suyo luego le ha tirado.
 Ejemplo fué, pues toda aquella gente
 A Otris monte hubieron despojado,
 Y á Pelión acudieron con deseo
 De descargarse todos en Ceneo.

»Con tanta rama y troncos oprimido,
 Forceja con los hombros, pretendiendo
 Salir el bravo mozo, y no ha podido,
 Sobre su cara aquel montón creciendo.
 Y siendo al aire el paso prohibido,
 Fuése el vital vigor enflaqueciendo.
 En vano levantarse procuraba,
 Y revolver los árboles do estaba.

»Tan grande carga á veces es movida
 Cuando el aliento suyo más se ayuda,

Cual vemos en el alto monte Ida,
Si el terremoto alguna parte muda.
Qué se hiciese el cuerpo, ya salida
El alma, fué negocio de gran duda.
Decían los unos que habría sido hundido
Con tanto peso; Mopso no ha querido.

»A Mopso se le hizo cosa grave
Decirse tal, supuesto que él había
Visto salir de aquella leña un ave
Que por el aire lúcido subía,
Con alas rojas. Y quien tanto sabe,
No es de creer que allí se engañaría,
Ni yo jamás vi ave semejante
Hasta aquel día, en ese mismo instante.

»Y luego que advirtió que rodeaba
El amigo real con leve vuelo,
Mopso viendo el clamor con que sonaba,
Surcando con las alas por el cielo,
Con el alma y los ojos le miraba,
Diciendo: «De Lapitas, ¡oh consuelo!,
»Sálvete Dios, varón ya muy valiente,
»Agora ave única excelente.»

»La cosa por su autor quedó creída,
Y cada cual de todos muy airado
De que un varón de fama esclarecida
De tantos juntos fuese sojuzgado.
Dolímonos á costa de su vida,
Que con perderla muchos han pagado,
Ni nadie se escapara, ni pudiera,
Si la noche y correr no le valiera.»

La guerra entre centauros refiriendo
Y los Lapitas Néstor, se admiraba
Tlepolemo, y se estaba deshaciendo

De ver que de contar no se acordaba
 Del valeroso Alcides, que aquel día
 Mostró quién era, y no disimulaba,
 Mas antes de esta suerte le decía:

«Facundo Néstor, cierto yo me admiro
 Que de alabar á Hércules te olvides;
 Que haber á los centauros hecho tiro,
 Mil veces me contó mi padre Alcides.»
 Entonces Pylo dijo con suspiro:
 «¿Por qué de semejante cosa pides
 Me acuerde, y de los daños olvidados,
 Después de tantos años ya pasados?»

»¿Por qué me fuerzas vuelva á la memoria
 El luto ya pasado y sentimiento,
 Y á vueltas de contar su fama y gloria,
 Su odio te confiese y mi tormento?
 Las cosas tuyas cierto son historia,
 Aunque parecen todas fruncimiento.
 El mundo dejó lleno de hazañas
 Casi increíbles, tanto son extrañas.

»Pluguiera á Dios negarte yo pudiera
 Las obras de tu padre, de que digo,
 Con gran contentamiento lo hiciera;
 Que ¿quién podrá loar al enemigo?
 No es cosa conveniente ni haced era,
 Aunque el valor presente por testigo
 Deyfobo ó Polydamas, loemos
 tus hechos, ni aun á Héctor si podemos.
 S

»Los muros de Miscina ha derribado
 Tu padre; y aunque no lo ha merecido,
 A Elis ha con Pylo destrozado,
 Donde abrasó mi casa embravecido.
 Por no contar de otros que ha acabado,

Doce hijos de Neleo (1) habemos sido,
Y cada cual bizarro, bravo y fuerte:
A todos, yo sacando, dió la muerte.

»Matar los diez de aquellos mis hermanos,
Parece en parte cosa sufridera;
Pero que no escapase de sus manos
Periclímeneo, espanta en gran manera.
Gozaba privilegios soberanos,
Neptuno nuestro abuelo se los diera,
De transformar figuras á contento,
Mudando y remudando formas ciento.

»El cual, como se hubiese transformado
En todas las figuras, siempre en vano,
En ave se transforma, que ha agradado
Más que ninguna á Jove soberano,
Porque en sus uñas mismas agarrado,
Le lleva el rayo, y dásele en la mano,
Y tal al gran varón desgarró el gesto,
De uñas y de pico echando el resto.

• Mas el señor Tyrintio, procurando
Vengarse, diestramente el arco flecha
Contra el hermano mío, que volando,
Del aire y de las nubes se aprovecha,
Y venturosamente disparando,
Hirióle con la aguda y leve flecha,
Cuando él pensaba iba ya escapado,
A do se junta el ala con el lado.

(1) Neleo, hijo de Neptuno y de Tyro y hermano de Pelias, se apoderó con su hermano del reino de Iolcos, donde reinó algún tiempo; pero expulsado por Pelias, se refugió en Mesenia, y allí fundó un pequeño reino, cuya capital fué Pylos; casó con Chloris, hija de Amphión, y tuvo de ella doce hijos, uno de los cuales fué Néstor.

»La herida no era grave; más rompidos
 Los nervios de aquella ala, en el momento,
 Quedando de vigor destituídos,
 Negaron el nativo movimiento.
 Sus miembros, de su peso compelidos
 (Faltándoles las plumas en el viento)
 Cayeron en la tierra, y la herida
 Pequeña la hizo grande la caída,

»Por la ligera vira que en el vuelo
 A la ala quedó asida solamente,
 La cual, porque sobre ella dió en el suelo,
 Al otro lado sale de repente.
 ¿Por dicha debo yo subir al cielo
 Tus cosas, ¡oh Tlepólemo valiente?
 Yo soy tu amigo, y vengo mis hermanos
 Sólo en callar los hechos soberanos.»

Aquesto habiendo dicho el dulce viejo,
 Levantáronse todos, y mojaba
 La boca cada cual con vino añejo.

La parte de la noche que restaba,
 Cada uno en su aposento retirado,
 Al sosegado sueño se entregaba.

Empero al dios que templa el mar airado,
 Con afecto de padre le ha dolido
 Al hijo ver en cisne transformado.

Al fiero Aquiles tiene aborrecido,
 Teniendo en la memoria aquella ofensa,
 Hasta vengarse duro, empedernido.

Y para ejecutar su furia inmensa
 (Habiéndose la guerra dilatado
 Diez años casi), dice lo que piensa,
 A Smyntheo de esta suerte habiendo hablado:

«Carísimo sobrino, el más amigo
 De los restantes hijos de mi hermano,
 El cual los muros frágiles conmigo

Edificaste á Troya, pues fué en vano,
 ¿Qué gimes, viendo bravo al enemigo,
 Y degollado tanto del troyano?
 ¿Por qué te duele el caso acerbo y duro
 Del arrastrado en torno de su muro?

»Por no contar de todos, ¿qué aprovecha
 Pesarte del desastre de esta tierra,
 Pues vive el fiero Aquiles sin sospecha,
 Más cruel y más sangriento que la guerra,
 Nuestra obra destruyendo tan bien hecha,
 Con voluntad cruel, perversa y perra?
 A fe si le cogiese con su gente,
 Sintiese lo que puede mi tridente.

»Si yo pudiese haberle, yo te digo
 Que no se iría sin pena al otro mundo,
 Pues vería claramente en su castigo
 Qué cosa es gobernar el mar profundo.
 Mas, pues venir á manos él conmigo
 Es imposible, en tu poder me fundó.
 Traspásale una oculta y leve flecha,
 Te ruego, cuándo esté más sin sospecha.»

Al ruego de su tío soberano
 Consiente Delio, y luego se ha venido
 En una niebla al escuadrón troyano.

Y en medio de los muertos estar vido
 A Paris, disparando raras viras
 Al escuadrón contrario obscurecido.

Mostrando que era dios, le dijo: «Tiras
 Saetas vanas; son tus tiros vanos,
 Pues la gente que ofendes bien no miras.

»No ves que es vulgo; vuélvanse tus manos
 Contra el furioso Aquiles, haz venganza
 Del fiero que te ha muerto los hermanos.»

Diciéndolo, mostróle la matanza,
 Y al hijo de Peleo, que la hacía

Mostrando en los troyanos su pujanza.

Contra él el arco Paris revolvía;

La vira fué mortal, el tiro cierto,

Y vióse solamente en este día

Alguna cosa en que, después de muerto

El valeroso Héctor, recibiese

Su padre algún contento descubierto.

Así que aquel valiente Aquiles, ese

Que á tantos y tan fuertes ha vencido,

Los hados permitieron que cayese.

A manos de un adúltero atrevido,

Cobarde, robador de la troyana

Elena, afeminado, enternecido,

Que habiendo de morir, de mejor gana

Quisieras te acabara una Amazona,

Que no tan flaca mano y holgazana.

En fin, aquel temor que no perdona

Troyano alguno, aquel amparo griego,

Aquella valentísima persona.

En guerras invencible, ya en el fuego

Había ardido, y el que le eterniza

Por fama, le hizo ahora el postrer juego (1).

Su enterramiento ya se solemniza,

Y de tan gran Aquiles sólo escoria

Restó, y un vaso aun falto de ceniza.

Mas vive en todo el mundo su memoria,

Y apenas corresponde tal medida

A tal varón, á tan inmensa gloria.

La cual ha de gozar eterna vida,

El mismo escudo (por que bien se entienda

Quien fué su dueño) tiene guerra urdida.

Porque sobre llevarle hay gran contienda,

No osó pedirle el hijo de Tideo,

Aunque de pensamiento le pretenda.

(1) Refiérese á Vulcano, dios del fuego, que forjó las armas de Aquiles.

No se atreve el menor hijo de Atreo,
Ni el que es de más edad y valentía,
Ni se ha atrevido Ajax Oyleo.

De los demás ninguno se atrevía;
Sólo Ajax Telamonio publicaba,
Y Ulises, que tal gloria merecía.

Agamenón á sí se recusaba,
Los capitanes llama soberanos,
Y del negocio en que se litigaba,
El albedrío se dejó en sus manos.

LIBRO DÉCIMOTERCERO

Aquellos capitanes se sentaron,
Estando el vulgo en torno levantado,
Que todos al debate se hallaron.

Ajax, valerosísimo soldado,
A ellos se levanta, y parecía
Venir con ira bien apasionado.
Y con aquel semblante que solía,
Miró hacia el mar Egeo y su ríbera,
Adonde estar la armada griega vía,
Y comenzó á decir de esta manera:

«¡Oh Júpiter!, ¿la armada por testigo
Y tanto valeroso y fuerte griego,
Se atreve Ulises competir conmigo,
El cual las consintió quemar del fuego
De Héctor?, y es verdad como lo digo,
Que hasta librarlas no me vi en sosiego.
¿Mejor luego es hablar azucarado,
Que obrar como bravísimo soldado?»

»Mas yo para decir soy poca parte,
Como éste para hacer, que en una paja
Le estimo si tratamos del dios Marte,
Como él en bien hablar se me aventaja.
No pienso es necesario ningún arte
Para contar mis hechos; la ventaja

Es clara, ¡oh griegos!, pues cualquier la sabe.
Los suyos cuente Ulises, él se alabe.

»Cuenta lo que él ha hecho sin testigo.
Siendo la sola noche sabedora (1);
Ser grande el premio cierto yo lo digo,
Mas mucho de tal honra me desdora
Que Ulises quiera competir conmigo;
Pues no es gran cosa obtener yo ahora
(Aunque tan rica prenda nos parece)
Lo que publica Ulises que merece.

»Haber llevado el precio en la contienda
Podrá decir, y así se habrá entendido
En ese mismo punto que se entienda
Haber conmigo el dicho competido.
Nadie podrá creer que más pretenda,
Irá con lo mejor, aunque vencido;
Que si mi gran virtud no se entendiera,
Más poderoso por linaje fuera.

»De Telamón soy hijo; fué soldado
De Hércules, brioso y muy valiente,
Que los troyanos muros ha tomado,
Y entrado en Colchos valerosamente.
De Eaco nacido, que ha juzgado
En el infierno á la bajera gente,
A do Sisifo se fatiga tanto,
Volviendo y revolviendo el grave canto.

»Eaco el sumo Jove testifica
Ser su progenie é hijo verdadero.
Lo cual con evidencia significa
Ser Ajax desde Júpiter tercero,

(1) Modo ingenioso de dar á entender que las hazañas de Ulises no eran ciertas, ó debían ser puestas en duda.

Y si mi sangre no se comunica
Con el valiente Aquiles, yo no quiero
En el presente caso y diferencia
Valerme de tan alta descendencia.

»Mi primo era, armas del pariente
Demando; por herencia se me debe.
A ti, hijo de Sisifo (1) (sumamente
En engañar, hurtar y hacer aleve
Al padre semejante), ¿entre tal gente
Entremeterte, dime, qué te mueve?
Porque á la guerra vine sin llamarme,
¿Será bien tales armas denegarme?

»¿Será de mayor mérito el que ha sido
Postrero en aceptarlas? ¿El que vino
Después que en la locura que ha fingido
Le convenció Nauplides (2), es más digno?
¿Que en discreción habiéndole excedido,
Mostró que era ficción su desatino,
Y descubrió que haber venido tarde
Fué, más que por ser loco, de cobarde?

»¿Pues las mejores armas es derecho
Se den al que ningunas ha aceptado,
Y yo, contra razón y á mi despecho,
De honra quede y de ellas despojado,
Porque con gran esfuerzo y bravo pecho
Estuve de continuo aparejado,
Las cargas de la guerra sustentando,
Desde el primer peligro peleando?

(1) Conforme á una tradición, no era Ulises hijo de Laertes, sino del ladrón Sisifo, que había sorprendido á su madre Anticlea.

(2) Echa en cara á Ulises el haberse ocultado y fingido loco para no acudir á la guerra de Troya, y que hubiera permanecido oculto si Palamedes no le hubiese descubierto valiéndose de un ardido.

»Pluguiera á Dios que verdadero fuera
 Aquel furor (1), ó que por tal tenido,
 Este traidor á Troya no viniera,
 Que á ti, hijo de Peante (2), así ha ofendido.
 Lemnos á dó quedaste no supiera
 (Por verte entre peñascos escondido)
 La culpa nuestra y la desgracia tuya,
 Ni la traición y tiranía suya.

»El cual (según se cuenta) con tus llantos,
 Por ver cómo te ves desamparado,
 Mueves á compasión los duros cantos.
 Habiendo sumamente suplicado
 Los dioses benignísimos y santos,
 El hijo de Laerte sea pagado
 Cual fué su merecer falso y tirano,
 Y el ruego (si Dios hay) no será vano.

»Y agora aquel que había de haber venido
 Jurado en nuestra misma compañía
 Por capitán, y había de haber traído
 Consigo las saetas que tenía
 De Hércules, gastado y consumido
 De enfermedad y de hambre (¡oh tiranía
 Malvada!), con las aves tiene cuenta,
 Que de la caza de ellas se sustenta.

»Y aquellas sus saetas escogidas,
 Para el favor de Grecia reservadas,
 Que en despojar troyanos de sus vidas
 Habían de ser, señores, empleadas,

(1) La supuesta locura de Ulises.

(2) El hijo de Peante ó Pean era Filoctetes. Requisito indispensable sin el cual no podía ser tomada Troya era poseer las flechas de Hércules, que al tiempo de su muerte las había dado á Filoctetes. Fué enviado Ulises para que trajera á éste al campamento de los griegos, y volvió sin él, dejándole abandonado en la isla de Lemnos.

A las ligeras aves dan heridas
Del arco de su dueño disparadas,
Que vive con todo eso, y no viviera
Si con el falso Ulises se viniera.

»Holgara Palamedes desdichado (1)
Que cual á Filoctete le dejara.
Viviera, ó á lo menos no infamado,
El aliento vital se le acabara.
Al cual porque se acuerda que ha mostrado
Su oculta furia y cobardía clara,
Le levantó el falsario que vendía
Al enemigo el campo do vivía.

»Fingió que á los troyanos entregaba
Las cosas de los griegos, fementido,
Y el testimonio falso le probaba
Con el oro que él antes ha escondido.
Así que desterrando ó con la brava
Muerte, Ulises los suyos ha valido.
En semejantes cosas él se emplea;
Así se hace temer, así pelea.

»Que aunque más que el fiel Néstor sea el
No me persuadirá que haber dejado [cuenta,
Al mismo no fué crimen evidente;
Pues por su nombre Ulises fué llamado
De Néstor que huía tardamente,
Herido su caballo y él cansado
Con tanta edad, y pues no le ha valido,
Puedése bien decir que le ha vendido.

»Muy bien lo sabe el hijo de Tideo,
Que le llamó mil veces por su nombre,
Reprendiendo caso en él tan feo

(1) Porque murió por una calumnia de Ulises.

Do de cobarde mereció renombre.
Los altos dioses miran el deseo
Con ojos sin pasión de cualquier hombre.
Veis de favor agora aquél carece,
Que, pues que no le dió, no le merece.

»Como él midió conviene ser medido,
Y cual desamparó, desamparado.
Los compañeros llama; he acudido,
Vile temblando y de temor turbado.
Debajo de mi escudo le he metido,
Que de la muerte estaba ya cortado.
Dile la vida, no hay que hacer alarde,
Pues defendí de muerte un vil cobarde.

»Si todavía competir conmigo
Porfías, á aquel sitio nos volvamos.
Tu herida y cobardía sea testigo;
Debajo de mi escudo nos metamos.
Escóndete tú allí del enemigo,
Y allí debajo es bien que compitamos.
Del cual peligro ya que le he sacado
Con paso ligerísimo ha escapado.

»Aquel que por la herida que tenía
A estar en pie la fuerza le faltaba,
Para escapar huyendo no sentía
Lesión, que para huir muy sano estaba.
Estando en esto, Héctor que venía,
Con él sus dioses, y tan fiero andaba,
Que le temblaban, de las griegas gentes,
No sólo Ulises tú, mas los valientes.

»Al cual yo derribé de una pedrada
Al tiempo que triunfaba más gozoso,
De ver que su valor y aguda espada
Le hacían en aquel tiempo victorioso.
Con él yo combatí, la suerte echada,

En singular pelea muy brioso;
Que para pelear con Héctor fuerte,
Por vuestro ruego, cúpome por suerte.

»Y si queréis que del combate cuente
El fin que sucedió, no fuí vencido.
Con fuego, hierro y Júpiter, la gente
Troyana á nuestra armada han acudido.
¿Entonces dónde estaba el elocuente
Ulises? Con mi pecho he defendido
Mil naves (1), y mi brío y mi pujanza,
De vuestra vuelta, ¡oh griegos!, esperanza.

»En trueco de tan próspero suceso,
De resistir al fuego y defendellas,
Dadme esas armas; que si yo confieso
Verdad, mayor honor reciben ellas
En mi poder, y más valor por eso,
Que puedo yo adquirir en poseellas.
Las armas piden á Ajax, yo no pido,
Sino á ser dueño suyo me convido.

»Habrá con estas cosas cotejado
El de Itaca su brava valentía,
Con que á Dolón cobarde ha cautivado
Y á Rheso, pero nada fué de día.
Si á Heleno con Palas ha robado,
Fué por llevar en guarda y compañía
A ti, Diomedes. Cosa es bien probada
Que fuera sin tu ayuda para nada.

»Y si por estos hechos os parece
Se deben dar las armas de algún arte,
Divídanse, y Diomedes, que merece
Lo más, es bien que lleve mayor parte.

(1) Libró Ajax la escuadra griega del fuego que contra ella arrojaban los troyanos.

¿Tal peso para qué te pertenece,
 Ulises? Muy bien es desocuparte,
 Negándote las armas que procuras,
 Pues todos tus negocios son á obscuras.

» Quien desarmado, á hurtas, encubierto
 Al enemigo incauto siempre daña,
 Pretender tales armas juro cierto
 Que si yo no me engaño, que él se engaña.
 El refulgente yelmo descubierto
 Habrá su trato doble y su maraña;
 Y su cabeza flaca (de más de eso)
 Podrá mal sustentar tan grave peso.

» En su debilidad claro se muestra
 Que la lanza de Pelias (1) tan pesada,
 De aquella para poco y débil diestra
 Será no cual conviene gobernada,
 Pues el cargado escudo á la siniestra
 Medrosa, para hurtar no más criada,
 Que todo el mundo tiene en sí esculpido,
 ¿De qué pensáis le puede haber servido?

» ¿Qué pides, falso? ¿Don para flaqueza?
 El cual si te le hubiere concedido
 De los jueces puestos la rudeza,
 Antes serás robado que temido.
 Y para usar de huída y ligereza,
 Con que medroso á todos has vencido,
 Tan gran merced te habrá de ser amarga,
 Ocupando tus pies tan grave carga.

» Allende de esto, puede aprovecharse
 Tu escudo, casi nuevo, poco usado,
 Y el mío es justa cosa renovarse,

(1) La lanza de Aquiles se llamaba lanza Pelea.

Que está con mil heridas traspasado.
En conclusión, no debe más hablarse;
Anden las manos, armas de esforzado
En el real contrario sean echadas;
Quien las trajere dádselas por dadas.»

Habiendo sus razones concluído
De Telamón el hijo de esta suerte,
El murmurar del vulgo se ha seguido.

Hasta que el sabio hijo de Laerte
Se levantó modesto y mesurado,
Los ojos en el suelo (1), y ya que advierte
El rum rum de la gente haber cesado,
Los ojos á los grandes levantando,
Principio dió al sonido deseado,
Con gracia y elocuencia comenzando :

«Si fueran con los míos vuestros ruegos,
Señores valerosos, aceptados,
El heredero y mil desasosiegos
De tal contienda fueron excusados.
Tú, Aquiles, de tus armas, y los griegos
Gozáramos de ti bien fortunados;
Que cuando nos privaron de tal hombre,
Cesó nuestro valor y nuestro nombre.

»Mas, pues los duros hados han querido
Quitarme á mí tal bien (así diciendo,
Como si hubiera lágrimas vertido,
Los ojos se ha limpiado), yo no entiendo
Al gran Aquiles quién habrá podido
Suceder, justamente procediendo,
Mejor que aquel que hizo sucediese
Al campo de los griegos y viniese.

(1) Actitud estudiada para conciliarse la atención y benevolencia del auditorio.

»Con tal que á éste no sea de provecho,
Que así como él es rudo lo parece,
Ni á mí tampoco me haya daño hecho
Mi ingenio, que en serviros permanece;
Ni la facundia mía en tal estrecho
(Si alguna es) me dañe, pues merece
Se le hayan por su dueño oídos dado,
Habiendo por vosotros siempre hablado.

»Por su virtud y partes y proeza,
Es justo que los hombres sean honrados,
Que apenas llamo nuestra la grandeza
De los mayores nuestros ya pasados.
Mas, pues Ajax de Júpiter empieza
Sus méritos famosos alabados,
Diciendo que es biznieto del Tonante,
También diré de mí lo semejante.

»Soy hijo de Laertes, engendrado
De Arcesio, de quien Júpiter es padre.
Ni de éstos hay alguno desterrado (1),
Con quien el parentesco bien no cuadre.
También Cilenio me hace haberpreciado
De noble por la parte de mi madre (2).
Y así se ven patentes mis dos lados,
De dioses ambos ser autorizados.

»Mas no porque mi madre (como es llano)
Es más ilustre, ni por ser nacido
De padre que en la muerte de su hermano
No fué culpado, tales armas pido.
Dadlas (consejo claro y soberano)
A quien mejor las haya merecido.

(1) Echa así en cara á Ajax el destierro de su padre Telamón.

(2) Anticlea, madre de Ulises, era hija de Antíloco y, por tanto, nieta de Mercurio.

Como Ajax no haya el fin de su deseo,
Por ser su padre hermano de Peleo.

»En esta pretensión y competencia,
Virtud se honre sola de este arreo.
O si ha de hacerse caso de la herencia,
Su hijo es Pirro, y su padre es Peleo.
¿Qué pide Ajax? No haya diferencia;
A Phithia y Scyro llévase el trofeo (1).
De Aquiles primo es Teucro, como es ése,
Y no las pide, ¿y qué que las pidiese?

»De suerte que, pues sólo el fundamento
Para adquirir un premio así excelente
Está en desnudas obras, soy contento
De referir algunas al presente,
Que todas no es posible, á lo que siento,
Poderlas yo decir tan de repente.
Mas para las más raras y famosas
Seráme guía el orden de las cosas.

»La madre Tetis, cierta de la muerte
Que había de haber su hijo (2) padecido,
En hábito de virgen de tal suerte
Le tuvo disfrazado y escondido,
Que en tal engaño nadie da ni advierte,
Ni de Ajax el ensayo fué entendido.
Yo sólo, de lo que era sospechoso,
Usé un ardid discreto y valeroso.

»Disimuléme en traje de mercero,
Llevando niñerías de doncellas;
Mas una lanza y un broquel de acero,

(1) Phithia, donde habitaba Peleo. Scyros, donde quedó Pirro, que tuvo Aquiles, durante su permanencia en esta isla, de Daidamia, hija del rey Lycomedes.

(2) Aquiles.

Procurando llevar también entre ellas.
 Movióse el disfrazado caballero
 En ver las armas, y echa mano de ellas.
 No dejando el vestido las tenía,
 Cuando de esta manera yo decía:

»— ¡Oh hijo de la diosa soberano!
 Tan gran empresa á ti está reservada.
 ¿Qué dudas deshacer el ser troyano,
 Pues ha de ser por ti Troya assolada?— (1)
 Diciendo de esta suerte, échele mano;
 A causa mía vino tal jornada.
 Las obras luego claras que él ha hecho,
 A mí se deben todas de derecho.

»Yo á Telefón domé con fuerte lanza (2)
 Y remedié después al ya vencido;
 Por mi valerosísima pujanza
 La miserable Tebas ha caído.
 Haber tomado yo crüel venganza
 De Lesbo y Tenedón, tened sabido.
 A Chrise y Cyla sujeté yo solo,
 Que son ciudades del dorado Apolo (3).

»Pensad que han sido obras de mi diestra
 A Scyro y á Lyrneso haber tomado,
 Y si queréis más llana y clara muestra
 (Cuando callase de otros), yo os he dado
 Quien solo defendió la parte vuestra
 De Héctor crudo, y fué por mi postrado.

(1) Una de las condiciones que según el oráculo eran indispensables para la guerra y toma de Troya, era que Aquiles concurriese á ella.

(2) Se aplica todas las hazañas de Aquiles, por haber sido el que le llevó á la guerra.

(3) Todas estas conquistas previas y necesarias para la de Troya fueron hechas por Aquiles.

Las armas del despojo agora pido
Que Aquiles adquirió, de mí traído.

»¿Qué mucho, si de mis obras recibo
El fruto que á virtud se debe cierto?
Aquiles, que á venir estuvo esquivo,
De mí fué pesquisado y descubierto.
Por mí ganó estas armas siendo vivo;
Yo las demando agora que él es muerto.
Por mí mató á Héctor, y yo escojo
En premio de mis obras su despojo.

»Luego que vino á Grecia el sentimiento
Del daño de uno solo (1), y se fletaron
Mil naves por vengar un descontento,
Y en el puerto de Aulide se juntaron,
O ninguno ó contrario vino el viento,
Aunque muy mucho tiempo le esperaron.
Mandó de Agamenón la suerte insana
Su hija degollar ante Dïana.

»El padre airado niega el caso feo,
A la inocente hija aficionado.
Mas, por ser rey, también tenía deseo
Por los demás del reino deseado.
Yo fuí quien le dobló, que á lo que creo
Estaba á no lo hacer más inclinado,
Porque con mis razones persuadido,
El pro común al suyo ha preferido.

»Confieso (aunque perdone la presencia
De Atrides, pues el caso me descarga)
Que fué bien necesaria mi elocuencia
A persuadirle cosa tan amarga.
En fin, el pueblo, hermano y la conciencia,

(1) El robo de Helena por Paris, causa de la guerra de Troya.

Del cetro dado la pesada carga,
Le mueven que comprase gloria tanta
Por sangre virginal de tal garganta.

»Estando concedido por el padre
El sacrificio honroso, pero extraño,
Al punto me enviaron á la madre,
No á convencerla, sino á usar de engaño.
Si fuera Telamonio, aunque más ladre,
No sólo no cesara nuestro daño,
Mas aun agora cierto, á lo que siento,
Faltara á las ligeras velas viento.

»Embajador de todos fui enviado,
Por mi facundia electo y mis razones.
De la alta Troya visité el Senado;
De gente estaba llena y de varones.
La acusación propuse muy osado
De París relatando las traiciones.
A Helena y tesoro ante ellos pido,
Y á Príamo y Anténor he movido.

»Mas París robador y sus hermanos,
Y toda su cuadrilla y compañía,
Apenas resistieron á sus manos.
Bien sabes, Menelao, que fué aquel día
Primero donde mis peligros llanos
Contigo tuve. Mucho tardaría
Si en este largo tiempo lo que he hecho
Contase, y cuánto ha sido de provecho.

»Después de los encuentros tan extraños
Primeros, los troyanos se cerraron
En su ciudad por excusar los daños,
Y nunca cara á cara pelearon.
En conclusión, no menos que diez años
El dar de la batalla dilataron.

Pues más que pelear tú no sabías,
En este tiempo todo, ¿qué hacías?

»¿En qué eras á los griegos de provecho?
Que yo de mí diré lo que hacía.
Los enemigos ásperos asecho,
Guardo el real con fosos noche y día.
Los compañeros libro del despecho
Que de la duración les procedía.
Voy donde es menester, y nunca paro,
De bastimento y armas lo reparo,

»Estando así la guerra. Amonestado
De Júpiter en sueños, manda y quiere
El Rey que del negocio comenzado (1)
Desistan y estará (cuando pusiere
Tan buen autor) seguro y disculpado;
Defiéndaselo Ajax, si supiere,
Enhile la batalla, ponga el caso,
¿Por qué no estorba á los que están de paso?

»¿Por qué no se arma? Diga y represente
Alguna cosa tal que sea seguido
Del vulgo instable, que hombre tan valiente
No fuera mucho haberlo merecido.
Como lo había de hacer, pues con la gente
En la tornada estaba ya embebido.
De verte huir vergüenza tuve, cuando
Estabas el navío aparejando.

»Al punto dije yo: —¿Qué hacéis, amigos?
¿La victoria dejáis que está presente?
¿No veis rendidos ya los enemigos?
¿Qué lleváis sino infamia muy patente,
Diez años presentando por testigos? —

(1) Véase la *Iliada*, II.

La pena me hizo entonces elocuente.
Con estos y otros medios los atraje,
Y de la flota á todos los retraje.

»Llamó su gente, de temor ya loca
(Que de su fama estaba descuidada),
Agamenón, á quien la honra toca
Del buen suceso de esta gran jornada.
Mas Telamonio allí no abría la boca
Para agraviar los reyes tan osada.
Por mí quedó Thersites bien pagado
De haber sido protervo y deslenguado.

»Levántome, y los ánimos incito
Contra los enemigos, y en el pecho
La virtud casi muerta resucito.
Mi voz entonces fué de tal provecho,
Desde entonces la mía está en el hito,
Que cuantas valentías éste ha hecho
Han sido por mi causa; que él huyera,
Si con mi lengua yo no le tuviera.

»En conclusión, de todo el pueblo griego
Yo no sé quién te pida ni te alabe.
Yo con Thideides fuerte á cuánto llego
Y cuánto con él valgo bien se sabe.
Verá muy bien cualquier que no sea ciego
Lo que en un pecho sabio mora y cabe,
Pues que Diomedes no escogió ninguno
De tantos mil, sino á mí, sólo uno.

»Yo no fuí compañero, no, por suerte (1),
Sino escogido para ser espía.
Yo soy quien á Dolón troyano, y fuerte

(1) Moteja en esto á Ajax, quien si salió al desafío con Héctor, no fué voluntariamente, sino porque le tocó por suerte.

(Que con mi mismo intento acá venía) (1),
Le traje con tormentos á la muerte,
Haciéndole decir lo que sabía,
Y de lo en Troya puesto y concertado
Me pudiera volver bien enterado.

»Pudírame volver con buen suceso,
Gozando del renombre prometido.
Mas no me contentando yo con eso,
En el real contrario me he metido.
Y dentro de su tienda mato á Rheso (2),
Y á su gente con él, y me he salido
En su carro triunfal, y entré triunfando,
Del premio al enemigo despojando.

»Negadme á mí las armas, prefiriendo
A Ajax por mayor merecimiento.
¿De qué me sirve á Lycio ir refiriendo
Y de su gente aquel acabamiento
Qué hice?, pues con ánimo estupendo,
Éxtraña valentía y ardimiento,
A Alastor, Halión, Cromio, con Cerano
Maté y á Alcandro, Nemon y Pritano.

»Yo degollé á Thoón, y di la muerte
A Foridamas, y he también pagado
A ti, Carope, de la misma suerte;
Lo mismo fué de Eunomo desdichado,
Sin otros que con brazo bravo y fuerte,
Debajo de los muros he acabado.
Los cuales por no ser de tal renombre,
No hay para qué decirlos por su nombre.

(1) Dolón exigió promesa de que se le darían los caballos de Aquiles como premio de su expedición nocturna.

(2) Rheso era un aliado de los troyanos que acudió á socorrerles.

»También yo tengo heridas muy hermosas
 Por el lugar do están; que al decir vano
 No es bien creáis; mirad si son honrosas
 (Y apartó los vestidos con la mano).
 Mi pecho en mil refriegas peligrosas
 Anduvo por vosotros muy ufano.
 En tantos años Ajax no hizo nada,
 Ni mostrara señal de cuchillada.

»Mas ¿qué aprovecha si el armada griega
 Contra Júpiter mismo y los troyanos
 Ha defendido? Nadie se lo niega,
 Que hechos animosos y tan llanos
 No sufriré los cubra noche ciega,
 Con tal que deje parte á vuestras manos,
 Teniendo lo que hicistes en memoria,
 Sin se tiranizar toda la gloria.

»Que aunque es verdad que él hizo lo que
 Patroclo defendió su buena parte [pudo,
 Debajo del arnés y del escudo
 De aquel Aquiles, fiero más que Marte;
 Por cuya causa, Héctor, yo no dudo,
 Con los demás de nuestra armada parte,
 Que el retrato de Aquiles hizo luego
 César su furia loca y bravo fuego.

»También se precia que con Héctor fuerte
 En campo uno por uno salió armado,
 Mas, pues uno de nueve ser no advierte,
 Del rey capitán está olvidado.
 De mí también, y electo fué por suerte,
 No por ser más valiente reputado,
 Y fué de la batalla tan reñida
 El fin partirse Héctor sin herida (1).

(1) Por rebajar á su rival no dice aquí Ulises la verdad; por-

» ¡Oh Dios!, ¡con cuántas lágrimas me acuerdo
De aquel infausto tiempo que caído
Vi al muro nuestro Aquiles!; ¡cómo pierdo
Del gran dolor y lástima el sentido!
Mas por temor ni ansia no fuí lerdo:
Tómole acuestas, y he con él partido.
Sobre estos hombros, digo, fué llevado
Aquiles, de sus armas todo armado.

» Pues fuerzas que tuvieron tal exceso,
Merecen bien las armas que pretendo.
Que suficientes son á tanto peso,
Y dignas de este honor, á lo que entiendo.
¿La verdinegra madre para eso,
Con arte milagroso y estupendo,
Las armas hizo al hijo y el escudo,
Para emplearse agora en un tan rudo?

» Porque aunque entienda mucho de la guerra,
No entiende aquel escudo tan grabado,
Adonde está el Océano y la Tierra,
El cielo y sus estrellas sin celado.
Por eso en pretender sin duda yerra
Lo que él ignora. Porque ver pintado
Las Pleyadas, ó Hyadas, ó la Osa,
U Orión, para él es nueva cosa.

» Su mal considerar es evidente
En pretender las armas que pretende,
Do se muestra la espada refulgente
De Orión, de quien Ajax nada entiende,
Y ciudades diversas, y aun no siente
Con cuánta libertad y culpa ofende,

que Homero asegura que Ajax hirió á Héctor. Véase la *Ilíada*, XVI, 260 y siguientes.

Y llama al gran Aquiles de cobarde,
Si á mí me acusa porque vine tarde.

»Si ser delito la ficción estimas,
Entrambos le hicimos, y si culpa
Fué no acudir tan presto, más lastimas
A Aquiles que no á mí, pues me disculpa
Venir primero que él, y lo que limas
Con lengua maldiciente que nos culpa,
Parecerá piedad y no pecado
A quien lo hubiere bien considerado.

»Mujer piadosa á mí me ha detenido,
Piadosa madre á él, y así no es vicio.
El primér tiempo á ellas fué debido,
El resto se empleó en vuestro servicio.
No temo, aunque no me haya defendido,
De crimen tal, y quiero por oficio
Merecer de culpado fama y nombre,
En compañía siendo de tal hombre.

»Pecar en lo que Aquiles ha pecado,
Es merecér renombre grande y raro.
Mas tal varón de Ulises ser hallado,
Y Ulises no de Ajax, está claro.
Y por que no os admire haber osado
Culparme, en mis injurias no reparo,
Pues con su torpe lengua y necia boca
En vuestro mismo honor, señores, toca.

»Si yo acusé por dicha falsamente
A Palamedes, ¿quién habrá que crea
Que vuestro condenar fué conveniente,
Si fué mi acusación traidora y fea?
Nauplides vió su culpa tan paténte,
Que no se defendió; por que se vea
Que esto es verdad, ¿su crimen no le oísteis?
Mas visto el precio, es cierto que le visteis.

»Y que quedase el hijo de Peante
Enfermo en Lemnos, isla de Vulcano,
¿Qué culpa tengo yo, si semejante
Negocio sucedió de vuestra mano?
Vosotros consentisteis, bien que ante
Le aconsejé que hasta se ver más sano
Gozase del descanso de la tierra,
Dejando los caminos y la guerra.

»Obedecióme y vive, y mi sentencia
No sólo ha sido fiel, pero dichosa.
Y así mi buen aviso y diligencia
No me puede dejar de ser honrosa.
Mas, pues el hado pide su presencia
Para asolar á Troya (1), tanta cosa
No se me encargue á mí, que no me pesa;
Ajax irá mejor á tal empresa.

»Que según es facundo y elocuente,
Ablandará al varón que está furioso
De ira y de dolor, del mal que siente,
O le traerá por arte, que es mañoso.
Volverse ha Symois antes á su fuente,
Y en Ida no habrá hoja, y el reposo
Querrá de Troya Grecia (si yo os dejo)
Que os sea de algún fruto su consejo.

»Aunque te muestres ser más que enemigo
Del Rey, de mí, de toda nuestra gente,
¡Oh Filoctete duro!, yo te digo
Que no te bastará ser maldiciente.
Si beberme la sangre, si conmigo
Mostrar tu furia quieres evidente,

(1) Quiere decir sin las flechas de Hércules, que estaban en poder de Filoctetes.

No pienses dudaré de acometerte,
Ni dejaré conmigo de traerte.

»Veámonos los dos una por una,
Que te diré razones tan discretas,
Que si me favorece la fortuna,
Así gozaré yo de tus saetas
Como de Heleno, y sin dejar ninguna
De todas las palabras más secretas,
Respuestas de los dioses y del hado,
En que el troyano pueblo se ha fiado,

»Traeréte, cómo fué de mí robado,
De entre los enemigos, y traído
El Paladión (1). ¿Y haberse comparado
Conmigo Telamonio se ha sufrido?
Sin el Paladión el duro hado
Poderse tomar Troya ha prohibido.
¿A dó está el fuerte Ayax? Su braveza,
Su blasonar, ¿dó está?, ¿dó su fiereza?

»¿Por qué quien cuenta tantas valentías
Se teme? ¿Por qué Ulises, más osado,
Se atreve á ir por todas las espías,
Del ánimo y la noche confiado,
Y entrar en su ciudad por tales vías,
Y en el alcázar, y aun haber sacado
La diosa de su templo, por testigos
Las armas y los mismos enemigos?

»Que á no haber atrivídome á tal hecho,
De Telamón el hijo (2) yo no dudo,
Sino que hubiera andado sin provecho
Cargado de sus armas y su escudo.

(1) Ulises, acompañado de Diomedes, entró en Troya á robar el Paladión ó estatua de Minerva.

(2) Ayax era, según hemos dicho, hijo de Telamón.

De Troya la victoria de derecho
Gané yo aquella noche, pues se pudo
Vencer, y cuando estuvo constreñida
A se poder perder, quedó perdida.

»No hay por qué darme en rostro con tu extraña
Manera de semblante, y entonarte
Con mí, Diomedes, pues en mi hazaña
Confieso yo tener también su parte.
Que cuando usaste tú de fuerza y maña
En nuestras naves, no podrás loarte
Que fuiste solo, mil había contigo,
Mas uno fué no más quien fué conmigo.

»El cual, si la ventaja no entendiera
Que hace el sabio al bravo é indiscreto,
Las mismas armas cierto pretendiera
Con Ayax más modesto y más discreto.
Toante, con Euripilo, acudiera,
Merión é Idomeo, te prometo,
Con Menelao, varones tan valientes (1),
Que no menos que tú son excelentes.

»La flor de nuestro campo y aun del mundo
A mis consejos todos se han rendido.
Tener contigo nombre de segundo,
Ninguno de ellos pienso habrá querido.
Yo toda mi justicia pongo y fundo
En que de más provecho soy y he sido.
Peleas bien, mas ¿qué aprovecha eso?
Que has menester regirte por mi seso.

»Tú tienes mucha fuerza sin prudencia,
Mas yo en lo porvenir soy cuidadoso.
Tú puedes pelear; mi providencia

(1) Todos ellos próceres y capitanes del ejército griego.

Escoge para el trance peligroso
Atrides, de la guerra y diferencia.
Tú en cuerpo, yo en el alma provechoso,
Te excedo cuanto excede el marinero
Al bajo, miserable y vil remero.

»Cuanto es el general más que el soldado,
Tanto soy más que tú, pues que de hecho
Mi fuerza corporal he gobernado
Con un sagaz y valeroso pecho.
La valentía y brío está cifrado
En un ingenio tal, y de derecho
Se debe dar renombre de valiente
A quien por serlo siempre fué prudente.

»Así que, capitanes excelentes,
Premiad al que velando os ha servido,
Y por cuidados tantos diligentes
Concededme este título que pido.
El trabajar de todas vuestras gentes
Es casi con el hado concluído.
Cuando hice que pudiese ser vencida
El alta Troya, fué por mí rendida.

»Suplícoos por aquellas esperanzas
Que á Troya tienen ya desesperada;
Por estos dioses mismos y balanzas
En que la puse, de ellos despojada;
Por los restantes casos y mudanzas
En que será quizá bien empleada
Mi discreción, á todos tan notoria,
Mis méritos tengáis en la memoria.

»No permitáis se entierren en olvido
Mis hechos, pues la fama los preserva.
Si tenéis pensamiento concebido
Que en algo á Troya el hado la conserva;
Si me negáis las armas, ruego y pido

Las deis á ésta» (y señaló á Minervà).
Oídos tales medios y razones,
En su favor juzgaron los varones.

Movióse la ilustrísima presencia
De los jüeces; vióse claramente
Entonces cuánto puede la elocuencia.

Pues supo y pudo tanto el elocuente,
Que se llevó las armas que habían sido
De aquel varón clarísimo y valiente.

Y quien á Héctor sólo ha resistido,
Al fuego, al hierro y Júpiter mil veces,
A una ira sola no ha podido.

Sintió el agravio así de los jüeces,
Que dél hizo el dolor (con ser tan fuerte)
Lo que aun apenas hace en los soeces.
Tomó su espada, y dijo de esta suerte :

«Esta que tengo creo que es mi espada,
¿Mas si la pide Ulises?, de esta quiero
Usar en mí, la cual ensangrentada
Con mucha frigia sangre fué primero.
Con la de su señor será manchada;
Agora yo me hago desafuero.
Porque no pueda nadie haber rendido
A Ajax, de Ajax sólo soy vencido.»

Diciendo así furioso de despecho,
Traspasa con la punta de la espada
El invencible y nunca herido pecho.

No pudo de las manos ser sacada;
La sangre la expelió, de quien teñida
La tierra, procreó la flor morada

Que antes había nacido de la herida
Del hermoso Hiacinto; vése en ella
En cada hoja escrita y esculpida

La letra de los dos media, que en vella,
Del niño y del varón habrá memoria,

Aquí del nombre, allí de la querella (1).

Ulises navegó con la victoria
A la tierra de Hipsípila y Toante,
La cual padece infamia muy notoria

Con muerte de varones semejante (2).
Por las saetas de Hércules, traídas
Con su señor, se hizo lo restante.

Las guerras, aunque tarde, concluidas,
Troya cayó, cayendo juntamente
Su rey, do se acabaron muchas vidas.

La desdichada reina (que su gente
Vió padecer tan grave desventura)
No sabe dónde está del mal que siente.

A cabo de lo cual, de su natura
Y ser quedó privada (caso amargo),
De perra recibiendo la figura.

A do se estrecha el Helesponto largo,
Ardía aún Ilión, que el bravo fuego
Convertirlo en ceniza tenía cargo.

Ante el altar de Jove, el sin sosiego
Príamo degollado ya se vía
Su poca sangre consumida luego.

Cassandra desgredada ya venía,
Las manos hacia el cielo levantadas
En vano, pues su ruego no se oía.

Las troyanas matronas abrazadas,
Con los quemados dioses, han sacado
Los griegos vencedores arrastradas.

Y fué de aquella torre despeñado
Astianax, de do mil veces vido
Su padre pelear como esforzado.

Mostrándole su madre, y defendido

(1) El diptongo *ai* que se encuentra en el nombre Ajax, y que á la vez era exclamación de dolor.

(2) Los hombres de Lemnos abandonaron á sus esposas por sus esclavos, y durante una noche las lemnianas los degollaron á todos, menos á Thoas, á quien salvó su hija Hipsípila.

Por él su ser, y reino, y su contento (1).
Y todo de esta forma concluído.

La vuelta aconsejaba el frío viento,
Las velas desplegadas meneando
Con próspero sonido y movimiento.

Los cautivos troyanos, sóllozando,
Se han de su patria Troya despedido,
Dejándola en mil partes humeando.

En la armada la única ha subido
Hécuba, miserable y desdichada
Sobre cuantas mujeres han nacido.

Entre las sepulturas fué halkada
De sus amados hijos, con espesos
Suspiros á las mismas abrazada.

No la podían quitar de aquellos huesos,
Adonde con tristezas no livianas
Lo daba, como atónita, mil besos.

Tomó de las cenizas soberanas
De Héctor, con todo eso, por ofrenda
Dejando de sus lágrimas y canas.

En su sepulcro, que es su pobre hacienda,
Y por mano de Ulises fué llevada (2),
Entró con vista á todos estupenda.

De los varones tracios habitada
Está una tierra rica, puesta enfrente
De donde estuvo Troya edificada.

Allí el rey Polimnéstor su excelente
Palacio poseía, muy ufano,
Con gran riqueza y valerosa gente.

Al cual secretamente el rey troyano
Envió á Polidoro, su hijo amado,
Y fuera su consejo cierto sano,

(1) El modo artificioso con que Ulises descubrió al niño Astianax, hijo de Héctor, á quien su madre Andrómaca tenía oculto, lo refiere Séneca, y es el episodio más tierno é interesante de su tragedia *Las Troyanas*.

(2) En el reparto de cautivos, Hécuba tocó en suerte á Ulises.

Si no hubiera tesoros enviado
 Con él, de la traición irritamento
 En codicioso ánimo y malvado.

Vencidos los troyanos, al momento
 Al inocente deudo dió la muerte.
 El impío rey, tirano y avariento.

Echó en la mar el cuerpo, de la suerte
 Que si con él la culpa se arrojara
 De crimen tan extraño, bravo y fuerte.

La armada de los griegos se repara
 (Mandándolo su rey) (1) en la ribera
 De Tracia, mientras el mar se aplaca y para

El viento, ó corre otro de manera
 Que puedan navegar alegremente,
 Porque el de entonces su contrario era.

Aquí se abrió la tierra, y de repente
 Salió el feroz Aquiles cual solía
 Cuando era vivo, áspero y valiente.

Y el rostro semejante parecía
 Al que en el tiempo tuvo que, enojado,
 A Agamenón sin causa acometía.
 Habiendo de esta forma comenzado:

«¿De suerte que partís sin la memoria
 De mí, griegos ingratos, y enterrada
 Quedó conmigo aquella ilustre gloria,
 De mi virtud y fuerzas conquistada?
 No me hagáis una injuria tan notoria;
 Por que mi sepultura quede honrada,
 Matadme á Polixena (2), que codicio
 Se me haga con su sangre sacrificio.»

Consienten con su plática acabada
 Los fieros compañeros, y traída,

(1) Agamenón.

(2) Polixena fué hija del rey de Troya, Príamo. De ella se prendó Aquiles, y después de muerto quiso le sacrificasen la que había amado en vida.

Del seno de la madre arrebatada,
 La virgen fué, que no tenía otra vida,
 Y desdichada tanto como fuerte,
 Más varonil que hembra, ya entendida
 Su más que miserable y dura suerte.
 La llevan al sepulcro del tirano,
 Do cuando fué llegada, y bien advierte
 Quién es, y á Neptolemo (1) vió inhumano
 Que estaba (lo restante aparejado)
 Con la desnuda espada ya en la mano,
 Mirándola, de esta arte ha comenzado:

«Mi sangre generosa ya de hecho
 Podrás crüel sacar por larga vena;
 Degüella la garganta, pasa el pecho
 (Mostraba una y ötro muy serena).
 ¿Había de ser yo esclava? Sin provecho
 Será mi vida y sangre á nadie buena.
 Contento de una cosa recibiera:
 Que muerte tal mi madre no entendiera.

»En un acabamiento de tal suerte
 Mi madre estorba al alma su salida,
 Hurtándome el contento de mi muerte,
 Que es menos de doler que no su vida.
 No me toquéis, señores, por que acierte
 A ser ofrenda santa y escogida,
 Y agrade á quien queréis, doncella siendo,
 Mi sangre casta y libre aquí vertiendo.

»Si á algunos, por ventura, mueve y toca
 En esta desventura que me anega
 El razonar postrero de mi boca,
 La reina, ahora cautiva, os pide y ruega

(1) Epíteto de Pirro, hijo de Aquiles, que fué quien sacrificó á Polixena á los manes de su padre, cuyo epíteto significa *juvenis novus*.

Que el cuerpo mío, á do se gira y troca
 La rueda de Fortuna instable y ciega,
 A la que me parió deis, sin que trate
 Ninguno de algún precio por rescate.

»Pues su pobreza veis y desventura,
 Y el fin de su poder y su tesoro,
 No la forcéis que el darme sepultura
 Le cueste más que lágrimas y lloro (1).
 Cuando ella tuvo y pudo más ventura,
 Tratando de rescate, dábaos oro.»
 Decíalo muy serena, y no podía
 Estarlo todo el pueblo, que la oía.

Sin lágrimas, sin pena y sin espanto,
 Había ya sus razones acabado,
 Y en todos de su lástima hubo llanto.

El mismo sacerdote (2), lastimado,
 Llorando, la ha privado de la vida,
 Mas no de voluntad, sino forzado.

Con un semblante intrépido, perdida
 La fuerza, cae con ánimo estupendo,
 Sin que la derrocasse la caída.

Y cuidadosa estuvo que cayendo
 Las partes se cubriesen que era justo,
 Aun después de ya muerta casta siendo.

Los suyos la lloraron con disgusto,
 Contando los hermanos, y el ultraje
 De muertes inhumanas tan injusto.

Y cuánta sangre sólo de un linaje
 Real se ha derramado y derramaba,
 Sin ser ninguno parte á que se ataje.

(1) La creencia en que estaban de que los no honrados con el honor de la sepultura no podían entrar hasta pasados cien años en la barca de Aqueronte ni pasar la Estigia, les hacía solícitos y cuidadosos del sepulcro.

(2) Pirro, hijo de Aquiles.

La virgen Polixena se lloraba;
Llorábase su madre, que antes era
Espejo donde el Asia se miraba.

Señora, reina y madre verdadera
De tanto valeroso y tanto fuerte,
Y agora ya abatida de manera

Que aun es indigna de que se eche suerte
Sobre cuya ha de ser, y aunque ha cabido
A Ulisis, la dejara. Mas advierte

Que de aquel bravo Héctor madre ha sido.
Por esto sólo halla, y aun apenas
Quien la haya por esclava recibido.

El cuerpo muerto abraza, cuyas venas
Están sin sangre y alma, y suspirando
Con la memoria dura de sus penas,

La está de aquellas lágrimas bañando
Que estuvo por sus hijos y marido
Y patria tantas veces derramando.

Besándola se mesa, y ha herido
Su pecho, acostumbrado á tal tormento;
La sangre con sus canas ha barrido,
Y dijo de esta suerte en el momento:

«¡Oh hija mía, ansia y desconsuelo
Y de tu madre ya dolor postrero!
(Que no sé qué me reste en este suelo).
Postrada estás, y tal, que en verte muero.
Y por que no me quede á mí consuelo
Haber la muerte usado de otro fuero
Contigo que con todos tus hermanos,
Matáronte también crüeles manos.

»Pensaba yo que hubieras escapado,
Por ser mujer, de muerte con heridas;
Caíste con el hierro que ha privado
A tantos tus hermanos de las vidas.
El destruidor de Troya, aquel airado
Aquiles que causó nuestras caídas,

Viviendo en nuestros daños tan despierto,
Agora te mató después de muerto.

»Cuando el feroz Aquiles vino á muerte,
De Paris y de Febo traspasado,
Yo dije: — Ya no tengo que temerte —,
Y agora siento cuánto me he engañado,
Pues la ceniza suya de esta suerte
Del bien que me restaba me ha privado.
Fecunda para Aquiles sólo he sido,
Por él mi reino ilustre está caído.

»La pérdida de Troya y el estrago
Común se concluyó con fin terrible (1);
Mas al fin se acabó; yo duro, y pago,
Que para mí su muro es invencible,
Pues aun agora paso un triste trago
Y me atormenta pena tan horrible.
Yo reina y potentísima señora
Me vi, y esclava triste soy agora.

»Con hijos, yernos, nueras y marido
Tan claros, yo me hallé muy encumbrada;
Agora mi ventura tal ha sido,
Que pobre voy, cautiva y desterrada.
De aquellas sepulturas, do metido
Mi bien estaba, á golpes arrancada,
Y tengo ya por claro y evidente
Que seré de Penélope presente.

»A su mujer habréme presentado
Ulises por esclava, y yo, teniendo
La rueca con el huso, mi mal grado,
Dirá á las otras griegas presumiendo:

(1) Los griegos, según parece, allanaron hasta las ruinas, dejando la ciudad convertida en campo, como se colige de la expresión de Virgilio: *Et campus ubi Troia fuit.*

«Aquella es madre de Héctor esforzado;
»De Príamo, mujer.» ¡Oh caso horrendo!
¡Oh Polixena, alivio de mi duelo!
¿Dó estás, mi bien, mi único consuelo?

»Que va perdidos tantos, tú restabas
Contra mi desventura y su contraste,
Y agora que mis penas aliviabas,
Los dioses por Aquiles aplacaste.
Vejez dañosa, di, ¿por qué no acabas?
¿Para qué tanto tiempo me guardaste?
¿Ofrendas parí yo de mi enemigo?
Crüeles dioses, que esto usáis conmigo

»Para que nuevas muertes sufra y vea,
Prolongáis mi vivir triste y penoso.
Quemada Troya, ¿quién habrá que crea
Poder llamarse Príamo dichoso?
Creíble es que su muerte le recrea;
Cualquiera le tendrá por venturoso,
Perdido el reino y vida juntamente,
Pues, hija mía, no te ve presente.

»Quizá los aparatos funerales
Con que serías, ¡oh virgen!, enterrada
Fueran con pompa ó túmulos reales,
Quedando entre los tuyos sepultada.
Los casos de Fortuna no son tales;
De mi llorar serás acompañada.
No te podré ofrecer sino mi pena,
Y algún puñado de extranjera arena.

»Perdido todo, aun causa tengo honesta
Por que el vivir sustente y aflicciones;
Un hijo solo agora que me resta,
Que era el menor de todos los varones,
Dado al rey Polimnéstor, cuya es esta
Región, él será alivio á mis pasiones.

¿Por qué con agua en tanto no he lavado
El cuerpo herido y rostro ensangrentado?» (1)

Diciendo así, mesándose sus canas,
Con paso tardo y ansia lastimera,
Un cántaro ha pedido á las troyanas
Para coger del agua en la ribera,
Y á Polidoro muerto vió en llegando,
Herido de fierísima manera.

Estaban los troyanos exclamando,
Mas el dolor á ella la enmudece,
Las lágrimas y voces estorbando.

Y como piedra dura se entórpece,
Clavando ora los ojos en el suelo,
Mas otras veces fiera, no parece
Sino que con el gesto culpa al cielo.
Agora al rostro, agora el cuerpo mira
Herido y maltratado tan sin duelo.

De ansia, ni se muda ni respira,
Y como si tuviera su corona,
Determinó vengarse, llena de ira.

Y cual furiosa sigue la leona
A aquel que del hijuelo la ha privado,
Buscando por el rastro la persona,

Tal Hécuba, después de haber mezclado
La ira con los llantos, olvidaba
De su vejez su brío no olvidado.

A Polimnéstor parte enderezada
Como el autor de hecho tan horrendo,
De muerte, de traición tan no pensada.

Y que le quiere hablar entró diciendo,
Para mostrarle y darle en escondido
Mucho oro para el hijo; a questo oyendo
El codicioso Odrisio lo ha creído,

(1) Uno de los ritos funerarios era lavar los cadáveres y ungirlos con preciosos unguentos y aromas.

Y vínose al momento do ella estaba,
De amor de aquel tesoro entontecido,
Y con astucia blanda comenzaba:

«No te detengas, Hécuba, con lloro;
Descubre tu secreto á buen seguro;
Empléese en tu hijo tu tesoro,
Que sin dudar te afirmo y aseguro,
Y por los dioses del supremo coro
Si es menester, señora, yo te juro
De dar lo que me dieres, y me diste,
A Poliodoro el hijo que pariste.»

Con gran fiereza y crueldad remira
Al que juraba falso con su boca;
Hinchada de coraje, ardiendo en ira,
Echóle mano; en su favor invoca
A las cautivas madres y al culpado
De caso tan atroz, que á todos toca.

Los ojos con los dedos ha sacado,
Y en su traidora sangre se ensangrienta;
La ira la hace de ánimo esforzado,

Y con tenerle ciego no contenta,
No de vista, que ya no la tenía,
Sino de vida, despojarle intenta.

La gente de los tracios, que veía
Su rey de aquella forma maltratado,
La troyana cautiva perseguía.

Saetas y guijarros la han tirado;
Mas ella, murmurando roncamente,
Las piedras va á morder, y transformado

Su hablar en un ladrido de repente,
En perra se fué luego transformando
Y aun agora el lugar está patente (1).

(1) Este lugar se llamaba Cynossema, ó sea tumba de la perra,

Anduvo muchos tiempos aüllando
 Por los montes (misérrima) de Tracia,
 Sus males y miserias no olvidando.

La mala suerte suya, su desgracia
 A amigos y á enemigos ha movido,
 Y aun en los dioses todos halló gracia.

Y de tal arte en todos, que ha rendido
 A Juno á confesar que tal suceso
 Hécuba no le había merecido.

No le vacó á la Aurora de hacer eso,
 Aunque era en favor de los troyanos
 El doméstico llanto y el proceso

De su Memnón (1), á quien las fuertes manos
 De Aquiles despojaron de la vida,
 La tienen en tormentos inhumanos.

La misma madre, triste, dolorida,
 Le vió morir, y su color rosada
 Fué luego en amarilla convertida.

Y aquella luz (que tanto al mundo agrada,
 Con que se ilustra el refulgente cielo)
 Quedó de negras nubes anublada.

Mas ver los miembros suyos en el suelo
 Para quemarse y hecha la hoguera,
 Le dió terrible pena y desconsuelo.

Y pártese, del arte y la manera
 Que estaba, al sacro asiento del Tonante,
 Sin recoger la hermosa cabellera.

Y no se desdeñó de estar delante
 De Júpiter, postrada de rodillas,
 Y comenzar querella semejante
 Con lágrimas y ansias no sencillas:

«La ínfima de todos los del cielo
 (Pues en el mundo pocos templos tengo),

(1) Memnón, hijo de la Aurora y de Tithón y rey de Etiopía, era sobrino de Príamo, por ser éste hermano de Tithón. Fué rey de Abydos; acudió en socorro de los troyanos, y le mató Aquiles.

Mas diosa al fin, y no con gana ó celo
De sacrificio, á tu presencia vengo.
Ni quiero nuevos templos en el suelo,
Aunque si en lo que trato y me entretengo
Reparas, hallarás que es gracia mía
Dar á la noche fin, principio al día.

»Y habiendo mi servicio remirado,
Entenderás merezco ser premiada;
Mas no es agora ese mi cuidado,
Ni quiero (como es justo) ser pagada.
Huérfana de mi hijo muy amado
Memnón, á tu presencia soy llegada,
Que ayudando á su tío, como fuerte,
En tierna edad me le robó la muerte.

»En los primeros años de su vida
Fué muerto por las manos de aquel griego
Aquiles (que su muerte estaba urdida
Por vuestra voluntad, yo no lo niego);
Agora, empero, ha sido mi venida
A demandar con blando y justo ruego
(Sumo rector de dioses, tierra y cielo)
Que de su fin me des algún consuelo.

»El daño del morir (bondad inmensa
Señor de los señores, rey eterno)
Con privilegio alguno recompensa,
Pues todo reconoce tu gobierno.
Porque mitigará tal recompensa
El sentimiento y el dolor materno,
Consiente, Jove, al suplicar al punto
Que el fuego y humo de Memnón fué junto.»

Del humo negro el día se ha nublado,
Cual suele con las nieblas exhaladas
El mundo carecer del sol dorado.
Del cisco y las pavesas volteadas

Se hizo un cuerpo espeso, recibiendo
Figura con colores agraciados.

El ánimo del fuego procediendo,
Y de la liviandad la ligereza,
Y alas al principio, pareciendo
Ser ave; mas después con más certeza
Lo era, y por el aire va volando
Y mudando también naturaleza.

Con alas sus hermanas resonando
Partieron, y tres veces la hoguera
Rodean, cada tres veces graznando.

Al cuarto vuelo parten de manera
Que en dos diversas bandas divididas
Pelean, cada cual terrible y fiera,

Y con uñas y picos bien asidas,
Con alas, y los pechos se han herido,
Quitándose las plumas y las vidas.

Los cuerpos por ofrendas han caído
En las cenizas caras sepultadas,
Origen de do todas han nacido.

Pelean como fuertes, no olvidadas
Que de varón tan fuerte procediendo,
Del propio nombre suyo son llamadas (1).

Aniversario honor continuo haciendo,
En torno del sepulcro todas vuelan,
El Sol los doce signos concluyendo.

Así que, aunque de Hécuba se duelan
Los otros, no lo pudo hacer la Aurora,
A quien los propios lutos desconsuelan.

Ni la ha curado el tiempo, que aun agora
Se ve la tierra y campo rociado
De las piadosas lágrimas que llora.

Hundida Troya y todo destrozado,

(1) Del cadáver de Memnón, puesto en la hoguera, salieron unas aves que se llamaron Memnónidas, que, según la fábula, concurrían todos los años al sitio del sepulcro, é hiriéndose unas á otras, hacían con su sangre las exequias de su padre,

Ann la esperanza suya viva resta,
Que no se la han los hados denegado.

Cargado con la sacra diosa Vesta
Y el padre, sale Eneas afligido,
Sobre sus hombros tanta carga puesta.

Que de tan gran tesoro no ha elegido
Otra presea, con piedad muy viva,
Y á Juló Ascanio, su hijo muy querido,

En una nave pobre, fugitiva,
De Antandro parte, siempre declinando
La ribera de Tracia tan nociva

A Polidoro; y del favor gozando
Del viento deseado, aporta á Delo,
Do de Anio recibido fué en llegando.

Rey era y sacerdote de tal celo,
Que eran las gentes de él bien gobernadas,
Y el sacrificio suyo acepto al cielo.

La ciudad y las cosas señaladas
Y templos conocidos le ha mostrado,
Y aquellas sacras plantas reservadas

Del parto de Latona. Preparado
El sacrificio, y siendo derretido
Incienso y sacro vino derramado,

Y habiéndose en las llamas consumido
Lo que de los becerros (que mataron
Para aplacár á Dios) había salido,

A su real palacio se tornaron
Y á ricas mesas llenas de manjares,
Sobre tapetes finos se sentaron.

Y ya que Baco y Cerés sus pesares
En algo mitigaron, y que advierte
Anquises que en sus sitios y lugares
Estaban todos, dijo de esta suerte :

«¡Oh sacerdote electo del dios Febol!
¿Engañome por dicha, ó poseías
Un hijo y cuatro hijas, si me muevo
Con falso sospechar? Cierto en los días

Que en esta tu ciudad entré de nuevo,
Paréceme, señor, que los tenías.»
A quien (moviendo Anio su cabeza
Vendada) dió respuesta con tristeza :

«Así es verdad, señor, muy excelente,
Que tuve cinco hijos, aunque agora
Apenas tengo uno, y ese ausente
(Tanta mudanza en este mundo mora)
En Andros de su nombre, es mi teniente,
La gente de la cual casi le adora.
A éste concedió (por mi consuelo)
Saber profetizar el dios de Delo.

» Mis hijas, con mercedes nunca oídas,
El padre Baco hizo señaladas;
Que en pan, aceite y vino convertidas
Las cosas son que de ellas son tocadas,
Y con tan gran merced enriquecidas
Por todo el mundo fueron divulgadas.
Súpolo Agamenón, el crudo griego
Destruidor de Troya y mi sosiego.

» En ese mismo punto él fiero parte
A fuerza de armas muy determinado
(Por que entendáis, señor, cuán buena parte
De vuestra tempestad me ha á mí anegado)
De me quitar mis hijas, y del arte
Le sucedió que lo hubo imaginado.
A mí se acogen; quítalas de hecho
Del paternal regazo á su despecho.

» Robadas, las constriñe incontinentemente
Que con el don del cielo tan subido
Sustenten el real y griega gente;
Mas como mejor pueden han huído
A Eubócados, y dos ligeramente
En Andros con su hermano se han metido.

Amenazando gente de armas llega
Su destrucción si no se las entrega.

»Temor á la piedad venció de suerte,
Que á las hermanas tristes ha entregado
A cruda pena, á desdichada muerte;
Hubiérate su miedo lastimado.
No estaba allí un Eneas ó Héctor fuerte
Que á Andro pretendiera haber librado
Por quien es (resistiendo á tantos daños)
Durastes en la guerra por diez años.

»Ya para las cautivas sin consuelo
Se aparejaban lazos inhumanos,
Cuando ellas, levantando al alto cielo
Con libertad las no ligadas manos,
Dijeron con devoto y santo celo :
«Libranos, padre Baco, de tiranos.»
Oyó el autor del don su justo ruego,
Librólas de una suerte extraña luego.

»Si destruir sus formas fué librarlas,
Al punto las sacó de suerte dura.
Yo no sé cómo pudo transformarlas,
Mas sé que allí perdieron su figura
Y que de plumas y alas vi dotarlas
Y en aves convertir de gran blancura,
A la sagrada Venus consagradas
¡Oh Anquises!, á quien sé que tanto agradas.»

En tales y otras cosas platicando
El convite real se concluía,
Y fuéronse á dormir luego en cenando.
Levantáronse todos con el día,
Y al oráculo santo se demanda
Consejo en lo que hacer les convenía.
El sacro Febo les responde, y manda

Buscar la antigua madre y su ribera (1);
Y satisfechos ya de su demanda,

El Rey volvió con ellos de manera
Que cuando ya el partir se aparejaba,
Con dones les mostró ser bien quién era.

Al padre Anquises luego un cetro daba,
Don para tal persona conveniente;
Al nieto un rico manto y una aljaba.

Al pío Eneas dió una hermosa fuente
Que Therses el Tebano le había dado,
Hecha de mano de Alcon excelente,

A do gran argümento ha fabricado:
Éste era una ciudad con siete puertas,
Con que su nombre estaba declarado,

Delante de la cual, de gentes muertas
Estaban esculpidas sepulturas,
Hogueras, tumbas, ceremonias ciertas

De funerales honras, y figuras
De madres que llorando se herían
Manifestando luto y desventuras.

Llorar también las Ninfas parecían
Y pesquisar las fuentes agotadas.

Los árboles sin hoja estar se vían,

Y estaban las cabrillas trashijadas
Lamiendo los guijarros sequerosos,
Estando ya las hierbas agotadas.

Las hijas de Orión, con sus briosos
Esfuerzos, sin celadas se parecen,
Con ánimos viriles no medrosos,

Y en medio están de Tebas, do se ofrecen
A muerte por su patria bien de hecho (2),

(1) Respuesta obscura del oráculo, cuyo verdadero sentido era que buscasen á Italia, de donde fué natural y salió Dárdano, uno de los reyes de Troya, y á esto alude Virgilio en el verso *Dardanidæ durí*, etc.

(2) Asolada Tebas por la peste, declaró el oráculo que cesaría la plaga mediante el voluntario sacrificio de dos doncellas. Metiochea y Menippa, hijas de Orión, se ofrecieron al sacrificio.

Y la inmortalidad de allí merecen.

La una descubriendo cuello y pecho
Para sufrir el golpe y dar la vida;
La otra el mismo juego á sí se ha hecho,

Y en pago de la muerte recibida,
En ricos ataúdes son llevadas
Por la ciudad con pompa esclarecida.

Y para ser con honra veneradas,
Reliquias de doncellas, que eran tales,
En parte celebrada son quemadas.

Y por que descendencias tan reales
No tengan fin, dos mozos resultaron
De las cenizas suyas virginales.

Coronas los antiguos los llamaron.
Los cuales, yendo en orden con la gente,
Las pompas maternas celebraron.

Con esta historia bella y excelente
Estaba lo de dentro sin celada
Y con acanto el borde de la fuente.

No con menores dones fué pagada
La voluntad del Rey (á lo que pienso)
De la troyana gente señalada.

Un vaso para guarda del incienso
Al sacerdote dan, y á la persona
Real (do está valor y seso inmenso)

Le presentaron de oro una corona,
De perlas orientales guarnecida,
Y de una rica copa le hacen dona.

Y luego (la memoria recorrida)
Se acuerdan que en ser Teucros descendieron
De Teucro; enderezaron su partida

A Creta (1), donde mucho no estuvieron;
Que el aire de la tierra detestando,

(1) Entendiendo mal el oráculo, creyeron que la antigua madre que les mandaba buscar era la tierra de Creta, de donde había sido natural su rey Teucro.

Los recibió de suerte, que se fueron (1),
 Y cien ciudades suyas olvidando,
 A Italia estaban todos inclinados,
 Y embarcan á sus puertos navegando.
 Del crudo invierno fueron destrozados,
 Y en los infieles puertos recibidos
 De Estrofado, quedaron espantados
 Del ave Aello. Y siendo ya partidos
 De allí, á Duliquio é Itaca dejaron,
 Y á Samos y los pueblos deshabidos
 Del engañoso Ulises, aportaron
 A Ambracia, do los dioses han tenido
 Revueltas, pues en ella litigaron;
 A do el juez en piedra convertido (2)
 Se vía; la ciudad es bien nombrada
 Del templo del dios Febo (3) allí elegido.
 Pasaron por la tierra celebrada
 Del roble Dodoneo, pues que luego
 De oráculos se vido frecuentada,
 Y los Caonios senos, do del fuego
 Los hijos de Moloso se escaparon,
 Naciendo con las alas su sosiego (4).
 Y á los dichosos campos navegaron
 De Córcega, de frutos bastecidos,
 Y de éstos por Butrotros luego entraron,
 Cuyos habitantes son regidos
 De un frigio rey profeta cuyo trato
 Les fué bien agradable, pues venidos,

(1) Alusión á la tempestad descrita por Virgilio en el libro I de la *Enéida*.

(2) Apolo, Hércules y Diana se disputaban Ambracia. Elegido por juez Cragaleo, decidió la cuestión á favor de Hércules, y Apolo le metamorfoseó en roca.

(3) Ovidio llama á este templo de Apolo *Actiacus*, porque se decía que había ayudado á Augusto en el combate naval de Actium.

(4) Munycho, rey de los molosos, tenía tres hijos y una hija. Incendiado su palacio por unos facinerosos, Júpiter los transformó en aves para salvarles.

Su patria Troya hallaron en retrato,
Allí de los sucesos avisados
Por Heleno amoroso y nada ingrato.

En la feliz Sicilia son entrados,
Que dentro de la mar salada envía
Tres promontorios suyos bien nombrados.

Paquino enfrente está del Mediodía,
Y del Favonio blando Lilibeo,
Peloro, de la tierra helada y fría.

Con aire á la medida del deseo
La flota entró por la Zanclea arena,
Mostrando ya la noche el rostro feo.

Con Scyla y Caribdis sienten pena,
Una al siniestro, otra al diestro lado,
Que para atormentar cualquiera es buena.

Las aves traga, y halas vomitado
La una, mas la otra su cintura
Se la han diversos perros ocupado.

Teniendo de doncella la figura (1),
Y fuélo (si del todo no es fingida
La poesía antigua y escritura)

De muchos deseada y aun pedida;
Mas ella (al mar y Ninfas inclinada)
Les daba desdeñosa despedida.

Estábase mil veces ocupada
Contándolas las burlas que hacía
A la cautiva gente enamorada.

Peinaba á Galatea acaso un día,
La cual con un suspiro y ansia fuerte,
Unos amores suyos refería,
Con Scyla razonando de esta suerte:

«¡Oh virgen que los hombres son contigo
Benignos, pues les pagas el deseo

(1) De Caribdis también fingieron haber sido una ramera rapacísima, que hurtó algunos bueyes á Hércules, y éste, en castigo, la arrojó al mar, donde quedó convertida en escollo.

Con tal desdén (cual sueles) sin castigo!
 Mas yo, de Doris hija y de Nereo,
 Con tanta hermana, te prometo y digo
 Que escapar del amor de Ciclops (1) feo
 No fué sin luto.» (Y cuando lo decía,
 De lágrimas la voz se interrumpía.)

Enjutas con el liso y blanco dedo
 De la doncella Scyla, y consolada
 Con un gracioso aire y buen denuedo,
 La suplicó diciendo muy osada:
 «Señora, si contigo valgo y puedo
 Alguna cosa, no me encubras nada;
 ¿De qué es tu pena?, que me muero en verte.»
 Y replicó Nereys de esta suerte:

«Había un Acis (2), mozo bien nacido,
 De Fauno y de Symethide (3) engendrado,
 Que de sus padres gran regalo ha sido,
 Mas mucho más de mí fué regalado,
 Porque por su señora me ha escogido,
 Hermoso, mancebito, desbarbado,
 Que apenas diez y seis años había:
 Por éste yo, por mí el Ciclops moría.

»Ni si me preguntases cuál sería
 Mayor en mí, el odio del Gigante

(1) El cíclope Polifemo, gigante de estatura, que tenía un solo ojo en medio de la frente, el cual le sacó Ulises quemándosele con un tizón; y Virgilio describe la monstruosidad de este gigante en aquellos versos:

Monstrum horrendum, informe, ingens cui lumen demptum
 Trunca manus pinum egis et vestigia forma.

(2) El Acis, llamado hoy *il Fiume freddo*, es un río que nace en el Etna y desemboca en el mar.

(3) Era hija de un río de este nombre que corre en Sicilia, cerca de la ciudad de Catanea.

O la afición de Acis, lo diría,
Porque era igual, de un arte y semejante.
¡Oh Venus!, ¡cuánta es tu tiranía!
De tu poder ninguno ya se espante,
Pues siente que es amor aquel horrible,
A todos los mortales tan terrible.

» Aquel salvaje fiero y enemigo
Del gran Olimpo y todo ser divino,
Que nunca fué mirado sin castigo
Del inocente y pobre peregrino,
Por mí se abrasa, y por estar conmigo
Con su ganado y cueva está mohino,
Y vive de su casa cuidadoso
Por agradarme y parecerme hermoso.

» Ya con un rastro el pelo enerizado,
El fiero Polifemo y mal gigante
Se peina, y ya la barba se ha cortado
Con corva hoz ó cosa semejante.
En la pura agua se ha considerado,
Componiendo el fierísimo semblante;
La sed de sangre cesa y el ser duro,
Las naves van y vienen al seguro.

» En este tiempo vino allí Telemo (1)
Gigante, mas certísimo agorero,
Y díjole: «Ese ojo, Polifemo,
» Te ha de sacar Ulises. — Yo no quiero
» (Le respondió) creerte, ni tal temo;
» Pues otra me ha cegado ya primero»,
Llamándolo vanísimo, burlaba
De quien tan gran verdad le amonestaba.

(1) Era uno de los gigantes cíclopes que habitaban el monte Etna.

»El cierto adivinar así reprueba,
 Y gasta el tiempo el nuevo enamorado
 En pasearse á ratos, y á su cueva
 Sombría se recoge, ya cansado,
 Y algunas veces su ganado lleva
 Bien dentro de la mar sobre un collado
 Que el agua por entrambos lados cerca.
 Siéntase él, las ovejas andan cerca.

»Y puesto ante los pies un grueso pino
 Que le servía de báculo, y pudiera
 Servir de antena, á la zampona vino,
 Compuesta de cien cañas y de cera.
 Su pastoril silbar, el mar vecino
 Sintiólo, oyólo el monte y la ribera.
 Yo en brazos de mi Acis, tuve asco
 De su sonido, en bajo de un peñasco.

»Estábamos debajo de una peña
 Oyéndole cantar, y así decía:
 «¡Oh blanca más que flores de la alheña,
 »Florida más que el prado, diosa mía;
 »Derecha más que el álamo y senceña,
 »Y clara más que el vidrio y más que el día
 »Serenos, y más lascivos que el cabrito
 »Cuando es recién nacido, tiernecito!

»Más lisa que la concha, más graciosa
 »Que el sol de invierno y sombra de verano.
 »Más noble que un manzano, y más hermosa
 »Y más de ver que un plátano lozano.
 »Más lucía que la helada, y más sabrosa
 »Que la madura uva, y á la mano
 »Más blanda que la pluma regalada
 »Del blanco cisne, y más que la cuajada,

»Y si no huyes, linda más que huerto
 »De dulces aguas siempre proveído;

- » Mas pues que no me esperas, eres cierto
- » Más brava que novillo embravecido;
- » De corazón más áspero y más yerto
- » Que durísimo roble envejecido,
- » Mucho más que las ondas engañosa,
- » Y más que mimbre ó nueza correosa.

- » ¡Oh Galatea mía, do crueza
- » Se halla, nunca vista semejante,
- » Que vences estas penas en dureza,
- » Y en no moverte nunca y ser constante!
- » Tú tienes más rigor y más braveza
- » Que el río cuando corre más pujante,
- » Más que el pavón soberbia, vaga y ciega;
- » El fuego en ser quemante no te llega.

- » Más pungente que abrojos, y enojada,
- » Más que parida osa estar se siente,
- » Y mucho menos mansa que pisada
- » Culebra, y más fugaz extrañamente
- » (Que es lo que más me pesa y más me enfada)
- » No sólo que al rüido de la gente
- » El acosado ciervo va al momento
- » Mas, mucho más que el aire y más que viento.

- » Por cierto que si bien me conocieses,
- » De haber huído á ti te pesaría,
- » Culpando tus desdenes é intereses,
- » Y te procurarías la gracia mía.
- » Y si una vez mi cueva tú supieses,
- » Que no la hiera el sol de mediodía
- » Ni el frío del invierno más helado,
- » No hubieras mis amores desechado,

- » Mil árboles con ramas apandadas
- » De frutas hermosísimas poseo,
- » Y uvas como el oro y coloradas.
- » Las unas y las otras yo deseo

»Para ti sola sean reservadas,
»Que en sólo contentarte me recreo.
»Tú misma con tus manos matadoras,
»Podrás coger maduras zarzamoras.

»Las silvestres cerezas, las endrinas
»Podrás cortar tú misma en la ribera,
»Con otras generosas y más finas,
»Rosadas y amarillas como cera.
»Y si con tal marido no te indinas,
»No faltarán castañas adoquiera.
»Ni el montañés madroño colorado;
»Todo árbol le tendrás á tu mandado.

»Este rebaño todo es de mi marca,
»Y sólo para ti, si te contenta;
»Más tengo en el corral, como en el arca
»Y en las montañas mucho se apacienta.
»Y de otro tengo llena la comarca,
»Si preguntas cuánto es, no tiene cuenta;
»De pobre, de mendigo y apocado
»Es reducir á número el ganado.

»De su alabanza no me creas nada,
»Tú misma lo verás, que no te engaño,
»Que apenas de la ubre tan hinchada
»Se puede menear mi gran rebaño.
»Y tengo de corderos gran manada
»En su corral, por los librar de daño,
»Y de cabritos otra, en otra parte,
»Iguales en edad, manera y arte.

»Continuo tengo dulce y blanca leche,
»De la cual parte bebo y cuajo parte.
»El servicio que hiciere se deseche
»Si yo no procurare contentarte
»Con cosa no vulgar, ni me aproveche
»Para rendir tu pecho y ablandarte,

- »Si mi regalo, dádiva ó presente
- »Se puede ejecutar de cualquier gente.

- »Daréte corzas, liebres que he tomado,
- »Silvestres cabras y otras cosas ciento,
- »Y un par de palominos que he hallado,
- »Con que recibirás todo contento.
- »Dos nidos he de un árbol alcanzado
- »Con que podrás tomar contentamiento,
- »Sus pájaros tan unos y tan bellos,
- »Que tú podrás apenas conocellos.

- »Hallé dos cachorrillos de una osa
- »En la cumbre del monte, y á la hora,
- »Éstos, díje, serán para mi diosa,
- »Yo los quiero guardar á mi señora.
- »Saca del mar tu cara tan hermosa;
- »Ven ya, mi Galatea, á quien te adora;
- »No desdeñes los dones, oye el ruego
- »Del que por ti se abrasa en bravo fuego.

- »Que cierto bien conozco mi figura;
- »No ha mucho rato estuve bien atento
- »Mirándome en el agua clara y pura,
- »Y dióme mi belleza gran contento.
- »Si miras mi grandeza y estatura,
- »Mayor no es quien rige el firmamento,
- »Porque soléis decir que un Jove eterno
- »Es el que á cielo y tierra da gobierno.

- »Con estos mis cabellos prolongados,
- »Que por mi rostro abajo van caídos,
- »Los hombros tengo como que emboscados.
- »Ni pienses que mis miembros proveídos
- »De pelos como sedas, estimados
- »Serán por eso en menos, pues tenidos
- »Sin colas los caballos y sin crines,
- »Y árboles sin hojas, son por ruines.

» Cada ave con su pluma está galana,
» Natural ornamento suyo, hermoso;
» Ni menos las ovejas con su lana,
» Y así está bien al hombre ser velloso.
» La barba del varón es cosa llana
» Mostrar que es para mucho, y belicoso.
» Un ojo tengo en medio de la frente,
» Como un escudo grande y excelente.

» El Sol, que alumbra tierra, mar y cielo
» Con su cara hermosísima redonda,
» No tiene más de un ojo, y en el suelo,
» ¿Qué cosa puede haber que se le esconda?
» Y por que más te duelas de mi duelo,
» Mi padre es rey, que rige la mar honda,
» Al cual te doy por suegro desde luego,
» Si quieres admitir mi manso ruego.

» Y aquel que al sumo Jove con su rayo
» Estimó en poco, porque no me admira,
» Al nombre de ti sola me desmayo.
» Sus armas son más flacas que tu ira;
» Y sería sufridero el mal que trayo,
» Si como tu belleza no me mira,
» Huyese á todos; mas ¿por qué te inclinas
» A Acis, y conmigo así te indinas?

» ¿Por qué, señora mía, te recrea
» Amar á Acis, siendo yo olvidado?
» Mas aunque más bizarro esté y se vea
» En cuernos de la luna levantado,
» Y aunque á ti te contente, Galatea
» (Que es lo que á mí me tiene atormentado),
» Si yo le cojo, aprenderá en sus males
» Que mis fuerzas y cuerpo son iguales.

» Sacarle he las entrañas vivas tuyas;
» Sembrarle he por los campos á pedazos,

»Y esparciréle por las aguas tuyas
 »Si yo le veo gozar de tus abrazos.
 »Abrasóme mi alma, no me arguyas
 »De crudo que estos bravos amenazas
 »Me nacen de este fuego, pues me atiza
 »Tu agravio, y me convierte ya en ceniza.

»Paréceme que tengo aquel fogoso
 »Etna en mi triste pecho trasladado,
 »Y el tuyo, Galatea, no amoroso,
 »Mas antes debe estar cual nieve helado.»
 Levántase (esto dicho) cual furioso
 Becerro de su vaca despojado
 (Que yo lo veía todo), y al momento,
 No pudiendo estar quedo, fué sin tiento.

»De aquesta suerte yendo el Ciclops feo,
 Víonos á mí y á Acis descuidados.
 Dando un terrible grito, dijo: «Veo
 »Mi daño; yo haré que más juntados
 »Jamás en vuestra vida (á lo que creo)
 »Seáis.» Temblaron montes y collados
 Con voz tan espantosa y semejante
 A la que había de dar un tal gigante.

»Yo, espantada, arrojéme al mar vecino;
 El hijo de Symethrio fué huyendo,
 «¡Favor, mi Galatea, mi divino
 »Padre, favor, favor!», corrió diciendo.
 El fiero gigantazo tras él vino,
 Y un peñasco le tira, y de él cayendo
 Pequeña parte en Acis, fué cubierto,
 Maltratado, herido y casi muerto.

»Mas yo, con sentimiento y desconsuelo,
 Dando lugar al hado, hice al punto
 Que las fuerzas tomase de su abuelo
 El cuerpo de Acis, casi ya difunto,

De do un licor sangriento por el suelo
 Corrió, y luego sangre y agua junto,
 Quedando al punto dentro de un momento
 El agua turbia sin color sangriento.

»Y la que muy poco antes turbia era,
 Que de avenida propia parecía,
 La fué aclarando el tiempo, de manera
 Que por mil hendeduras se hundía,
 Por do salió una verde cañavera,
 Sonando cuando el agua allí batía.
 Y luego un mozo (cosa bien extraña)
 Con cuernos, y en los mismos mucha caña.

»Salió un mancebo grande coronado
 De cañas, que en el gesto y la figura
 Pudiera ser por Acis reputado,
 Sino que era mayor y verde obscura
 Su cara, y así lo era transformado
 En río, con un agua clara y pura,
 Y aunque perdió el antiguo ser de hombre,
 Retuvo y aun retiene el propio nombre.»

Su cuento Galatea ya acabando,
 La conversación cesa de aquel día,
 Las Ninfas por el mar se van nadando.

A la ribera Scyla se salía,
 De todas despedida muy serena,
 Que del mar alto poco se confía.

Y agora por la blanca y seca arena,
 Sin vestiduras anda, ó ya cansada
 En un secreto golfo y agua amena

Se baña, y en aquello está empleada.
 Y veis estando en esto, Glauco vino,
 Que por el hondo mar ligero nada,

Del agua morador, recién vecino,
 En la Antedón Euboyca transformado
 De pobre pescador en dios marino.

La virgen vista, al punto se ha abrasado,
Sin resistir el agua á tanto fuego;
Y como verdadero enamorado,

La comenzó á decir palabras luego,
Que á su pensar pudieran detenella.
Pero sin dar oído al manso ruego,

Con miedo y ligereza la doncella
Un monte arriba sube, no parando
Hasta la cumbre, y mal segura en ella,

En un despeñadero procurando
Subirse, que ante el mismo mar estaba,
Allí al seguro se paró mirando.

Y si era dios ó monstruo no atinaba;
Admírala el color y cabellera
Que en hombros y en espaldas le colgaba.

Estando bien atenta, vió que era
De las ingles abajo pez grosero,
A la cual él habló de esta manera,
Estribando en aquel despeñadero:

«No soy prodigio, ¡oh virgen!, ni alimaña,
Mas dios del mar profundo, tan pujante
Como Tritón (1) y Protheo (2), y de tamaña
Virtud como Palemon de Atamante.
Bien que antes fuí mortal, con gana extraña
De estar siempre en la mar, y semejante
Deseo declaraba mi ejercicio,
Porque pescar continuo fué mi oficio.

»Daréte cuenta aquí, pues lo mereces,
Del principio y origen de mi estado.
Pescaba yo con redes muchas veces,

(1) Los tritones eran de la comitiva de Neptuno, cuya venida anunciaban con el toque del caracol.

(2) Los latinos le llaman Portumno. Fué deidad marina, hija de Atamante y de Ino, y su transformación queda referida en el libro IV.

Y en cualquier peña á ratos asentado,
Sacaba con la lisa caña peces,
Con el sedal y anzuelo disfrazado;
Y si algún pez asido me huía,
Del hilo y del carrete me valía.

»Una ribera está cabe un hermoso
Y fresco prado lleno de verdura,
Un lado de la cual el suelo herboso,
Y el otro ciñe un agua clara y pura,
Que de cornudas vacas y el goloso
Diente de cabras siempre fué segura;
Ni allí pacieron plácidas ovejas
Ni cogieron las flores las abejas,

»Ni para hacer guirnaldas se ha cortado
Su hierba con la hoz ó con la mano.
En este fresco sitio reservado
De todos, entré yo el primero humano,
Y en tanto que en un césped asentado
Mis redes seco, tiendo en aquel llano
Los peces en la red acaso entrados,
O por su tiranía cautivados.

»Parece que es ficción, mas no te espante
(Que á mí, ¿de qué me sirve haber fingido?),
Dió mi pesca en la hierba, y al instante
Se comenzó á mover; yo embebecido
Mientras me admiró y miro semejante
Prodigio, todos ellos han huído.
Desamparando el dueño y la verdura,
Al agua se acogieron clara y pura.

»Estuve como estúpido dudando
Buen rato, y con estudio y vehemencia
La causa del efecto pesquisando,
El cual había pasado en mi presencia,
Si fuese dios ó hierba imaginando.

Y dije: —Qué, ¿es posible que hay potencia
De hierbas tan extraña?— Incontinente
Cogílas y mordílas con el diente.

»No bien llegó su zumo á mi garganta,
Cuando sentí nacerme un apetito,
Ajeno de mi ser, con fuerza tanta,
Qun pude resistirme muy poquito.
Y con la voluntad que á mí me espanta,
De la afición terrena libre y quito,
—Adiós— dije á la tierra, y al momento
Me zambullí en el mar con gran contento.

»Los dioses de las aguas me aceptaron
Con honra en su divina compañía,
Y á Océano con Tetis suplicaron
Quitasen lo que de hombre en mí traía;
Purgáronme ellos mismos, y rezaron
Un verso nueve veces, que tenía
Poder para absolver cualquier culpado,
Aunque fuese gravísimo el pecado.

»Mandáronme poner los pechos míos
Debajo de las aguas excelentes,
Fresquísimas y santas de cien ríos,
Y al punto en mi cabeza sus corrientes
Cayeron, acudiendo con sus bríos
Con aguas, y de partes diferentes.
Volviéndose, dejáronme al momento,
Otró en el cuerpo y de otro entendimiento.

»Hasta aquí sé decirte; lo restante,
Porque no se me acuerda no lo digo.
Aquesta barba verde, y abundante
Cabello, de lo dicho es buen testigo;
Los brazos verdinegros y el semblante
De pez en lo postrero, el ser antiguo

Haber cesado, prueban claramente,
Y la experiencia de ello en mí se siente.

»¿Mas esta forma mía y ser divino,
Esme por dicha á mí de algun provecho?
Por cierto no, pues es adamantino
Agora, si acerado era tu pecho.»
La virgen Scyla le dejó mohino
Hablando, y del desdén con gran despecho.
Con penã desabrido, tan sabrosa
A casa fué de Circe prodigiosa.

LIBRO CATORCE

Ya el nuevo dios Beótico marino
A Etna el giganteo (1) había pasado,
Siguiendo su intención y su camino.

Y el campo de los Cíclopes dejado,
Que de la agricultura sabe nada,
Ni debe cosa á buey ni corvo arado.

Pasó á Mesina, y Rezzo edificada
Frontero de ella, y va por el estrecho
A do más de una nave fué anegada,

Que de dos mares juntos está hecho,
A Italia de Sicilia dividiendo,
Que están distantes por pequeño trecho.

Y por el mar Tirreno discurriendo,
A los herbosos montes ha llegado
De Circe, del Sol hija, la cual viendo,

Y ya que saludada y saludado
Con mucha urbanidad y cortesía,
Su pena descubriendo y su cuidado,
Diciendo de esta forma procedía:

(1) El Etna, bajo el cual estaban oprimidos los gigantes. Indícase aquí la fábula de los gigantes que pretendieron escalar el cielo, y vencidos por Júpiter, fueron encarcelados en las cavernas del monte Etna, y sobre esta ficción se forjó la otra de que los terremotos procedían de los impulsos y movimientos violentos de los gigantes encerrados y oprimidos en la tierra.

«Conduélete de aqueste dios marino,
 Te ruego, pues también eres tú diosa,
 Que para remediarme (si soy digno)
 Bien sé que sola eres poderosa
 Hija del Sol. La fuerza y ser divino
 Y la naturaleza prodigiosa
 De hierbas (pues por ellas fuí mudado),
 Mejor que yo ninguno lo ha notado.

»Y por que sepas bien la causa fiera
 De mi locura rara y peregrina,
 A Scyla vi en la itálica ribera,
 Frontero de los muros de Mesina.
 Decirte las promesas y manera
 De ruegos, todo en vano, me amohina
 Y me avergüenza, y pues que sabes tanto,
 Suplícote que ordenes un encanto.

»Mueve tu boca y lengua consagrada
 Si en las palabras hallas fundamento;
 Aplica alguna hierba ya probada
 En semejante caso, con intento
 No de sanar mi llaga enamorada,
 Porque sería dar fin á mi contento,
 Del fuego que me abrasa está el remedio
 En que mi Ninfa sienta de él lo medio.»

Mas Circe (cuyo ingenio es más dispuesto
 Que todos los del mundo para amores,
 Ó que su complexión sea causa de esto,
 O Venus por vengarse en sus ardores
 El crimen de su padre), oído aquesto,
 Responde con semblanté de favores:
 «Mejor será seguir á quien te adama
 Y se quema en tu mismo fuego y llama.

»No sé quién pudo ser contigo dura,
 Mereciendo por cierto ser rogado,

Y si esperanza dieres, te asegura
Serás y muy de veras suplicado.
Tu cuerpo, gentileza y hermosura
Te puede con razón tener fiado :
Vesme divina é hija del dios Febo,
Y á ser tu enamorada ya me muevo.

»Con ser hija del Sol y sabia diosa
En hierbas y palabras, ya mi pecho
Rendido está á tu amor, y es justa cosa
Me quieras, y que tengas en despecho
A la que se ha mostrado rigurosa,
Vengándote de dos en solo un hecho.»
De esta manera Circe le decía,
Mas Glauco desdeñoso respondía:

«Veráse de arboleda el mar plantado,
Y los montes de ovas ocupados,
Primero que de ser enamorado
De Scyla mis intentos sean mudados.
En tanto que viviere, aunque penado,
Jamás descuidaré de mis cuidados.»
Con esta despedida repentina,
La desdeñada diosa se amohina.

Y el mal que al nuevo amado no podía
Hacer, ni lo quisiera, pues le adora,
Revuelve contra aquella que él había
Tenido en más, y en esa misma hora,
De infame hierba y zumos que era espanto (1),
Picada de desdén, la encantadora
Hizo un terrible hechizo, y entretanto
Que lo revuelve todo y ha molido,
Y lo mezclaba, dijo cierto encanto.

(1) La fuerza de los encantos la atribuían á la eficacia de las hierbas y á las voces y cláusulas que creían mágicas y encantadoras.

De verde obscuro lleva su vestido,
Y en el momento parte de su casa
Habiéndola mil fieras recibido,

Y todas con halago por do pasa,
A Rezzo prestamente fué á pararse,
Frontero de Mesina, y aunque abrasa

El mar, pasaba libre, sin quemarse,
Con el encantamiento que sabía
Las aguas paseando sin mojarse.

Un enarcado golfo fresco había
Que Scyla le tenía por floresta,
A do se retiraba y defendía

Del fuego de la mar y de la fiesta.
El cual con sus ponzoñas hechizando,
Inficionó la diosa deshonesta.

Tres veces mueve, un verso murmurando
Con lengua encantadora y habla obscura,
Maldito, endemoniado, detestando.

Llegada Scyla, entró hasta la cintura,
Y al punto vió sus muslos ocupados
De perros de fierísima figura.

Y no pensando luego estar juntados
A ella, con temores los ahuyenta,
Mas los que huye á sí los trae pegados.

Las piernas y los muslos busca, y tiente
En su lugar cabezas de mastines,
Sobre quienes su vientre está y se asienta (1).

Glauco lloró tan desastrados fines,
Y de la encantadora el casamiento
Aborreciendo, huyó de sus confines.

Allí se quedó Scyla, y al momento
Que pudo destrozó la compañía
De Ulises (2), sin tener más fundamento

(1) Dió ocasión á esta fábula el ser Scyla un escollo que tiene figura de una mujer rodeada de perros; y como las olas que le baten hacen un ruido como el ladrido de perros, se forjó sobre esto la fábula de la transformación de Scyla en este escollo.

(2) Algunos de los compañeros de Ulises naufragaron á la

Que el odio con que á Circe perseguía,
E hiciera á los troyanos tiro fiero,
Sino que en peña vuelto ya se había,

De quien aun huye el diestro marinero.
Después que la han las naves ya pasado
De Eneas, y el peligro verdadero

De la voraz Caribdis, casi entrado
El puerto ya de Italia, el bravo viento
En Africa las naves ha tornado.

A do en la tierra y alma halló aposento,
De la Sidonia Dido, el que la había
De hacer después morir de descontento.

Porque la fe de aquel que bien quería
Como á marido, vió que la llevaba
El aire con las velas que movía.

A causa de lo cual aparejaba
Un fuego, publicando muy callada
Que hacer un sacrificio deseaba.

Y luego se arrojó sobre la espada
Estando sus criados bien seguros,
A quienes ha engañado la engañada.

De la arenosa tierra y nuevos muros
Partió huyendo, y fuése al fiel asiento
De Acestes, do en sacrificios puros

Honró del caro padre el monumento.
Y los navíos mismos suelta luego,
Los cuales por la ira y mandamiento

De Juno porfiada, y odio ciego,
Pensó por Iris fueran abrasados,
Habiéndoles pegado bravo fuego.

Y los sulfúreos reinos ya pasados
De Eolo, Sirenas y su casa

Con los peñascos duros y arriscados,

Sin su piloto ya la nave pasa
A Inarime y Prochyte, con la tierra

Sin fruto, sequerosa, ruin y escasa
 De aquellos á quien Jove allí destierra,
 Llamada Pythecusa (1), pues hicieron
 A Dios con sus pecados cruda guerra
 Que aquel de quien los dioses procedieron
 Los cercopas (2) perjuros desamando,
 Porque en engaños y mentiras dieron,
 En tiempo ya pasado castigando,
 En animales feos los transforma
 De hombres, por su vicio detestando,
 Mudándoles las caras de tal forma,
 Que no parece humano su semblante
 Y al mismo de los hombres se conforma.
 Los miembros son menores que eran ante,
 Narices remachadas, y arrugada
 La cara, á la de vieja semejante;
 Y vestidos de vello y piel dorada
 En esta tierra cumplen el destierro,
 En pena de la culpa perpetrada.
 Y para castigar el crudo y perro
 Designio, del hablar los ha privado,
 Que ha sido el instrumento de su yerro.
 Poderse querellar les ha dejado,
 Con un chillido que su pena muestra.
 Habiendo, pues, su tierra ya pasado,
 Y á Nápoles dejando á mano diestra (3),
 Y el sepulcro de aquel cantor ilustre
 Miseno (4) ya dejado á la siniestra,

(1) Pythecusa procede de una palabra griega que significa mono.

(2) Los cercopas eran un pueblo de Lydia, cuya mala fe había dado ocasión á un proverbio griego.

(3) En tiempo de Ovidio y de Virgilio se llamaba Parténope por la Sirena de este nombre que se decía haber sido sepultada en ella.

(4) Fué hijo de Eolo, célebre trompetero, de quien dice Virgilio:

Que non præstantior alter
 Aere ciere viros, Martemque ascendere cantu.

En una tierra húmeda y palustre
Entró por consultar la muy anciana
Sibila (1), y suplicarla que le ilustre
La senda, porque está con mucha gana
De verse con su padre y su consuelo
En la región de Ditis. La Cumana
Los ojos enclavados en el suelo
Habiendo buena pieza detenido,
Alzándolos á Eneas y hacia el cielo,
Con semejante voz hirió su oído:

«Varón en quien virtud posada halla,
De fama siempre digno y de sosiego,
Pues tu valor probaste en la batalla
Y tu piedad, cual oro por el fuego.
Gran cosa pides, mas podrás gozalla,
Confía, que movida de tu ruego,
Y siendo yo tu guía y tu gobierno,
Verás el campo Elisio y el infierno.

»Yo quiero acompañarte, y determino
De serte guiadora aficionada.
No hay parte tan obscura y sin camino
Que á la ínclita virtud no dé la entrada
La ínfima región del rey divino
Plutón y Proserpina gobernada.
Verás, y allí podrás haber hablado
La sombra de tu padre muy amado.»

Acabó de decir, é incontinente
El ramo de la selva Averno umbrosa
Le muestra, que era de oro refulgente.
Mandósele cortar; cortado, osa

(1) La sibila Cuma. Ovidio dice de ella: «La única sibila que vivía», por ser en su época opinión corriente que los libros sibilinos se perdieron, y sólo llegaron al tiempo de Ovidio los de la sibila Cuma.

Entrar por el infierno y sus temores,
Riquezas de la casa tenebrosa.

Allí las almas vió de sus mayores,
Con la del viejo Anquises animoso,
Y vistos los bajeros oidores,

La leyes del lugar triste y penoso
Le enseñan, y el trabajo que restaba
En otro nuevo trance belicoso.

De allí con tardos pasos caminaba
Por un sendero arriba persiguiendo,
Por donde la sibila le guiaba.
Y engañando el trabajo va diciendo:

«¡Oh diosa, oh de los dioses muy amada!
Por diosa mía pienso yo tenerte,
Pues que por causa tuya tuve entrada
En el lugar (do salgo) de la muerte.
Por el cual tú serás sacrificada,
Hallándome allá arriba de tal suerte,
Que de agradecimiento daré ejemplo
Haciéndote en el mundo más de un templo.»

Miróle la sibila, y luego empieza,
Y dijo suspirando, muy penosa:
«No merece tal honra mi cabeza,
Que soy mujer y no divina diosa,
Y para que tú tengas más certeza,
Te quiero declarar toda la cosa,
Que eterna vida cierto poseyera,
Si mi virginidad á Febo diera.

»Y no desesperando (á lo que creo)
Corromperme con dádivas intenta,
Diciéndome: «Señora, yo deseo
»Cumplir tu voluntad; si te contenta,
»Demanda á tu placer, que del deseo
»Y mi satisfacción irás contenta.»

Yo descubrí mi intento muy sin pena
Mostrando un puño de menuda arena.

»Mostrándole el montón desvanecida,
En este mismo punto le pedía
Que igualase los años de mi vida
A los granos de arena que allí había;
Y que fuese mi edad siempre florida
(Que era lo que importaba y convenía)
Se me olvidó pedirle, y me lo diera,
Si yo con su deseo consintiera.

»Ni quise á tanta costa eternizarme,
Y el don del sacro Febo despreciado,
Viviendo de continuo sin casarme
La vida más dichosa se ha pasado.
Ya la vejez penosa viene á darme
El gusto y el contento acostumbrado
Y mira si será breve mi pena,
Pues tengo vida hasta cumplir la arena.

»Vivido he siete siglos, y me resta
De vida, de vejez y muchos daños
Carrera bien prolija, pues aquésta
Se cumple con vivir trescientos años.
A todos los trabajos estoy presta,
Que en mí veré sucesos muy extraños,
Pues vendrá tiempo que mi cuerpo grande
De chico y consumido no se mande.

»Abreviará su curso mi estatura,
Ni nadie creará que he sido amada,
Ni que dió gusto á Febo mi hermosura,
Y del mismo amador seré negada.
No será para verse mi figura,
En tanto extremo me veré mudada;
Mas por la voz, del hado concedida,
Seré perpetuamente conocida.»

Hablando la sibila mano á mano
Salió del reino obscuro, y se ha hallado
En la ciudad Euboica el troyano.

Y haciendo el sacrificio acostumbrado,
Llegóse paso á paso á la ribera
Que aún de su ama no se había nombrado (1).

Do había Macareo (2) estado, ya la fiera
Fortuna mitigada, que le había
Tratado de malísima manera.

Que fué de la afligida compañía
Del trabajado Ulises, y al presente
A Aquimenes (3) vió que conocía;
El cual desamparado de la gente,
Y en los peñascos de Etna fué dejado,
Y luego que le vido de repente,
De que viviese dijo así admirado:

«¿En gracia de qué dios, ó de qué suerte
Di, vives Aquimenes? ¿Dónde cabe
Que siendo griego quiera á ti traerte,
Ó consentirte en sí troyana nave?
¿Adónde navegáis?» A quien advierte
Aquimenes, y de lo que no sabe
Le comenzó á informar, ya suyo siendo,
Sin hábito espinoso así diciendo:

«En la boca de aquel gigante fiero,
Terrible Polifemo ensangrentado
Me vea yo otra vez, si yo no quiero
Más que mi casa y nave del doblado

(1) En esta ribera fundó Eneas una ciudad, llamándola Cayeta (hoy Gaeta), nombre de su nodriza. Por ello dice el traductor que la ribera no se había nombrado aún con el nombre del ama de Eneas.

(2) Macareo es llamado *Neritius*, porque Neritus, uno de los fundadores de Itaca, dió su nombre á esta montaña de la isla.

(3) Otro de los compañeros de Ulises que, por lo que poco después se refiere, no pudo seguirle y se quedó en Sicilia.

Ulises, la do estoy, y si yo espero,
Aunque haya más que á padre venerado
A Eneas, las mercedes recibidas
Pagarle, si por él diese mil vidas.

»Que hablo y respiro, oigo y veo
El sol, el cielo, es cierto, claro y llano
(¿He yo de ser ingrato?) que es trofeo
De Eneas, pues lo gozo de su mano.
Que con la boca fiera el Ciclops. feo
No me ha tragado y dádome el tirano
Su vientre por sepulcro, que me muevo,
Confieso que es de Eneas y lo debo.

»¿Qué ánimo pensáis que yo tenía
(Si dél no me privó mi miedo extraño)
Cuando surcar el mar la armada vía,
Desamparado yo y en mal tamaño?
Propuse vocear, pero temía
Que no se me siguiese mayor daño,
Que á la nave de Ulises fué dañoso;
Vuestro dar voces, y harto peligroso.

»La desventura me hizo á mí testigo
Del pedazo de monte que ha arrojado,
Y como con trabuco el enemigo
A la flota peñascos ha tirado.
Temí no la hundiese, cierto digo,
De que yo no iba en ella ya olvidado.
¡Oh cuál anduvo el diablo y de qué suerte
Cuando vió que escapaste de la muerte!

»Acá y allá por Etna rodeando
Andaba dando voces sin sosiego,
Las peñas y los árboles tentando,
Pensando que era el cuerpo de algún griego,
Los brazos de sangraza ensangrentando,

Sacaba aquel ojazo y siendo ciego (1).
Tendiólos hacia el mar á do se llega,
La nave maldiciendo y gente griega,

»Diciendo: «¡Oh, si algún caso me volviese
»A Ulises ó algún otro de su gente!
»En quien á mi placer me embraveciese,
»Rasgando sus entrañas cruelmente,
»A quien viviendo en piezas deshiciese,
»Bebiendo de su sangre bien caliente.
»¡Cuán poco (si cumpliese tal antojo)
»Se me daría de haber perdido el ojo!»

»Esto y aun más decía el endiablado;
Estaba tamañito yo temblando,
Aquel rostrazo feo ensangrentado
Y el asiento del ojo contemplando.
La barba, que con sangre se ha pegado,
Y las crueles manos. Cierta, cuando
Le vi presente de tan fiera suerte,
Ante mis ojos tuve ya la muerte.

»Y aunque el morir en mi presencia vía,
Aquello era lo menos que pasaba;
Que más que el acabarme me afligía
Pensar que me comía y me tragaba
En el infausto tiempo y triste día,
Con un horror continuo imaginaba,
Cuando en la tierra á dos mis compañeros
Le vi despepitar á golpes fieros.

»Y cuando cual león le vi tendido
Sobre ellos medio muertos en el suelo
Comiéndolos, quedé descolorido,
Con un temblor helado más que el hielo.

(1) Ya queda anotado el modo con que se lo sacó Ulises y quedó ciego.

Y viendo vomitar lo que ha comido
Con vino juntamente, ¿qué consuelo
Podía tener con semejante espanto?
Fingía que me vía en otro tanto.

»Muy muchos días tuve por guarida
Estar muy escondido y muy atento,
Pensando que era muerta ya mi vida
Con el menor rüido y movimiento.
Bellotas era entonces mi comida,
Las hierbas y las hojas mi alimento,
Andaba de la muerte temeroso,
Y de la misma siempre deseoso.

»Sin esperanza, solo, pobre, á fiera
Fortuna largos tiempos entregado,
Vi este navío, y dije desde afuera
Por señas que esperasen; hanse estado.
Entonces fuí corriendo á la ribera,
Habiéndoles pedido y suplicado
(Aunque troyanos eran y yo griego)
Me recibiesen, y alcancélo luego.

»Pues yo tan por extenso te di cuenta
De mis sucesos ásperos y fieros,
Los tuyos, caro amigo, tú me cuenta
Y los del capitán y compañeros.
Declárame, te ruego, y representa
Qué fines han tenido y paraderos
Aquellos que contigo se embarcaron.
¿Qué se hizo de ellos?, dime, ¿en qué pararon?»

El le refiere á Eolo, descendiente
De Hypotas, que del mar Toscano airado
Y los furiosos vientos es regente (1),

(1) La fábula de que Eolo era rey de los vientos y los tenía á

Los cuales en un cuero bien atado
 (Don exquisito extraño y memorable)
 Al capitán Duliquio los ha dado;

Y como con buen tiempo favorable,
 En solos nueve días allegaron
 A vista de su tierra muy amable.

Al décimo, de envidia, sospecharon
 Los compañeros ser gran suma de oro
 Lo que en el odre iba, y desataron

Los vientos, y pensando hallar tesoro,
 Hallaron ocasión de daño cierto,
 De penas, de tristezas y de lloro.

Y cómo había tornado al mismo puerto
 De Eolo, la fuerza y tiranía
 Del viento, de su culpa y desconcierto
 Sufriendo, y prosiguiendo así decía:

«A la ciudad antigua nos partimos
 De Lamo Lestrigón (1), á do reinaba
 Antifates (2) entonces, y vinimos
 (Que á mí con otros dos se encomendaba
 Hablarle), ante quien cuando nos vimos
 El uno de los míos que llevaba,
 Apenas con huir salió conmigo,
 Cogió el tercero el pérfido enemigo.

»Arrebatado un mi compañero,
 Comiósele el cruel, y con estruendo
 Corrió más que la misma muerte fiero
 Tras mí y el otro, que íbamos huyendo;
 Y un escuadrón (á quien llamó primero),
 Con piedras y maderos acudiendo,

su arbitrio, tomó su origen del estudio y conocimiento que tenía de ellos, y de que anunciaba los que habían de reinar.

(1) Los lestrigones habitaban Formium, en la Campania. Lamio fué su primer rey.

(2) Fué un tirano cruelísimo, descendiente de Lamio.

Y furia muy soberbia y denodada,
Anegan nuestra gente y nuestra armada.

»La nave escapó sola, do vinimos
Ulises y con él su compañía,
Y ya que amargamente nos dolimos
De la desgracia grande de aquel día,
Tomamos puerto todos, y acudimos
Allí en aquella tierra, que sería
Ventura (aunque está lejos) estuviese
Mucho más, y nadie allí viniese.

»¡Oh compañeros!, es tan peligrosa
La vista de la isla, que te digo
Que á ti también (1), ¡oh hijo de la diosa!
(Que acabada la guerra ya enemigo
Llamarte no es razón ni justa cosa),
Te ruego y amonesto como amigo,
Que con la nave, gente y fuerzas tuyas
De Circe y sus riberas siempre huyas.

»Atada ya la nave á la ríbera
De Circe, nadie tuvo atrevimiento
A entrarse por la tierra, que no fuera
Antifates, y el Cíclope escarmiento.
Temímoslo pasado, de manera
Que para visitarla en su aposento
Échamos suertes, y hame á mí cabido
Y al fiel Polyte y Eúfíloco ha caído.

»A Elpenor (2) el amigo, de harto vino,
Le cupo acompañarnos juntamente:

(1) Aquí empieza á hablar á Eneas, en cuya compañía halló á Aquimenides, y le aconseja huya de la isla de Circe, que después se unió al continente y se llamó el promontorio Circeo.

(2) Cuenta Homero en la *Odisea*, X, 552, que Elpenor, después de haberse embriagado, cayó desde lo alto del palacio de Circe, y se mató.

La misma suerte echada cual convino,
Mandó diez y ocho ir de nuestra gente,
Tomamos todos juntos el camino;
Llegados al palacio refulgente,
Paramos al umbral, y de allá dentro,
Mil lobos nos salieron al encuentro.

»Mil lobos, y con ellos osos fieros,
Leones y otras bestias ocurrieron (1),
Y á la primera vista, verdaderos
Temores en nosotros sucedieron;
Mas visto por los mismos compañeros
Que no sólo á ninguno acometieron,
Sino antes con las colas se halagaban,
Cesó el pavor y todos se holgaban.

»Entrando en el alcázar, siempre fueron
Siguiendo nuestros pasos muy contentos,
Hasta que las criadas nos salieron
A recibir, y oídos sus intentos,
Hicimos su mandado, y nos metieron
A Circe, por marmóreos aposentos.
Hallámosla sentada en excelente
Estrado, con vestido refulgente,

»El manto que la cubre era dorado;
Las Ninfas y Nereidas que allí estaban
De hilar ni de tejer tenían cuidado;
En concertar las hierbas (2) se ocupaban,
Y flores que sin orden se han cortado,
Y en varios canastillos las echaban.
La misma hace lo mismo, y no se ofende,
Porque mejor que todas las entiende.

(1) Eran los muchos hombres que la encantadora Circe había convertido en fieras.

(2) Las hierbas que servían para los encantos.

»De cada hoja la virtud sin duda
Conoce, y cuando muchas son mezcladas,
La que resulta de ellas, que no duda,
Estando en cantidades ordenadas.
En viéndonos al punto nos saluda,
Y siendo saludada, y saludadas
Sus damas, prometiónos su meneo
Mercedes á medida del deseo.

»Y sin tardar, con granos de cebada
Tostados, y con miel, y queso, y vino,
Y zumos de ponzoña, disfrazada
Con la dulzura dicha cual convino,
Ordena una bebida enhechizada,
Y dióla á los venidos del camino.
Tomámosla y bebimos al momento,
Que cada cual llegaba bien sediento.

»Apenas la metimos en la boca,
Cuando con una vara en el cabello
La hechicera diabólica nos toca
(No tengo de dejar de conocello),
Dirélo con vergüenza, y aun no poca:
En puerco me convierto, y para sello
De cerdas todo el cuerpo se me henchía;
Quisiérame quejar, pero gruñía.

»Inclinéme en la tierra en un momento
Con todo el rostro mío, de manera
Que en duro y pando hocico volver siento
Lo que poco antes boca y labios era;
Tomó el pescuezo mío crecimiento,
Y con lo que tomé de la hechicera
La copa, ya dejaba señaladas
De puerco muy propísimas pisadas.

»Y con los de la misma desventura
(Que tanto los encantos han podido)

En las pocilgas sucias de estrechura
 (Moradas de lechones) fuí metido.
 Retuvo solamente su figura
 Sin ser en la de puerco convertido,
 Euriloco; lo mismo padeciera,
 Si del beber del vaso no huyera.

»Del cerdoso ganado fuera parte
 Agora, si no hiciera lo que hizo,
 Ni hubiera quien á Ulises diera parte
 De tal estrago é infernal hechizo.
 Al punto que lo supo, luego parte
 Seguro, sin temor del bebedizo
 De celestial consejo preservado
 Con una flor que le ha Mercurio dado.

»El portador de paz, Mercurio, ha dado
 La blanca flor (1) á Ulises, y el consuelo
 Cuya raíz es negra, y se ha llamado
 Moly, de los que habitan en el cielo.
 A casa va de Circe, confortado
 Contra el encanto suyo y desconsuelo;
 Rehusa la bebida, y de la vara
 Con la desnuda espada se repara.

»Quedóse Circe atónita, espantada
 De tanta resistencia, y temerosa
 Por ver puesta á los pechos el espada,
 Mostrósele benigna y amorosa.
 Y desde allí, la mano y la fe dada,
 Le recibió en su cama como esposa,
 En dote demandándola hiciese
 Que cada compañero allí viniese.

(1) Planta descubierta por Mercurio, que entre las deidades llamábase *moly*, y tenía virtud contra los encantos. De ella hace mención Plinio, lib. XXV, cap. IV.

»Al mismo punto fuimos rociados
Con mejor zumo de una ignota planta,
Y con la vara vuelta (1) ya tocados
En la cabeza, fué la fuerza tanta,
Que con contrarios versos encantados,
Cuanto ella más murmura y nos encanta,
Más de la tierra levantados siendo
Las cerdas se nos iban despidiendo.

»Las cerdas y los pelos se cayeron,
En pie se convirtió la pata hendida,
Los brazos y los hombros nos volvieron
La antigua nuestra forma recibida.
Llorando le abrazamos, y se vieron
Sus ojos de alegría tan cumplida
Llorar, y lo primero que dijimos
Fué que por sus esclavos nos rendimos.

»Por término de un año allí morando,
Yo vi y oí mil cosas, os prometo;
Mas una vez estándose holgando
Con Circe el capitán nuestro discreto;
Y yo con una moza solo estando,
De un caso me dió cuenta en gran secreto
Origen de una fiesta que hacía
A do con otras tres ella servía.

»En una capillica consagrada
Sobre un altar muy rico, me mostraba
Una estatua de un mozo, fabricada
De mármol blanco, en cuya cima estaba
Un pico (2), con guirnaldas coronada;
Y cuando de quién era me avisaba,

(1) Quiere decir con la punta ó extremo contrario.

(2) El *pico* es un ave que taladra los troncos de los árboles para hacer su nido dentro de ellos.

Del ave y sacrificio yo inquiría,
Y lo demás, de este arte me decía :

«Escúchame, Macareo; estáme atento,
»Y entenderás de la presente cosa
»El gran poder, el bravo encantamiento
»Con que esta mi señora es poderosa.
»Pico de Italia tuvo el regimiento,
»Progenie de Saturno milagrosa,
»Y siendo rey de toda aquella tierra,
»Curioso de caballos fué de guerra.

»Su forma natural y gentileza
»La que ves era, y cree su hermosura
»No ser menos que aquesta gran belleza
»Que en esta estatua ves, que es su figura.
»El ánimo era igual y la braveza,
»Y cuando le mudó su desventura,
»Mostrando en el luchar gran valentía,
»Apenas de veinte años parecía.

»Las diosas de los montes y las fuentes
»Nacidas en Italia se morían
»De amor de su belleza y excelentes
»Semblantes y donaires que en él vían.
»El fin era uno, y ellas diferentes,
»Que de Albula (1) y Numico allí venían,
»Y de Almo, cuyo curso es muy pequeño,
»Y todas pretendiendo un mismo dueño.

»El despeñado Nar también envía
»Sus Ninfas, las de Fáfaro acudieron
»Dejada el agua suya tan sombría,
»Y todas por sus damas se ofrecieron.
»Aquella muchedumbre que tenía

(1) Albula se llamaba entonces el río Tíber.

- » La Scítica Diana (1), también fueron,
- » Sus aguas olvidando soberanas
- » Y las de las lagunas comarcanas.

- » Las cuales desdeñadas de contino,
- » Amaba con amor sincero y llano
- » A una, que en el monte Palatino
- » Parió Venilia, del bifronte Jano (2).
- » Y cuando de casarse el tiempo vino,
- » Tomando á Pico, á todos dió de mano,
- » Tan rara en hermosura, que era espanto,
- » Mas muy raro el arte de su canto.

- » Y de la dulce voz y melodía
- » Canente fué llamada de las gentes,
- » Las piedras y las peñas atraía,
- » Domesticando fieras y serpientes;
- » Las aves y las aguas detenía.
- » Y mientras canta versos excelentes,
- » Pico iba á montería, el aposento
- » Dejado por los campos de Laurento.

- » A los monteses puercos procuraba
- » Clavar (que es el contento que pretende);
- » En un feroz caballo cabalgaba
- » Con dos venablos, armas con que ofende.
- » De grana era la ropa que llevaba,
- » Que con corchete de oro fino prende.

(1) Creíase que Orestes, después de encontrar á su hermana Ifigenia, llevó de la Tauride á Italia la estatua de Diana, y de aquí el epíteto de *Scítica* dado á Diana.

(2) Jano fué rey de Italia, hombre prudentísimo, á quien figuraron con dos caras para significar que veía lo pasado y preveía lo futuro, que son dos dotes de la prudencia. Veneráronle por dios; edificáronle los romanos un templo que sólo se cerraba en tiempo de paz, y de su nombre se llamó Janículo, uno de los siete montes sobre que estaba fundada Roma.

» Al mismo monte Circe había venido,
 » Que está de nuevas hierbas proveído.

» A pesquisar las cuales inclinada,
 » Del campo de su nombre fué partida;
 » Y viendo aquella forma señalada
 » De Pico, entre las matas escondida,
 » Quedó fuera de sí, quedó abobada,
 » De las cogidas hierbas se la olvida,
 » Que de las manos todas se han caído,
 » Como ella en las del ciego dios Cupido.

» Y ya que el alma suya se repara
 » Del fuego que sus huesos tiene asados,
 » El gran deseo suyo confesara,
 » Mas estorbó el correr y los criados.
 «—No te me irás por ahí (dijo), que para
 » Dar vado de algún arte á mis cuidados,
 » Aunque te lleve el más ligero viento,
 » Te haré venir y estar á mandamiento.

» Si sé quien soy, si no se me han perdido
 » Las fuerzas de mis hierbas y mi encanto,
 » No te me escaparás.»—Y fué fingido
 » Un jabalí bravísimo entretanto.
 » Por ante el Rey corriendo se ha venido
 » Al más espeso bosque, donde tanto
 » Arbol había, que no pudo el caballo
 » Pasar; él baja luego por buscallo.

» Para buscar el puerco, reputado
 » Por verdadero, salta codicioso;
 » Y de esperanza vana acariciado,
 » Se mete por el bosque espeso umbroso.
 » Mas ella prometiendo, ha suplicado
 » A Dios, con un encanto poderoso
 » (Con que el Cielo á las veces mismo enreda),
 » Que como deseaba la suceda.

» Con este ignoto verso (1) vez alguna
» Obscureció la faz rutila y pura
» Al padre, y enturbió la clara luna
» Más de una vez quitando su blancura.
» Y viendo hora ocasión tan oportuna,
» La luz del aire torna en niebla oscura
» Que de la tierra fría se exhalaba:
» El Rey sin guarda y sin criado estaba.

» Con tal lugar y tiempo, al punto empieza:
«— ¡Oh Pico!, por los ojos (cuya vista
» Prendió la mía) y por tu gran belleza,
» Que (aunque soy diosa) agora me conquista,
» Remedia de mi fuego la braveza,
» Porque no hay discreción que la resista;
» Acepta al Sol por suegro claro y puro,
» No desprecies su hija, no seas duro.»

«— Quienquiera que tú seas, no soy tuyo
» (Responde el Rey, feroz y desdeñoso);
» Otra me tiene preso ya por suyo,
» Y plega á Dios me tenga por esposo
» Por largo tiempo; las restantes huyo,
» Que yo jamás podré serla alevoso,
» Mas antes he de amarla eternamente
» Mientras me diere el hado á mi Canente.»—

» Mil veces retentado y despedida,
» Replica la hechicera:— «Yo te digo
» No te irás alabando, ni en tu vida
» Verás más á Canente. Que el castigo
» De hembra enamorada y ofendida,
» Del cual he yo de usar hora contigo,

(1) La clase de tales versos se puede rastrear y comprender por los que Séneca, en el principio de la tragedia *Medea*, pone en boca de esta famosa encantadora.

» Que soy amante, hembra y agraviada,
 » Hará la demás gente escarmentada.»—

» Dos veces se convierte al Occidente
 » Entonces, y otras dos do nace Febo;
 » Y díjole tres versos brevemente,
 » Tocando con el báculo al mancebo
 » Tres veees. Él huyó ligeramente,
 » Y admírase de su correr tan nuevo.
 » La forma y ser antiguo despedido,
 » El cuerpo vió de plumas revestido.

» Y viéndose en los montes nueva ave,
 » Con gran indignación así se enfada;
 » Que con el duro pico, como él sabe,
 » Los árboles durísimos horada.
 » La púrpura le dió color süave,
 » De la hebilleta de oro fué dorada
 » Su pluma en la cerviz, y del ser hombre
 » Tan sólo se ha quedado con el nombre.

» Buscando en vano Pico de su gente,
 » Que por el monte andaban voceando,
 » Topáronse con Circe, que consiente
 » Que el sol y el viento vaya desterrando
 » La niebla, y acusada sumamente,
 » La piden á su rey amenazando;
 » Y para echarla mano se movían
 » Y las crueles armas prevenían.

» Mas ella esparce zumos venenosos
 » Dotados de ponzoña muy dañosa,
 » Llamando con encantos poderosos
 » Los dioses de la noche tenebrosa,
 » Y á Erebo con Caos (1): los frondosos

(1) Invocación casi igual á la que hizo Medea en la fábula de

- »Arboles (cosa cierta, milagrosa)
- »Al punto de las gavias se han salido
- »Y el suelo dió un fierísimo gemido.

- »Gimió la tierra, y de ponzoña tanta
- »Quedó amarilla, y del verdor privada
- »Y su frescura, la vecina planta,
- »La hierba ha parecido colorada,
- »Mostrándose en el campo tal que espanta
- »De sangre en abundancia goteada;
- »Las peñas fueron vistas dar bramidos;
- »Oyéronse de perros mil ladridos.

- »Los perros y las piedras parecían
- »LadRAR, mas con sonidos diferentes,
- »Y por los campos todos se veían
- »Verbenear fierísimas serpientes.
- »De las almas que andar allí creían
- »Atónitas están aquellas gentes,
- »Y estando todos ellos admirados,
- »De Circe con la vara son tocados.

- »Apenas los tocó, cuando cualquiera,
- »La forma natural que poseía
- »Dejada, se convierte en bestia fiera,
- »Quedando á nadie el gesto que solía (1).
- »Había acabado Apolo la carrera
- »Que suele dar principio y fin al día,
- »Y por demás Canente había inquirido
- »Con el alma y los ojos su marido.

la rejuvenescencia de Esón, padre de Jasón, y á la de Séneca en la citada tragedia *Medea*.

(1) Cuando las pasiones se exaltan hasta un grado desmedido convierten á los hombres en fieras, como la ira en león, la lascivia en cerdo, etc.; y como las ramerías, de quien es símbolo Circe, desentonan en los hombres las pasiones, de aquí provino la fábula de que Circe se convertía en fiera.

»El pueblo y los criados discurriendo
 »Por todas las montañas le buscaron,
 »Con hachas encendidas procediendo,
 »Mas de ninguna cosa aprovecharon.
 »Ni le bastó á la Ninfa estar gimiendo,
 »Ni que sus hebras de oro se mesaron,
 »Haciendo el sentimiento que conviene,
 »Y en esto solamente se entretiene.

»Mas por pensar dar vado á sus cuidados
 »Partióse del palacio como loca,
 »Y fuése por los valles y collados.
 »Guiarla á la ventura sólo toca;
 »Seis días con sus noches ya pasados,
 »Sin sueño y sin meter bocado en boca
 »A la orilla del Tibre (1) fué llegada,
 »Del llanto y del camino fatigada.

»Y allí con sus dolores con certundo
 »Las lágrimas y tierno sentimiento,
 »Con gran tristeza estaba pronunciando
 »Palabras con que muestra el descontento,
 »Cual suele el cisne estándose acabando
 »Cantar su fin con dulce son y acento.
 »En conclusión: su cuerpo derretido
 »Se ha poco á poco en aire convertido (2).

»La fama es del lugar autorizada,
 »Pues de los de la tierra rectamente,
 »Del nombre de la dama transformada
 »Llamado desde entonces fué Canente.»
 En término de un año de mi estada,
 Tuve experiencia clara y evidente

(1) El Tíber.

(2) En esta ninfa Canente están personificados la melodía y el sonido de la voz, y se desvaneció como éste, va poco á poco desvaneciéndose, luego que el aire deja de ser herido.

De casos semejantes al que os digo,
Sirviéndome la vista de testigo.

»A navegar de nuevo compelidos
Estando con el vicio perezosos,
Titania (los caminos referidos
Del hondo mar inciertos y dudosos)
Nos dijo que trabajos nunca oídos
Restaban de pasar, bien peligrosos.
Temí, os confieso, aquí el peligro cierto,
Y no quise partirme de este puerto.

Macareo concluyendo, ya se vía
Un túmulo de mármol fabricado
Y un epitafio en el que así decía:
«Aquí, como debía, me ha quemado
A mí, Cayeta, el que del fuego griego
Me defendió, cual pío y fiel criado.»

Desatan la maroma, parten luego,
Dejando de la infame encantadora
La casa, propia en dar desasosiego.
Y al bosque se va Eneas á la hora,
Do el Tíbre furibundo y nublado
Con su bermeja arena la mar dora.

Y en casa de Latino poderoso
Fué recibido (y no con poca guerra)
De la nieta de Fauno por esposo.

Trabóse con la gente de la tierra
Batalla, porque Turno desdeñado,
Furioso, de contento se destierra.

Porque la fe y palabra que le han dado
De la mujer le faltan, y Toscana
En guerra contra Italia se ha juntado.

Y con valor extraño y buena gana
Vinieron muchas veces á las manos,
Buscando la victoria soberana.

Los pueblos solicitan comarcas,
Y muchos han los rútuos seguido,

Mas otros favorecen los troyanos.

Ni en vano á Evandro fué favor pedido
De Eneas. Pero nada satisfizo

A Vénulo (por Turno allí venido)

Diomedes. Que en Apulia advenedizo,
De Dauno recibido fué por yerno,
Adonde una ciudad insigne hizo.

Gozaba del estado y del gobierno
Del reino, ó de la parte encomendada,
Y Vénulo llegó con blando y tierno

Afecto, y referida la embajada
De Turno, por favor le ha suplicado,
Mas la suplicación sirvió de nada.

El hijo de Tideo se ha excusado,
Diciendo que en ventura no pondría
La gente que su suegro le había dado.

Y de los suyos nadie ya tenía
Que pueda responder con ardimiento,
Y respondiendo á Vénulo decía
De esta suerte, y escuchábale él atento:

«Que es falso, pensaréis, ó que me alargo
Diciendo la gran falta de mi gente;
Mas aunque relatar un cuento amargo
Renovará mi llaga, yo al presente
El daros cuenta de ello tomo á cargo.
Y sufrá el alma mía lo que siente,
Que no daré á la pena tal licencia
Que pueda hacerme falto de paciencia.

»Después que desde el techo al fundamento
Quedó quemada Troya, y que se vido
Su muro ser próximo alimento
Del fuego por los griegos encendido,
Y tuvo el de Naricia atrevimiento
De corromper la virgen, ha caído
La ofensa de la diosa, que él debía,
Y pena, en toda nuestra compañía.

»Dimos la vela al viento, y esparcidos,
 La flota por el mar contrario tira;
 De rayos y tinieblas oprimidos,
 Del cielo y de la mar sufrimos ira,
 Y en las Cefáreas peñas rebatidos (1)
 Más recios fuimos todos que una vira,
 Y fué el naufragio tal, que pareciera
 A Príamo entonces Grecia lastimera.

»Con todo, fuí yo libre y reservado
 Por obra de Minerva poderosa,
 Mas de mi misma patria fuí lanzado
 A causa de la Venus santa diosa (2).
 De la herida antigua se ha vengado (3);
 Paso tan adelante aquesta cosa,
 Que aquellos que en la mar sufrieron muerte
 Tuvieron más ventura y mejor suerte.

»En alta mar pasé peligros tantos,
 Y tantos con las armas por la tierra,
 Que tuve por dichosos y por santos
 Los muertos en las aguas y en la guerra,
 Y ser quisiera de ellos. Los espantos,
 La suerte dura á todos así aterra,
 Que los míos tomaran con contento
 La muerte, faltos ya de sufrimiento.

»Mas Agmón, muy feroz y embravecido
 Con tanto mal, nos dijo: «¿Ya qué resta,

(1) Las rocas Cefáreas formaban en la región Eubea un promontorio, en el que Nauplio, padre de Palamedes, por un engaño y ardid hizo zozobrar á algunas naves de Ulises, en venganza de la calumnia con que éste acusó á su hijo y fué causa de su muerte.

(2) Al llegar Diomedes á Argos, su patria, descubrió la desordenada vida de su esposa, y vióse obligado á abandonar su patria por segunda vez.

(3) Habla Diomedes del combate que tuvo con Eneas, en el que hirió á Venus, que concurrió á defender á aquél.

»Varones, por sufrir? Ha ya querido
 »Que Venus dar mayor pena que aquésta
 »No puede. Y ojalá hubiera podido;
 »Que en tanto que hay temor el ruego presta;
 »Mas no pudiendo ser peor la suerte,
 »No hay miedo de más mal ni de más muerte.

»Aunque ella misma lo oiga, y se embravezca
 »Con los que por Diomedes padecemos,
 »Persíganos, y en darnos penas crezca,
 »Que su poder y odio escarnecemos.
 »No puede nadie haber que más padezca;
 »Bien caro es el poder que poseemos;
 »En Venus del Pleuronio así agraviada,
 »La ira antigua fué resucitada.»

»A pocos agradó tal desatino,
 Y á Agmón sus amigos corregimos,
 Queriendo responder con poco tino
 La vía de la voz tomada vimos (1).
 En truco del cabello pluma vino,
 Y el cuello estar con plumas advertimos,
 Con ellas las espaldas, cuerpo y pecho
 Y de los brazos alas se le han hecho.

»Gran parte de los pies han ocupado
 Los dedos, y con cuerno endurecida
 La boca en pico agudo se ha mudado.
 Estábanle mirando Lico é Ida,
 Pithenor, Abbas, Nictéo le han mirado
 Cómo la forma de hombre ya es perdida;
 Y en tanto que admirándose le advierten,
 En aves semejantes se convierten.

(1) Los gentiles conocieron la gravedad de la blasfemia y la castigaban con penas extraordinarias que aterrorizasen á los blasfemos.

»Del escuadrón partió la mayor parte
Volando entre los remos con estruendo;
Si de su forma quieres informarte,
Apenas sé decirte lo que entiendo.
De cisnes sé que tienen algún arte,
Mas no lo son. Yo, visto el estupendo
Negocio, con los menos de mi gente
Me recogí, do vivo alegremente.

»Apenas escapé del descontento
Con muy poquita gente en compañía,
Y de Dauno aceptado en el momento
Por yerno suyo, en esta tierra mía
Apenas gozo paz y quieto asiento,
Teniendo los trabajos que solía;
Labrando el campo seco me mantengo,
Y en esto me recreo y me entretengo.»

Diomedes respondió con este cuento,
Y Vénulo se parte de su casa
Y reino (1), sin recaudo y sin contento.
Por Pozuelo y Mesapia corre y pasa
A do posee Pan una sombría
Cueva, manantial, de luz escasa,
Que de las Ninfas antes ser solía,
Las cuales de un pastor de Apulia huyendo
Se fueron por no ver lo que hacía.
Amedrentáronse del fiero estruendo,
Pero tornando en sí menospreciaron
Al que las va arrentando y persiguiendo,
Y al corro con su danza se tornaron.
Vituperólas él con enfadoso
Hablar rústico y sucio; ni pararon
Las pullas del villano malicioso,

(1) Ovidio llama á Diomedes *Oenides* y á su reino *Calydonia regna*, porque Diomedes era nieto de Oeneo, rey de Calydón.

Hasta que su garganta se ha ocupado
De un tronco, porque aun árbol es frondoso.

En cuyo zumo claro se han mostrado
Sus pérfidas costumbres con que mengua
A las que con razón se han de él vengado.

Porque acebuche siendo, por su mengua,
Las aceitunas suyas amargosas
Indicio dan de su maligna lengua (1).

De aquí cuando con nuevas no gustosas
Llegó el embajador, y á Turno cuenta
La excusa y la razón, y muchas cosas,

La gente de los rútilos intenta,
Sin las etoliás armas, la batalla
Tan triste y desastrada cuan sangrienta.

A do la crueldad y el furor halla
La puerta abierta, pues de cada parte
Murieron sin valer arnés ni malla.

En esto Turno, fiero como un Marte,
A las troyanas naves pega fuego,
Y el agua á resistirlo no fué parte.

El miedo daba ya desasosiego;
La brea ya la llama consumía;
Tras esto la madera quema luego.

El mástil con sus velas encendía,
Con los bancos el hondo de la nave
Sin resistencia alguna ya se ardía.

La madre de los dioses santa sabe
Que aquellos pinos son del monte Ideo (2)
Y antes que tal incendio los acabe,

Tomó su carro y del asiento astreo
(Que dejan sus trompetas retumbando)

(1) Esta transformación indica lo difícil que es desprenderse de la índole y propiedades que ya han llegado á ser hábito robusto, pues se conservan en el hombre aunque mude de hábito y fortuna.

(2) El monte Ida, que era uno de los de Frigia, estaba consagrado á Cibeles.

Se baja por el aire, su deseo
Con voces semejantes declarando:

«Muy por demás con temerario brío,
Sacrilega, maldita y loca mano,
¡Oh Turno!, con la llama y desvarío
Te atreves, pues verás que es todo en vano.
Los árboles que son del bosque mío,
No quiero que los queme fuego insano.»
La diosa Berecinta así decía
Cuando un trueno grandísimo se oía.

Apenas las palabras acabadas,
Y el trueno, se siguió muy gran granizo,
Cayendo de agua gruesas algaradas.

Y el mar hinchado súbito se hizo
Sujeto, do los vientos han mostrado
Ser cada cual soberbio y banderizo.

Al uno de los cuales ha mandado
La diosa quebrantar las ataduras
De la troyana flota. Su mandado

Cumplido, las chapuza en las honduras
Y vuelta la madera en cuerpo blando,
Dejaron en el agua de ser duras.

Las popās, de cabezas aceptando
Las formas, y los remos ya deshechos,
Cual piernas, pies y dedos van nadando.

Los senos de las naves se hacen pechos;
Volviéronse espinazos las carenas
Sobre que los navíos eran hechos.

En brazos se convierten las antenas,
Y en un lugar las cuerdas ayuntadas
Para hacerse cabellos fueron buenas.

En su color quedaron. Muy pagadas
Del agua (ya mudadas en doncellas)
De quien andaban antes espantadas.

Y náyades marinas siendo bellas,
Aunque en montañas duras han nacido,

Gustan del mar sin acordarse de ellas.

Y habiendo desterrado del olvido
Lo que por ellas mismas ha pasado,
A muchas naves han favorecido.

Sino es en las que griegos se han hallado,
Que de la destrucción y furia griega
Sentidas, han los dichos desamado.

El odio y su rencor á tanto llega,
Que vieron los tablones con gran gusto
De la nave de Ulises que se anega.

Y de Alcinoo (1) las naves sin disgusto
Volverse en piedras. Vista tal mudanza,
Que escarmentara Turno fuera justo.

Algunos se cebaron de esperanza
Que en ver en ninfas vueltos los navíos
Cesara de temor su espada y lanza.

Quedóse en su porfía y desvaríos;
Válese de sus diosas cada parte,
Y en su lugar del ánimo y los bríos.

Ni ya, Lavinia virgen, por gozarte,
Ni por la dote ó cetro se pelea,
Usando de valor, de fuerza y arte.

Por ser el vencedor en la pelea
Porfía cada uno la batalla,
Por otro fin ninguno se desea.

Que la vergüenza sólo de dejalla
Enciende más la guerra sanguinosa
Que no la voluntad de ejecutalla.

En fin, la diosa Venus poderosa
Al hijo vió vencer, y vió tendido
A Turno con su gente belicosa.

Y Ardea, su ciudad (que había tenido,
Viviendo Turno, nombre soberano),

(1) Alcinoo, rey de los pheasienos, había dado á Ulises una nave en que volvió á Itaca; pero al retornar el barco, lo transformó en roca Neptuno, irritado por la forma y manera con que Ulises trató á su hijo Polifemo.

Muerto su rey, al punto se ha caído.

La cual, después que daba á sacomano
Y en cada parte puesta á sangre y fuego
De la cruel espada y fiera mano,

De en medio del incendio salió luego
Una ave nunca vista ó conocida
Hasta el tiempo de aquel desasosiego,

Moviendo la ceniza, conmovida
Cada ala. Su graznido representa
Una ciudad tomada y destruída.

Con su flaqueza y pluma cenicienta
Conserva el mismo nombre é importuno
Llorar, y vuelta en garza se lamenta.

A todos los del cielo, y aun á Juno,
La gran virtud de Eneas ha vencido;
Y viendo que era tiempo ya oportuno

Que aquel trabajo suyo concluído
Volase al alto coro, transformado
En dios, como él lo había merecido,

Los dioses ha la Venus negociado
Para que den su voto, y abrazando
El cuello de su padre, le ha hablado,
Su plática de este arte comenzando:

«¡Oh padre!, nunca duro á mi deseo,
Suplícote blandísimo ahora seas,
Dando la deidad que yo deseo
Al niéto tuyo é hijo mío Eneas.
Basta una vez al reino odioso, y creo
Haber bajado, y por las aguas feas
De Aqueronte, Cocito y lago averno,
Haber ya navegado en el infierno.»

Los dioses consintieron, y el semblante
De Juno (que antes era desdeñoso)
Pareció conceder, no ya cual ante,
Y luego dijo el todopoderoso:
«Merced de tal quilate y semejante,

Subir al alto cielo luminoso
 Y ser como nosotros de él vecino,
 Es justa cosa, y de ello es él bien dino.

»Pues tú, sagrada hija, así te mides
 Conmigo, que agradarte siempre gusto,
 Concédote de grado lo que pides,
 Pues para quien lo pides es tan justo.»
 Viendo que el negociar con sus ardides
 Le había salido en todo tan á gusto,
 Al padre dió las gracias, y al momento
 La llevan sus palomas por el viento.

Paró su ilustre coche donde baña
 El agua de Numicio (1) la ribera,
 Cubierta de verdura y mucha caña.
 A quien mandó con cara placentera
 Limpiar con su corriente al buen Troyano
 Cuanto en él de mortal y flaco era.

Ejecutó el mandado soberano
 El río, y con sus aguas bien lavado,
 Quedó lo que era eterno más lozano.

Su madre le ha en el punto perfumado,
 Ungiéndole con un color divino
 De ambrosía y sacro néctar bien mezclado,

Y vuelto en dios, la turba de Quirino
 Le puso nombre, Indígete, y le ha hecho
 Altar y templo honroso cual convino.

De allí fué Julio Ascanio de derecho
 Rey del latino reino y pueblo albano,
 Con valeroso, ilustre y bravo pecho.

Sucedió Silvio al hijo del Troyano,
 Que procreó á Latino, el heredero
 Del cetro antiguo y nombre más anciano.

(1) Créese que Eneas murió en las orillas del Numicio, en una batalla contra los etruscos ó los rútuos; y como no se encontró su cuerpo, esparcióse el rumor de que había subido al Olimpo.

Siguióse luego Epito, gran lucero,
Tras quien Capeto y Capis luego vino;
Mas Capis de los dos reinó primero.

Y luego sucesor fué Tiberino,
Que en Albula ahogado, puso nombre
A las furiosas aguas, cual convino (1);
Que á Rémulo y á Acrota, bravo hombre,
Dejó por hijos; fué el mayor hermano
Rémulo, pero no de tal renombre.

El cual, porque imitar al soberano
Con rayos quiso, de uno quedó muerto,
Punido del intento suyo vano.

Mas Acrota, varón de más concierto,
Le sucedió. Después de éste, Aventino,
Que fué del monte (á do reinó) cubierto,
De quien al mismo monte el nombre vino,
Y ya la gente ilustre gobernaba
Latina, y de Alba el claro Palatino.

Cuando la ninfa Pómona (2) gozaba
Gran fama entre las otras de hermosura,
Porque entre las demás se aventajaba,
Y en huertos y trazar de agricultura
Y recoger la fruta fué famosa,
De donde tiene nombre, que hoy la dura.

No busca el fresco río ó selva umbrosa;
En el labrado campo se entretiene.
De los frutales solos cuidadosa,

Ni con pintada aljaba ó arco viene;
Mas en su diestra (el gusto pretendiendo)
La podadera aguda siempre tiene,

Agora la lujuria reprimiendo
De los furiosos árboles crecidos
Sin orden, otras veces ingiriendo
Y haciendo que los árboles hendidos
Las adoptivas púas de alimento

(1) El nombre de Tiber al río Albula.

(2) Viene de *pomus*, palabra latina que significa manzana.

Provean y se le muestren bien crecidos.

Ni puede con sentir que esté sediento
Ningún frutal, que el agua correntía
Echar por sus raíces la es contento.

Su estudio y su gran gusto noche y día
Es ocuparse en esto, sin cuidado
De Venus y su ciega niñería.

Empero su vivir es recatado,
Que por guardar los huertos de villanos,
En ellos por de dentro se ha cerrado.

Y no sólo no admite los humanos
Coloquios, mas huyendo eternamente
Escapa de su vista y de sus manos.

Los Sátiros con baile conveniente,
Y los monteses Panes, coronados
Con verde pino la cornuda frente,

Para mostrarse muy enamorados,
¿Qué no hicieron, que dejó Sileno (1)
Su mucha edad y años disfrazados?

Y aquel que á los ladrones pone freno
Con la guadaña y miembro (2), por gozalla,
¿Qué no intentó por ver si fuese bueno?

Mas en servilla siempre y agradalla,
Vertumno á todos ellos vence y pasa,
Y la ventura misma que otros halla.

¡Oh, cuántas veces, con calor que abrasa,
En segador anduvo transformado
Segando, y cuántas vino por su casa

De heno recién corto coronado,
De suerte que su forma remirada
Por aguadañador fuera juzgado!

Otras traía en la mano una aguijada
De forma que cualquierá que le viera

(1) Este era un dios que mudaba de formas y figuras cuando se le antojaba, como Proteo, etc.

(2) Era el obsceno dios Priapo, de quien hace burla Horacio en una de sus sátiras.

Jurara que venía del arada.

De leñador tomaba la manera
Y podador de vides, en la mano
Trayendo la recorva podadera.

Subiendo en las escalas muy ufano,
Querer quitar la fruta parecía
Madura del peral ó del manzano.

Soldado con la espada, y si traía
La caña, en pescador se transformaba;
Que por trescientas vías pretendía

La entrada, por mirar á la que amaba,
Y con lo que ella quiere se conforma;
Para ver á la cual imaginaba

Tomar últimamente nueva forma,
Diversa de las ya tomadas ante,
Y en vieja desdentada se transforma,

Con canas, con rugas y semblante
De tal, tomando un báculo y vestido
Al de una de sus años semejante,

Y entrando en el jardín fresco, pulido,
Ya que de tanta fruta se ha admirado,
El rostro á su señora convertido,
Su plática de este arte ha comenzado :

«Cuanto mejor labrado y más curioso,
Y puesto por más orden y concierto,
Y de mejores frutas abundoso
Que todos los demás está tu huerto,
Tanto es mayor tu seso y tu reposo
En obras semejantes descubierto
Que el de las Ninfas todas que aposentan
En Albula y sus aguas más frecuantan.

»Sálvete Dios, ¡oh virgen excelente,
Corona y flor del virginal recato!»
Diciendo así, besóla, y sumamente
Pareció serla el beso dulce y grato;
Que quien mirara atento y diligente,

Hallara aquel afecto y aquel trato
No ser la vieja, y luego se ha sentado
En un terrón con cuerpo corcovado.

Un ramo de un manzano sustentando
Que la fruta del mismo le apandaba,
Enfrente está de un olmo que trepando
Una vid con sus uvas abrazaba,
Y ya que su belleza remirando,
Con las razones tuyas le alababa.
«Si el tronco sin la vid (dijo) estuviera,
¿Qué fruto más que hojas produjera?

»También la vid que al olmo está abrazada
Y su frescura y fruto en él sustenta,
Sin él quedara triste y aterrada,
Viuda, sin arrimo, descontenta.
De tal ejemplo no se te da nada,
Pues con vivir á solas te contenta.
Ojalá que mudases tal intento;
Tendrías servidores á contento.

»No la que entre Centauros y Lapitas
Movi6 la disensi6n, ni el Troya Elena,
De quien se cuentan gracias infinitas,
Ni la mujer de Ulises di6 tal pena.
Que aun quitando ocasiones como quitas,
De tanta perfecci6n te muestras llena,
Que no s6lo te siguen los humanos,
Mas dioses, semidioses y egipanos.

»Pero si t6 me crees, y casarte
Pretendes bien, admite mi consejo,
Que puedes de mi seso confiarte
Con experiencias ya maduro y viejo.
Y cierto que en quererte y adorarte
Gran trecho á tus amigos atr6s dejo,

Vulgares matrimonios da de mano,
Pues debe ser el tuyo soberano.

»Escoge por esposo y por amante
Al dios Vertumno, y cástate conmigo;
Haz cuenta que le ves aquí delante,
Que yo por él me caso aquí contigo.
Y por que lo que digo no te espante,
Has de saber que me es tan caro amigo,
Que todo su contento y albedrío
Regula con el tuyo y con el mío.

»No creas (aunque tenga de ello fama)
Que se anda en varias formas por el mundo.
A do tú vives, vive; sólo llama
Dichoso á quien tu rostro tan jocundo
Merece ver; ni pienses quiere y ama
Cual el vulgo de amantes vagabundo
Que agora ha visto. Tú su amor primero
Has sido, y has de ser también postrero.

»Sin duda, diosa mía, sé decirte
Que los años de vida que tuviere
Te los ofrece todos. Pues servirte
Pretende todo el tiempo que viviere.
Mancebo, hermoso, y más quiero advertirte,
Que tomará las formas que quisiere,
O las que á ti te dieren más contento,
Siguiendo el gusto tuyo y mandamiento.

»Y más que profesáis el mismo oficio
Y amáis lo mismo, y con la fruta nueva
Le hacen los mortales sacrificio (1),
Queriendo que de todas se le deba.

(1) Las primicias de los frutos se consagraban al dios Vertumno.

Y por pensar que te hace á ti servicio,
En su derecha mano siempre lleva
Manzanas, aunque ya la fruta y flores
Olvida por vivir en tus amores.

»Ablándete un amor tan firme y puro;
Ten lástima de su martirio y fuego;
Rinde tu exento pecho, hasta ahora duro,
A lo que en nombre suyo pido y ruego.
Teme á la diosa Idalia, que te juro
La sabe bien vengar el niño ciego,
Y á Rhamnusia también, que siempre entiende
En castigar á quien á alguno ofende.

»Y para que escarmientes y avisarte
Que es la vejez en mí de gran provecho,
Quiero una cosa agora relatarte
Que en Chipre fué notísima de hecho.
Quizá para rendirte será parte;
Por dicha ablandaré tu duro pecho;
Acaso la noticia de mi cuento
Te servirá de ejemplo y de escarmiento.

»Había de sangre ilustre una doncella,
Del generoso Teucro descendiente,
Llamada Anaxarete, y fué tan bella
Cual suele ser la estrella del Oriente.
Ifis se enamoró de sólo vella,
De gran valor, aunque de baja gente;
Luchó con la razón contra su fuego;
Vencida, vino humilde al manso ruego.

»Tan grande fué la fuerza de su llama,
Que ni bastó razón ni resistencia.
La hermosa Anaxarete tenía una ama,
Y puesto el triste amante en su presencia,
Su miserable amor confiesa y clama,
Mostrando la ocasión de su dolencia,

Y pide (así la goce) se la hable,
No le sea dura, antes favorable.

»Y agora algún amigo que tenía
(Entre los otros muchos) por discreto,
Con gran solicitud le descubría
Aquel ardor bravísimo secreto,
Y su favor y ayuda le pedía,
Y á veces declaraba su conceto
En carta con dulcísimas razones,
Haciendo con sus lágrimas borrones.

»De noche muchas veces coronaba
Su puerta con amor sincero y puro
Y floridas guirnaldas, que bañaba
Con agua de sus ojos. Y en el duro
Lumbral el blando cuerpo recostaba,
La puerta maldiciendo y fuerte muro;
Mas ella está más cruda y más exenta
Que el mar cuando comienza la tormenta.

»Más dura, desdeñosa y más entera
Que el hierro de Norico (1), y muy más recia
Que está la viva piedra en la cantera,
Le amenaza, desecha y menosprecia.
Él, viéndola tan áspera y tan fiera,
Y que su fe vivísima desprecia,
Estando de dolor cercano á muerte,
Ante sus puertas dijo de esta suerte:

«Ya, Anaxarete, diosa de mi alma,
»Venciste; ya el enfado y el despecho
»Que yo te daba, tienes puesto en calma.
»No te haré más enojo de lo hecho;

(1) La Nórica, hoy Baviera, era, sin duda, abundante en mineral de hierro.

- »A punto ten el triunfo, lauro y palma
- »Por la victoria, y ese crudo pecho
- »Se huelgue, que por sólo no ofenderte,
- »Con gran contento quiero darme muerte.

- »Sin falta que has de verte constreñida
- »A serme en algún tiempo favorable,
- »Y pues que te enfadaba con la vida,
- »En no quererla te seré agradable.
- »Confesarás en viéndola perdida
- »Que mi merecimiento fué notable;
- »Bien es verdad que faltará mi aliento
- »Primero que de amarte á ti mi intento.

- »Dos luces faltarán al alma mía
- »Al tiempo de mi triste y fiera muerte:
- »La vida y el contento que tenía
- »Crudísima señora, sólo en verte.
- »Que pues tan brava es tu tiranía,
- »Más quiero yo acabarme que ofenderte;
- »Yo tengo por mejor y por más justo
- »Morir, que darte un punto de disgusto.

- »No quiero que mi muerte te la cuente
- »La fama venidera, que sin duda
- »Yo muerto la diré, pues que presente
- »Me has de mirar y hartarte de ser cruda.
- »¡Oh dioses!, si está claro y evidente
- »Que veis lo que acá pasa, y nadie duda,
- »Pues que mi lengua pide poca gloria,
- »Suplícóos que tengáis de mí memoria.

- »Y pues que mi ventura fué tan corta
- »Sirviendo tan cruel y yerta dama,
- »Lo que de edad y vida se me acorta
- »Haced se alargue en sempiterna fama.
- »Mucho más que vivir, á mí me importa
- »Que sepa todo el mundo de mi llama,

»Y oyendo su desdén y mi firmeza,
»Cualquiera tome ejemplo en mi cabeza.»

»Diciendo así, la cara levantada,
Y lagrimosos ojos, dolorido
Miró la puerta, que antes coronada
Con rosas y guirnaldas de él ha sido.
Ató á la sobrepuerta una lazada
Diciendo: «Tal corona has tú querido,
»Malvada, que te precias aún de sello»;
Y echóse un fuerte lazo al débil cuello.

»Atada la garganta, está colgado,
Colgado, mas la cara vuelto á ella.
Con los pies ha tan recio coceado,
Y ansias de su muerte y cruda estrella,
Y tales golpes en la puerta ha dado,
Que no pudiendo abrir, pudo movella.
La gente de criados que despierta,
Acuden al rüido de la puerta.

»Y en el momento mismo que llegaron,
Las puertas meneadas han abierto.
Del caso desastrado se espantaron
Que con abrir hallaron descubierto.
Y remediado en vano, al fin llevaron
A casa de su madre al triste muerto
(Que el padre era difunto poco había)
La cual en su regazo le ponía.

»Abraza el cuerpo frío, y con despecho
El hijo muerto llora amargamente,
Y ya que ha dicho todo, y ya que ha hecho
Lo que á una triste madre es conveniente,
El cuerpo iba puesto ya en el lecho,
Acompañado de llorosa gente.
De Anaxarete (acaso) cerca estaba
La casa, y ya la pompa que llegaba,

»Llevándole en las andas por la calle,
 La sin ventura madre y compañía,
 Anaxarete vino, que lloralle
 Los lastimados deudos bien oía.
 Y dijo: «Quiero al triste ver llevalle»
 (La vengadora diosa (1) la impelía
 Para castigo á su crueza insana),
 Y púsose á mirar de una ventana.

»A Ifis muerto apenas ha mirado,
 Puesto en el ataúd, serena y leda,
 Cuando sus ojos yertos se han quedado;
 Sin sangre y sin color al punto queda;
 Volver quisiera atrás, y fue excusado,
 Ni el rostro no hay volver, estése queda.
 Que la áspera dureza de su pecho
 Cundió en el cuerpo y la ha de canto hecho.

»Y por que entiendas que esta es verdad pura
 Y no ficción ó burla de mí indina,
 Su reina convertida en piedra dura
 Conserva la ciudad de Salamina.
 Y en nombre de la Venus (que procura
 Favorecer al que al amor se inclina),
 Movidos del prodigio y del ejemplo,
 Edificaron un solemne templo.

»Así que, ninfa mía, escarmentada
 En el castigo de ésta, escucha el ruego:
 No estés tan desdeñosa y enfadada
 Con quien por ti se abrasa en vivo fuego,
 Así tu flor y fruto de la helada
 Sé libre, ni te dé desasosiego
 Con su soberbio soplo y movimiento
 Sacudiendo tus árboles el viento.»

(1) Nemesis,

Aquesto en vano dicho, se transforma
Vertumno en graciosísimo mancebo,
Dejando la arrugada y vieja forma.

Y tal se la mostró, cual suele Febo
Salir de en bajo alguna nube obscura
Con rayo y resplandor ilustre y nuevo.

Por fuerza de ella ya gozar procura,
Y no fué menester, porque ella estaba
Como él aficionada á su hermosura.

Ya en Alba en este tiempo gobernaba
El falso Amulio, y ya restituído
El reino, que el traidor tiranizaba,

Al viejo Numitor, favorecido
De los ilustres nietos suyos era,
Y á Palas sacrificio instituído (1).

Cércase la ciudad, y guerra fiera
Por Tacio y los sabinos se ha trabado
Con la romana gente, de manera

Que habiendo con instancia procurado
Entrar la fortaleza, se concierta
Que sea por Tarpeya el paso dado.

Movida de codicia, dió la puerta,
Y el alma, por sus graves desatinos,
Con las doradas armas siendo muerta.

De allí á las guardas fueron los sabinos,
Dormidos, á cuchillo los metieron,
Callando como lobos muy malinos.

Las puertas en el punto combatieron,
Que Rómulo cerrado las había,
Y al tiempo que llegaron advirtieron

Que Juno callandico les abría
La una, que ni el quicio no sonaba;
Con tanto aviso y cuenta lo hacía.

La diosa Venus sola oyó el aldaba,

(1) Fiestas á Palas, diosa de los pastores, y en un día de estas fiestas se principió la fundación de Roma, de modo que eran aniversario de dicha fundación.

Aunque con gran silencio y sin rüido
La hija de Saturno la quitaba.

Y la tornara á echar, si permitido
Fuera quitar un dios lo que otro hace,
Lo cual es á cualquiera prohibido.

Empero de esta forma satisface
A su deseo. Fuése cabe Jano
A las Hesperias Ninfas, donde nace
Una agua frigidísima en verano,
Y en este menester socorro pide
A todas con semblante soberano.

A la servir cualquiera se comide,
Pues era cosa justa su demanda,
Y á su deseo su poder se mide.

Porque ante el templo abierto, donde estaba
El de dos frentes Jano, la corriente
(Que había de ser estorbo) aun no pasaba,

Cuando en lo más bajero de su fuente
De azufre y de betún se puso fuego,
Y el agua helada se mudó en ferviente.

Los postes de la puerta humean luego
Que siendo á los sabinos concedida,
Se la ha negado Venus con su ruego.

Y aquella fuente allí recién nacida,
En tanto que se armaron los romanos,
Y Rómulo á batalla los convida.

Vinieron tan de veras á las manos,
Que fué tan sanguinosa aquella guerra,
Que con feroces golpes é inhumanos,
Cubierta de los muertos fué la tierra,
Sabinos y romanos, de tal arte,
Que su intención se vió ser cruda y perra.

Los suegros caen aquí, de la otra parte
Los yernos, cada cual tan bravo y fiero
Con el espada en la mano como un Marte.

De tal discordia el fin y paradero
Fué buen concierto y paz, que no quisieron
Que el hierro lo acabase y el acero.

Tacio y su gente á Roma se vinieron,
Mas el romano pueblo y el sabino
(Ya muerto Tacio) unánimes tuvieron
A Rómulo por rey, y cual convino
Los gobernaba justa y santamente,
Cuando en el cielo Marte armado vino,
Y dijo ante el señor omnipotente :

«El tiempo es ya llegado, padre eterno,
Pues el romano pueblo se está quieto,
A solo un rey de seso y de gobierno,
Divino y valeroso, muy sujeto,
En que debéis pagar el don superno
Y prometido á mí y al digno nieto,
Y quitando tal príncipe del suelo,
Ponerle en el empíreo y claro cielo.

»Vos mismo me dijisteis, señor mío,
Pretende de los dioses el senado
(Que de vuestra palabra en que me fío,
Estoy como en razón bien enterado),
Uno será por su valor y brío
De ti sobre los cielos sublimado.
Ejecutemos deuda tan expresa,
Y cúmplase, señor, esta promesa.»

Consiente Jove omnipotente luego,
Fronidos disparando, con que el mundo
Hizo temblar, estando el aire ciego
De nubes, con que el rostro tan jocundo
Del claro sol se cubre, y al momento
Subió en su carro Marte furibundo.

Uniendo los caballos al sangriento
Timón, y sacudidos cual convino,
Partieron con ligero movimiento.

Tomando cuesta abajo su camino,
Hendiendo el aire, pára en el collado

Más alto del umbroso palatino (1),
 Do Rómulo fué al tiempo arrebatado,
 Que el pueblo como padre gobernaba,
 No como rey soberbio y entonado.
 Y cuando al alto cielo penetraba
 De la inmortalidad se revestía,
 Y la mortal librea desnudaba,
 Que el aire la gastaba y consumía
 Como aplomada bala, y forma hermosa
 (Cual á quien ya era dios) le sucedía.
 Estaba su mujer triste y penosa
 Llorando por perdido á su consorte,
 Cuando la reina Juno poderosa
 A Iris despachó que la conforte.
 Bajóse por su arco, en cumplimiento
 De lo mandado, y con gracioso porte
 A Hersilia, descubriendo así su intento :

«¡Oh principal honor, lustre y decoro
 Del pueblo italiano y del sabinol
 Matrona ilustre, pues del alto coro,
 Quien tu marido ha sido, agora es dino.
 Si verle quieres, pon ya fin al lloro,
 Y ven tras mí; verás en el Quirino (2)
 Collado un fresco bosque, do está el templo
 De Rómulo (3), romano rey y ejemplo.»

Hersilia la obedece, consolado
 Su llanto; bájase Iris al instante
 A tierra por su arco tan pintado.
 Llamóla, vino, púsose delante
 Hersilia muy humilde y vergonzosa,

(1) Uno de los siete collados sobre los que está edificada Roma.

(2) El Quirinal, otro de los siete collados que sirven de base á Roma.

(3) Templo dedicado á Rómulo con el nombre de Quirino.

Y con los ojos bajos y semblante,
Así diciendo respondió á la diosa:

«¡Oh diosa! (que aunque yô no he conocido
Quién seas, sé que diosa eres de cierto)
Guíame donde vea mi marido,
Que (como dices) creo que no es muerto.
Si tal merced hubiese merecido,
Vería ciertamente el cielo abierto;
Estimaría en tanto tal consuelo,
Cual si señora fuera ya del cielo.»

Y sin tardar, los pasos virginales
Siguiendo de la diosa Tgaumantea,
Llegaron á los altos Quirinales.

Allí bajo de la región Astrea,
Una estrella divina, refulgente,
Que al cabello de Hersilia se rodea,

Subióse por el aire prestamente.
Recíbela en el cielo el Rey divino
Que puso ley á la rōmana gente.

Con nuevo nombre al nuevo ser previno,
Y vuelta en diosa, la ha llamado Hora (1),
Que un mismo altar y templo con Quirino,
Y un mismo sacrificio goza agora.

(1) Hora era, lo mismo que Hebe, diosa de la juventud.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

De rey segundo, en tanto, se trataba,
Que pueda sustentar la carga suma
Como el primero rey la sustentaba,
En quien lo necesario se presuma.
Nombró por tal (muy digna y justamente)
La pronosticadora Fama á Numa (1).
No se tenía por hombre suficiente,
Aunque sabía los ritos en que vive
Con buen gobierno la sabina gente.
Mayores cosas trata, y las concibe
Con ánimo capaz, y su cordura
A cargas más pesadas apercibe.
El orden de las cosas y natura
Pesquisa con grandísimo cuidado,
Y por poder saber lo que procura
La patria y los sabinos ha dejado,
Y fuése á la ciudad do recibido
Fué Hércules del dueño y hospedado.
Y cuando el sitio y muro hermoso vido
En los confines suyos comarcanos,
Del fundador pregunta, y respondido
De esta arte le ha un varón de los ancianos :

(1) Rómulo estableció con la fuerza el reino de los romanos, y Numa organizó y consolidó el Estado con los ritos y ceremonias.

«Con la victoria y bueyes que en España
Gerión, muerto Alcides, ha ganado,
En la lucinia orilla, que el mar baña,
Dichoso y rico se ha desembarcado.
Según se dice, estando en la campaña
Apacentando todo su ganado,
A casa de Crotón rogado vino,
Do relevó el cansancio del camino.

»Y ya volver queriendo á su viage,
Al huésped dijo: «Yo te certifico,
»En pago del regalo y hospedaje,
»Que este palacio tuyo, agora chico,
»Será ciudad ilustre, y tu linaje
»En ella gozará de un pueblo rico,
»Con gente clara, en todo muy perfecto.»
Y á la promesa se siguió el efecto.

»Porque un Mycillo hubo, que engendrado
En Argos fué de Alemón, el cual era
Devoto y justamente regalado
De la divinidad de aquella era;
A quien en sueños se ha manifestado
Hércules y le habló de esta manera:
«Tu patria desampara, y vete al punto
»Donde Esaro (1) se ve con el mar junto.»

»Y añade, que no habiendo obedecido,
Le afligirá con daño y pena tanta,
Cuanto merece aquel descomedido
Que su mandato ó ley tuerce ó quebranta.
Después que el dios y el sueño despedido,
Atónito Mycillo se levanta,
Y en la visión pensando y mandamiento
Discurre su secreto entendimiento.

(1) El Aesar, río de la Calabria que pasaba por Crotona.

»De lo que había de hacer dudoso estaba,
Y anduvo mucho tiempo pensativo.
Partirse de su pueblo le mandaba
El dios, contra su patria muy esquivo.
La ley de aquella tierra castigaba
Cualquiera ciudadano fugitivo,
Y era el castigo y pena de tal suerte,
Que no pagaba menos que con muerte.

»El blanco Sol su cara rutilante
En el Océano mar metido había,
Y la morena Noche, con semblante
Obscuro y estrellado, ya salía.
Párecelle que ve lo semejante,
Y al mismo dios, que airado proponía
Mayor castigo que antes, más tormento,
Si luego no obedece al mandamiento.*

»Temiendo, procuraba diligente
Con todas sus alhajas nuevo asiento.
Murmura la ciudad, y no consiente
Quebrar su ley: acúsanle al momento.
No fué menester prueba, que patente
Está el delito suyo y el intento.
El pleito estaba dado por concluso.
El reo á Dios en oración se puso.

»Mirando al cielo está de hito en hito,
Las manos ambas puestas sin consuelo,
Diciendo: «¡Oh santo Dios fuerte y bendito
»Que por tu gran virtud ganaste el cielo,
»Pues fuiste la ocasión de mi delito,
»De mi prisión amarga, de mi duelo
»Séla, Señor, agora con tu ayuda,
»De defenderme de esta gente ruda!»

»Con piedrecillas blancas absolvían,
Con negras los antiguos condenaban;

Los pleitos de esta suerte dirimían,
 Con esta ceremonia los votaban.
 De aquesta misma forma dado habían
 Sentencias. Ya las piedras se sacaban.
 Con negras los jüeces sentenciaron,
 Mas al salir en blancas se tornaron.

»Resuelto ya el debate, por clemencia
 De la deidad oculta, que ha mudado
 En blanca y favorable la sentencia,
 Mycillo fué por libre luego dado.
 Al padre Alcides dió con vehemencia
 Las gracias por favor tan señalado.
 Entró en el mar Jonio, y con buen viento
 Pasó el lacedemónico Tarento,

»Asybari también, y al salentino
 Neetho dejó atrás, y navegando
 Pasó los senos todos de Turino,
 A Japigya con Temesén dejando.
 No bien pasadas ya con su camino
 Las tierras que á la mar están mirando,
 De Esaro halló la hadada (1) boca,
 Por do su agua á la salada toca.

»Hallado ya el asiento que procura
 Con mucha diligencia y gran cuidado,
 No lejos vió la noble sepultura
 Do el buen Crotón estaba sepultado.
 Edificó su muro en la verdura,
 Conforme al mandamiento de antes dado,
 Nombrando la ciudad (2) del propio nombre
 Del enterrado, digno de renombre.»

(1) El sitio que le había prescrito el hado.

(2) Crotona créese que sea hoy Cortona.

Principio tal mostraba en su respuesta
El viejo á la ciudad en do vivía,
Que en el confín de Italia estaba puesta.

Aquí vivió un varón, el cual había
Nacido en Samos (1), mas dejó su tierra
Por el estrecho grande en que la vía.

Por no ver los tiranos se destierra (2)
De propia voluntad, determinando
De hacer á tiranía siempre guerra.

El cual (aunque del cielo desviado)
Con el entendimiento cada día
Los altos dioses ha comunicado.

Y lo que el cuerpo suyo no podía
Saber, por su flaqueza, con el alma
Y velador cuidado lo aprendía.

Estaban sus discípulos en calma,
Admirando maestro tan profundo,
Que con doctrina llana cual la palma,

La causa de las cosas y del mundo
Mostraba, y el poder de la Natura,
Con estilo tan grave cuan facundo.

Qué cosa fuese Dios, de qué hechura
La nieve, y rayo ardiente se forjaba,
Con mucha claridad mostrar procura.

Si el trueno de las nubes resultaba,
Rompiéndolas la fuerza de algún viento,
O Júpiter airado le causaba.

La causa les decía y fundamento
Del terremoto, y con saber curioso,
De las estrellas muestra el movimiento (3).

De suerte que lo más dificultoso,
Lo incógnito á los hombres descubría
Con el ingenio suyo poderoso.

(1) Samos, isla del mar Icario.

(2) Reinaba entonces en Samos el tirano Policrates.

(3) Todo esto es un breve compendio de la filosofía de Pitágoras.

Aqueste fué el primero que impedía
 Matar para comer los animales;
 Y la opinión que el vulgo no creía,
 Fundaba con razones, y eran tales:

«Dejad de hoy más, ¡oh hombres!, las viandas
 Que vuestros mismos cuerpos contaminan;
 Mirad que vuestras mesas tan nefandas
 Los inmortales dioses abominan.
 Manzanas hay dulcísimas y blandas,
 Y tantas, que los árboles se inclinan;
 Hay pan, maduras uvas y crecidas;
 Hay hierbas para crudas y cocidas.

»Ninguno es bien, mortales, que sospeche
 Que el alimento suyo se le acorta;
 Coma cualquier manjar que le aproveche,
 Que esto es lo que hace al caso y más le importa.
 A nadie se deniega blanca leche,
 Ni miel, que con olor sólo conforta.
 La tierra siempre es pródiga en criaros
 Con que podáis muy bien alimentaros.

»Empléase criándoos muy de veras
 Viandas, mas ninguna os da sangrienta:
 Las carnes son manjar de bestias fieras,
 Y aun es verdad que á todas no contenta.
 Susténtanse de hierbas las vaqueras,
 De hierba aun el caballo se sustenta;
 El ser de los gánados se conserva
 En las dehesas sólo con la hierba.

»Al bruto rey furioso y tigre Hircana
 Y al lobo carnívoros da contento
 Comer con insaciable y fiera gana
 Manjar hecho pedazos y sangriento.
 El oso fiero, con su furia insana,
 De tal vianda gusta y alimento.

Terrible mal, traiciones son extrañas
Alimentar entrañas con entrañas.

» ¡Oh Dios, qué bravo insulto, ó caso fuerte,
Que un cuerpo de otro cuerpo sea comida,
Y engorde la una carne de tal suerte,
Que se ha de ver la otra consumida!
¡Que muera un animal, y con su muerte,
A otro se conserve el ser y vida!
¡Que para mitigar uno la hambre
Se corte á otro la vital estambre,

» De modo que aun en tanta muchedumbre
De cosas que te cría y alimenta
La tierra, liberal de servidumbre,
Ninguna, si no hay sangre, te contenta!
¿Y gustas parecerte en la costumbre
Al fiero Polifemo? ¿Ni se asienta
Tu estómago malvado y apetito
Sino con muerte de otro, di, maldito?

» Aquella edad antigua, que dorada
Llamamos con razón y justo nombre,
Con frutas y con hierbas, fortunada,
Su fama ha conservado y su renombre.
De heridás ni de sangre supo nada;
Y no sólo seguro andaba el hombre
Entonces de traiciones y de males,
Mas aun los peces, aves y animales.

» Seguro estaba el mundo y con reposo,
De amor y paz y de contento lleno.
Después que aquel autor, cierto envidioso
A nuestro modo de vivir tan bueno
(Quienquiera dios que fuese), fué dañoso,
Inventando manjar perverso, ajeno
De fraternal concordia, seso y tino,
A toda la maldad se abrió camino.

»Ni fué al principio la maldad tan fuerte
 Que se manchase el ya caliente hierro
 Con sangre, con heridas y con muerte
 Más que de fieras, cuyo intento perro
 Era acechar las gentes, de tal suerte,
 Que así como matarlas no fué yerro,
 Pues perseguían crueles nuestra vida,
 Lo fué muy grande usarlas por comida.

»Pasó adelante el mal y tiranía,
 Y el primer animal que ha padecido
 La puerca fué, que hozaba y destruía
 El pan recién sembrado, no nacido.
 Su vida en sacrificio se ofrecía.
 La del cabrón á Baco se ha ofrecido (1),
 Porque mordió la parra, y la disculpa
 Es que ha dañado á entrambos propia culpa.

»Mas vosotras, ovejas, apacible
 Ganado, todo lleno de provecho,
 ¿Qué ofensa fué la vuestra tan terrible,
 Para que tal agravio os hayan hecho?
 Aprovecháis al hombre lo posible,
 Y queda de vosotras satisfecho;
 De leche le servís con vuestra ubre;
 La lana que le dais le viste y cubre.

»Mátaos la gente dura, entontecida,
 De condición perversa, fiera y fuerte,
 Con ser más importante vuestra vida
 Para el servicio suyo que la muerte.
 Los bueyes, ¿qué pecaron? Res naci'a
 Sin fraude, sin doblez y de tal suerte
 A tolerar trabajos aplicada,
 Que en todo es de provecho, y daña en nada.

(1) Por estas razones y las demás que siguen, eran sacrificados el cerdo á Ceres y el macho cabrío á Baco.

»En conclusión, ingrato me parece,
Y de memoria falto é inhumano,
Y tal que el don precioso no merece
De Ceres, el durísimo villano
Que al buey, con cuya industria se enriquece,
Con quien hizo el barbecho y el verano,
Quitada la melena y corvo arado,
Con la segura le haya acogotado.

»Y es lo peor, que su maldad disculpa
Y cubre con fingido intento y velo,
Atribuyendo la traición y culpa
A los sagrados dioses en el cielo:
Y si la obra suya alguno culpa,
Por defensor presenta un santo celo,
Creyendo que en la muerte del becerro
Se aplaque el alto Dios con ser gran yerro.

»La más hermosa res (porque si agrada
Es por su mal) se ofrece en sacrificio,
Con vendas y con oro señalada (1),
Sin mancha, sin defecto ni otro vicio;
Y ante el altar y fuego presentada,
Al sacerdote escucha y ve el oficio,
De espigas coronado cada cuerno,
Para agradecer con ella á Dios eterno.

»Y estando la inocente de esta suerte,
Con el cuchillo agudo siendo herida,
Se queja con bramidos de la muerte,
Privada de la sangre y de la vida.
Y el sacerdote nota, mira, advierte
En sus entrañas vivas la escondida

(1) Era rito dorar las astas y frente de las víctimas y adornarlas con cintas y guirnaldas, y á esto aludió Virgilio en aquel verso:

Et statuam ante aras aurata fronte juvencum.

Voluntad de los dioses sacrosanta.
La carne come la voraz garganta.

»¿Qué hambre de manjares prohibidos
Es ésta, crudos hombres? ¿Qué apetito?
¿Osáis comer mortales? Dadme oídos,
Que yo os descubriré vuestro delito;
Y si (como yo os ruego) arrepentidos
Estáis de atrevimiento tan maldito,
Amad mantenimiento más modesto,
Notando lo que enseño y amonesto.

»Gustad de la doctrina, pues yo gusto
De os la manifestar como maestro,
Y entended que comiendo á vuestro gusto
De un buey, quizá coméis de un siervo vuestro
Y pues me mueve Dios, será muy justo
Seguir su inspiración, y como diestro
Mi Delfos descubrir y el alto cielo,
Y aquel secreto oráculo de Delo.

»Cantar pretendo cosas encubiertas
Gran tiempo, y en el mundo nunca oídas;
Que así como ellas son sin duda ciertas,
De los antiguos fueron no entendidas.
Para volar las alas tengo abiertas,
Las plumas desplegadas y tendidas;
Ya sobre las estrellas altas vuelo,
Dejando el apocado y bajo suelo.

»Dejar la tierra quiero y el asiento
Que como los demás humanos tuve;
Sobre Atlas va mi alto entendimiento;
Seguirle quiero y ver adónde sube.
Y para conseguir mi fin é intento,
Pretendo aprovecharme de una nube,
Los hombres sin razón teniendo un pecc
Y amonestarles sigan lo que toco.

»Con los bestiales hombres me amohino
De ver que el más cabal, discreto y fuerte,
Tan insensato es y tan sin tino,
Y sigue su apetito tal de suerte,
Que como un azogado de continuo
Le trae temblando el miedo de la muerte;
Consolarle los míseros cuitados,
Desenvolviendo el orden de los hados.

»¡Oh especie humana, atónita, medrosa
De muerte, sin razón ó causa alguna!
¿Por qué teméis la casa tenebrosa
De Ditis, Aqueronte, ó la laguna
Estigia? ¿Pues es cierto todo cosa
Fingida? (1) Lo cual tiene en sí ninguna
Fuerza más de ser sólo fundamento
Do inventen los poetas á contento.

»Que tengan fin los cuerpos con flaqueza,
Que el fuego con su llama los consuma,
Sabed que gozan siempre de entereza,
Ni pesan esos daños una pluma.
El alma es inmortal; naturaleza
De suma duración, de vida suma,
La cual muy de ordinario muda casa,
Y si de aquesta sale, á aquella pasa.

»Y por que lo que agora enseñó y digo
No pueda á los oyentes dar espanto,

(1) Para establecer Pitágoras su desconcertado dogma de la transmigración, empieza por afirmar la frugalidad de aquella primera edad que se llamó de oro, en que los hombres se mantenían con frutas, queriendo reducir las cosas á estos tres primeros alimentos y proscribir el uso de las carnes, apoyándose para ello en su errado dogma de la transmigración, bien opuesto á la razón y á la creencia que hasta él tuvieron todos los gentiles de que las almas no pasaban á animar á otros cuerpos, sino que eran inmortales, y según sus méritos eran destinados á tormentos ó á delicias eternas en el desagradable reino de Plutón.

De la troyana guerra soy testigo (1),
 Adonde era yo Euforbo hijo de Pantho (2).
 Clavóme Menelao como enemigo
 El pecho, y aun me acuerdo, tanto cuanto
 De las armas que traje; por más señas
 Que vi en el templo de Argos mis enseñas.

»En Argos en el templo vi de Juno
 Mis armas, y el escudo de mi diestra,
 Aunque se muda todo uno por uno,
 No hay para qué temer la muerte nuestra.
 No muere nada; cuerpo halla oportuno
 El alma si dejó la carne vuestra;
 Otro hombre, ó bruto, ó pez, ó ave encuentra,
 A quien anima al punto que en él entra (3).

»De aquí se va acullá, do no parando
 Se torna acá el espíritu, de manera
 Que cualquier cuerpo ó miembros ocupando,
 Con ser el mismo, no es cual antes era.
 Que el alma de una bestia está animando
 Un cuerpo humano á veces, y á una fiera
 Un alma racional la da gobierno,
 Y así no hay parecer insempterno.

»Y como se renueva la figura
 Que en blanda cera el vario sello forma,
 Que aunque en la misma cera se figura
 Se representa en ella nueva forma,
 Así perpetuamente el alma dura,
 Pero de un cuerpo en otro se transforma

(1) Es Pitágoras, en cuya persona va hablando el poeta.

(2) Fué Euforbo, hijo de Pantho, uno de los más bravos guerreros de los troyanos. Su alma emigró á Hemotimo, después á Pirro, y últimamente á Pitágoras.

(3) Este es el principal fondo del error de la transmigración.

Esta verdad ciertísima os revelo;
Creed á mi doctrina, que es del cielo.

»Pues es mi profecía soberana,
Como la oís, mortales, sea creída;
No es bien que al apetito y sucia gana
Del vientre, la piedad esté rendida.
Mirad que es tiranía fiera, insana,
Las ánimas privar de su manida,
Hiriendo el cuerpo suyo y aposento,
Y es mal que sangre á sangre da alimento (1).

»Y pues en alta mar desplego vela,
Y me levanto al cielo, do converso,
Los que seguís los pasos de mi escuela
Estad atentos todos á mi verso.
No hay cosa (según Dios me lo revela)
Que permanezca en todo el Universo;
Las cosas todas tienen ser mudable,
Cualquiera cosa es vaga y variable.

»Y lo que digo puede claro verse
En el continuo flujo y movimiento
Del tiempo, que no puede detenerse
Un día, ni una hora, ni un momento.
Cual el corriente rápido volverse
Atrás es imposible; así es intento
Vanísimo querer que se entretenga
El tiempo volador, ó se detenga.

»Porque como una ola en la avenida
Empuja á otra, y ésta que persigue
De la que viene al punto es perseguida

(1) En la hipótesis de su error quiere decir que el espíritu del animal que se mata puede haber sido el que antes animó á algunos de los abuelos ó ascendientes del que quita la vida al animal.

Y así su curso el agua lábil sigue,
 El fugitivo tiempo va en huída,
 Y tras un año otro año se prosigue,
 Con tiempo nuevo siempre y nuevo estado,
 Porque el que fué presente ya es pasado (1).

»Renuévanse los tiempos de manera
 Que no les dura el ser por un momento.
 Ya en este punto es lo que no era,
 Y luego ve su fin y acabamiento.
 Tras la estrellada noche, que ligera
 Camina con su presto movimiento,
 Se sigue la rosada y bella aurora,
 A quien sucede el Sol que el mundo dora.

»Ni el mismo es el color del alto cielo
 Al tiempo del descanso más entero,
 Con el que vemos cuando muestra al suelo
 Su cara lucidísima el lucero.
 Y aun es diverso manto y otro velo
 El que le cubre cuando, de su fuero
 Usando, la engendrada de Palante (2)
 Entrega el mundo á Febo rutilante.

»Aun el escudo mismo bermejea
 Del claro Sol, si sale ó si se encierra
 Mudando su semblante en la pelea,
 Que tiene con los humos de la tierra
 Apenas creeréis que el mismo sea,
 Si libre de la infame y baja guerra,
 Estando subidísimo en la altura
 Notáis su faz purísima y blancura.

(1) Horacio describió bien esta sucesión y vicisitud de las estaciones del año en aquella célebre oda que empieza *Diffugere nives*.

(2) La Luna.

»Nunca es igual ni juzgaréis que es una
 (Según son las mudanzas que padece)
 La cara de la instable y blanca Luna,
 Porque es siempre mayor mientras que crece.
 Si llega á decrecer, noche ninguna
 Se ve que más pequeña nos parece.
 ¿Y en el año no veis las variedades
 Que imitan á las nuestras cuatro edades? (I).

»Que en el verano es cual niño tierno,
 Herboso y matizado de colores,
 Mas sin firmeza alguna y sin gobierno
 Ni fruto á los granjeros labradores.
 Pero la Copia muestra lleno el cuerno
 De rosas, esperanzas y de flores;
 En breve de verano pasa á estío,
 Cobrando más robusta fuerza y brío.

»De niño pasa á mozo muy valiente,
 Con juventud firmísima y pujante,
 Edad de las edades más ardiente,
 De bizarría y bríos abundante;
 Sucédele el otoño brevemente,
 Faltándole el ardor que tenía ante.
 Entre mancebo y viejo, edad madura,
 De menos presunción y más cordura.

»Entre caliente y frío está templado
 El año, pero no de canas salvo,
 Estando Apolo en Libra aposentado
 Alumbrando á los hombres á su salvo.
 Luego el invierno viene enerizado,
 Con el cabello débil, cano ó calvo,

(I) Nuestro poeta hace cuatro las edades del hombre, comparándolas á las cuatro estaciones del año; pero otros las hacen siete con respecto al número de los planetas, y las cuentan de este modo: infancia, adulescencia, juventud, edad viril, decadente, senectud y decrepitud.

Temblando, perezoso, paso á paso,
De todo bien y de contento escaso.

»También la frágil nuestra carne humana
No tiene un solo punto de sosiego.
Lo que fuimos ó somos no es mañana,
Que el tiempo nos altera y muda luego (1),
Y aun es averiguado y cosa llana,
Que no lo negará ni aun el más ciego,
Que el más aventajado y más valiente
Fué día en que no fué sino simiente.

»Y siendo sólo carne sin figura,
Que con lo que ha de ser conforme ó cuadre
La forma con sus manos la Natura,
Metido allá en el vientre de su madre,
Y cuando nos congoja la estrechura,
Del aposento obscuro de la madre,
Nos permite y ayuda en la salida
Al aire, autor del alentar y vida (2).

»En saliendo á la luz el pequeñuelo
Recién nacido y sin vigor infante,
Está postrado, y luego por el suelo
Con cuatro pies, á fiera semejante,
Rastrea, y poco á poco toma vuelo,
Temblando, no de fuerzas abundante,
Y teniendo los nervios aun no finos
Comiézase á soltar haciendo pinos.

»El niño flaco, mozo es ya valiente,
Ligero y encendido como brasa,

(1) A semejanza de esto dijo Horacio: *Singula de novis anni prædantur euntes*, con lo que describió el lento estrago que van causando los años cuando empiezan á declinar, que esto significa la voz *euntes*.

(2) Esto comprueba la opinión de que el feto no respira en el útero materno, ni hasta que nace y sale al aire exterior.

La juventud se sigue, y brevemente
Corriendo, á la vejez amarga pasa (1).
Flaqueza, enfermedad, dolor se siente
En esta edad de todo gusto escasa,
Y todo se consume de tal suerte,
Que cuesta abajo vamos á la muerte.

»Milón ya viejo (2) llora, contemplando
Sus miembros, no del arte que solían
Al tiempo que con fieras peleando
A los hercúleos mismos parecían.
Su cara en el espejo está mirando,
Y las rugas que arada la tenían,
Elena, y de sí misma está admirada
Sabiendo que dos veces fué robada (3).

»¡Oh tiempo comedor, y tú envidiosa
Antigüedad, y cómo sois extraños!
Destruís y tragáis cualquiera cosa
Mascada con las muelas de los años (4),
Y poco á poco llega la penosa,
Inevitable muerte, que los daños
De la vejez aguza de manera
Que deja ya de ser el que antes era.

»Y aunque éstos que llamamos elementos,
En un estado nunca permanecen.

(1) Todo esto conforma bien con lo que leemos en el libro de Job acerca de la vida del hombre: *Fugit velus umbra et nunquam in eodum statu permanent.*

(2) Fué en su juventud un célebre atleta de la ciudad de Crotona, de tan grandes fuerzas, que de una puñada mataba á un novillo, y cogiéndole sobre sus hombros le llevaba por el espacio de un estadio, que son doscientas cincuenta varas castellanas.

(3) La primera por Theseo, y la segunda por el troyano Paris.

(4) El tiempo es significado por el planeta Saturno, cuya pintura mitológica es la de un hombre membrudo, descarnado y decrepito con alas en los pies, un reloj de arena con alas sobre la cabeza, signos todos de su velocidad, y una guadaña en la mano, con que todo lo destruye.

Preténdoos enseñar, si estáis atentos,
Las muchas variedades que padecen.
El mundo eterno cuatro fundamentos
Posee que jamás le desfallecen;
El engendrar es obra de sus manos;
Pesados con los dos, los dos livianos.

»La tierra y agua son los que su peso
Los lleva al centro y su naturaleza;
El aire y fuego, por faltarles eso,
Habitan un lugar de más alteza.
Los cuales, aunque distan por exceso
De aquella liviandad ó ligereza,
Se engendra de ellos todo cuanto nace,
Y en ellos se resuelve y se deshace.

»Si la pesada tierra se hace rara,
Se torna en agua líquida y se vierte.
El agua en aire, el aire en fuego para,
Adelgazados de la misma suerte,
Y si la liviandad le desampara
Al fuego, torna atrás y se convierte
En aire, el aire en agua, el agua en tierra,
Y siempre se continua aquesta guerra.

»De suerte que en ninguno permanece
La especie propia suya ni figura;
De uno se hace otro, y obedece
A la inventora universal Natura.
Y en todo el Universo no perece,
Creedme, de cualquiera criatura
Un punto, sino muda el ser y forma,
Y en otro nuevamente se transforma.

»De que esto se corrompa y se resuma,
Aquello toma ser y nueva vida;
Lugar se muda, pero digo, en suma,
Que cosa no hay ninguna consumida.

Ni mucho tiempo conservar presume
Su forma cosa alguna, ni lo pida,
Que tengo para mí sería gran yerro,
Que así viniste, siglo de oro, á hierro.

»De oro á hierro fué la edad dorada,
Que no hay constancia en bajo de la Luna;
Así mil veces viene á ser mudada
De los lugares varios la Fortuna.
Yo he visto tierra firme transformada
En mar estrecho, y tierra sé más de una
Que antes fué mar; y de esto que aquí digo
El Anchora en el monte fué testigo.

»Bien lejos de la mar conchas marinas
Halladas esto mismo comprobaron;
El llano con las aguas muy continas
Se hizo valle, y sé que chapuzaron
Diluvios en el hondo mar encinas,
Y en piélagos los montes transformaron.
La seca tierra se hace paludosa,
La húmeda lastriza y sequerosa.

»Aquí Naturaleza ha producido
Fuentes de nuevo, allí las ha cegado;
El mundo antiguamente conmovido
Produjo ríos y otros ha secado.
Y así cuando la tierra le ha sorbido
A Lyco (1), le ha bien lejos vomitado;
Por una boca entró debajo el suelo,
Otra le arroja á ver el claro cielo.

Erasino (2), que tuvo antiguamente
Su curso oculto, en Argos sale agora,

(1) Tito Livio le llama Marsio, y es un río que corre en la Lidia, cerca de la antigua ciudad de Laodicea.

(2) Río de la Arcadia, que nace en una laguna llamada Estinfale, de la cual se llamó Estinfalo hasta que se oculta debajo de la tierra, y cuando vuelve á salir se llama Erasino.

Sus aguas concediendo y su corriente
 A reses y la gente agricultora.
 Haberse amohinado de su fuente
 Y madre antigua es la Fama autora,
 Caico en Misia, y fué de forma y arte
 Que agora corre y va por otra parte.

»También por la Sicilia discurriendo
 Con arenosas olas Amaseno,
 Se seca su corriente, suprimiendo
 A veces, y otras corre de agua lleno.
 Anigro (1) se bebía, y de un horrendo,
 Pernicioso y malísimo veneno
 Que en sus pestilenciales hondas mora,
 Tendréis asco del agua suya agora.

»Después que los Centauros las heridas
 Que Hércules les dió con sus saetas
 En él lavaron, fueron corrompidas
 Sus aguas (si no mienten los poetas).
 ¿Qué mucho, pues las ondas conocidas
 De Hipanis (2) en dulzura por perfectas
 (Que de los montes Scíticos descienden)
 Con amargura extraña el gusto ofenden?

»De todo la mudanza es tan precisa
 Que de cualquier que sea no me admiro.
 Faros solía ser isla con Antisa,
 Solía ser isla la Fenisa Tyro.
 Agora no lo son. Está divisa
 Por el contrario Léucada (3) de Epiro;

(1) Río del Peloponeso, en la Elida; y se advierte que todos estos nombres son según la Geografía antigua.

(2) Río de la antigua Salmacia, que desemboca en el Ponto Euxino, hoy mar Negro.

(3) Isla del mar Jonio, llamada hoy San Mauro,

Divide el mar á Italia de Micina (1),
Con quien (la raya en medio) fué vecina.

»Mojones llevó el mar, borró la raya,
Y las tierras de en medio repujadas,
Al agua dió camino por do vaya,
Y Hesperia y Zancle quedan deslindadas.
Si preguntáis por Hélice en Acaya,
O Bura, sus ciudades anegadas
Las hallaréis, que suele el marinero
Mostrar el rastro de ellas verdadero.

»De los húmedos pueblos rastro resta
Debajo del profundo mar insano;
Hacer los mareantes suelen fiesta,
Mostrando muro y torres con la mano.
Vecina está á Trecén una gran cuesta,
Sin árboles, que campo fué antes llano
Y agora cubre altísima notable,
Y es la razón horrenda y admirable.

»La fuerza de los vientos encerrada
En las cavernas ciegas de la tierra,
Deseando de verse libertada
Y fuera de la cárcel do se encierra,
Con soplos furibundos, porfiada,
Al suelo que la estorba mueve guerra,
Y no pudiendo hacer lo que pretende,
En redondez el mismo suelo extiende.

»Abrir era su intento verdadero
La tierra que le oprime, su enemiga;
Mas no pudiendo hallar respiradero,
Y ya que ve que en vano se fatiga,

(1) De ésta ya queda anotado antes llamarse Mesina, en Sicilia.

Hinchióla, cual se suele hinchar el cuero (1),
 O como suele el soplo á la vejiga.
 Quedó el tumor, y el tiempo le ha encallado,
 Y el campo llano hízose collado.

»Mil cosas sé de oídas y experiencia
 Que se me ofrecen todas al presente,
 Y pues me dais, oyentes, grata audiciencia,
 Enseñareos alguna brevemente.
 El agua, ¿no advertís la diferencia
 De nuevas formas que ella da y consiente?
 Al mediodía está la fuente helada
 De Hamón; mañana y noche está templada.

»El agua de Athamante (2) es cierta fama
 (Por causas no muy claras y razones)
 Que en la creciente luna así se inflama
 Que vuelve los maderos en tizonas.
 Con su ruin calidad también se inflama
 Un río que poseen los Cycones (3),
 Que todo lo que toca torna en piedra;
 Bebido, los estómagos empiedra.

»De Cratis y de Síbaris (4), que baña
 La calabrés ribera, no es obscuro
 Enrubiar los cabellos, con tamaña
 Virtud, que son cual ámbar ú oro puro.
 Y fuerza hay en las aguas más extraña,
 Que los ánimos mudan, aunque duro
 Se os haga de creer. ¿A quién la linfa
 De Salmacis (5) se encubre obscena ninfa?

(1) La misma opinión sigue Séneca sobre las causas que producen los terremotos.

(2) Eran unos pueblos de la región de Epiro.

(3) Pueblos de la Tracia.

(4) Ríos de la Calabria.

(5) De esta fuente ya se habló en el libro IV, en la fábula de Hermafrodito y la ninfa Salmacis.

»Con ciertas experiencias conocido
 En Etiopía hay también un lago
 Que el que á beber sus aguas se ha atrevido
 En ese mismo punto lleva el pago :
 O se enloquece, ó queda tan dormido,
 Que da en letargo el capital estrago.
 Quien bebe de Cletorio (1) cierta fuente,
 De vino es enemigo eternamente.

»Es el que de allí bebe aguado fino,
 O porque á la sed suya satisfizo
 Con agua de virtud contraria al vino (2),
 O (como sus vecinos cuentan) lo hizo
 Melampo (3), que curó como convino
 (De hierbas componiendo un bebedizo)
 A las furiosas hijas del rey Preto (4),
 Haciendo como médico discreto.

»Y lo que con aquel medicamento
 Purgaron, que causaba su locura,
 Echaron en la fuente, que al momento
 Contrajo el odio al vino, que hoy la dura.
 La causa es ésta, aqueste es el comento
 Que dan á tal milagro de Natura.
 También de efecto bien contrario á éste
 Por Macedonia corre el río Lynceste.

»Porque cualquier persona que se atreve
 A de él beber inmoderadamente,
 Cual que de un puro y fuerte vino bebe,
 Veréis quien titubea de repente.

(1) Estaba en el Peloponeso, no lejos del istmo de Corinto.

(2) No es punto decidido si el vino es ó no cálido ó frío, y Macrobio, en el libro VII de las Saturnales, sostiene con eficaces fundamentos que el vino es frío.

(3) Fué un médico hijo de Amitaon.

(4) Baco enloqueció á las hijas del rey Preto por haber despreciado su culto.

Hay en Arcadia un lago, que se debe
Saber, y le llamó la antigua gente
Feneo, que beber del agua extraña
De día no hace mal, de noche daña.

»Según el tiempo y varios movimientos,
En sí conciben fuerzas diferentes,
Por unos ó por otros fundamentos,
Los lagos y los ríos y las fuentes.
Agora Ortigia (1) tiene sus cimientos
Muy firmes, y la vieron otras gentes
Nadar, y las Simplégadas, estables
Agora, sé que fueron variables.

»Las Simplégadas islas esparcidas
Causaron otro tanto miedo en Argo
Con el agua y el viento conmovidas
En el furioso mar, instable, amargo.
Agora pero están tan bien asidas,
Que no podrán mudarlas á mi cargo
Ni hacer que se meneen sus cimientos
Las olas espumosas ni los vientos.

»Ni aun Etna, que de azufre está inflamado,
Será fogoso siempre, ni lo ha sido;
Porque ó la tierra cuerpo es animado
Y su calor vital, que está encendido,
Ha por lugares muchos respirado
Y los humos y llamas expelido,
Cuando se mueve, puede en este caso
A su respiración mudar el paso.

»O los ligeros vientos so la tierra
En las cavernas hondas peleando

(1) Era la isla de Delos, en la que Latona parió á Apolo y á Diana.

Unos con otros mueven cruda guerra
Con duros pedernales encontrando.
De do resulta el fuego que se encierra
En las secretas venas, y hallando
Por do salir, las dejarán desiertas,
Y al punto se hallarán las llamas muertas.

»O son las llamaradas encendidas
Por el betún ó azufre que se enciende,
Y siendo las materias consumidas,
El fuego cesará que de ellas pende.
Porque sus fuerzas luego son perdidas
Acabado de hacer lo que pretende;
Que siendo tan finito el nutrimento
Ha de morir por falta de alimento.

»El lago Tritoniaco de Pallene
Hiperbórea (1) es de virtud tamaña,
Que en todo el Universo fama tiene
Que se convierte en ave el que se baña
En él, si nueve veces se entretiene
Nadándose en el agua suya extraña.
En Scitia cuentan que hay mujeres malas
Que se untan y las nacen luego alas.

»Los que lo dicen puede ser que acierten,
Mas yo jamás les quise dar creencia,
Bien que hay efectos grandes que se advierten,
Y á cada paso vemos la experiencia.
¿No veis que en gusanillos se convierten
Los cuerpos corrompidos? Dadme audiencia,
Que yo os haré decir que verdad digo,
Un toro presentando por testigo.

(1) Era la región que se llama Scitia, tierra muy fría, y que por soplar allí á la continua el viento bóreas fué llamada Hiperbórea.

»De un toro y sus entrañas corrompidas
 (El uso mostrará no ser consejas),
 Si está enterrado, luego veis nacidas
 Enjambres de agudísimas abejas (1),
 Que en flores y en rocío embebecidas
 Trabajan, zumbando á las orejas,
 Teniendo con su padre semejanza
 En ser del campo amigas y esperanza.

»Los tábanos también es cosa cierta
 Que nacen del caballo soterrado.
 Si en escorpión queréis que se convierta,
 Sin brazos sea un cangrejo sepultado.
 A los villanos cosa es bien experta
 Que el gusano que teje el delicado
 Algodón, de polilla agreste nace;
 La mariposa de él también se hace.

»El cieno esta dotado de simiente
 Apta para engendrar las verdes ranas;
 Al principio sin piernas, brevemente
 Para poder nadar salen lozanas.
 Y para hacer su salto conveniente
 (Las experiencias de esto vense llanas),
 Como son cortas piernas las primeras,
 Son largas y extendidas las postreras.

»Mal viva carne es la que la osa
 Pare, si la miráis recién parida;
 Lamiéndola la madre deseosa (2),
 Los miembros le repara, ser y vida
 A forma de esta suerte no hermosa,

(1) Lo mismo afirma Virgilio en el libro IV de las *Geórgicas*.

(2) Es un símil por el cual se explican bien los efectos de la educación. Nacen los hombres estúpidos y desarreglados en sus pasiones, y los padres con la buena educación los van formando para la vida social y virtudes morales.

Mas la que cabe en ella es reducida.
¿No nõtáis que la abeja está en la cera
Sin alas y sin pies, de esta manera?

»Las que han de ser enjambres podéis vellas
Sin alas y sin pies nacer primero;
Vístense de sus miembros después ellas,
Por discurso de tiempo venidero.
Y el pavo, que en la cola trae estrellas,
Con las venéreas aves, y el armero
De Jove, y las demás, ¿por dicha es nuevo
Nacer de lo interior de cada huevo?

»Quien no supiera ser verdad tan pura,
Jamás creyera que era de esta suerte.
Del hombre muerto allá en la sépultura,
La nuca diz que en sierpe se convierte.
Más de las cosas dichas nace, y dura
Cada una, porque en otra hay fin y muerte;
Pero una cosa hay sola, y ésta es ave,
Que repararse y resembrar se sabe.

»Fénix llaman esta ave tan divina
Los sirios, de la cual así se escribe,
Que sin simiente ó hierba á la continua
De amomo y lagrimoso incienso vive;
Y cuando de la vida se amohina,
Y es de quinientos años, se apercibe
De modo do de muerte lleva palma,
En la más alta cima de una palma.

»Formando con sus pies y duro pico
En el lugar altísimo su nido,
De nardo y de canela lleno, y rico
De cinamomo y mirra, se ha tendido
En él, y ya entregada al hado inico,
Su vida se ha entre olores fenecido;

De suerte fenecido, que del fuego
Otra pequeña fénix nace luego.

»Del cuerpo suyo mismo se renueva;
Teniendo en sí principios tan extraños,
Refórmase, renace, sale nueva,
Ajena de vejez y de sus daños.
El término de vida mismo lleva,
Habiendo de durar quinientos años.
Cuando la edad y fuerzas han crecido,
Lleva en las uñas de la palma el nido.

»La sepultura suya do fenece,
Y cuna donde fué su nacimiento,
Ya que para volar su fuerza crece,
Agarrada la lleva por el viento.
Y va volando al templo (do se ofrece
A Hyperión (1) sacrificio), y al momento
Mostrando de piedad insigne prenda,
A la puerta la deja por ofrenda.

»Si variar el sexo es caso extraño
Y novedad de maravillas llena,
Por muy cierto se tiene que cada año
Le muda un animal que llaman hiena;
Que la que siendo hembra sufrió hogaño
Al macho, y con el parto tuvo pena,
En el siguiente en macho se convierte,
Y el macho en hembra de la misma suerte.

»Y aun el camaleón, que come viento,
Con el color que toca se conforma;
Y lo que orina el lince, en el momento
Que toca el aire en piedra se transforma.
Y dicen del coral el mismo cuento,

(1) Es probable fuese la que se llamó Heliópolis.

Que en tocándole el viento toma forma
De piedra, y en el agua se conserva
En su ser natural de blanda hierba.

»Primero faltará su luz al día,
Y gozará del sol el mar profundo,
Que pueda declarar la lengua mía
Las cosas que se mudan en el mundo.
En lo que pasa y vemos cada día
La ciencia de mi escuela asiento y fundo;
Las cosas de este suelo así se andan,
Los que obedecen hoy mañana mandan.

»Así fué grande y llena de renombres,
De rentas y varones tan extraños,
Y tuvo sangre ilustre que sus hombres
Famosos derramaron por diez años,
La pobre Troya, agora que los nombres
Sustenta solo y rastro de los daños,
Mostrando por riqueza solamente
Ruina y sepulturas de su gente.

»Esparta clara fué, valió Micenas,
Y la ciudad de Anfión poderosa.
Pues ¿quién podrá decir que no fué Atenas
En todo el Universo muy famosa?
El nombre todas ellas aun apenas
Conservan, que son campo y no otra cosa.
Por el contrario, agora diz que empieza
Roma á subir con obras de grandeza.

»Gozando la Dardiana Roma crece
De su feliz agüero y buen destino,
Y muy cercana al agua se parece
De Tibre, que desciende de Apenino.
Debajo del gran monte allí florece,
Y va mudando forma de contino

Creciendo, y se verá con tal grandeza
Que del inmenso mundo sea cabeza.

»Por evidente cosa se publica,
Y es profecía antigua muy notoria,
Que esta ciudad que agora se ve chica
Será del Universo reina y gloria.
A Eneas (cuando ya su patria rica
Se iba á convertir en vil escoria),
Me acuerdo que el rey Eleno hablaba,
Y adivinando, así le consolaba:

«Si de mi adivinar noticias tienes,
»¡Oh hijo de la diosa!, yo te digo
»Que no tendrá fin Troya ni sus bienes,
»Pues tú te escaparás del enemigo.
»Irás por fuego y hierro, y en rehenes
»La dulce patria llevarás contigo,
»Hasta que el hado justo inevitable
»Lugar te dé extranjero más amable.

»Ya veo la ciudad de descendientes
»Tuyos poblada, llena y tan pujante,
»Que ni será, ni es, ni vieron gentes
»Ciudad en excelencias semejante.
»Varones suyos sabios y valientes
»La harán por muchos siglos ser triunfante,
»Mas uno, del gran Julio (1) procreado,
»Del Universo le dará el primado.

»De todo el mundo reina con gran gusto
»Será cuando la rija aquel gobierno
»Supremo del glorioso ínclito Augusto,
»Don celestial, divino, sempiterno,
»Que siendo emperador tan sabio y justo,
»Es justo que posea reino eterno:

(1) Dice esto por Julio César, de quien debe entenderse.

»El cuerpo y fama dejará en el suelo;
»El alma subiráse al claro cielo.»

»Esto me acuerdo yo del sabio Eleno
Al pío Eneas ser pronosticado,
Y estoy sin duda de contento lleno,
Porque comienza ya lo adivinado.
Vencer los griegos fué por cierto bueno
A los troyanos, pues de allí ha manado
Tan gran renombre, tan perenne gloria,
Que fué mejor caer que haber victoria.

»Mas por no dilatar mi vario vuelo,
Tornar al punto quiero do me fundo;
Y digo, que se muda el alto cielo,
Y todo cuanto cerca hasta el profundo,
Pues los que nos vestimos de este veló
Humano, como partes de este mundo
Que de cuerpo y de ánima constámos,
Negocio llano es que nos mudamos.

»De cuerpo terrenal y alma ligera,
Divina é inmortal el hombre es hecho,
Que puede entrar en cuerpo de una fiera
Si el aposento suyo ve deshecho.
Las cosas aun suceden de manera
Que á veces la contenta el rudo pecho
(Los humos y los bríos desechados)
De simples y mansísimos ganados.

»Así que es justa cosa consintamos
Vivir sin que ningunos se lo veden
Los cuerpos, que, según lo que afirmamos,
Dar aposento á nuestros padres pueden,
Hermanos ó parientes desterramos,
U hombres á lo menos que suceden
A las bestiales almas; si esto cesa,
No será de Thieste nuestra mesa.

»Cuan en costumbre mala endurecido,
 Cuan apto á desgarrar el pecho humano
 Es el que, sin moverse del bramido,
 Acogotó el ternero con su mano;
 Y el que al cabrito, oyendo su balido,
 Degüella, yo le tengo por tirano;
 Y por persona en quien cualquier mal cabe,
 Al que para comer mata algún ave.

»El que animales mata de esta suerte,
 ¿Qué dista de hacer hechos más extraños?
 Por cierto falta poco, si se advierte,
 Para emplearse en los humanos daños.
 El buey are, ó impute el fin y muerte
 Al curso trabajoso de sus años;
 La oveja contra el frío os aproveche;
 Sus ubres den las cabras con su leche.

»Las redes y los lazos engañosos,
 La liga que las aves trae sujetas
 Quitad; no persigáis los temerosos
 Venados con la hierba y las saetas;
 Cese el cubierto anzuelo; á los dañosos
 Matad y usad con ellos vuestras tretas;
 No los comáis, mas sólo os dé contento
 Vengaros, y buscad congruo alimento.»

De tales y otras cosas instruído
 Se dice que á su patria volvió Numa,
 Y de Roma el gobierno ha recibido.
 Y pudo sustentar la carga suma,
 Dichoso con Egeria su consorte,
 En quien tal gracia es bien que se presuma.
 Y á ella y á las Musas como norte
 Mirando, proveyó de sacrificios
 Y paz la belicosa y brava corte.
 Que dejada la guerra y ejercicios
 De Marte, con sosiego profesaron

Premiar virtud y castigar los vicios.
Y ya que con sus años se acabaron
La vida y reino suyo, amargamente
El pueblo y senadores le lloraron.
Porque ella con la pena y mal que siente
Se ha retirado al Aricino valle,
Donde á Diana Oresta el componente
Sacrificio impidió por más lloralle.
¡Cuántas veces las Ninfas de los lagos
Y bosques la indujeron á que calle!
Y teniendo por graves los estragos
Del llanto extraño, cuanto más lloraba,
Usando de consuelos y de halagos,
El hijo de Theseo comenzaba :

«Pon fin al desconsuelo y triste llanto,
Pues no eres sola tú malfortunada.
Verás por otras gentes otro tanto,
Si procurar consuelo no te enfada.
Pluguiera á Dios mi duelo (que fué cuanto
Basta muy bien á hacerte consolada)
No fuera tal; mas pues al tuyo excede,
Con causa justa consolarte puede.

»Si alguna vez hablando habéis oído
De Hipólito la historia y triste suerte,
Cómo el crédulo padre fué inducido
De la madrastra falsa á darle muerte,
Apenas que yo soy habréis creído
El que pasé por aflicción tan fuerte,
Y apenas yo también podré proballo;
Pero yo soy aquél, y aquí me hallo.

»Fedra (1), madrastra y persecución mía,
Habiendo vanamente procurado

(1) Fedra, mujer de Theseo y madrastra de Hipólito.

(Al tronco pareciendo do venía)
Que hubiese yo á mi padre deshonorado,
Fingió querer yo hacer lo que ella había
Que hiciese muchas veces deseado,
Si causa fué el desdén es cosa incierta,
O el miedo de no verse descubierta.

»Delante de mi padre al fin me acusa
De crimen tan enorme, torpe y feo;
Quise excusarme y no valió mi excusa;
Era inocente y túvome por reo.
Tan gran rigor en castigar me usa,
Que me maldijo el crédulo Theseo
Mi padre, y conmovido de su yerro
De su ciudad me condenó á destierro.

»En un ligero coche yo al momento
Subiendo, me partí triste y mohino,
A la Pythea Trecén teniendo intento
Enderezar el fin de mi camino.
Ya con mi presuroso movimiento
Llegaba de Corinto al mar vecino,
Cuando vi levantarse el mismo airado
En forma de un altísimo collado.

»Oí bramar, y vi que se hendía
La cima de las aguas de repente,
Y de ellas al instante vi salía
Un toro de la mar, y brevemente
Por boca y por narices expelía
El agua, y hacia mí volvió su frente.
Mi gente de temor toda temblaba;
Yo no, que de vivir cansado estaba.

»De miedo de la muerte vi turbados
Los compañeros míos, y con ellos
Vi también los caballos azorados
Volver hacia la mar rostros y cuellos,

Agudas las orejas, erizados.
Doblóse su congoja de así vellos,
Porque como de miedo se turbaron,
El carro entre peñascos despeñaron.

»Teniendo yo las riendas en la mano,
Procuro reprimir su furia loca;
Los frenos espumosos tiro en vano.
Ya que los ví bajar de roca en roca,
Bien creo que si fuera por lo llano
El carro, que su rubia y dura boca
No fuera más que mi gobierno era;
Mas ello sucedió de otra manera.

»Mi fuerza y mi destreza bien parara
Los caballos furiosos y bravazos,
Si el coche con las ruedas no topara
En un tronco do se hizo mil pedazos.
Cayendo di en las piedras con la cara;
Las riendas para mí se hicieron lazos,
Y las feroces bestias no parando,
Lleváronme entre matas arrastrando.

»Entre árboles y cantos muy espesos,
Lugares pedregosos y montañas,
Los nervies en un árbol y los sesos
En otro dejo, y dejo las entrañas.
Aquí pudieras ver quebrar mis huesos,
Y fueron mis desdichas tan extrañas,
Que mi cansado espíritu se ha salido
Del cuerpo destrozado y tan herido (1).

»La desventura mía fué de modo,
Que no pudieras bien determinarte

(1) Este funesto suceso lo describe bien Séneca en la tragedia que intituló *Hipólito*.

Cuál era pie, rodilla, brazo ó codo,
 Según lisiada vieras cada parte,
 Porque una herida era el cuerpo todo.
 ¿Qué te parece? ¿Puedes compararte
 Conmigo, Ninfa? Creo que no cierto.
 No es mucho, pues al fin llegué á ser muerto.

»El desastrado caso acerbo y duro
 Me despidió de vida y descontento,
 Y visité también el reino obscuro,
 Hallando en Flegétón (1) algún aliento.
 Tomara allá mi alma, á buen seguro,
 En los campos Elisios aposento,
 A no me la tornar la medicina
 Del hijo del dios Febo (2) tan divina.

»Y ya después que fuí resucitado
 Con el arte Peonia poderosa (3),
 Quedando el dios Plutón bien indignado,
 De nubes me cubrió la santa diosa,
 Por que no fuese visto y envidiado;
 Y para darme vida más gustosa,
 Y andar sin miedo ya de allí adelante,
 Me acrecentó la edad, mudó el semblante.

»Por que pudiese verme sin recelo,
 Me transformó la diosa tan discreta,
 Dudando si enviarme á la isla Delo
 Sería mejor que encaminarme á Creta.
 Pero dejando el uno y otro suelo,

(1) Era un río de los del infierno, cuya corriente fingieron era de fuego.

(2) Esculapio, á quien hacían dios de la Medicina.

(3) En esto no conviene Horacio, quien en la oda *Diffugere nives* manifiesta la contraria opinión, de que Hipólito quedó en el infierno y Diana no pudo conseguir de Plutón y Proserpina le restituyese á la vida.

Mandóme estar en esta montañeta (1),
Mandándome también dejar el nombre
Que me dió mi desgracia por renombre.

»Y quiso desde entonces me llamase,
No Hipólito, por cierto, que podía
Hacer que de caballos mé acordase,
Mas Virbio (2), que también me competía.
Tan gran merced fué causa que yo entrase
En este santo bosque y compañía
De los menores dioses, siendo agora
De ellos, y muy sujeto á mi señora.»

Pero aquel sentimiento y luto extraño
De la divina Egeria no podía
Con pena relevarse ajena ó daño.

En lloro se derrite noche y día,
Hasta que de piedad del mal que siente,
La santa diosa Febe se movía.

El cuerpo la transforma prestamente
(Siendo todo él en aguas atenuado)
En una muy helada y clara fuente.

La novedad las Ninfas ha espantado;
El que nació de la Amazóna (3) estaba
Estúpido, y del arte se ha admirado

Que el labrador tirreno, que miraba
El hadado terrón, estando arando,
Que sin mudarle nadie se mudaba,

Y luego forma de hombre en sí tomando,
Dejaba la de tierra, y de repente
Con nueva boca estaba adivinando.

(1) El valle de Aricia, donde estaba retirada Egeria.

(2) La etimología de esta voz es *bis vir*, esto es, dos veces hombre, porque después de destrozado volvió á recuperar su antiguo ser, según la opinión que aquí manifiesta el poeta.

(3) Hipólito.

Y le llamaron Tages (1), evidente
Maestro, excelentísimo adivino,
Doctor primero de la etrusca gente.

O como en el collado Palatino
Rómulo se admiró de ver asida
Su lanza á la raíz, no al hierro fino,
Sin ya ser arma, y vióla proveída
De sombras no esperadas, con que asombra
La gente, siendo en árbol convertida.

O como cuando Cypso (2) vió la sombra
De los nacidos cuernos (3) en su frente,
Por donde entre los reyes hoy se nombra,

Que burla ser pensando, y muy patente,
Lo que en el agua vía y no su daño.
Tentóse la cabeza prestamente,

Y el tacto le sirvió de desengaño,
Y disculpando la culpada vista,
Quedó admirado del prodigio extraño.

Viniendo vencedor de la conquista,
Allí se para; al alto cielo alzando
Los ojos y los cuernos, se contrista,
Y dijo á Dios de este arte suplicando:

«Altísimo Señor, Señor divino,
Cuyo gobierno el mundo todo abraza,
Si tal monstruosidad sobre mí vino
Para señal de alguna vuestra traza,
La patria mía, el pueblo de Quirino
La goce si es dichosa; si amenaza
Castigo vuestro de ira ó de braveza,
Caiga, mi Dios, en sola mi cabeza.»

(1) Para la fábula de Tages, véase Cicerón, *De Divinitatione*, II, 25.

(2) Fué un ciudadano romano célebre, porque se resistió á la ambición de reinar.

(3) Los cuernos eran en la antigüedad símbolo de fuerza y de poder.

De céspedes herbosos hizo luego
Altares, y á los dioses sacrificio
En ellos de oloroso y santo fuego.

Y muertas ya las reses más sin vicio,
Y derramando el vino y acabado
Por el ministro su devoto oficio,

La significación ha especulado
De aquel extraño caso que le avino
En las entrañas que ha sacrificado.

Y al punto que las vido el adivino
Tirreno (1), se espantó de la grandeza
De cosas que mudaba el Rey divino.

Mas no podía atinar con entereza
Lo que ha de responder, y está dudando
Con gran perplejidad muy buena pieza.

Hasta que de las fibras levantando
La vista á Cypo, cuernos vió en su frente,
Y al punto con él mismo razonando
Le dijo de la forma consiguiente:

«Sálvete Dios, ¡oh Cypo!, rey futuro.
Tus cuernos dan señales más que ciertas
Que te ha de obedecer el latío muro
En el instante que entres por sus puertas.
Pártete al punto, éntrate seguro,
Que sin contradicción te están abiertas.
Del hado inevitable yo concluyo
Que entrando en la ciudad serás rey suyo.»

Oída la respuesta que le ha dado
El sacerdote, dijo con disgusto,
Habiendo el pie y el rostro retirado
Del muro: «No permita Dios, ni es justo,

(1) Etrusco ó de Toscana, pues ya queda dicho que los de esta nación fueron los primeros que inventaron las artes adivinatorias.

Que haya lugar tan pernicioso hado;
Yo acabaré la vida con más gusto
En un destierro, y ojalá así sea
Antes que el Capitolio rey me vea.»

Al punto, conturbado del agüero,
Mandó llamar el pueblo y el Senado;
Los nuevos cuernos disfrazó primero
De verde hierba y hojas coronado,
Sobre un montón de piedras caballero (1),
Tornado en orador de buen soldado,
Y á Dios salutación habiendo hecho,
Explica los conceptos de su pecho.

«Hay un varón indigno de renombre
Aquí, señores (dijo), entre esta gente,
Que si de la ciudad no echáis tal hombre,
Será rey en entrando prestamente.
Sus señas os diré, mas no su nombre.
De cuernos proveída está su frente.
De Roma, aunque enemiga sea de reyes,
Si él entra, será rey, y os dará leyes.

»Pudiera haber entrado por la puerta,
Si yo no hubiera sido en estorballo,
Porque, como sabéis, ha estado abierta.
Aunque pudiera bien disimularlo,
Que dígoos en verdad por cosa cierta
Es muy pariente mío, pero hallo
Que es bien le desterréis, altos romanos,
Antes que estéis sujetos á sus manos.

»No consentas entrar, pueblo romano,

(1) Cuando el emperador ó capitán había de perorar al ejército, lo hacía sobre un poste de céspedes que formaban los mismos soldados.

En la ciudad ya libre un tan maligno
Varón; ó se destierre tal tirano,
O esté en cadenas, siendo de ellas digno.
Haced el sobresalto vuestro vano,
A tal intento dándole condigno
Castigo, y me parece sea de suerte
Que nuestro miedo muera con su muerte.»

Cual suele murmurar el bravo viento
Si son los verdes pinos conmovidos
Con su furioso soplo y movimiento,
O como con sus olas y bramidos
Las orejas el mar airado atruena
Si son de no muy lejos percibidos;
De aquella misma suerte el pueblo suena,
Y entre el rum rum, murmurio y vocería
Del vulgo, de congoja lleno y pena,
Se oyó una voz, la cual así decía:
«¿Quién es aquél?», y cada cual advierte
Qué frente con los cuernos estaría,
Cuando les dijo Cypso de esta suerte:
«Yo soy el que pedís»; y despojado
De su guirnalda, muestra el varón fuerte
Sus cuernos, de que el pueblo y el Senado
Quedó confuso y lleno de disgusto,
Los ojos en el suelo y congojado.
Y es cosa de admirar que con ser justo,
Y con méritos claros, le miraron
Con poca voluntad y menos gusto.
Pero no difirieron ni estorbaron
La honra que sus hechos merecieron
Más tiempo, antes luego le adornaron
De festival corona, y concedieron,
¡Oh Cypso!, pues tú mismo te estorbaste
La entrada que los hados permitieron,
El campo que en un día tú cercaste
Con un par de novillos y el arado,
Lo cual con buen semblante tú aceptaste.

Y para que del hecho señalado
 Quedase eternamente seña cierta,
 De parecer y voto del Senado

Los cuernos se esculpieron en la puerta
 Por donde había salido el valeroso
 Soldado, que de bronce está cubierta.

Descubrid ahora, Musas (poderoso
 Amparo de poetas, cuyo oficio
 Es declarar lo más dificultoso),

La causa del divino beneficio
 Por que á Esculapio en Roma se ha ofrecido
 Con los romanos dioses sacrificio.

De la ciudad estaba corrompido
 En otro tiempo el aire, de manera
 Que mortal pestilencia ha sucedido.

Los cuerpos amarillos como cera
 Mostraban con indicios más que ciertos
 La enfermedad pestífera tan fiera.

Y ya que de enterrar los tristes muertos
 Cansados, y de ver que no atinaban
 La cura los doctores más expertos,

Valerse de los dioses procuraban,
 Y á Delfos, que en la tierra tiene el medo,
 Celosos sacerdotes enviaban,

Rogando al dios Apolo dé el remedio
 A tal ciudad, como ella le esperaba,
 Su calidad tomando por buen medio.

Tembló el laurel, tembló la rica aljaba
 Con el lugar; la gente que lo advierte,
 Oyó una voz divina que sonaba,
 Y respondiendo dijo de esta suerte:

«Lo que pides aquí, pueblo romano,
 Alcanzarás más cerca en otra parte,
 Y aun en lugar más apto y más cercano
 Lo pide, que el remedio quiere darte.
 No has menester á Apolo; el soberano
 Esculapio es quien puede remediarte;

Ve con buen pie si quieres regocijo,
Y entrégate en las manos de mi hijo.» (1)

La celestial respuesta recibida
Del prudente Senado, especularon
Qué ciudad de Esculapio es más querida.

Y á Epidauro (2) personas enviaron
Decentes, que ayudadas de buen viento,
Desembarcando luego que llegaron,

Se fueron al ilustre ayuntamiento
De la ciudad, y estando en su presencia
Descubren la embajada y el intento.

No fué conforme el voto ni sentencia;
A unos les parece cosa grave
Negar favor y que es contra conciencia.

Pero muchos dijeron que no cabe
En discreción y buen comedimiento
Pedir los santos dioses, pues se sabe

Que son amparo, y todo su contento,
Y cada cual alega todo cuanto
Parece convenir para su intento.

No saben resolverse, y entretanto
Había la noche obscura en cumbre y llano
Tendido de tiniebla el negro manto.

Cuando al ilustre embajador romano
Le pareció durmiendo ver presente
Al dios reparador, que en una mano

Un báculo trayendo con decente
Meneo, con la otra se atezaba
La barba larga (forma en que la gente

En su sagrado templo le adoraba),
Y con semblante plácido moviendo

(1) El hijo de Apolo era Esculapio.

(2) Con las palabras *propiore loco* no es posible que el oráculo designe á Epidauro, evidentemente más alejado de Roma que Delfos. Más natural es pensar que alude á los libros Sibilinos.

Su santa lengua y labios, que explicaba
La voluntad divina así diciendo:

«Deja el temor. Sin duda iré contigo,
Mi imagen y mi altar desamparado.
Advierte este culebro aquí conmigo,
Que al báculo presente está enroscado,
Y nótales muy bien para testigo
De todo tu contento deseado,
Y para, si otra vez pudieras verle,
Que puedas por las señas conocerle.»

»Sabrás que he de seguiros convertido
En él, pues con el suyo se conforma
Mi ser; empero el cuerpo recibido
Será mayor, aunque en la misma forma;
Y en esto la costumbre habré seguido
De cualquier otro dios que se transforma;
De suerte que se muestre en la grandeza
El gran valor de mi naturaleza.»

La voz, el dios y el sueño juntamente
Se fueron, y siguióse á su partida
La nueva luz del día en el Oriente,
La gente del gobierno resumida
En que para hacer lo que conviene
La voluntad del mismo dios se pida.

Con los demás de la ciudad se viene
Al templo santo suyo, y en llegando,
De devoción cualquiera se previene.

Y con humilde ruego suplicando,
Le piden signifique en qué aposento
Le da gusto morar: en acabando,

La devota oración de movimiento
Divino el mismo dios ha proveído
La lengua del serpiente en un momento.

Y no sólo la lengua se ha movido,
Mas aun lo mismo el dragón mismo ha hecho

Y moverse el altar también se vido.
 El enlosado suelo y rico techo
 Movi6, y en medio el templo se aparece,
 Alzándose entre todos hasta el pecho.
 Girando con los ojos (que parece
 Cada uno llama pura rutilante),
 La gente amedrentada se entorpece.
 El casto sacerdote en el instante,
 Vendada la cabeza, ha conocido
 La santa deidad que ve delante,
 Y dijo, su silencio interrumpido:

«¡Oh pueblo!, reconoce la presencia
 De Dios, pues que presente le tenemos;
 Dios es, Dios es; con boca y reverencia
 Es bien que le creamos y adoremos.
 Diga cualquier con mucha vehemencia:
 —El corazón y el alma te ofrecemos,
 Señor, y pues tu vista nos recrea,
 Hermosísimo Dios, para bien sea.»

Decían las palabras los romanos,
 Y gentes de Epidauro, que mandaba
 El sacerdote, puestas ambas manos.
 Y cada cual devotamente estaba
 Con voz y entendimiento suplicando (1)
 Favor y la merced que se esperaba.
 Las crestas y cabeza meneando,
 Pareció consentir al manso ruego,
 Y con la lengua lo mostró silbando.
 Bajóse por las gradas lisas luego,
 Y habiendo de partirse agradecido
 Del templo suyo y casa de sosiego,

(1) Las súplicas y oraciones de la voz sola valen muy poco, si no van acompañadas del ánimo y de la intención, y por eso se dijo aquel sabido verso: *Si mens non orat, in vanuum lingua laborat.*

Volviéndole á mirar se ha despedido.
Y parte por el suelo rastreando,
De flores olorosas proveído.

Llegado á la ciudad, por medio entrando
Al punto pasa, do en llegando para,
Y á la devōta gente está mirando.

Mostró su compañía serle cara,
Y mándales se tornen con süave
Semblante agradecido y buena cara.

De allí se ha entrado en la romana nave,
Que ser persona del divino coro
Échó de ver en ser el peso grave.

A tal merced guardaron el decoro
Los varones latinos conveniente,
Sacrificando luego á dios un toro.

Las áncoras soltaron, la serpiente
En la popa ya puesta, y entregaron
La vela al viento blando prestamente.

Con tan felice soplo navegaron,
Que al sexto alborear de la mañana,
Por el Jonio mar á Italia entraron.

Y el templo de Lacinia soberana
Dejando atrás, pasó el peñón Scileo (1)
La nave dichosísima romana.

Dejó á Calabria, y con feliz meneo
De las Anfrisias (2) rocas ha huído,
Y consiguiendo el fin de su deseo

Con remo ligerísimo ha salido;
Sin daño, del Cerauno peligroso
Por un canal que en él halló rompido.

Gozando, pues, de viento tan dichoso
A Caulón y Nericia (3) ya dejando,

(1) Scylaceo, ciudad de Brutium.

(2) Anfrisia, ciudad de la Calabria.

(3) De todos estos pueblos no ha quedado vestigio alguno, ni ha llegado noticia á nuestros tiempos, ni la pudieron adquirir los comentadores de Ovidio.

Pasó por el estrecho trabajoso
Del angosto Peloro, enderezando
El gobernalle suyo al soberano
Palacio del rey Eolo; procurando
A Themesa dejar á la una mano,
Y á la isla Leucosia, y al florido
Pesto, á do reina Flora y el verano.

De allí pasó por Cáprea, y ha venido
Al alto Promontorio con buen viento
Que tiene de Minerva el apellido.

Dejóle atrás, pasando por Surrento (1),
Donde el árbol de Baco generoso
Y su licor alegre y da contento.

Y la ciudad de Alcides valeroso,
Y Estabias con Partenope, que emplea
Su gente en ocio siempre y en reposo.

De aquí pasó por la ciudad Cumea,
Por Bayas y Linterno, con Vulturno,
Que sobre mucha arena se recrea.

Pasando por Sinuesa y por Minturno,
Donde el vapor es siempre inficionado (2)
Ahora sea de noche, ahora diurno.

Por Cayeta y el reino del malvado
Antifates pasaron, y Trachina,
Que de una gran laguna se ha cercado.

Dejó el Circeo monte á la contina
Remando, y á la orilla se hallaron
De Ancio, do la nave se avecina.

Y á la ribera luego se llegaron
(Embravecióse el mar en aquel punto),
Desenroscóse el dios, y le notaron

Que sale de la nave y va al trasunto
Y templo de su padre muy amado,
Que á la ribera roja estaba junto.

(1) Todas eran poblaciones de la costa de Italia.

(2) Minturno estaba rodeado de pantanos cuyos miasmas eran muy dañinos.

Habiéndose la mar apaciguado,
De la paterna casa se ha salido,
Y á la romana nave se ha tornado.

El alentar divino recibido,
El leño fué por Castro y por Lavino,
Y á la boca del Tibre se ha venido.

En orden todo el pueblo luego vino,
Ciudadanos, matronas, con gran fiesta,
El huésped recibiendo tan divino.

Reconocieron tal merced como ésta
Con himnos de alabanzas y cantares
Tus vírgenes también, sagrada Vesta (1).

En la ribera se hacen mil altares,
Por donde la galera va remando,
Con devoción ajena de pesares.

El aire de perfumes humeando,
Con tal color mostraba claro indicio
Del ánimo con que le están quemando.

Con muertas reses se hace sacrificio
A Dios en muchas partes, y se vía
Acabado ya ser el santo oficio.

Por Roma entrado ya la nave había,
Cuando se enderezaba la serpiente
En la más alta parte, y parecía,

Mirando acá y allá, que el conveniente
Lugar para su asiento, y templo traza
Mirábale admirándose la gente.

El agua suya en dos partes embraza
El Tibre, y una isla hermosa forma
La tierra, que con sus brazos abraza.

Allí se fué el dragón á do la forma
De sierpe y pestilencia se deshizo,
Y en su figura propia se transforma.

Con su venida á Roma satisfizo,

(1) Entre las cosas que Eneas sacó de Troya, fué el fuego con el que veneraban á la diosa Vesta, y para cuyo cuidado y conservación se fundó el colegio de las vírgenes vestales.

Poniendo fin á su continuo llanto,
Y fué su dios, más dios advenedizo.

Dios natural, benigno, pío, santo,
En su ciudad es César, do se encierra
Valor y gloria tanta que es espanto.

Y no aquel ser corona de su tierra,
Con pluma y con espada tan perfecta,
De suma discreción en paz y guerra.

Estrella y lucidísimo cometa
Le hizo más que padre ser de Augusto,
A quien el Universo se sujeta.

Que de los actos de hombre tan robusto
Ninguno fué mayor, ni de tamaña
Virtud, como adoptar varón tan justo.

¿Es más domar los bravos de Bretaña,
Y navegar el Nilo victorioso,
Y con rebeldes darse buena maña,

Y á Juba y Ponto bravo y orgulloso
Vencer, y haber mil triunfos merecido,
Y algunos hecho un príncipe animoso,

Que tal señor habernos producido,
Que siendo emperador tan soberano
Favor de Dios ha siempre merecido?

Pues para no ser hijo de hombre humano
Aquéste, fué razón y justa cosa
Que fuese César dios, y siendo llano

En el entendimiento de la diosa
Que madre fué de Eneas, lo que digo,
Y aquella junta oculta y alevosa,

Do vió determinado al enemigo
De dar al gran pontífice la muerte (1),
Perdió el color, mostrando por testigo
De su dolor acerbo y pena fuerte

(1) Como César, para apoderarse de la República reunió en sí todas las supremas dignidades, no olvidó ni despreció la de Pontífice máximo, con la cual arrogó á sí y reunió en sí lo religioso y lo profano.

La amarillez y ansia con que andaba
Diciendo congojosa de esta suerte
A cualquier de los dioses que encontraba :

«Mirad mi desventura y la grandeza
De una traición terrible como ésta.
¿No veis con cuánto engaño á la cabeza
Asechan que de Julio sólo resta? (1)
Contra mí sola siempre se endereza
La flecha del cuidado tan molesta.
Diomedes me hirió de una lanzada,
A Troya vi vencida y asolada.

»En mí razón justísima se halla
De haberme de mi suerte querellado,
Pues vi bajar al reino do se calla
A Eneas del naufragio destrozado,
Y entrar en cruelísima batalla
Con Turno, mas con Juno bien mirado,
¿Por qué me acuerdo yo de tanto ultraje
Y daño de mis gentes y linaje?

»Tan grande es el temor del mal presente,
Que del pasado agravio se me olvida,
Bien veis, sagrados dioses, esta gente
Traidora, desleal y fementida,
Armada contra mí; tan inocente
Sangre no deis lugar que sea vertida,
Y que el sagrado fuego de la Vesta
Se apague con tan gran maldad como ésta.»

En todo el cielo daba quejas tales
La congojosa Venus, pero en vano,
Con que movía los dioses celestiales.

(1) Julio Ascanio, hijo de Eneas, de quien la adulación hizo descendiente á César.

Que aunque romper el hado soberano
Era imposible, daban con tristeza
Indicio del suceso tan tirano.

Y dicen que se oyeron con braveza
Sonidos de batallas en el viento,
Trompetas y atambores buena pieza (1).

Infalible y certísimo argumento
De la traición nefanda que se urdía;
Y el Sol también mostró su sentimiento,

Porque negó la luz con que solía
Dorar el mundo y alegrar las gentes,
Anunciando á la Tierra un triste día,

Faltándole sus rayos refulgentes;
Y á los planetas muchas veces vieron
Tener debajo hachas muy ardientes.

De sangre gotas dicen que cayeron
Entre las algaradas, verdadero
Presagio de la sangre que vertieron.

La Luna ensangrentada, y el lucero
Sin luz, y el triste buho en mil lugares
Señal dió cierta de infeliz agüero.

Lloró el marfil, oyéronse cantares,
Y en los secretos bosques consagrados
Palabras de amenazas y pesares.

Jamás mostró que estaban aplacados
Los dioses res ninguna en sacrificio,
Sino tumultos mil aparejados.

En las entrañas vieron claro indicio
A la imperial cabeza amenazando,
A quien se aparejaba el maleficio.

Nocturnos perros iban aullando,
Y aun ánimas de muertos han salido,
Y toda la ciudad se vió temblando.

Pero tantos avisos no han podido

(1) Señales que refiere Suetonio precedieron á la muerte de César.

El orden pervertir del duro hado,
Ni descubrir el trato apercebido.

Con espadas desnudas se han entrado
En el sagrado templo, que tal hecho
Había de ser por fuerza en el Senado.

La santa Citherea hirió su pecho
Con sus entrambas manos, y quería
A César escapar de aquel estrecho.

Usando de la nube con que había
A Paris y su hijo defendido
De Atrides y Diomedes, su porfía
Ha Júpiter de este arte reprimido:

«Amada hija, ¿piensas que tú sola
Puedes mudar las leyes soberanas
Del hado inevitable? Mira, ¡hola!,
Que en vano lo pretendes y te afanas.
Anegará la furia y brava ola
Del mar, á do gobiernan las hermanas,
No sólo á los caducos y mortales,
Mas aun los mismos dioses inmortales.

»Muy bien podrás entrarte al aposento
De las tres Parcas, do verás el fuero
Eterno y el divino mandamiento
Señalado en metal y liso acero,
Contra el furioso rayo y movimiento
Celeste, para siempre duradero;
Allí hallarás de tu linaje el hado
En un diamante duro cincelado.

»Yo le he leído y tengo en la memoria,
Y por que su suceso no te espante,
Te quiero referir la clara historia,
Por que de hoy más no seas ignorante.
Por el que te fatigas con notoria
Congoja, ya cumplió el postrer instante

Del tiempo que debía al bajo suelo.
Ser dios le haréis su hijo y tú en el cielo.

»Será su hijo no pequeña parte
De su deidad y culto y reverencia;
El nombre, el reino y el valor de Marte
Le convendrá por título de herencia.
Será gran vengador, y en cualquier parte
Tendrá nuestro favor en su presencia,
Para satisfacerse como fuerte
De tal traición y tan nefanda muerte.

»Bien sentirá Modena (1) la experiencia
De su valor al tiempo que cercada
Demande paz, fiando en su clemencia;
Y se verá Farsalia (2) amedrentada,
Y de sangre otra vez sin resistencia
Filipo Macedónica empapada,
Y al que de grande tiene el apellido
En el mar de Sicilia habrá vencido (3).

»Caerá la egipcia reina con el brío
Que la nacía de verse ya casada
Con Marco Antonio, cuyo señorío
La tuvo muchos días engañada,
Que á su Canopo el Capitolio mío
Pensó que obedeciera la cuitada,
Y hará en su reino un escarmiento extraño,
Y en su persona misma el desengaño.

(1) En la cual se había hecho fuerte y se resistía Marco Antonio contra Augusto.

(2) Se debe entender los de la ciudad de Filipo de Macedonia, llamada también Hematia, donde fué la célebre batalla filipense, una de las civiles más famosa, en la que fueron destrozados Bruto y Casio.

(3) Indica la batalla naval que hubo en ellos contra uno de los hijos de Pompeyo, cuya armada de trescientas cincuenta naves quedó reducida al corto número de seis ó siete, con las cuales pudo huir,

»¿De qué me sirve, hija, relatarte
 Las bárbaras naciones que rodea
 El uno y otro mar?, pues su estandarte (1)
 Se temerá doquiera que se vea.
 Suya será la tierra en toda parte,
 Y el mar también, y por que bien se crea
 Que es el ejemplo sumo de los reyes,
 Estando en paz al mundo dará leyes.

»Hará estatutos justos en el suelo,
 Pacíficos estando los mortales,
 A do se mostrará su pío celo
 Y sus costumbres altas imperiales.
 Pondráse por dechado y por modelo
 De las virtudes mismas celestiales,
 Y para proveer lo venidero
 De su santa mujer tendrá heredero (2).

»Y habiendo en él dejado el nombre Augusto,
 El soberano imperio y el cuidado,
 No menos que muy viejo, como es justo,
 Será entre sus estrellas colocado.
 En tanto, hija mía, tú á tu gusto
 Esta alma que del César ha exhalado
 Recibe, y la transforma en rayo ilustre (3)
 Que el Capitolio nuestro siempre ilustre.»

Apenas su razón hubo acabado,
 Cuando la santa Venus bajó al suelo,
 Y estúvose invisible en el Senado,
 Tomando de su César y consuelo

(1) El de Octavio Augusto.

(2) Alude á Tiberio, hijo natural de Libia y adoptivo de Octavio.

(3) Por esta transformación que creyeron de Julio César en estrella, le pintaban y esculpían con una estrella en la cabeza, y este distintivo tenían todas sus estatuas.

El alma que del cuerpo se salía,
Para llevarla al alto y claro cielo.

Y mientras la llevaba parecía
Que se inflamaba y relucía ella
Con la divinidad que en sí tenía (1).

Y luego la dejó la Venus bella;
Volando el alma fué más altamente,
Tomando al punto ser de nueva estrella.

Dotada de cabello refulgente,
Y viendo las hazañas de su hijo,
Confiesa que es más justo y más valiente.

Y ser esta ventaja sin litijo
No sólo no le enfada ni entristece,
Mas cáusale supremo regocijo.

Y aunque él estorbe al vulgo que engrandece
Sus cosas, y á su padre dé ventaja,
La libre Fama en esto no obedece.

Agamenón á Atreo se aventaja
De aquesta suerte, y al valiente Égeo
Theseo disminuye, humilla, ataja.

De esta arte vence Aquiles á Peleo (2);
Y por usar de ejemplos más iguales,
Así es menor Saturno, á lo que creo,

Que Jove, el cual los dioses inmortales
Gobierna con el alto y claro cielo.
La tierra Augusto rige y los mortales.

Padre y rector de justo y santo celo
El uno es y el otro, verdaderos
Señores del remedio y del consuelo.

Ruégoo, dioses de Eneas compañeros,
Que abristeis por los fuegos el camino,
Y por refulgentísimos aceros;

Caseros dioses, tú, padre Quirino,

(1) Era el cometa de que antes hemos hablado y que creyeron ser el alma de César.

(2) Congerie de ejemplos de hijos que fueron más famosos que sus padres.

Y padre de Quirino bravo Marte,
Y Vesta sacratísima, y divino
 Apolo, y santo Jove que mostrarte
Quisiste en la Tarpeya fortaleza,
Y todos otros dioses, si soy parte
 Para invocaros yo con mi bajeza,
Que aquel infausto tiempo para el suelo,
Cuando le privarán de su cabeza,
 Despacio venga, y tanto desconsuelo
No vean los nacidos, ni aquel día
Que ha de hacer pobre al mundo y rico al cielo.
 En el cual del gobierno que tenía
Se suba, y de la silla prepotente
Augusto, á la celeste monarquía,
Y admita el manso ruego estando ausente.

Tal obra he ya compuesto y publicado
Que no podrá borrarla la tragona
Vejez, ni el hierro, ó Júpiter airado.

El día, que á ninguno no perdona,
Cuando quisiere venga, que no tiene
Derecho más que en mi mortal persona.

A la porción mejor (de do proviene
Lo digno de alabanza que aquí escribo),
Vida inmortal y nombre la conviene.

Y en cuanto al alma mía, seré vivo,
Volando, levantado sobre el cielo,
Con alas del renombre que recibo.

Y á do el romano Imperio en todo el suelo
Sonare, volará mi dulce verso,
Durando para siempre el leve vuelo.

Si al espíritu el suceso no es diverso,
Será mi poesía recibida
De todo el pueblo, en todo el Universo,
Y gozaré de eterna fama y vida.

ÍNDICE GENERAL

TOMO I

LIBRO I

ARGUMENTO

Se divide el caos en los cuatro elementos, y luego que cada especie de animales ocupó el lugar que le pertenecía, fué formado el hombre de agua y tierra. Síguense las cuatro edades acomodadas á las costumbres de sus vivientes. Maldad y castigo de los Gigantes. Nacen de su sangre hombres entregados á todo género de maldad. Licaón es convertido en lobo, y todo el orbe de la tierra sumergido en las aguas. Sólo se libran Deucalión y Pirra: arrojan éstos piedras, de las que nacen hombres, y todo el Universo se repara. Nacen los demás animales de la tierra, y entre ellos la serpiente Pitón. Máta la Apolo, y se establecen los juegos Pitios en memoria de esta victoria, en los que coronaban de hojas de encina á los vencedores, porque no existía el laurel hasta que Dafne fué transformada en este árbol, por cuyo suceso concurren todos los ríos á dar el parabién, ó á consolar á su padre Pe-neo, faltando tan sólo Inaco, que se hallaba desconsolado por la pérdida de su hija Ío, á quien transformó Júpiter en vaca: la entrega Juno á la custodia de Argos. Éste es muerto por Mercurio; sus ojos adornan la cola del pavo real, é Ío es

adorada entre los egipcios por diosa con el nombre de Isis. Epafo, hijo suyo, tiene una contienda con Faetón, hijo del Sol. Acude éste á su madre, quien le aconseja camine al palacio del Sol, su padre, para que le asegure de su legitimidad.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

El caos y la creación del mundo.....	9
De la creación del hombre.....	13
La edad de oro.....	14
La edad de plata, con las cuatro estaciones del año.....	15
La edad de bronce y la de hierro.....	15
Los Gigantes destruídos por el fuego de los rayos.....	17
La asamblea de los dioses.....	18
Licaón transformado en lobo.....	22
El diluvio universal.....	24
Neptuno amansa las aguas.....	26
Deucalión y Pirra vuelven á poblar la tierra.....	28
La serpiente Pitón.....	30
Dafne convertida en laurel.....	31
Júpiter enamorado de Ío.....	39
Ío convertida en vaca.....	40
Siringa transformada en caña.....	45
Mercurio corta la cabeza á Argos.....	45
Júpiter aplaca á Juno.....	46

LIBRO II

ARGUMENTO

Faetón, injuriado por Epafo, el cual se atrevió á decir que Apolo no era su verdadero padre, sube al alcázar del Sol y le pide gobernar por un solo día su carro, en prueba de su legítimo nacimiento. Habiendo logrado su gusto, abrasa toda la tierra por no saber dirigirle, y los etíopes se vuelven negros. Es herido Faetón por un rayo que le quita

la vida, y después de llorar algún tiempo esta desgracia sus hermanas y su pariente Cicno, aquéllas son transformadas en árboles y éste en cisne. Con esta ocasión baja Júpiter á recorrer todo el Universo, y habiéndole vuelto á su antiguo estado se enamora de Calisto y la viola, tomando la figura de Diana. Llena de ira Juno por esta acción, transforma á Calisto en osa, y la hubiera quitado la vida su hijo Areas, si Júpiter no lo estorbara colocando á ambos entre las estrellas. Quejándose Juno de este suceso á Océano, fué llevada al cielo en hombros de pavos reales, que poco ha estaban adornados de varios colores; así como hacía poco que el cuervo había sido mudado de blanco en negro, por haber descubierto temerariamente el adulterio de Coronis, por no hacer caso de los consejos de Cornice, que le había referido su transformación en córnea y la de Nictimene en lechuza. Ocíroe es transformada en yegua por haber pronosticado las aventuras de Esculapio. Quirón, padre de ella, invocó en vano el auxilio de Apolo; porque este dios, hecho pastor en los campos de Mesena, no haciendo ya caso de las vacas se ocupaba en otra cosa, lo que dió ocasión á Mercurio para que se las hurtase, cuyo robo no le vió sino Bato, á quien por su perfidia convirtió Mercurio en piedra de toque. Después, entrando en Ática, se enamoró de Herse, hija de Cecrope, de quien teniendo envidia su hermana Aglaura, fué convertida en peñasco. Últimamente, Júpiter, habiendo mandado que la vacada de Agenor fuese conducida á la playa, tomando forma de toro, se llevó á Europa por el mar de la isla de Creta.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Faetón sube al palacio del Sol y consigue gobernar su carro por un día.....	50
Faetón es herido por un rayo... ..	67

	<u>Páginas.</u>
Las hermanas de Faetón transformadas en árboles y Cicno en cisne.....	69
Calisto engañada por Júpiter.....	73
Calisto arrojada de la compañía de Diana.....	75
Calisto, transformada en osa, creyó ser muerta por su hijo.....	76
Coronis transformada en corneja.....	79
Nictimene convertida en lechuza.....	82
Ociroe transformada en yegua.....	86
Apolo conduce rebaños.....	87
Bato transformado en piedra de toque.....	87
Mercurio y Herse.....	89
La envidia se apodera de Aglaura.....	91
Aglaura transformada en piedra.....	93
Europa robada por un toro.....	95

LIBRO III

ARGUMENTO

Agenor manda á Cadmo buscar á su hija; ocupado en buscarla, le sucede que quita la vida á sus compañeros el dragón de Marte, á quien él mató después, y de sus dientes nacieron algunos hombres, con cuya compañía edificó á Tebas. Tuvo este hombre primeramente la sensible desgracia de ver despedazado á su nieto Acteón por sus propios perros, lo que le ocasionó Juno por el aborrecimiento que tenía á Sémele; por cuya causa, acercándose á ella bajo la figura de Beroe, su ama de cría, la aconsejó simuladamente su muerte. Poco después, disputando Júpiter y Juno cuál de los dos sexos participaba más de las delicias de Venus, eligieron por juez á Tiresias, que había probado de ambos. Se vió éste privado de la vista por haber dado la sentencia contra Juno; pero Júpiter le dió la ciencia de adivinar. El primero en quien se vieron realizados sus vaticinios fué en Narciso, pues después de haber despreciado á to-

das las muchachas, y entre éstas á Eco, que por la impaciencia de su amor se convirtió en voz, se mudó en flor, consumido por el amor de sí mismo. Sin embargo de esto, Penteo se reía de este adivino, aunque le había pronosticado cosas verdaderas; porque cuando se celebraban las orgías de Baco, puso en prisión á cierto criado que asistía á los sacrificios de este dios, después que supo él que unos marineros se habían convertido en peces. Ultimamente, Penteo fué despedazado por las bacantes, cosa que granjeó á Tiresias una fama inmortal.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Cadmo va á buscar á Europa.— Los compañeros de Cadmo devorados por un dragón.....	97
Diana en el baño.....	104
Acteón transformado en ciervo.....	105
Júpiter y Sémele.....	108
Nacimiento de Baco.....	111
Eco transformada en voz.....	114
Narciso transformado en flor.....	122
Las fiestas de Baco.....	124
Penteo despedazado por su madre.....	134

LIBRO IV

ARGUMENTO

Alcitoe, juntamente con sus hermanas, despreciaron de tal modo las fiestas de Baco, que no observándolas, se ocuparon, mientras éstas se celebraban, en las tareas ordinarias; y durante su labor, cada cual, para hacerla menos penosa, refirió una divertida historia. Ya contaba la una la transformación de las moras blancas en negras; ya refería la otra cómo Apolo se había transformado en la

figura de Eurinome para engañar á Leucotoe, por lo que Clicie tuvo celos y fué convertida en heliotropo por la compasión que tuvo Apolo. Asimismo contaba otra la unión de Hermafrodito y la de Salmacis ninfa en un mismo cuerpo. Pero por fin las hermanas, en medio de su labor, se convirtieron en murciélagos, y las telas en vides y pámpanos. Agave, alegrándose de esto, sintió un gran dolor cuando Ino y Atamante, agitados de la locura, se precipitaron al mar, y Neptuno los convirtió en dioses marinos. Como las mujeres tebanas los llorasen por muertos, se transformaron en piedras y aves. También Cadmo, afligido con esta calamidad, dejando á Tebas, partió en compañía de su esposa á la Iliria, en donde ambos se convirtieron en serpientes. De los que habían despreciado á Baco, sólo quedaba Acrisio, abuelo de Perseo, que cortó la cabeza á la Gorgona, de cuyas gotas de sangre derramadas en tierra nacieron serpientes; y á Atlante lo transformó en monte, y á las varas en piedra, después que libertó á Andrómeda. Suscitándose en seguida un tumulto en las bodas de Perseo, convirtió en piedra á Fineo con los suyos; y juntamente á Preto y á Polidectes, sólo con mostrarles la cabeza de Medusa.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Píramo y Tisbe.....	140
Marte y Venus.....	147
Apolo y Leucotoe.....	148
Salmacis y Hermafrodito.....	153
Las hijas de Mineo transformadas en murciélagos.	159
Tisifone vuelve furiosos á Atamante y á Ino.....	162
Cadmo y Hermione convertidos en serpientes....	167
Atlante transformado en montaña.....	172
Perseo liberta á Andrómeda.....	176
Perseo se casa con Andrómeda.....	179

LIBRO V

ARGUMENTO

Páginas.

Palas, que hasta allí había acompañado á su hermano Perseo, habiéndose separado de él, se dirigió al monte Helicón para reconocer la fuente de Hipocrene. Allí las Musas le cuentan la desgracia de Pirineo y la transformación de las Piérides en picazas, después de vencidas en la contienda del concertado canto de varias transformaciones.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Fineo da una batalla á Perseo.....	184
Fineo transformado en roca.....	195
Conversación de las Musas con Palas.....	196
Plutón herido por el Amor.....	203
Rapto de Proserpina.....	205
Ceres consigue que su hija viva con ella seis meses cada año y los otros seis con su marido....	213
Alfeo y Aretusa.....	217
Lince transformado en linco.....	221

LIBRO VI

ARGUMENTO

Movida de este ejemplo, Minerva se disfrazó en vieja, y entrando en competencia sobre la hilaza con Aracne, después que cada una representó en su tela varias transformaciones, la convirtió en araña. Nada de esto impidió á Niobe para que, sin embargo de haber perdido los hijos, dejase de convertirse en piedra. Propalada esta noticia, se acor-

dó el pueblo que Latona había transformado en ranas á los rústicos licios, y Apolo desollado á Marsias. Concurriendo las ciudades cercanas á consolar á los tebanos, sólo faltaron los atenienses, porque estaban infestados por el rey Teseo; el cual, habiendo estuprado á Filomela, fué transformado en abubilla, del mismo modo que Filomela en ruiñeñor y Progne en golondrina. Esta noticia causó la muerte de Pandión, su suegro. Sucedióle en el reino Erecreo, de cuya hija Oritia tuvo el Bóreas á Calais y á Cetes. Estos fueron después unos de los Argonautas, cuando Jasón fué á la conquista del vellocino de oro y sembró los dientes de la serpiente, de que salieron hombres armados; y habiendo después adormecido al monstruo, consiguió robar el precioso don á que aspiraba.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Orgullo de Aracne.....	223
Aracne convertida en araña.....	232
Niobe convertida en mármol.....	233
Unos aldeanos transformados en ranas.....	242
Apolo y Marsias.....	246
Filomela confiada á Teseo.....	249
Teseo viola á Filomela.....	253
Filomela noticia á su hermana el delito de Teseo.....	256
Filomela sale de la prisión.....	257
Itis servido á su padre Teseo en un banquete....	260
Oritia arrebatada por Bóreas.....	262

LIBRO VII

ARGUMENTO

Después que Jasón volvió con Medea á su patria, ésta redujo á Esón á su juventud. Prometiéndole que haría lo mismo con Pelias, ensayándose en

un carnero, le quitó la vida con engaños. Pasando de allí por varios lugares y ejecutando diversas transformaciones, se casó con Egeo, después de haber muerto á sus hijos. Minos movió guerra contra éste; junta tropas de todas partes, como asimismo de Paros. Á ésta la había vendido Arnea, por lo que fué convertida en graja. Eaco se declaró en favor de Egeo, y le envió por auxiliares á sus Mirmidones, que habían nacido de las hormigas con su capitán Céfalo, el cual, antes disfrazado, había solicitado á su mujer al adulterio y había visto á su perro con una zorra convertidos en peñascos.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Jasón y Medea.....	265
Jasón roba el vellocino de oro.....	274
Esón remozado por Medea.....	276
Pelias degollado por sus hijas, engañadas por Medea.....	284
Medea incendia el palacio de Jasón y mata á sus hijos.....	288
Hércules encadena al Cancerbero.....	290
Eaco niega socorro á Minos.....	294
Las hormigas convertidas en hombres.....	302
Céfalo y la Aurora.....	306
Céfalo y Procris.....	307

LIBRO VIII

ARGUMENTO

Después que Minos puso sitio y tomó á Megara, Niso fué transformado en gavián y Escila en co-
gujada. Desde aquí aquél volvió á Creta, donde
estaba el Minotauro encerrado en el laberinto.
Habiendo muerto á éste Teseo, y volviendo con

Ariadna á su patria, la abandonó en el camino. De aquí la llevó Baco y colocó su corona en el cielo. Queriendo Icaro volar en pos de su padre de la isla de Creta, cayó y se ahogó en el mar; y cuando estaba aquél haciéndole las exequias fué visto por Pérdix, en que poco antes había sido transformado Acalo, su sobrino. Llamado Teseo para matar el jabalí de Calidonia, murió Meleagro, y fueron transformadas sus hermanas en aves, llamadas, de su nombre, Meleagrides. Después, hospedado por Aqueloo, vió á las Náyades convertidas en las islas Equinades. La posibilidad de estos hechos la prueba Lélex con el ejemplo de Baucis y Filemón, transformados en árboles, su casa en templo y su aldea en laguna. Finalmente, añade Aqueloo las transformaciones de Proteo y Metra y las suyas, de que había usado en otro tiempo, cuando se vió oprimido de Hércules por causa de Deyanira.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Minos pone sitio á Megara.....	317
Teseo mata al Minotauro.....	325
Dédalo hace alas para sí y su hijo Icaro.....	326
Icaro cae al mar.....	329
Pérdix convertido en ave.....	330
Meleagro mata al jabalí de Calidonia.....	331
Teseo se detiene en casa de Aqueloo.....	345
Filemón y Baucis.....	351
El hambre se apodera de Ericcítón.....	360
Metra toma diferentes formas.....	364

TOMO II

LIBRO IX

ARGUMENTO

Páginas

Deyanira envió á Hércules el vestido con el cual perdió la vida y fué trasladado al cielo, después de haber convertido á Licas en una roca. Entonces Alcmena partió adonde estaba Yole y la contó cómo Galantis había sido transformada en comadreja, y Yole la refirió que una hermana suya había sido convertida en árbol. Durante esta conferencia se les presenta Yolao, después de haber recobrado su juventud por medio de Hebe. Júpiter, con el ejemplo de Eaco, demuestra que esto no podía suceder á todos. Mileto, huyendo de Júpiter, se retiró á Asia y procreó á Biblis y Cauno, por cuyo amor consumida aquélla, se transformó en fuente. Lo que hubiera causado admiración á todos, á no ser porque Ífis, en el mismo día de sus bodas, se había convertido en varón.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Combate de Aqueloo.....	5
Rapto de Deyanira.....	12
Muerte de Hércules.....	15
Apoteosis de Hércules.....	20
Lucina retarda el parto de Alcmena.....	24
Driope convertida en loto.....	26
Biblis transformada en fuente.....	33
Ífis transformada en varón.....	45

LIBRO X

ARGUMENTO

Páginas.

Himeneo, que había asistido á las bodas de Ifis, partió desde ellas á las de Orfeo; pero fué con mal agüero, pues de allí á poco perdió éste dos veces á Eurídice: una cuando murió mordida de una serpiente, y otra cuando la sacaba de los infiernos. Quedó Orfeo con este suceso tan asombrado como aquel á quien la vista del Cancerbero deja convertido en piedra. Después de esto, como para alivio de sus penas cantase al son de su lira en un monte muchas y varias transformaciones, vinieron á él y le rodearon todos los árboles de aquella montaña, y entre ellos el pino en que había sido convertido Atis y el ciprés en que había sido transformado Cipariso.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Eurídice muere de la mordedura de una serpiente.....	55
Bajada de Orfeo á los infiernos.....	56
Orfeo toca la lira en el monte Ródope.....	59
Cipariso transformado en ciprés.....	62
Rapto de Ganimedes.....	63
Jacinto transformado en flor.....	66
Los Cerastos convertidos en toros.....	67
Pigmalión.....	68
Myrra convertida en árbol.....	72
Nacimiento de Adonis.....	83
Venus y Adonis.....	84
Venus y Adonis sobre el césped.....	86
Carrera de Hipomenes y Atalanta.....	87
Hipomenes convertido en león y Atalanta en leona.....	95
Muerte de Adonis.....	96

LIBRO XI

ARGUMENTO

Páginas.

Después que las mujeres de Tracia, agitadas del entusiasmo de Baco, despedazaron á Orfeo, se convirtieron en árboles. Baco se retira de la Tracia, y por la restitución de Silenò remuneró á Midas con la gracia de que convirtiese en oro todo lo que tocase. Y como este don le acarrease más daño que provecho, se bañó en el río Pactolo y trocó en oro sus cadenas. Después, por haber desemeñado mal el papel de juez, Apolo le hizo nacer orejas de asno, y en seguida edificó los muros de Troya revestido de forma humana. Habiéndose Hércules apoderado de la ciudad, dió á Telamón por mujer á Hesione, en suposición de haberse casado ya Peleo con Tetis, después de sus varias transformaciones; y habiendo ido á verse con Ceix, en parte vió y en parte entendió que Dedalión se había convertido en halcón y un lobo en piedra. Alcíone, después de haber visto en un sueño el naufragio de su marido, ella y éste se transformaron en aves. Luego que algunos los vieron volar por los aires, se acordaron de que en otro tiempo Esaco, que entonces vivía, se había transformado en cuervo marino.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Orfeo despedazado por las Bacantes	99
Baco deja la Tracia.....	102
Apolo y Midas.....	107
Proteo predice las bodas de Tetis y Peleo.....	112
Naufragio de Ceix.....	121
Hesperio huye de Esaco.....	139

LIBRO XII

ARGUMENTO

Páginas.

Entonces el padre Príamo, juntamente con sus hijos, hace las exequias de Eaco, que también lo era, creyéndole muerto; pero allí no se halló Paris, por haber ido á Grecia. Perseguido éste por los griegos, vieron en el puerto Aulide que un dragón se convierte en piedra. Después el invulnerable Cicno, habiendo sido muerto por Aquiles, se convierte en cisne, así como también la doncella Cenis se transformó en otro tiempo en el joven llamado Ceneo, y después en ave. Néstor refirió todas estas transformaciones, añadiendo á ellas la de Periclimenes.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Una cierva sacrificada en lugar de Ifigenia.....	143
Combate de los Centauros y Lapitas.....	155

LIBRO XIII

ARGUMENTO

Después de la muerte de Aquiles, ocasionada por Neptuno, Ajax y Ulises tienen una contienda sobre sus armas. Habiendo Ajax muerto por esta causa, su sangre se convierte en la flor llamada jacinto. Después de la ruina de Troya, Hécuba se transforma en perra, cuya desgracia fué llorada de todos los dioses mientras Aurora lloraba solamente á Memnón, ya convertido en ave. Eneas, fugitivo de Troya, se presenta á Anio, cuyas hijas habían sido transformadas en palomas; desde allí entra en varios lugares célebres por las transformaciones. Luego que por remate de sus viajes arribó al Lacio, emprende la guerra contra Turno.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

	<u>Páginas.</u>
Ayax y Ulises se disputan las armas de Aquiles..	181
Discurso de Ulises.....	189
La sombra de Aquiles detiene á los griegos.....	208
Eneas y Anquises.....	219
Polifemo.....	226
Glauco y Scila.....	234

LIBRO XIV

ARGUMENTO

Eneas envió á Vénulo para pedir auxilio á Diomedes, cuyos compañeros se convirtieron en aves: Vénulo alcanzó el socorro y vino mal despachado, y á su vuelta pasó por el sitio en que en otro tiempo un pastor había sido convertido en acebuche. Las naves de Eneas en un combate fueron transformadas en Ninfas, como también lo fué Ardea en ave; después de morir Turno y el mismo Eneas, fué éste hecho dios Indígete. Sucediéronle otros reyes, y en el tiempo de Proca, uno de ellos, floreció Pomona, á la cual amaba el dios Vertumno, que tomando la figura de una vieja y contándole el suceso de Anaxarete, que había sido transformada en peñasco, la persuadió y conquistó, tomando después su propia figura de joven. Andando el tiempo, en el reinado de Numitor, las aguas frías se volvieron cálidas, y su sucesor Rómulo fué reverenciado con el nombre de Quirino, y su mujer Hersilia con el de diosa Ora.

FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

Circe.....	239
Dido recibe á Eneas en su palacio.....	243

	<u>Páginas.</u>
Eneas y la Sibila.....	245
Eneas llega á Cayeta.....	248
Los compañeros de Ulises transformados en puer- cos.....	255
Pico es amado de Circe.....	260
Los compañeros de Diomedes transformados en aves.....	268
Las naves de Eneas convertidas en Ninfas.....	271
Vertumno y Pomona.....	275
Ifis y Anaxarete.....	280

LIBRO XV

ARGUMENTO

Sucedió á Rómulo, Numa, que fué á la ciudad de Crotona para inquirir su origen y antiguo rito, donde supo que las piedras negras se habían convertido en blancas, y allí mismo oyó á Pitágoras, que disputaba de las perpetuas transformaciones de las cosas. Después Egeria, llorando la muerte de Numa, sin admitir consuelo de Hipólito, que le contaba sus transformaciones, se convierte en fuente. Esto no es menos admirable que el haberse transformado la lanza de Rómulo en árbol, y que á Cipo le naciesen cuernos. Julio César, finalmente, fué convertido en una estrella después de su muerte.

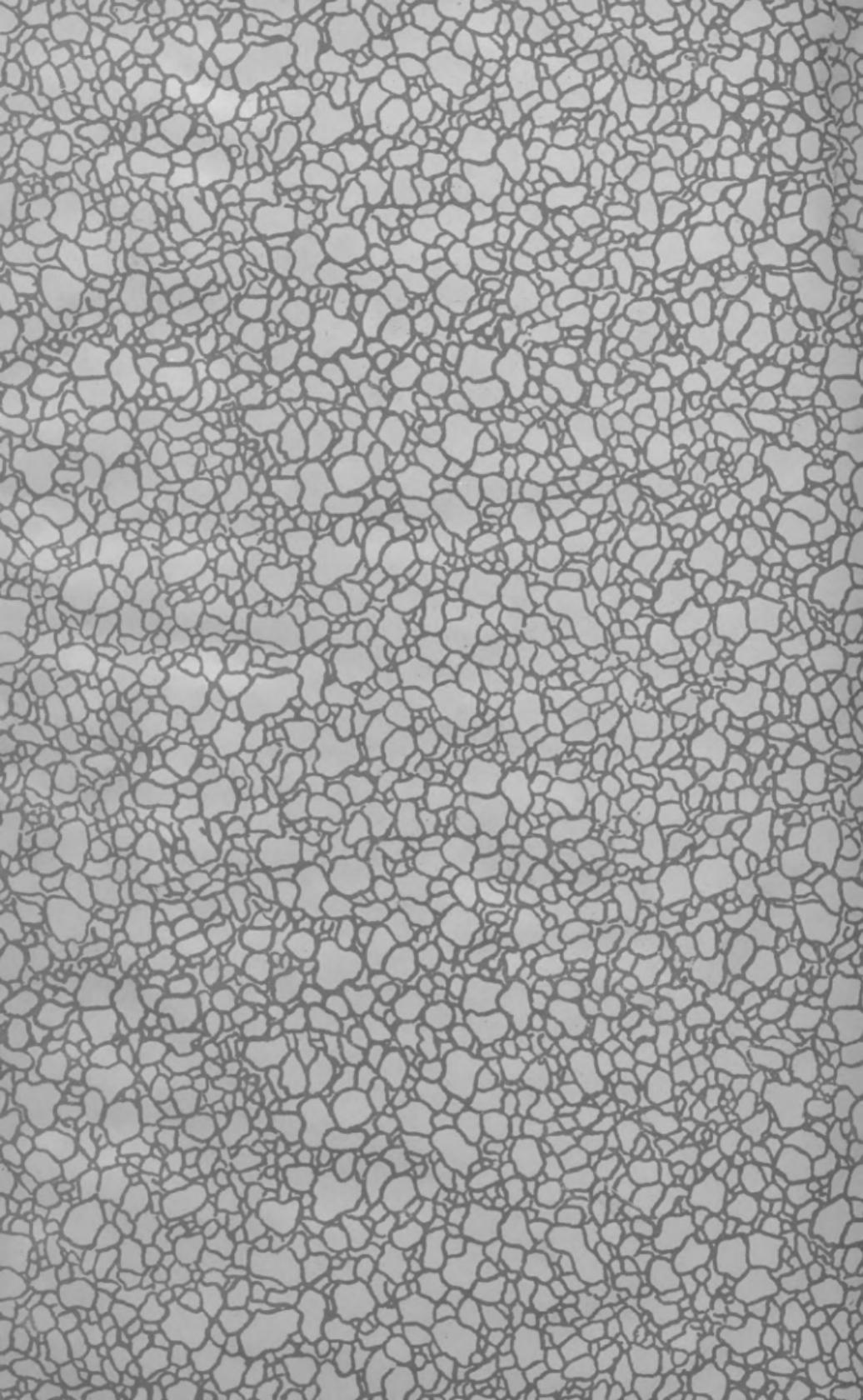
FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

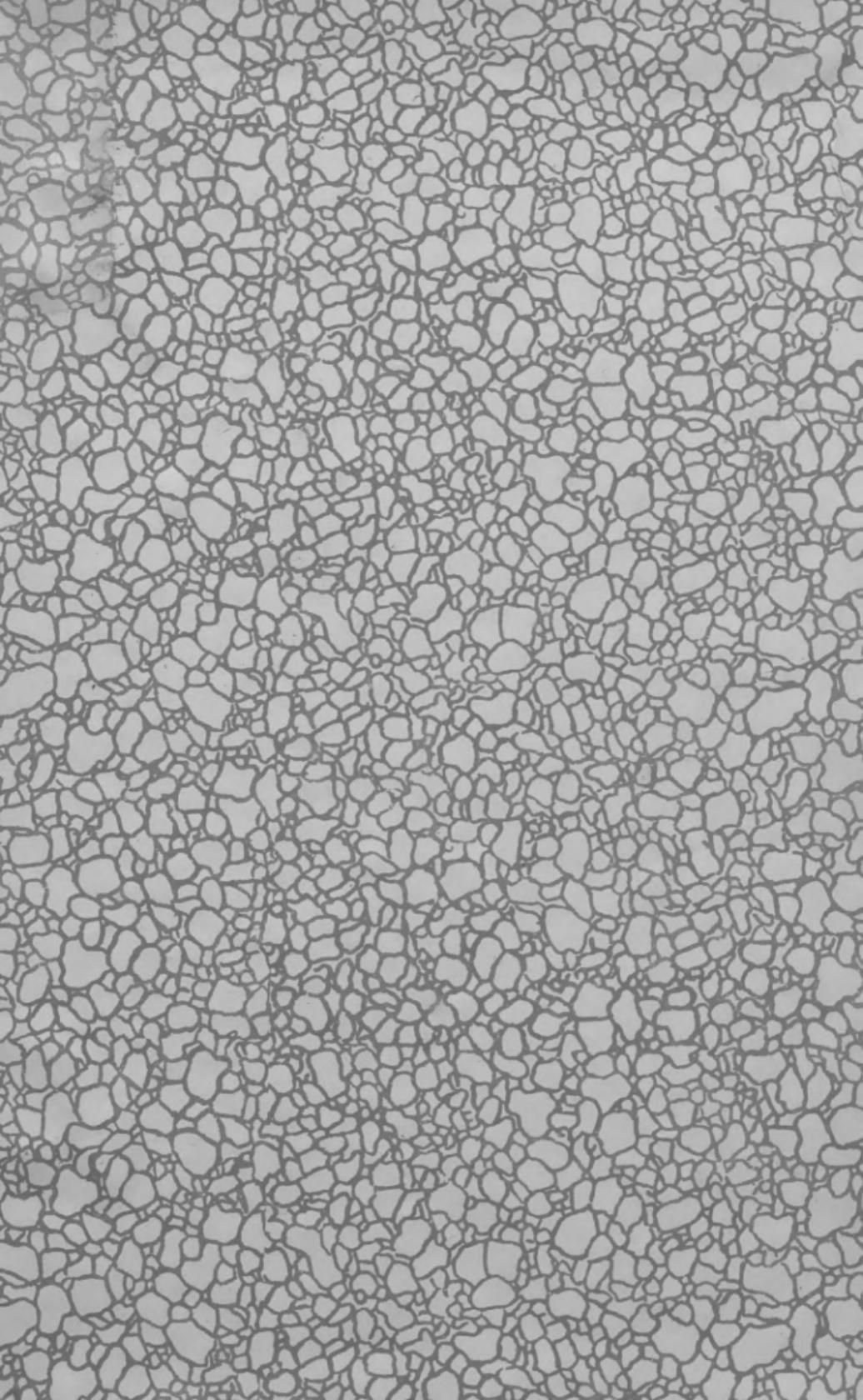
Miscilo absuelto por la transformación de las bolas negras en blancas.....	291
Esculapio es llevado á Roma.....	332
César transformado en astro.....	344
Peroración.....	346

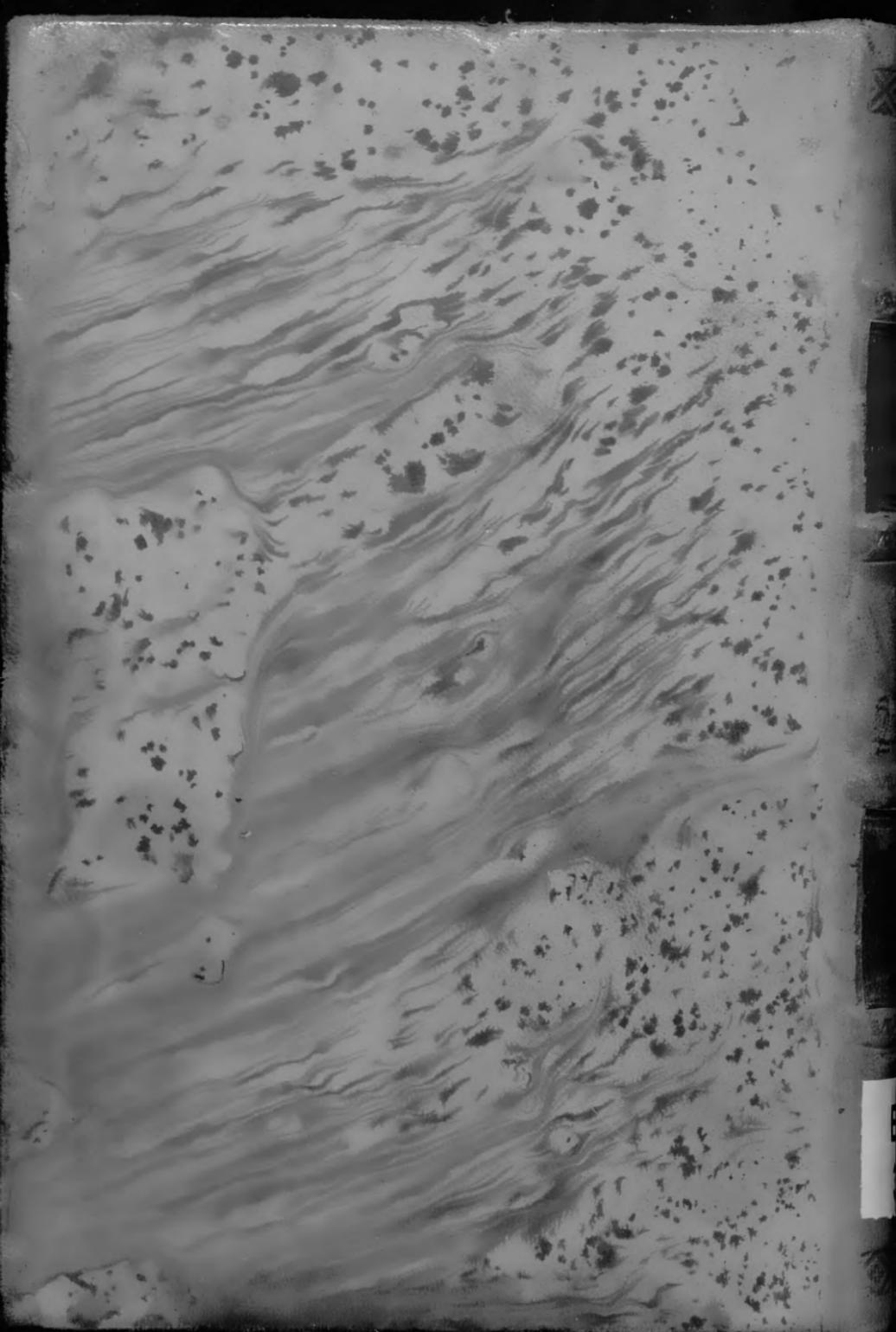
Biblioteca Pública de Valladolid



71868355 BPA 324 (V.2)







DE GRUYTER

OVIDIO



LAS

AMORFOSIS

DE GRUYTER

DE GRUYTER



DE GRUYTER

2

BPA

324